

ALFAGUARA

Hugo Burel

El desfile salvaje



ALFACUARA



El desfile salvaje

Hugo Burel

Índice

Portada

Índice

Epígrafe

El triunfador

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

Las vanas ambiciones

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22

Sentimentales y mediocres

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19

La casa flotante

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12

13
14
15
16
17
18
19
20

Memoria de Asenari

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13

Biografía
Otros títulos del autor
Legales
Grupo Santillana

«J'ai seul la clef de cette parade sauvage»

ARTHUR RIMBAUD

*«No hay trampa tan mortífera como la que
uno se prepara a sí mismo»*

RAYMOND CHANDLER

El triunfador

Más de diez años después de los días que voy a referir, todavía Esteban y los otros del grupo me habitan; pero el tiempo ha realizado su obra benéfica y ha despojado a la historia de los impulsos de la urgencia. A la larga aprendemos que los hechos no pueden cambiar, solo cambiamos nosotros y entonces creemos que esos hechos se modifican, dejan de ser lo que parecían y los podemos apreciar de otra manera, bajo otra luz.

Mi vida del presente no cuenta, aunque desde aquel invierno de 1997 muchas cosas han ido mejorando. Fue a partir de un viaje imprevisto y breve y del aprendizaje que de él extraje, cuando comprendí que todavía tenía chance de escapar de la rutina que me había inmovilizado. Pude hacerlo, entre otras cosas, gracias a lo que voy a contar.

Todo ocurrió a fines del siglo pasado, cuando el grupo significaba algo más que los agridulces recuerdos que de él tengo aún hoy. En su momento pensé que los variables contenidos de una lata de bombones podían explicar aquellos meses vividos en pos de la verdad y la paz definitivas. Esa lata —ahora vacía—, una libreta de tapas verdes, la obra de un poeta francés del siglo XIX, la fotografía de una mujer en el desierto y una vieja navaja suiza, son los testigos que conservo de aquella época inaudita. Objetos que por separado no tienen valor, pero guardan una relación especial entre sí y representan lo que con paciencia y mucho esfuerzo he logrado trasladar al papel.

Al principio había comenzado con anotaciones en un bloc de hojas amarillas que después destruí. Luego comprendí que, de no mediar la escritura, la historia estaba condenada a perderse. Entonces me impuse la obligación de consignar los acontecimientos desde su comienzo, menos por el afán de ser su limitado cronista que por intentar desentrañar su sentido oculto. No me parece haber logrado esto último pese a que, a lo largo de la década que siguió a todo aquello, fui redactando y corrigiendo a los tumbos y llegué a reescribir tres o cuatro veces algunos pasajes, procurando contar con exactitud lo sucedido durante aquel año que transcurrió entre dos visitas al mismo cementerio.

La tarea superó mis cualidades para la escritura, acostumbrado por mi profesión a la somera redacción de escritos legales. Afrontando mis propias limitaciones y muchos interrogantes, por fin logré redactar una versión definitiva que —con la ayuda de un editor bastante impresionado por la historia— resulta coherente con mis expectativas previas. Fueron sugerencia de este profesional las citas del comienzo, que yo dudé en incluir porque acaso sean meros intelectualismos. Por último, un agregado que no es de mi autoría va por cuenta de lo que podría llamarse honestidad intelectual, y obedece también a que quise ser fiel a cierto juramento que una vez realicé. No dudo de que, desde el punto de vista literario, quizá sea lo más logrado del presente texto, porque quiere expresar lo inefable o, al menos, una posible redención por la escritura.

Primero habré de referir cómo el grupo se reunió de nuevo, aunque el motivo, finalmente, determinara asimismo su posterior disolución. La muerte, que no elige, se encargó de cerrar el círculo, o más bien de romperlo. En todo caso, hacía tiempo que ya no éramos los mismos, porque la vida nos había trampeado a discreción. No obstante, por unos días anduvimos engañados y confiados en que aquella vieja costumbre de protegernos mutuamente —y también de herirnos con saña— iba, como siempre, a salvarnos otra vez. Nos equivocamos, pero en ese momento no lo supimos.

Quizá fue Esteban quien nos definió alguna vez, cuando intentó demostrar —sin proponérselo con seriedad— que el grupo estuvo predeterminado desde el origen mismo de nuestras vidas. Había indagado en cartas astrales, alineaciones planetarias, fechas y efemérides, con esa adolescente curiosidad que lo movilizaba frente a tantos temas. Ese pasajero *hobby* que allá por los sesenta le había brotado como un sarpullido pronto se transformó en otras distracciones menos esotéricas, pero su ocurrencia nos impuso la difusa idea de una pertenencia predestinada. Incluso yo, reticente a desarrollar vínculos obligatorios, como integrar nóminas o concurrir a clubes, aprobé en una noche de bebida fácil la indisoluble unión de nuestros destinos. Éramos muy jóvenes y nos gustaba pensar en proyectos que no habrían de separarnos.

Es inevitable que recuerde esto hoy, cuando Esteban está tendido y frío dentro de ese elegante féretro de líneas redondeadas y madera noble que la familia ha elegido, acaso pensando en sus gustos. Sin embargo, creo que el Esteban auténtico no habría aprobado un ataúd de tan ostentosa factura para su “último descanso”, como acostumbran decir las notas necrológicas. Pero la muerte es siempre una irresistible anfitriona y por obra de ella el grupo ha vuelto a reunirse.

La cara de Sergio no ofrece flancos a la conmiseración o al suspiro fácil: el menor del grupo no ha perdido su condición de duro, de impávido émulo de un guardaespaldas de historieta. Ha llegado y se ha instalado en el velorio con la misma comodidad que también tendría en medio de un derrumbe. Distante y sumido en un aire ausente, afligido, observa con la atención de un entomólogo el cajón cerrado que alberga lo que queda de Esteban y asume un silencio tranquilo, escrutador. Conociendo su manera de mirar, tan emotiva como la de un calamar, es probable que los familiares y en especial Mónica, la esposa de Esteban, aprecien esa contención casi congelada y la interpreten como un abismo de abatimiento. En el grupo sabemos que esa es la expresión promedio que Sergio suele armar para todo lo que sucede y, en este caso, sin salvedades, es su mejor cara de deber cumplido, y acaso de bondad.

En el pequeño salón junto al vestíbulo de la casa —los hermanos de Esteban querían un neutral velatorio en un complejo funerario, pero Mónica reivindicó el derecho a que fuera en su casa—, Ariel sostiene el pocillo de café y escucha los episodios que evoca un recién llegado, alguien calvo y con el impermeable empapado, que dice pertenecer al lado vasco de la familia. En ese momento Adriana sale a mi encuentro desde el living atestado de coronas florales y conversaciones indescifrables, y comenta algo que no por obvio deja de tranquilizarnos:

—Por lo visto, pudieron zafar de la autopsia.

El dato puede confirmarlo el cajón cerrado que estamos viendo; de lo contrario, todo se habría

demorado y postergado hasta que el forense dictaminara. Pero, lo que queda de Esteban está allí, sin ninguna duda. Lo que se perdió puede ser mucho y no necesariamente de la misma especie: el temprano lector y el actor aficionado, el amante de los juegos ingeniosos, el seductor irresistible, el ambicioso sin remedio. Haber sido el primero de nosotros en leer a Rimbaud o a Kerouac, descifrar *Rayuela*, escuchar a Hendrix o Cream, interesarse por la *nouvelle vague* o admirar el cine de Antonioni, pueden verse también como méritos, porque, indudablemente, en muchas cosas siempre nos llevó la delantera, en especial en esos años en que se crece, también, hacia dentro. Cuando miré la tapa lustrada que lo cubre, comprendí que cualquier recuerdo de él que evocara siempre sería escaso y parcial, porque, como sabemos, el lado oculto de cada uno rara vez puede ser descrito; aunque la parte iluminada también suele ser un misterio.

Desde que el grupo existió, Adriana manejó siempre las informaciones pertinentes y los detalles decisivos. Esteban la consideraba el factor de cohesión, el cable a tierra, la musa.

En definitiva, lo que sus palabras querían decir era que mis contactos habían funcionado y que la mafia leguleya procedió como todos esperábamos. También aludían a una cierta clase de piedad y al sentido de la frase “que descanse en paz”.

Al verme junto a Adriana, Ariel deja el pocillo de café sobre una mesita y se deshace del calvo con una rápida disculpa. Ya junto a nosotros, dice con tono confidencial:

—Volví a hablar con Sergio, no se desdijo de nada.

Sergio fue quien encontró muerto a Esteban, tendido de bruces sobre su propio vómito. Había llegado primero al final de una búsqueda improvisada, pero sea como sea había llegado tarde, cuando no había nada más que hacer. El comentario de Ariel quiere tranquilizarnos a todos: Sergio seguirá firme en su versión sobre los hechos.

Veinte años atrás, Ariel y Adriana fueron pareja, o compañeros, como se usaba decir entonces; vivieron unos meses juntos y luego se separaron. Tiempo después Ariel se exilió, porque era probable que, con la dictadura ya instalada en el país, en cualquier momento lo metieran en un cuartel sin juicio previo. Hoy ambos traslucen un fuego extinguido cuyo rastro invisible todavía sugiere cierta tibieza. Adriana es divorciada y tiene una hija; Ariel está casado con una mujer española bastante más joven que él, que le ha dado dos hijos y una aparente estabilidad.

Todos los varones del grupo estuvimos en algún momento enamorados de Adriana, en especial Esteban, que por otra parte fue el primero en descubrir para nosotros aquella sensual mezcla de intelectual y *geisha* que ella era a los dieciocho.

En la biblioteca que precede al jardín de invierno, flanqueada de pequeños óleos con paisajes campestres pintados por un hermano de Esteban, y repleta de libros bien encuadernados y variados trofeos de tiro y caza, Irene observa los leños que arden en la chimenea. Está en cuclillas, con los brazos extendidos y las palmas de las manos vueltas hacia el fuego, absorta en una tensa perplejidad. Al presentirme, se vuelve y me mira: acaba de llorar.

—Es raro estar aquí, ¿no? —comenta—.

Miro los libros para no enfrentarme con su mirada.

—No debieron traerlo, caprichos de familia. Mónica, sin duda —señalo, mientras escojo un ejemplar cualquiera de la biblioteca, uno que simplemente me permita ocupar las manos, hojearlo sin verlo.

—Una forma de recuperarlo, de mantener las apariencias —admite Irene, sin dejar de mirarme con incredulidad y recelo.

Irene es la antítesis de Adriana: también se enamoró de Esteban y no fue musa de ninguno. Se casó y se divorció dos veces, tuvo dos hijos —uno de cada matrimonio—, y le quitaron —esperemos que a tiempo— un tumor del seno.

Desde un pequeño portarretratos, inclinado entre dos trofeos de metal ennegrecido, Esteban sonríe mostrando una liebre abatida por su escopeta. La foto tiene por lo menos veinte años, cuando el cazador pesaba quince kilos menos. El retrato lo muestra en su plenitud, congelado en

un gesto que mezcla el orgullo, la satisfacción y un indisimulado afán de ostentar alguna clase de poder. La liebre no le interesaba, pero sí la libertad de cazarla.

—¿Cómo están los hijos?—murmura Irene, ya de pie y desinteresada de las llamas. Ha recuperado aquella antigua mirada de adolescente avispada y reconcentrada a la vez. Dicen que lo único que no cambia o envejece son nuestros ojos y que, aunque el resto se deteriore, la mirada sigue siendo igual. No bien Adriana le avisó —cuando supo que Esteban estaba fuera de control y desaparecido, recorriendo bares y farmacias con idéntico frenesí—, dejó de lado la decisión de no vernos más, de olvidarnos para siempre, corrió la voz al resto del grupo y salió a manejar en la noche, con Ariel y Sergio de copilotos, y el vacío de su lado izquierdo llenándose de angustia. Cuando me pregunta por los hijos de Esteban le digo que están bien, atendiendo a Mónica, y apoyados por sus novias. Son tres varones de dieciséis, diecinueve y veintidós años. El más parecido a Esteban es Lorenzo, el mayor.

—Hay que encontrar esas fotos —comenta Irene—. Desde el portarretratos, Esteban parece aprobar el comentario. En el vestíbulo cercano se escuchan sollozos. De acuerdo con un difuso plan propuesto por Adriana, en el momento de mover el féretro para iniciar el sepelio, uno de nosotros deberá subir al estudio de Esteban, levantar la cortinilla de un mueble de roble, abrir uno de los pequeños cajoncitos y buscar dentro un sobre amarillo de Kodak. Un sobre antiguo y un poco ajado, del tamaño de las copias de 10 por 13. Luego de obtenido, el siguiente paso será ponerlo a buen recaudo y alejado de interpretaciones parciales o dictadas por el rencor. Solo yo puedo hacerlo porque conozco la casa; hace años estuve una vez invitado por Esteban. Había encontrado unos cuadernos de nuestra época liceal y uno de ellos era mío. Me lo quiso devolver, pero le dije que se lo guardara.

Es en ocasiones como esta cuando la existencia del grupo queda justificada. Hoy es el rescate de fragmentos de un rompecabezas que por ahora carece de solución. Ayer fue el descubrimiento de sentimientos encontrados, el odio o la pasión.

En el origen, el grupo fuimos Esteban, Ariel y yo, camaradas del mismo colegio y vecinos del mismo barrio. Antes Ariel había reclutado a Esteban para una aventura punitiva contra unos “imbéciles del 3° B” que habían seguido a su hermano menor, quien también concurría al colegio y al que habían humillado en una parada de ómnibus, al tratar de quitarle la bufanda. Los esperaron en un descampado y los enfrentaron con más miedo que coraje. Para su alivio y sorpresa, los otros huyeron. No hubo ni siquiera golpes o amenazas: bastó la mención del episodio de la parada y el amago de Ariel de arrojar un pesado cascote que sostenía con sus manos. También la altura de Esteban, excesiva para su edad, intimidó a los ofensores, que nunca más molestaron al hermano de nadie.

Yo me les uní después, con juramento de sangre incluido y la obligación de poner mi auténtica navaja suiza a disposición del grupo. Fue con la que grabamos nuestros nombres sobre la madera de los pupitres y tajeamos el impermeable del profesor Mauri, cretino déspota de la Filosofía, quien pagó con salvajes sietes en su ropa los ceros en conducta que nos ponía.

Es extraño que de toda esa época pueda recordar ahora con claridad solamente esos pequeños episodios estudiantiles, que parecen flotar en la atmósfera opresiva del velorio, revoloteando como duendes que pretenden hacerme sonreír.

—Doctor, vos deberías encargarte del escritorio de Esteban —me sugiere Irene. El tono de su voz tiene una cadencia casual y a la vez es imperioso. Me ha llamado “doctor”, como lo hacía cuando yo recién había ingresado a la Facultad y ni siquiera había rendido y aprobado Derecho Civil I.

—No estoy seguro de que pueda: no te olvides de que acá somos intrusos —comento y me desintereso del libro que minutos antes había abierto, lo cierro y lo coloco con cuidado en su sitio. Irene no responde, y su mirada vuelve a concentrarse de nuevo en las llamas.

Pienso en los hábitos de Esteban, en sus típicas manías de empresario *full-time*. Imagino una secretaria, o dos, y precisas y ordenadas jornadas, registradas de media hora en media hora, en sobrias libretas con tapa de cuero y esquineros de metal dorado. La rutina del repaso matinal de las citas con el café recién servido y la orden de no pasarle llamadas fue una liturgia impuesta por el fetiche de la eficacia y el dios de la excelencia. Así era Esteban, creemos, hasta ayer, cuatro de julio de mil novecientos noventa y seis.

—Me gustaría ver su agenda, seguro que llevaría varias —agrego y añoro una más personal: aquel cuaderno Centenario en el que Esteban anotaba sus tempranos poemas y esbozaba sus invenciones a los diez, once años—; pero la importante es aquella en la que anotaba él personalmente. Ahí podría estar la explicación de todo.

—Sigo sin creer que al final se saliera del juego de esa manera: no Esteban, no el Esteban que conocimos —reflexiona por fin Irene, alisándose la falda y procurando dibujar en su semblante un dolor medido, que no ofenda a la familia. Un arquitecto tiene que cuidar los detalles, manejar las proporciones, establecer los espacios para cada cosa, organizar los volúmenes. Probablemente, su regreso al grupo se debió a la necesidad de realizar un plano: el complejo plano del quiebre de Esteban.

Siento una leve náusea y la necesidad de abandonar el plan con el que Ariel, al principio, no había estado de acuerdo, actitud que yo había apoyado. Adriana argumentó entonces que, desde el momento en que habíamos iniciado la búsqueda, cuando Esteban era un desaparecido peligroso, una sombra esquiva que iba dejando tras de sí un rastro de botellas vacías y blísteres de bromazepam, habíamos asumido inmiscuirnos, intervenir, comprometernos. La familia se mostraba desbordada y ni siquiera era capaz de entender ese mecanismo disparado, esa silueta ígnea en que se había convertido Esteban enloquecido, fugitivo de sí mismo y de sus fantasmas. Fue Adriana la que nos convocó a todos; pero era Esteban el que nos había reclamado desde la noche y su desquicio.

—Está bien, cuando pueda voy a subir a su estudio, o a su cuarto, donde sea que tenga su escritorio —anuncio con una extraña convicción, como si lo que allí fuera a encontrar sea decisivo.

—Tené en cuenta que Mónica y Esteban ya no dormían juntos —aclaro Irene, bajando la voz. Me asombra el tipo de detalles que afloran con la ausencia; compruebo que Irene sabe más de lo que aparenta.

—Ese es todo un dato —concedo—, uno de los tantos a considerar. Una pareja que convive bajo el mismo techo pero que duerme en cuartos diferentes.

Evoco películas, comedias amables, matrimonios con pijamas impecables ingresando a camas gemelas de estilo francés. Paredes empapeladas y portátiles con pantallas al tono: ella está terminando de quitarse la crema de la cara y él retoma la lectura de la sección financiera del periódico. Vuelvo a mirar el retrato de Esteban sosteniendo la escopeta y la liebre muerta. Me acuerdo de la noche del juramento de Calais, el chulé veraniego de la familia del muerto.

—Es solo un tajito —nos tranquiliza Esteban, sosteniendo mi navaja recién purificada en el fuego de la estufa. Como en las novelas, vamos a ser hermanos de sangre : —No tengan miedo, que no va a dolerles. Y si duele, mejor: así son los verdaderos ritos de hermandad.

Afuera, el temporal de julio arrecia y la noche se parte en pinos que crujen y truenos que retumban en el bosque. Ariel tiembla de miedo y emoción al ver acercarse el filo a su pulgar. Yo contengo la respiración y prefiero no mirar. Hace tres días que empezamos la aventura de llegar a dedo hasta el pueblito costero y sobrevivir allí una semana, la primera de las vacaciones. El Calais es un viejo chalé proyectado y levantado por el abuelo de Esteban, que no era arquitecto pero sí constructor. Cuando lo vi me dio una impresión tétrica: su estilo tiene algo desproporcionado y hay un cierto aire lúgubre y sombrío en el aspecto descuidado del jardín de *parterres* concéntricos en torno a la finca. Desde que el abuelo se fundió a causa de sus malos negocios, la familia y la casa cayeron en permanente declive, nos ha contado Esteban más de una vez. A él y a los suyos les alcanza con decir “Calais” para nombrar el lugar y dar por sentado que todos debemos conocerlo: saber que está en los lindes del balneario de los Ingleses, donde el arroyo se une con el Río de la Plata y las dunas son blancas y quebradas por barrancos; que tiene cuatro dormitorios, dos cocheras y una cancha de tenis de polvo de ladrillo, con sus líneas borradas y el esqueleto de una red por la que pasaría una pelota de básquetbol; que ahora es, más que una casa de veraneo, un caserón frío y tenebroso, aunque su estufa esté encendida y también todas las luces de la planta baja. Su nombre invoca el lugar de origen de don Lorenzo, el constructor.

La sangre ha brotado del pulgar de Ariel y ahora Esteban me exige el mío.

—Vamos —me urge—, yo voy a ser el último; no seas flojo, Marcelo.

Ariel está hipnotizado por su propia sangre, que ha manchado el piso de piedra con pequeñas gotas escarlata. Un trueno retumba y hace vibrar la loza guardada en un bagueño cercano. La hoja de la navaja refleja las llamas del hogar, que parecen acompasarse al ritmo de los relámpagos. Pienso que lo que va a suceder es absurdo, pero la autoridad de Esteban y el miedo a parecer flojo me hacen extender la mano y ofrecer el pulgar para el tajo inevitable.

—Así se hace, Marcelo —aprueba Esteban mientras el filo hiende mi carne. Ariel me mira fascinado, olvidado ya de su herida. Siento un fulgor y un dolor breve y enseguida la sangre asoma. Voy a chuparme el dedo y Esteban me lo impide:

—No, no lo hagas —me ordena—, así no sirve. Tiene que ser sólo sangre, nada de saliva.

Luego se corta él mismo, con total limpieza y determinación, como un fanático o un indiferente. Después abre su mano y con un gesto ceremonial nos la ofrece. Nuestros dedos tajeados se buscan y las sangres se mezclan sin alborozo; apenas es un roce breve de heridas, un amago de nudo, unas gotas más sobre el piso y un nuevo relámpago que preludia otro trueno.

Esteban cierra la navaja y nos mira, satisfecho.

—Ahora estamos unidos por esta noche y las que vendrán —declama con un tono misterioso, teatral—. Esto es un juramento —explica—; somos cofrades, camaradas, navegantes de la vida, y nada podrá disolver nuestro vínculo. Estamos unidos más allá de los tiempos y la materia, de lo

que somos y lo que podamos llegar a ser. Vamos a iniciar el viaje, a empezar una larga aventura. Esta noche, en Calais, ha nacido el pacto. Y para celebrarlo, no beberemos sangre, mejor es el vino que mi abuelo tiene escondido en el armario de las cocheras. Vamos, apuesto mi cajilla de L&M a que todavía quedan botellas.

La carcajada de Esteban puso fin a la ceremonia. Todo había sido una charada de las que él solía montar, apelando a sus naturales recursos histriónicos y a la lectura precoz de muchos libros. Probablemente los tajos y el juramento habían sido un pretexto para dominarnos y medir nuestro grado de obediencia. Por eso, cuando Ariel por fin se llevó el pulgar a la boca para enjugar la sangre y yo me lo envolví en el pañuelo, a Esteban no le importó. Ya íbamos corriendo los tres, bajo el vendaval, en busca del vino que dormía en un remoto armario lleno de herramientas de jardín y bolsas de pesticida.

Esa noche bebimos el oscuro Harriague del abuelo y comimos sardinas con pan hasta que el sueño nos venció. Juntos y envueltos en unas frazadas con olor a salitre dormimos sobre el piso del estar, mientras el fuego iba extinguiéndose junto con la furia de la tormenta. Ninguno se animó a subir a los dormitorios, porque el temor a murciélagos y arañas fue mayor que la necesidad de colchones.

Al amanecer, me desperté y miré mi pulgar. La herida ya había cicatrizado, pero me dolía. Me levanté con cuidado de no despertar a mis amigos y fui al baño. Tenía ganas de vomitar. La casa estaba fría y húmeda y el viento todavía hacía crujir sus postigos. Oriné y me lavé la cara, pero no tuve arcadas. Después fui a la cocina a intentar preparar café. Me sentía mal y destemplado porque en tres noches apenas había dormido.

Con un tazón humeante de café salí a lo que era la parte trasera del jardín. La cancha de tenis estaba anegada y ofrecía un aspecto de extrema desolación. Parecía un lugar abandonado hacía siglos, al que el diluvio y el viento habían acariciado nada más, porque la ruina era algo impuesto desde lo profundo. Hacía frío y ya no llovía, pero las rachas de viento todavía doblegaban los macizos de hortensias y los hibiscos que jalonaban los límites del terreno. Pensé en lo bueno que sería estar en mi propia cama sin otra obligación que dormir.

—Después de desayunar podríamos jugar al tenis —le oí decir a Esteban con una voz lejana y somnolienta—. Me di vuelta y estaba en el vano de la puerta de la cocina, envuelto en su frazada como un náufrago recién rescatado. No le importaba el estado de la cancha o mis nulas aptitudes para manejar la raqueta.

Ese día y los siguientes que estuvimos en Calais, todos adquirimos el tic de lamernos el pulgar a cada rato. Cuando regresamos a la ciudad, ya se nos había pasado.

—Cómo fue posible que sucediera esto —se lamentó Mónica, serena pero devastada, el rostro todavía hermoso y grisáceo, como si de golpe la sangre se le hubiese vuelto un fluido demasiado espeso para circular por su cuerpo. Aquella belleza que había cautivado una vez a Esteban, si bien no había desaparecido, ahora estaba sometida no tanto por el dolor sino por la desolación. Me habló a mí, a cualquiera de nosotros, y nos enfrentó finalmente luego de habernos evitado por años. Nunca había tolerado nuestra amistad, nuestros momentos felices o dolorosos junto a Esteban, la complicidad del pasado, el mecanismo inevitable de los secretos, la historia antes de ella. Pero ahora debía aceptarnos en el velorio, en su propia casa, porque noches atrás ella misma nos había llamado.

—¿Por qué lo dejaron hacer lo que hizo? —insistió Mónica, convencida de nuestra ineptitud para el rescate o lo que pudo ser un gesto de amistad desesperado e inútil. Nos estaba acusando de haber asumido la búsqueda y regresar apenas con un cadáver. Era una mujer orgullosa y experta en rencores. Ese orgullo era lo que ahora la sostenía y la impulsaba a ser desagradecida, a encararnos con ese frío desdén que siempre le habíamos inspirado. Había llegado última a Calais, cuando los médicos de la emergencia ya estaban a punto de llevarse el cuerpo. Lorenzo, el hijo mayor, la acompañaba. Se acercaron a la camilla y miraron brevemente cuando el médico destapó el rostro: ninguno de los dos lo tocó, como si Esteban no les perteneciese o sintieran que no era ese el momento para hacerlo. Después no tuvieron ocasión de volver a verlo.

—Sabés perfectamente que a Esteban no se lo podía manejar —dijo Adriana, dolida y a la vez fastidiada.

La viuda siempre había visto en ella a una rival y a la vez a un símbolo de su propio triunfo sobre el pasado de Esteban. Ella lo había rescatado de esa mujer que acababa de responderle, había encauzado su vida, le había impuesto el hogar, los hijos, el progreso económico y la ambición aplicada a empresas prácticas. Adriana y todos nosotros éramos, simplemente, la rémora de la vida antes de ella y los fulgores extinguidos de una vocación de diletante. Por eso era capaz de responder:

—Yo podía manejarlo y pude salvarlo si sólo me hubiera escuchado. Creo que el regreso de ustedes lo confundió más.

Los hijos de Esteban tal vez compartan esa visión. Son unos jóvenes engréidos y tocados por el mismo aristocrático desprecio de Mónica. Pero heredaron del padre el gusto por indagar fuera de su mundo y una buena dosis de encanto personal que aflora algunas veces. Ahora están bajo los efectos del *shock* de la muerte y del obligatorio rol de imponer la serenidad por encima de la tragedia. El mayor, arrogándose la tarea de sostén del imaginario edificio de la dignidad; los dos menores, secundándolo con un firme apego a los protocolos esperables. En el fondo no creyeron en que algo irremediable podía suceder: prefirieron esperar y confiar en que todo terminase con el padre regresado a casa con resaca, y que luego el susto se disolviera en una sombría discusión desde dormitorios distantes.

Adriana no lo ignora y devuelve el golpe:

—Todos saben dónde está Calais, Mónica. No podés acusarnos de nada. Tus hijos, tampoco.

Llegamos tarde, pero llegamos antes que vos.

Mónica se encoge de hombros y su boca se frunce en una mueca indefinida, mezcla de dolor, desprecio y fastidio: siempre desdeñó Calais y sus múltiples significados, porque el feudo familiar estaba más al este, en la casa diseñada por Villamajó, construida a pocos metros del mar y con la vista del lomo de la Ballena como paisaje central. Hay un amago de réplica en la viuda, pero en ese momento llegan coronas y más parientes, palmoteos y suspiros. Los hermanos de Esteban merodean con gesto contrariado: finalmente no fue buena la idea de llenar la casa de gente y ofrendas florales.

¿Por qué se vela a cajón cerrado? La pregunta flota en el ambiente, en el tono bajo de las conversaciones. Los que lo saben no ofrecen explicaciones, no osan mentar el estado terminal de Esteban y unos rasgos posiblemente traidores a los verdaderos, estragados por los excesos finales. El velorio de un suicida nunca ofrece tregua a los que quedan: hay que explicar con escuetos detalles demasiados aspectos inconvenientes. Motivos y medios se transforman en el centro de las conversaciones que se desgranán con un tono bajo y medido. Afloran los sobreentendidos y las frases construidas por la mitad, que dejan espacios a llenar con gestos cómplices de las miradas. Se especula con cartas o mensajes decisivos y la tendencia de la gente a atar cabos genera un desborde de versiones para explicar lo ocurrido. También pesan los antecedentes familiares y un padre muerto de un escopetazo.

Por eso la familia ha preferido la versión oficial del certificado de defunción y la explicación de que Esteban estaba solo en Calais porque había ido a descansar luego de un viaje por negocios.

“El otro día me vi a mí mismo dentro de unos años” —me había contado Esteban un par de años atrás, tomando un café en el Brasilerio a las cinco de la tarde. Me había citado después de bastante tiempo de no tener contacto, salvo los esporádicos eventos sociales que la casualidad nos imponía. Las obligaciones comerciales de Esteban podían cruzarse con las mías de asesor letrado del Banco de Previsión Social. Esta vez el encuentro no era con el pasado, con el Esteban que imitaba a Yves Montand o improvisaba trucos de magia con pañuelos o naipes. El Esteban que yo había ido perdiendo y dejado de añorar había sido sustituido por el actual, que mantenía un vínculo remoto con aquel.

—Te llamé porque al final apareció, existe. Me refiero a una versión rara de tu amigo. Acordate del aviso, de aquella fotografía —rememoró Esteban como preámbulo a la que sería una breve conversación que habría de convocar a los antiguos recuerdos de la amistad adolescente.

Lo del aviso aludía a una fotografía aparecida en una revista, la publicidad de una marca de ropa de treinta y pico de años atrás, que mostraba a un modelo que era parecido a Esteban. La publicación era norteamericana e ilustraba a un joven que bien podía ser su doble, apoyado en el mástil de un yate que debía de estar anclado en algún cayo de la Florida. Entonces todos habíamos opinado que el parecido era producto de las peculiares condiciones de luz y encuadre de la foto, la casual sucesión de imponderables que determinaban que esa persona, en esa pose y asumiendo ese gesto, fuera “indudablemente muy parecida” a Esteban, pero que no era nuestro amigo. No obstante, al Esteban de entonces la imagen lo había impresionado, porque de alguna manera creía que el joven que había posado podía tener sus mismos rasgos. Pensaba que todos, en algún lugar, teníamos un doble y lo ignorábamos y que él, por esos vericuetos del azar, lo había encontrado. Hasta le había escrito una carta a la empresa cuya marca figuraba en el aviso, procurando que le enviaran los datos de la persona fotografiada. Nunca se la respondieron.

—Aquel muchachito del yate creció y le fue mal. Ahora es un linyera del puerto, un marginal que bebe alcohol azul, una miseria humana —describió Esteban a su posible sosias y aguardó mi respuesta, el puente con aquella vieja revista hoy perdida.

—¿Y qué? —le pregunté, asombrado de que esa casual circunstancia fuera el motivo de nuestra reunión.

—Es probable que no lo entiendas, viejo, pero con alguien tenía que hablarlo —explicó Esteban—. Es muy fuerte verse a uno mismo hurgando en un tanque lleno de basura, vestido con despojos y temblando. Lo encontré una noche en que me había quedado hasta tarde en la oficina. Como sabés, la Ciudad Vieja después de las ocho es un lugar vacío y extraño. Había dejado el auto en Piedras y Zabala, y cuando llegué, lo vi. Estaba inclinado y revolviendo, apartando cosas con una actitud de rata humana, de roedor. Yo disparé el control remoto de la llave y el auto lanzó un breve pitido que lo distrajo, lo sacó de esa repugnante búsqueda. Nos miramos. La calle estaba desierta y el viento que llegaba del puerto arrastraba papeles y envoltorios. Él se asombró de verme y empezó a sonreír porque tal vez también se dio cuenta del parecido. Hizo un gesto que pudo ser de saludo o de bienvenida y yo quedé paralizado. Detrás de la mugre y el desarreglo, de esa barba hirsuta, estaba yo. La suya era mi mirada y sus rasgos eran los míos en una versión

degradada, terminal. Ambos supimos eso apenas nos vimos y no puedo describirte ahora la sensación de miedo que me asaltó. Me vi en un espejo distante y viviente y sólo atiné a subirme al auto y arrancar. Me alejé a toda velocidad sin mirar al pobre hombre y no me aflojé hasta llegar a casa.

—Tal vez fue como la revista —argumenté, sin ánimo de contradecirlo.

—No te entiendo —respondió Esteban y llamó al mozo para pagarle.

—Digo: un momento, un peculiar estado de ánimo, una cierta luz —describí, sin orden, una idea de lo casual—. Vos lo viste así, te pareció. Probablemente él te miró por otro motivo.

—Vení, vamos —me apuró Esteban y me sacó del Brasilero como si de pronto se hubiera desatado un incendio.

Bajamos hasta Piedras por Ituzaingó y luego torcimos a la izquierda manteniendo el silencio y el ritmo de marcha. Esteban transpiraba y resoplaba, como si la urgencia obedeciese a un designio inexorable. Cuando llegamos a Colón, doblamos hacia el puerto y nos dirigimos hacia la terminal de ómnibus de la Aduana.

—Debe de andar por ahí —aventuró finalmente Esteban, señalando el viejo edificio de la Facultad de Humanidades. Desde la bahía llegaba la brisa fresca que traía el atardecer.

—¿Cómo sabés? —me sorprendí—.

Esteban se volvió y me miró con esa expresión de genio perverso que solía utilizar en las preliminares de cualquier travesura de la adolescencia. En su rostro actual era apenas un rictus demente, una sombra gastada:

—Lo he seguido, viejo, le conozco el circuito, sé dónde vive, si a eso se le puede llamar vida. A esta hora recién se está despertando de la borrachera del mediodía. Cuida autos y con lo que le dan compra vino suelto y fiambre, a veces pan. Mirá, allá está.

Era una figura ovillada contra el muro del viejo edificio del ex hotel Nacional. Vestía lo que quedaba de un sobretodo de paño gris y unos *jeans* sucios y deshilachados. Estaba descalzo y abrazaba una bolsa de plastillera. Con una de sus manos sostenía una banderita roja enrollada en un palo ennegrecido por la mugre. Parecía dormir.

Cuando estuvimos a unos pasos del hombre, Esteban carraspeó y ensayó un gesto de presentación. El individuo abrió los ojos con asombro o miedo y, abandonando la posición fetal, intentó incorporarse pero no lo logró. Nos miró a ambos y balbuceó alguna frase ininteligible. Luego nos señaló con la bandera y Esteban le tendió una mano para ayudarlo a levantarse.

—Arriba, poeta, hora de trabajar —bromeó Esteban con toda familiaridad.

Yo me concentré en el rostro del extraño. Tal vez fuera parecido al de Esteban. Tenía sus mismos ojos claros y una frente noble y salpicada de pecas. La nariz, recta, estaba enrojecida y lastimada. Bajo una barba ceniza y creciendo por matas, el resto de la cara insinuaba nuevas semejanzas. Cuando de improviso la boca sonrió, mostrando unos dientes asombrosamente sanos y sin piezas faltantes, un estremecimiento me sacudió: era ese un gesto de Esteban, era su sonrisa. No obstante, al desaparecer la sonrisa, el parecido se esfumó, como si lo anterior, esa semejanza indudable y repentina, hubiera sido solo un truco, una imitación lograda a fuerza de una mímica aprendida durante horas frente a un espejo.

—Voy a presentarle a un amigo, poeta: se llama Marcelo y nos conocemos desde hace muchos años.

El hombre me miró con una actitud desconfiada, incómoda. De repente descubrí en él algo de lo que había sido antes de ser un marginal: no se animaba a tenderme la mano porque la tenía sucia. Le daba vergüenza hacerlo.

—Decime, Marcelo, ¿verdad que se parece, no? —preguntó Esteban, como si aquello fuera un prodigio circense, una magia inaudita.

El extraño se había puesto de pie y se balanceaba levemente sobre sus pies descalzos. Junto a la bolsa había unos zapatones rústicos de gamuza manchada que me recordaron a los que pintó Van Gogh.

—¿Se parece, verdad? —repitió Esteban y el extraño sonrió, como si un inédito orgullo lo embargase. Parecerse a Esteban, a un hombre vestido con un traje de medida y calzado con zapatos italianos, pulcro y perfumado era, sin duda, algo que a él también lo fascinaba. Pero esta vez la sonrisa no fue la de Esteban, sino apenas una mueca distante y obligada.

—Sí, Esteban, es posible que se parezcan. Y si tuvieras barba, más —dije, casi por compromiso.

—Tome, poeta, para la noche —Esteban ofreció a su amigo un billete de cien pesos, que el otro aceptó con muda gratitud. Tal vez fuera la recompensa por exhibir el supuesto parecido. Después se calzó los zapatones, cargó su bolsa y se despidió con cortas reverencias y pequeños movimientos de su bandera.

Al alejarse vi que no caminaba como Esteban: carecía de ese andar garboso y a la vez distraído que lo había distinguido siempre. El hombre lo hacía con una cadencia vencida y torpe, producto del alcohol o las horas al frío cuidando autos en la rambla portuaria. El parecido que a Esteban lo impresionaba estaba vinculado a ciertos gestos; pero para mí el hombre no era más que un impostor.

—¿Por qué le decís poeta? —pregunté mientras trepábamos por Pérez Castellanos.

—Porque lo es, o lo fue —aseguró Esteban, ahora adoptando el orgullo del otro.

—No me digas que conocés la vida de ese infeliz.

—Claro, viejo, pero otro día te la cuento —prometió Esteban y por un tiempo largo no supe nada más de él.

—Hay un tipo haciendo preguntas —dijo Ariel con una sonrisa enigmática y señalando con disimulo hacia el vestíbulo—. Adriana me miró con aire abatido. La conversación con Mónica la había fastidiado y las horas de vigilia y búsqueda le pesaban en el semblante.

—Creo que es de la policía —explicó Sergio—. Uno de investigaciones —especificó.

—Me parece totalmente fuera de lugar el momento que eligió para hacer preguntas —protestó Ariel.

—¿Habrán exigido la autopsia? —preguntó Adriana, con un nervioso asombro. Ella era la que más había insistido en la obtención de un certificado de defunción que obviase las indagatorias forenses sobre el cadáver. La familia y en especial los hijos habían aprobado el recurso, aunque para Mónica ese detalle no dejaba de ser “una mentira más” que el grupo ayudaba a encubrir. No obstante había firmado la declaración del médico con el diagnóstico sobre la muerte.

—Nadie se puede suicidar en paz en este país —se quejó Irene, que se había acercado al grupo.

—Es que pueden darle intervención al juez y éste reclamar una investigación y con seguridad una autopsia —expliqué.

—Parece que Ramón, el hermano mayor de Esteban, no quedó conforme con nuestra versión y no está de acuerdo con su cuñada. Al que investiga lo trajo él y es un viejo conocido de la familia. En todo caso —informó Ariel—, Sergio va a tener que contar lo que vio.

Ariel había sido el segundo en llegar a Calais junto con Irene, una media hora después del desenlace. Sergio estaba sentado en la escalinata del portal, fumando y con el teléfono celular con el que nos había avisado en la mano. Tenía una expresión inclasificable —contó Ariel—, una cosa ausente y distendida como si estuviera allí sólo para cuidar la casa en horas interminables y aburridas. Se limitó a decir: “Cuando llegué, era tarde”, y señaló con un gesto su moto, una Enduro embarrada y tumbada contra un *parterre* del jardín.

Después llegamos Adriana y yo únicamente para ver un bulto cubierto con una frazada, una de las viejas frazadas de Calais, con olor a humedad, antigua y apolillada. Ninguno de los dos nos animamos a destaparlo: lo contemplamos en silencio, nada más, y sin mirarnos, conteniendo como pudimos ese malestar que en Adriana pudo transformarse en alguna clase de llanto —tardío y acaso referido a otro momento— que finalmente contuvo, y en mí en una maldición desganada, inútil. Yo no intenté consolarla ni hubiera tenido capacidad para hacerlo. De alguna manera ella estaba resolviendo un viejo asunto, del cual yo siempre había estado excluido.

La versión de Sergio, hasta el momento, no contenía otros detalles que no refirieran la habitación, la posición del cuerpo, la suciedad, la bolsa de McDonald’s con restos fríos y los cuatro blísteres de bromazepam retorcidos y vacíos. En el auto de Esteban había media botella de whisky y otra de vodka. En la valija encontraron un bolso de cuero con algunas mudas de ropa, un *nécessaire* de viaje y una edición en francés de *Illuminations* de Rimbaud.

—Todo eso tenía un significado —había dicho Irene, horas después, bebiendo café en el Espresso, mientras aguardábamos el certificado de defunción por “insuficiencia cardiorrespiratoria y posible infarto de miocardio”. El médico de la emergencia móvil había considerado las circunstancias, el lugar, la hora, el relato de los testigos —del único testigo—, la

imposibilidad de remediar nada a partir de la verdad, la evidencia de un desajuste psicológico, el aspecto del muerto, la viuda y su hijo que llegaron demasiado tarde, el apellido de la familia y la inutilidad de una autopsia. Influyó también la colaboración de un colega amigo, vinculado a la empresa de emergencias que —tras una llamada mía a su casa— asumió el punto de vista social de los hechos: no se pretendía ocultar el suicidio, simplemente aplazar la manipulación forense de nuestro amigo y, sobre todo, evitar las actuaciones policiales. No obstante, nada era seguro a esa hora y el cadáver de Esteban probablemente no había llegado aún a la funeraria.

—¿Se había abandonado tanto? —indagó Irene, que no había querido verlo a Esteban antes de que Ariel y Sergio lo cubrieran.

—Estaba sucio, barbudo y muy delgado para lo que era o había sido —informó Sergio—. Tenía calzado un solo pie y su ropa estaba empapada, sucia de vómito y barro. Fijate él, que cuidaba tanto la ropa, llegar a ese estado. Tal vez eso también signifique algo, pero no entiendo muy bien qué. Era un triunfador, no tenía por qué morir así.

Adriana movió su cabeza en una negativa lenta y asombrada y luego encendió un cigarrillo. Era ella la que, en algún momento de su despecho, lo había llamado “triunfador” y por un largo tiempo así nos referimos a Esteban cada vez que la casualidad nos reunía y hablábamos de él.

—Tendremos que cuidar lo que decimos, porque ahora nada debe indicar un suicidio o explicarlo; la familia no habla de eso y solo va a admitir un fallo cardíaco —propuso Adriana, y todos lo aprobamos.

Ariel se encogió de hombros y me miró. Hacía muchos años que no se veían con Esteban, porque estaban enemistados. Habían sido socios en un pequeño restaurante de comida italiana que dio quiebra a los tres meses de abrir. Siempre se dijo que Esteban se lavó las manos y que Ariel tuvo que asumir la cancelación de un préstamo bancario.

—¿Decir qué? —pregunté, y Ariel completó:

—No empieces con tus manías, Adriana.

—Hay que respaldar a ese doctorcito piola que al final accedió a firmar el certificado —explicó Adriana—, los indicios son siempre peligrosos cuando quedan en esa intemperie que es la ausencia. Eso es, en definitiva, lo que esperaba Esteban de nosotros. Además, de alguna manera me lo insinuó, unos cuantos años atrás en este mismo bar. Entonces no entendí lo que decía. Escuché sus palabras, inexplicables viniendo de un hombre que me estaba dejando, pero creo que no comprendí su sentido hasta esta noche.

Irene, a quien todavía le dolía aquella relación, porque se había enamorado de Esteban en su primera juventud y no había obtenido de él más que las atenciones de un hermano mayor compinche que le comentaba todas sus conquistas, aprobó lo que proponía Adriana. Tal vez porque entrevió en ello una especie de revancha: la de acceder a las otras historias y desentrañar, por fin, las razones últimas de la caída de un ídolo. Por eso no había querido enfrentarse a Esteban muerto: prefirió aferrarse a un rastro del antiguo esplendor, a no desandar el laberinto para descubrir la cara oculta del triunfador.

—Voy a casarme con Mónica —dijo Esteban y pidió con un gesto no ser interrumpido—. Desde cierto punto de vista no se trata de otra cosa que de un simple contrato, un oportuno arreglo —agregó—. Mónica es buena y bonita, pero no barata. La quiero lo suficiente como para verla cada mañana sin añorar la libertad. Tiene educación y plata de sobra como para que yo no pronuncie jamás esa horrible palabra: “sustento”. Si vieras dónde vive entenderías de qué hablo.

Adriana le sonrió con incredulidad, para disimular la rabia. “El muy hijo de puta me tomó de sorpresa”, comentaría siempre que aludiese a aquella conversación. Una conversación de la que puede evocar, hoy, apenas un remedo de lo que le dijo verdaderamente Esteban. Intenta repetir sus palabras, pero todos sabemos que la peculiar manera de expresarse de Esteban, los detalles cínicos o las reflexiones perversas o con doble significado que empleó, se han perdido. Lo que Adriana cuenta es lo que su mente ha construido, tal vez tergiversando o simplificando para recordar, porque los recuerdos son siempre simplificaciones, copias provisionales, sombras de lo que fue. Y puede contarlos desde su edad de entonces, es decir, desde una versión anterior de sí misma. No obstante, Adriana persiste en evocar:

—Voy a casarme con Mónica porque me conviene —siguió diciendo Esteban, mientras dejaba enfriar el café—. Escuchá bien esto —remarcó con un tono fanático, acentuando cada palabra—: no voy a volver a repetirlo; nadie más lo oír de mis labios.

Adriana cuenta que escuchó en silencio mientras descargaba su bronca en la minuciosa destrucción de un bolígrafo que no sabía cómo había llegado a sus manos. ¿Para anotar qué? ¿Transcribir en las servilletas esa lección de realismo sentimental que Esteban recitaba?

—Me conviene y todos en esa familia lo saben. Ella, Mónica, la primera. Pensá en la vida sin sobresaltos ni apreturas, en viajes, en los lentos atardeceres de verano volviendo de la playa para ducharnos y recibir amigos en la terraza de Portezuelo. Hoy quiero todo eso porque hay un momento en la vida de cualquiera en que lo material se termina imponiendo y la ambición domina. Pero los hipócritas piensan que es por amor, ¿verdad? Juegan esa carta porque queda bien y es aceptada. Pero yo no me engaño.

—Es la peor burguesía del país —acusó Adriana, encendida por la indignación, incapaz de defenderse con argumentos que no sonaran al editorial de un periódico de barricada.

—Vos conocías mi relación con Mónica —la frenó Esteban—; nunca te la oculté y la aceptaste, aun sabiendo en lo que podía terminar. Estoy siendo lo más sincero posible contigo. Y ya que hablás de burguesía, lo mío es, fue desde siempre, la clase media o pequeña burguesía, como le gusta decir a Ariel, ese escalón sobre el que nos dan la lata los teóricos. Durante años, bajamos mucho en mi familia, y vos lo sabés: malos negocios, peleas absurdas por particiones, despilfarro, irresponsabilidad. Acordate de que mi viejo vivió endeudado, perseguido por el infortunio que él mismo había creado. Los prestamistas venían a casa con más frecuencia que el cartero. De golpe no había plata ni para comprar la leche y el pan. Ahora quiero subir, quiero aprovechar ese otro beneficio de este maravilloso país: el de la permeabilidad social. No puedo esperar a recibirme de nada. Tengo casi veintitrés años: necesito un proyecto de supervivencia, un braguetazo salvador.

—Te estás traicionando —cuenta Adriana que le dijo, como si en ese momento encarnase a una heroína de teleteatro. Ella, la estudiante de Sociología, la futura empleada de la agencia de viajes Transamérica, la musa inspiradora del grupo y a partir de ese momento la ex amante de Esteban, seguía diciendo los parlamentos inadecuados en un diálogo absurdo.

Esteban sonrió, le quitó el bolígrafo a Adriana para evitar que rayase más la mesa, lo guardó y pidió al mozo una cajilla de cigarrillos negros. La situación parecía no pesarle o simplemente recitaba algo aprendido sin hacer mucho esfuerzo. Estaba allí como podía estar en otra parte o como si la conversación fuera un simple trámite burocrático en el cual las almas quedaban excluidas.

—Claro que me gustás y todavía siento mucho por vos —le concedió—, pero en eso no hay futuro, solo desgaste inevitable, una vida estrecha si nos casáramos: la casita que van a dejarte tus padres, algún fin de semana en lo que pueda ir quedando de Calais, cine club los viernes de noche, pizza con fainá los sábados. Alegrate porque te estoy ahorrando decadencia y horas de psicoanálisis. Pero lo peor es que creas que esto me resbala, que soy un canallita deslumbrado por la plata. Estoy yendo de frente, admitilo. Creo que en la vida hay algo más que a la mayoría se nos escapa, algo que parece inalcanzable pero existe. No hay poesía en esto, ni proyectos trascendentes: solo simple criterio práctico. No lloro ni pienso hacerlo: basta de sueños románticos, de utopías irrealizables, de planes que siempre se postergan. Estoy cansado de esta medianía que nos paraliza sin que lo sepamos, toda esa mierda de pedir permiso y sonreír. Tome asiento, señora. Pase usted primero, señor. Qué lindo el bebé, Dios se lo conserve. Lo que mata es la humedad. ¡Qué caro está todo! En unos años se podrá, ya van a ver. Y lo que dicen que se viene, eso por lo que vos trabajás y te arriesgás, no va a venir nada. No espero más milagros ni golpes de suerte, me cansé de jugar a la lotería. Voy a venderme, camarada. Como dijo aquella rubia que compartían los Kennedy: es mejor llorar en un Rolls Royce.

Cuenta Adriana que Esteban pagó y salieron del bar. Era un atardecer de finales de verano y la gente ocupaba la rambla, conversaba, comía helados y los niños se perseguían en las bicicletas. En el final de la década prodigiosa, el año setenta del siglo, una luna colonizada iba trepando por detrás de los edificios para ser contemplada ya sin la ilusión de descubrir una cara, sino de verla apenas como un ícono más de los tiempos, con huellas humanas y bandera rígida de barras y estrellas. De brazos cruzados y los ojos que luchaban por no llorar, Adriana pensó en subirse al primer ómnibus que pasase, en salir corriendo, en desaparecer.

—Una cosa más —dijo Esteban, sujetándola con firmeza de los hombros y mirándola con pena y a la vez súplica—: Vos, el grupo, los demás, van a colgarme por esto. Pero no me importa. O, mejor dicho: me importa mucho, pero aun así voy a hacerlo. Pero acordate: sé que alguna vez voy a necesitarlos, pese a que hoy los estoy dejando a todos, no sólo a vos. Voy a necesitarlos y a pedirles algo, no sé qué, porque estas historias nunca terminan. Quiero zafar, pero no creas que es fácil. Los sentimentales mueren con las botas puestas.

—Sos un crápula, un canallita de barrio — dijo Adriana y empezó a correr sin que Esteban hiciera nada para detenerla.

Esteban era así. Hubiera sido más fácil decirle que Mónica estaba embarazada, que él era un caballero y que por nada del mundo iba a eludir sus deberes. Lo habían educado para eso; una educación cumplida en colegios religiosos de clase media, complementada con la actitud laica de su padre y un sentido de lo formal originado en firmes preceptos familiares, pese a que su niñez no había sido lo que él hubiera soñado.

Su padre, Miguel, aquel hombre sigiloso y distante, mayor que su madre, un poco hosco y siempre trajeado, que apenas si nos hablaba cuando íbamos a tomar la leche luego del colegio, parecía estar de forma permanente en medio de un gran problema. Su expresión se correspondía con la de alguien atribulado por fuerzas superiores que lo arrinconaban y sometían. Solía escuchar la transmisión radial de la lotería o los resultados de las carreras de caballos fumando sin cesar, y desaparecía semanas enteras por viajes de negocios. Mitad en broma, mitad en serio, Esteban afirmaba que su padre pertenecía a una organización secreta “que comerciaba con el trasmundo”. Los hermanos de Esteban, todos mayores que él, le revisaban el portafolios, pero lo único que encontraban era restos de comida rancia, listas de clientes de una barraca de lana, horarios de trenes y la página hípica del diario, llena de anotaciones. El hombre era un jugador o, más específicamente, un ludópata.

—Su suegro, el constructor, lo llamaba por el apellido y lo trataba de usted, cosa que a mí siempre me daba un poco de extrañeza, hombre —evocó Ariel, al que el cansancio le había acentuado el tono hispano al hablar.

—La madre era distinta —evoqué, porque el recuerdo de Ariel convocó los míos, más o menos contemporáneos. Me vi en la cocina que daba al patio trasero de la casa de Esteban, un lugar amplio que siempre olía a condimentos y a verduras hervidas. Los tazones de café con leche humeantes y las mandiocas recién traídas de la panadería parecen formar parte de una escenografía. La madre de Esteban, joven, canturrea una canción de moda en esa época —no puedo recordar cuál era—. Su voz es profunda y a la vez tersa, como después será la de Esteban cuando diga sus parlamentos de actor en ciernes o describa proyectos fabulosos a las cuatro de la mañana. Canta la madre de Esteban y los tres, en especial Ariel, miramos con arrobó cómo entrecierra sus ojos y parece que se cantase a sí misma, como si necesitara esa melodía para encontrar cierta plenitud. Mientras canta no deja de deambular por la cocina, ocupada en detalles del orden y la limpieza. Al moverse, un perfume inconfundible se desprende de ella: las cremas que usa para suavizar su piel la envuelven en ese aroma fresco y a la vez íntimo que flota en su baño. Jamás huele a verduras o a condimentos y menos a detergentes de limpieza.

—Rosalía, qué guapa que era —recuerda Ariel y tal vez apela a la misma tarde y a la misma canción. Los hijos no le decían “mamá”, la llamaban por el nombre. A ella le gustaba, se sentía más próxima al mundo de sus cuatro varones, como una hermana mayor. Su debilidad era Esteban, claro, el más chico y el más parecido a ella.

—Dime, Marcelo, ¿cuánto hace que se murió Rosalía? —me pregunta Ariel.

—Creo que más de diez años —calculo, pienso en los mojones de muerte que se entreveran y nos confunden—. Sí, como diez u once años —confirmo y de golpe todos quedamos callados en

las horas inciertas que preceden al velorio de Esteban. Ariel me mira y sonrío: una extraña juventud lo envuelve en ese gesto que todavía puede armar sin menoscabar el original. Enseguida se cambia de sitio, arrastra una silla hasta quedar junto a mí y me susurra al oído:

—Más que guapa, estaba buena.

Todavía queda lascivia en esa confesión de Ariel, que posiblemente reconstruya aquel primer fin de semana de verano en Calais, con Rosalía tomando sol en dos piezas mientras nosotros — Ariel y yo— inventamos pretextos para no ir hasta la costa. Es el cuerpo sensual de esa mujer que nos ha visto crecer y despertar al deseo el centro de nuestros sueños de entonces. Un cuerpo grande para nuestra altura a esa edad y de contornos definidos, redondos y a la vez esbeltos. Rosalía tenía algo de actriz de cine, que convivía con su aire maternal y una extraña alianza con la pereza y la languidez. Al moverse, siempre había algo de felino y de elegancia natural en ella, una condición desinhibida que nosotros, quizás, apreciásemos al compararla con nuestras madres. La libido se nos disparó al verla por fin sin los sencillos vestidos de entre casa o los *tailleurs* sobrios que guardaba para las ocasiones. Después, jugando al vóley —entre todos los varones, la única mujer— o pedaleando en bicicleta delante de nosotros por las tranquilas calles del pueblo, Rosalía nos hizo cometer el pecado, nunca confesado, de excitarnos con la madre de nuestro mejor amigo.

—Pero crecimos y ella envejeció —agrega Ariel, que sabe lo que estoy pensando y me absuelve de todo eco de vergüenza, de toda culpa que la edad no hubiera justificado. Pese a la reflexión de Ariel, no es la Rosalía envejecida la que evocamos: es la joven la que pervive, la inquietante inspiradora de las fantasías más tórridas y la iniciadora involuntaria de nuestra temprana sexualidad.

En la enésima ronda de café, nuestros semblantes parecen una máscara. Desde el este y tras la lluvia asoma la claridad cenicienta del lento amanecer invernal y la luz del día empieza a teñir de a poco los ventanales vidriados de la avenida que desemboca en la rambla. Nos miramos con el asombro receloso de estar juntos y sin Esteban, cada uno con recuerdos compartidos o personales. Luego de la búsqueda estamos salteándonos explicaciones y esquivando teorías. Adriana ha sugerido ese operativo rescate para unas fotografías que Esteban ha dejado como las migas en el bosque de los personajes de la fábula. No nos consta que eso sea decisivo, pero Adriana nos convence de la necesidad del gesto:

—Hace poco más de dos años nos encontramos en un ómnibus que viajaba desde Salto a la capital. Yo venía de un congreso turístico en el Hotel Horacio Quiroga; él, de visitar unos campos que el suegro iba a comprar. El ómnibus salía a medianoche y yo estaba ya en mi asiento cuando Esteban apareció en el pasillo. Lo reconocí enseguida, pese al tiempo sin vernos. Llevaba un bolso de mano y tenía un yeso hasta la mitad del brazo. Cuando estuvo junto a mí, buscó el número de asiento y entonces me miró. Al principio dudó o vio una mujer que remotamente se me parecía, pero al final sonrió: íbamos a viajar juntos, porque el asiento libre junto a mí era el que había comprado Esteban. Nunca dejan de asombrarme algunas coincidencias, como si alguien muy retorcido las armase sólo para divertirse. Imaginar un viaje de casi seis horas en compañía de Esteban era lo último que esperaba esa noche. Nos saludamos con un breve beso en las mejillas; él dudó todavía en sentarse. Miró bien el boleto por si había un error, pero no lo había. Metió el bolso en el portaequipaje sobre el asiento y todavía de pie, me mostró su yeso. Me explicó que se había fisurado una muñeca jugando al *rugby* de veteranos y que así no podía manejar. De ahí el regreso en ómnibus. Finalmente se sentó y nos miramos en silencio y sin que ninguno sonriese. No recuerdo cuánto hacía que no nos veíamos, pero tengo claro que el último Esteban que había visto no se parecía al que acababa de instalarse en el asiento de al lado. Me pareció que estaba más gordo, menos seductor, quizá de vuelta de muchas cosas. Rápidamente me explicó que había venido un par de días a liquidar un negocio y se volvía cansado y con la jaqueca que siempre le daba por comer cordero. Me preguntó qué hacía y para qué había venido “al Salto”, como dicen los viejos patricios del lugar. Le hablé del congreso y que todavía trabajaba en el negocio de los viajes. Él me resumió en tres frases su presente y en todas hubo una nota de hastío, de desencanto. De a poco, tanteándonos en cada comentario, empezamos a armar una conversación. Al principio sin saber muy bien hacia dónde encauzarla, eludiendo, claro, aquellos temas pesados del ayer, mientras el ómnibus empezaba a acelerar a medida que iba dejando atrás los suburbios de la ciudad. Veníamos de tiempos y realidades distintas y nos juntó una extraña coincidencia para la que ninguno estaba preparado.

—En realidad venían del pasado —comenta Ariel, que posiblemente aún sienta celos retroactivos, los mismos que acaso podría sentir yo y que habían enturbiado su relación con Adriana: la sombra de Esteban ya casado y entregado al progreso y la ascensión.

Adriana capta la alusión, pero la desvanece en un mohín de lástima o incredulidad:

—De donde sea, pero estábamos allí. Hablamos de lo obvio y merodeamos confesiones

incumplidas, como tanteando quiénes éramos. Fue una charla lenta, llena de silencios y sobreentendidos, que por momentos me fastidió. Esteban me pareció extraviado y sin alma, hasta que me habló de una mujer más joven que él, holandesa, que trabajaba como fotógrafa *free lance*, de su novio inglés que consumía hachís, de un hotel en Tánger y un viaje al desierto. Una mujer joven y decidida que lo cautivó como nunca le había pasado. Había conocido a la pareja en un restaurante de París, el verano siguiente a la Guerra del Golfo. Otro viaje de negocios, otra casualidad. La holandesa había estado en Bagdad y luego en Ryad, siempre acompañada por el inglés. En algún momento de los días de París, el novio de la fotógrafa se tomó un avión a Londres y los abandonó sin dar explicaciones. Todo muy novelesco o cinematográfico, razón de más para que Esteban se enganchara.

—Bowles, Durrell —acotó Ariel, siempre echando mano al mundo paralelo que ofrece la literatura. No sabíamos nada de ese viaje y de pronto estábamos allí, asomándonos un poco más al misterio, conducidos por Adriana.

—Esteban me resumió aquella experiencia — continuó Adriana— con frases cortas e inconexas. Habló del desierto como de “un paseo por los límites, una excursión al otro lado: tiene algo místico y alucinante, pero también una sustancia malévola que sin que te des cuenta te doblega, te subyuga”. Esas fueron sus palabras exactas, las únicas coherentes que puedo recordar. Quería y no quería hablar de ello, pero era evidente que lo había trastornado o que, a un nivel profundo, ya no era el mismo desde entonces. “Nunca vayas al desierto”, repetía e intercalaba evocaciones de los tiempos del grupo o me mostraba fotos de sus hijos. En determinado momento acercó su cara a la mía, para hablarme al oído, y pude sentir su aliento: había estado bebiendo y eso explicaba las dificultades para hablar. Entonces dijo una palabra que no entendí, un nombre extranjero, creo. Pienso ahora que el brazo fracturado se debía a que tal vez se había caído por estar bebido. Finalmente se durmió y no se despertó hasta que llegamos a la Terminal. Antes de que bajáramos me dijo: “Lo que te conté es un secreto y más vale dejarlo así”. No hubo promesas de vernos. Mientras yo esperaba que bajasen mi equipaje de la bodega del ómnibus, él desapareció. Así, sin despedidas ni gestos amistosos. A veces pienso que toda esa conversación la soñé. Fue la última vez que lo vi con vida.

—Tengo entendido que usted fue el primero en llegar al chalé —comentó el hombre, con un tono casual, aplomado. Sergio asintió en silencio y lo miró por primera vez con interés.

—¿Cuál es el problema? —dijo y buscó las miradas del grupo, alguna señal sobre qué cosas admitir y cuáles negar.

—Espere, déjeme aclararle algo: esto no es oficial. Yo ya estoy casi jubilado y vine como amigo de la familia de Esteban. Conocí a su abuelo y trabajé para él. Cuando se construyó Calais yo era un niño y ya trabajaba de peón de albañil. Después, de grande, entré de policía porque la construcción no me gustaba. También fui sereno en los depósitos de don Lorenzo. Ahora tengo un cargo de oficina y vivo en la Ciudad de la Costa. Y contestando a su pregunta: el problema es que a lo mejor muchas cosas no están claras en este asunto y tal vez hubo apuro en zafar de los trámites, por más que los motivos estén justificados.

—Entiendo, ¿y qué quiere saber?

—Ramón necesita estar seguro sobre ciertos detalles —informó el hombre y bajó la mirada y el tono de voz—. Además, no quiere que la viuda y los hijos se enteren de mi gestión —aclaró con un dejo cómplice, servicial.

Intuyendo problemas, me acerqué a terciar en el posible interrogatorio. Me presenté. El hombre me estrechó la mano, sonrió. Tenía el *physique du rôle* perfecto: bajo, un poco achinado, el pelo corto y la condición de sexagenario, bien llevada. Se adivinaba un pasado en Hurtos y Rapiñas y el comercio ambiguo con un mundo de fronteras difusas. Podía estar aburriéndose en un escritorio, pero no dejaba de ser un policía. Dijo llamarse Nelson Garín y estar apenado por el nieto de don Lorenzo. Si alguna vez había estado en Calais, yo no lo recordaba.

—Todos estamos muy afectados —dije y Sergio asintió, mirándome como cuando hacíamos pareja en los partidos de truco. Más que una señal para el juego, buscaba la complicidad de una coartada. Yo no estaba demasiado tranquilo sobre la coherencia de su versión, aunque por el momento era la única que teníamos. La media hora de diferencia entre su llegada y la de Ariel e Irene se debió a la moto y a su corazonada de que era Calais la parada final de la huida.

Garín sonrió con un rictus autómatas y sacó del bolsillo de la campera una libretita. Enseguida consultó unas anotaciones hechas con una letra pequeña y escolar.

—Por lo que me informó Ramón, lo encontraron como a las once, ¿verdad? —inquirió Garín, concentrado en sus garabatos.

—Eran las once menos diez —aclaró Sergio.

—Cuando usted llegó, ¿qué vio exactamente?

—Primero vi el auto, abierto y con los vidrios bajos, pese a que llovía. Después intenté entrar. La puerta principal de la casa estaba cerrada, así que di la vuelta por el sendero que rodea el chalé y llegué hasta la puerta de la cocina, la que da al jardín trasero. Estaba abierta y la luz del comedor estaba encendida. Entré y lo llamé a Esteban en voz alta, dos o tres veces. Me pareció que todo era normal y no vi señales de que nadie hubiera comido. Luego salí al vestíbulo que comunica con el estar principal y volví a llamar más fuerte. Nadie contestó. Entonces subí a la planta alta. No me pregunte por qué no revisé el living. Fue como un impulso irracional. Llegué a

uno de los cuartos. La planta alta estaba oscura. Pisé algo, papeles o bolsas de celofán y me parece que un murciélago o una mariposa me tocó la cara. Busqué la llave de luz y la encendí. Enseguida lo vi junto a una de las camas: estaba boca abajo en el piso, todo sucio y mojado y totalmente inmóvil. Olía a vómito y a humedad. Grité “¡Esteban!” y me agaché para darlo vuelta. Tuve que hacer fuerza y, cuando logré ponerlo de espaldas, me di cuenta de que estaba muerto. Supongo que ahogado con el propio vómito. Después vi los blísteres vacíos, qué sé yo, como treinta y cinco pastillas o más debió tragarse. Tenía un pie descalzo: ese detalle me impresionó. El pie desnudo y sucio. Y la ropa, a la miseria. Su ropa cara, totalmente embarrada y como si se hubiera revolcado en un chiquero. Lo sacudí un par de veces y traté de reanimarlo con masajes en el tórax, como se ve en las películas. A ver si me entiende: yo soy simplemente un músico y de repente me encuentro con un desastre, un tipo a la miseria, un amigo que se quebró.

—Entiendo —dijo Garín y guardó la libretita—. ¿Y qué hizo después? —reanudó el cuestionario, metódico y atento a nuestras miradas.

—Traté de tranquilizarme. Por el celular me comuniqué con Ariel e Irene, amigos de Esteban. Creo que ellos le avisaron a Mónica. Por suerte estaban cerca porque habían pensado lo mismo que yo y ya venían por la ruta en el auto de Irene. También llamaron a la Emergencia Móvil. Luego busqué una manta en uno de los roperos y tapé el cadáver; bajé y salí al jardín a esperarlos. Ya no llovía.

—Por lo que me dice, no hay nada que no encaje —reflexionó Garín y me miró buscando un gesto de aprobación de mi parte. Yo repasaba mentalmente los hechos que había referido Sergio y no encontraba anomalías o contradicciones con la primera versión. Iba un poco más atrás, como rebobinando la historia y me veía en mi departamento, días antes —ya no podía precisar si dos o tres—, atendiendo la llamada de Irene, su voz remota y cautelosa invocando mi apellido y luego mi nombre. Mis hábitos de solitario se habían consolidado mucho tiempo atrás, luego del divorcio, y una llamada de ese tenor y a esa hora me descolocaba y me repetía la película del tiempo. Habían pasado años desde la última vez que hablamos y no encontraba el nexo entre la voz y su correspondiente rostro, mientras sus palabras referían una desaparición, la urgencia de una reunión del grupo, el pedido de Adriana —lo cual me pareció obvio, inevitable—, de encontrarnos para actuar, dar una mano en la búsqueda de nuestro amigo Esteban.

—Me pregunto —planteó Garín— qué llevó a este hombre a cometer esa barbaridad. El hermano cree que algún problema económico o sentimental. ¿Eran muy amigos, ustedes?

Ariel ha sostenido siempre que el ingreso de Sergio al grupo fue un capricho de Esteban, una debilidad de su época de *disc jockey*. Entonces organizaba bailes estudiantiles y explotaba una discoteca, emulando a Nolo Mainero. Estaba en primer año de la Facultad de Derecho y tenía una camioneta Fordson, en la que acarreaba sus bandejas, baffles, amplificadores y cajas de discos. Era su primera actividad lucrativa independiente, porque antes había trabajado algunos veranos en la heladería de su tío Adolfo, en el barrio La Comercial. La camioneta se la había comprado Rosalía, invirtiendo unos pesos que le había dejado la venta de unos terrenos de la familia. Los hermanos de Esteban veían esa ocupación como algo raro o estrafalario, ya que ellos estaban orientados hacia las actividades rurales, la veterinaria y la explotación de un tambo en la cuenca lechera.

Pocos años antes, el rocanrol había empezado a sonar en radios y en bailes bajo el influjo de Elvis Presley y, más tarde, de sus émulos más próximos como los mexicanos Teen Tops o el argentino Rocky Pontoni. Todavía los Beatles no habían aparecido sobre el horizonte, pero desde que vimos aquella película en blanco y negro, *Blackboard Jungle*, comenzaron los incipientes intentos de pasar de las rutinarias orquestas “típicas” o de *jazz* a los rebeldes acordes del *rock*. También importamos la *bossa nova* y el *twist*, sobre todo cuando aquel negro mofletudo llamado Chubby Checker colmó un estadio de básquetbol para enseñarnos a gastar las suelas con su ritmo. En todo eso, Esteban entrevió una oportunidad: la posibilidad de ganar dinero con ese indefinido escozor que alguien había bautizado como “nueva ola” y que no era otra cosa que una manifestación incontestable de imperialismo cultural. Así veía el fenómeno Ariel, que de un día para otro se había hecho marxista y establecía categorías para todo a partir del descubrimiento de palabras como “superestructura” o “plusvalía”. En ellas había encontrado otro reducto de la fe y la posibilidad de realizar el paraíso del cielo en la Tierra. Los misterios de la santísima trinidad, la consustanciación y los sacramentos enseñados por los curas, habían dado paso a las certezas de la lucha política y al trabajo de la militancia. Lo básico seguía siendo la creencia en algo trascendente y en tener claro dónde estaba el bien y dónde el mal. Para él, esa música frenética y un poco salvaje era otra forma de dominación, otro mecanismo de ocultamiento de la verdadera esencia de las cosas. Pero pese a esa visión y a su interés por el materialismo dialéctico y la liberación de los pueblos, igual podía ayudar a Esteban los sábados a la noche en la instalación de sus equipos de amplificación y discutir sobre cuál versión de “El rock de la cárcel” era mejor, si la de Bill Halley y sus Cometas o la de Elvis. En aquel país de entonces habían comenzado a coexistir la liberación por la música y por la utopía revolucionaria.

En uno de esos bailes, Adriana y Esteban se conocieron. Fue un flechazo instantáneo que se inició con el inocente pedido de ella para que pasase una canción que le gustaba. La solicitud no pudo cumplirse porque en la discoteca de Esteban ese disco no existía —y por años en el grupo se discutió cuál había sido el tema—, con lo cual el *disc jockey* sintió una cierta sensación de fracaso. No es el momento ahora de evocar la relación surgida esa noche, ni la forma en que a partir de entonces íbamos a involucrarnos Esteban, Ariel y yo con una chica que era una versión vitaminizada de la Jean Seberg de *Sin aliento*.

Obsesionado por el disco faltante o no previsto, Esteban entrevió una mejora en su negocio y concluyó que el ambienteailable ideal solo se lograba incorporando una orquesta que actuara en vivo. Los bailes importantes funcionaban así y el mundo de la nueva ola ya ofrecía formaciones que desde el *jazz* más tradicional se animaban a cantar “La plaga” sin desentonar. Fue así que apareció Sergio. Era músico desde chico y tocaba en el Hot Club con su padre, que era pianista y vendedor de lotes en el Delta del Tigre, sobre el río Santa Lucía. Sergio también había captado los cambios que se estaban produciendo en los gustos musicales y en las costumbres sociales y había armado un grupo “moderno” para tocar en el verano en los balnearios cercanos a la ciudad. Pese a que era muy joven —no más de dieciséis años— congenió de inmediato con Esteban quien, manejando su intuición para el negocio, contrató a la novel orquesta para dar un nuevo giro al negocio. Tanto Ariel como yo le advertimos al *disc jockey* que los *Silver Jets* —ese era el nombre obviamente inglés del grupo— obtenían una pobre afinación y un precario sonido, lleno de acoples eléctricos y aullidos torpes. Pero Esteban no tomaba en cuenta nada de eso: le fascinaba la personalidad de Sergio, su fría y calma determinación para negociar el contrato, su jopo en estricta consonancia con la campera de cuero y los lentes Ray Ban, la facilidad para estar siempre bronceado y un coincidente gusto por la poesía de Rimbaud.

Evoco todo esto ahora a propósito de la pregunta de este milico que ha aparecido. Nos ha interrogado sobre si éramos muy amigos nosotros. Claro que lo éramos; pero con Sergio hubo un vínculo mucho más profundo que el que existía con Ariel o conmigo. No soy capaz de explicarlo. Con Sergio no hubo juramentos de sangre o escapadas a dedo. No hubo la miedosa antesala durante la primera visita a un prostíbulo, más nerviosos que excitados, o los lentos amaneceres frente al Hotel Rambla’s, fumando americanos con filtro mientras los efectos del último trago de ginebra con Coca-Cola se diluían en bostezos, en risotadas desganadas, en comentarios sobre las citas conseguidas para el domingo a la tarde. Ahora puedo entender por qué Sergio fue el que llegó antes a Calais y por qué nosotros, rezagados desde siempre, solo encontramos un bulto tapado, un asunto concluido.

—Este tipo tiene pinta de represor —afirmó Adriana—. Seguro que apretó a más de uno en interrogatorios políticos. ¿Qué carajo busca? No sé por qué, pero su cara la conozco.

Desde que había estado detenida una semana en 1972, bajo estado de sitio y luego de ser arriada durante una pegatina, Adriana creía ver en cada policía un posible torturador, un enemigo, alguien responsable de aquellos días signados por el infame aparato represivo. Entonces militaba en un grupo de izquierda con afinidades pro chinas, lo cual podía crear asperezas en la relación que ya mantenía con Ariel, afín a Moscú. Cuando la liberaron, gracias a un buen abogado que tenía contactos políticos, se recluyó un tiempo en la casa de sus abuelos en Trinidad y unos días antes del golpe de Estado de 1973, se escaparon con Ariel a Buenos Aires. Para entonces, Esteban y Mónica tenían ya dos años de casados, pero ningún hijo. Poco más de un mes después de la boda, Mónica había perdido su embarazo de cuatro meses.

“Ni siquiera fue capaz de conservar el pretexto en la barriga”, había dicho Adriana con desdén cuando Irene le contó. Pudo así descubrir un nuevo significado en aquel cínico discurso de Esteban, en las resonancias de sus argumentos prácticos y en el afán de parecer calculador y canalla. De alguna manera, la resolución de aquella historia reivindicaba a Esteban y lo rescataba para su corazón, dispuesto a perdonar. Siempre había sido una sentimental y, desde esa perspectiva, Ariel fue solamente una transacción con su despecho y una obvia búsqueda de olvido. Ambos sabían que si estaban juntos era, también, por causa de Esteban, que los había hecho bailar con su música, como antes en los bailes del Club Húngaro o en los cumpleaños de la confitería La Liguria. Para Ariel, Adriana había sido la posibilidad de un rescate moral, una forma de salvación y, a su vez, gracias a él, la musa pudo escapar de las manos pequeñoburguesas de Esteban, de su futuro de “otra” inexorable, de excrecencia del pasado que iba a continuar adherida para siempre a las artimañas del incurable manejador. Tal vez por todo eso la relación entre Ariel y Adriana duró tan poco, porque más que una pasión había sido un proyecto político.

“Y entonces, qué dejás para mí”, pensó o dijo Irene, que desde la primera reunión con el grupo de teatro había quedado atrapada por la involuntaria seducción de Esteban, su forma de moverse o de quedarse callado, sus *jeans* gastados en una época en que casi nadie los usaba así. Y sobre todo, la manera sombría de instalarse en cualquier espacio, casi como un retrato en claroscuro, tomando paulatinamente densidad o volumen a partir de su voz grave y tierna a la vez, una voz apta para decir parlamentos de Chéjov o Arthur Miller y sonar convincente.

Pero como todo en Esteban, el teatro pasó rápidamente o en realidad nunca le interesó de veras. Tal vez fue una manera de “hacer algo”, como solía decir, esa facilidad para imponerse planes repentinos o baladíes a impulsos de lo que él llamaba, con cierto desencanto, “el soplo de lo posible”.

Dentro de ese soplo nunca hubo un asomo de seducción hacia Irene. No porque ella no le pareciese atractiva o no congeniasen en sus gustos. Según Irene, Esteban la adoptó como la hermana que no tuvo y como su primera verdadera amiga. Él, que nunca había creído en la amistad entre los sexos opuestos, fue capaz de entregarse a ella desde una dimensión que jamás incluyó la obligación de llevarla a la cama. Sencillamente, esa compulsión que era capaz de experimentar

con otras mujeres, con Irene no lo asaltaba. Prefería hablar horas sobre cine o literatura o describirle sus proyectos. Eran conversaciones narcisistas, en las que Esteban explayaba su afán por oírse decir en voz alta frases salidas de una novela de la “generación perdida”, un compendio de arrogancias disfrazadas de sinceridad, de lugares comunes sobre la época o la política, de vanidosas referencias a su todavía no demostrado talento y de tortuosas quejas sobre el desastre de un hogar sometido a los vaivenes económicos.

“Lo peor que hice en mi vida fue escucharlo”, dice Irene cada vez que evoca aquellas tertulias en el café Facal, cuando era incapaz de rechazar una sola de las invitaciones de Esteban, esperanzada en que en alguna pausa del monólogo él descubriese su mirada, los botones desprendidos de su blusa o la manera lenta de cruzar las piernas. Pero Esteban no la veía, sólo era capaz de enfocar hacia ella su ego necesitado de público.

“Y, en segundo lugar, responderle exactamente lo que él quería oír” —asumió Irene, hasta que un buen día lo borró de su vida: se recibió de arquitecta, consiguió una beca en Canadá, se casó, se divorció, se volvió a casar y sobrevivió al cangrejo. Si se quiere, una vida lejos de Esteban.

Se había resuelto realizar un velorio breve, ya que el cuerpo fue entregado a la funeraria alrededor de las cinco de la mañana. El trámite con la empresa estuvo a cargo de Ramón y el hijo mayor de Esteban. Por lo que ellos mismos comentaron, cuando llegaron Esteban yacía en el ataúd redondeado, color roble claro con manijas de bronce. Estaba en un sector privado de la empresa velatoria, y lo flanqueaban dos funcionarios que tal vez sentían orgullo del buen trabajo de limpieza llevado a cabo, ya que el rostro del muerto no tenía trazas de barro o vómito. Su perfil asomaba de la mortaja blanca y apenas lo vieron, fue Lorenzo quien sugirió cerrar el cajón para el velatorio. “De cualquier manera, ese ya no es mi padre”, dijo con rabia contenida. Su tío aprobó esa decisión, que había sido tradicional en la familia, enemiga de los fastos y exhibicionismos de la muerte. Así habían sido velados Miguel y Rosalía y antes don Lorenzo: sin posibilidad alguna de ser escrutados por la obscena curiosidad de los vivos.

Una vez aprobados los detalles, se armó rápidamente el velorio en la planta baja de la casa y se estipuló el sepelio para las cinco de la tarde en un cementerio privado de las afueras de la ciudad. Ni siquiera hubo tiempo para publicar avisos mortuorios y los familiares —pocos— fueron enterados por lacónicos llamados telefónicos realizados por los hermanos de Esteban. No obstante, como siempre ocurre en estos casos, llegó más gente a saludar de lo que razonablemente podía esperarse, entre ellos el policía Garín.

—¿Cuántos días habían pasado desde la desaparición? —me preguntó el antiguo albañil, intuyendo en mi amabilidad un signo de colaboración. Ahora estábamos ante la estufa, donde una hora antes Irene había sollozado y Esteban aún miraba la liebre abatida. Yo había logrado apartar a Garín de la nerviosa animosidad de Adriana, y Ariel empujó a Sergio a tomar café en la cocina.

—No lo sabemos exactamente —dije con sinceridad—. Esteban había viajado por negocios a Miami y luego, tras su regreso, no volvió a su casa. O mejor dicho: pasó un mediodía, dejó la valija del viaje y la cambió por un bolso de mano en donde metió unas pocas pertenencias. No vio a nadie de la casa, salvo a la empleada. Dejó dicho que se iba a Buenos Aires, también por negocios. No lo hizo, pero ese día y el siguiente, la familia creyó que estaba en el Sheraton de Retiro, donde se alojaba siempre. Se había llevado su viejo Volkswagen, y pensaron que estaba en el estacionamiento del aeropuerto, hasta que hace tres días lo encontraron abandonado muy cerca de aquí, con una goma pinchada. Fue entonces que Mónica se preocupó.

—¿Recién entonces? —cuestionó Garín, intentando expresar asombro.

—Mire —le aclaré—, hasta donde yo sé, las relaciones en esta familia estaban en estado de emergencia, por decirlo de alguna manera. Parece que cada uno hacía su vida, a pesar de vivir bajo el mismo techo. Esteban era de viajar mucho, tengo entendido.

—¿Qué sabe, concretamente?

—Poco, hacía tiempo que no nos veíamos.

Garín se agachó para encender un cigarrillo en la estufa. Alargó su mano y apoyó el cigarrillo contra una brasa y luego se lo llevó a la boca para darle una larga calada.

—Por lo que me dijo Ramón, usted y otras personas participaron en la búsqueda. ¿Alguien se los pidió?

Era una buena pregunta. De hecho, la que había dado la voz de alerta había sido Adriana. Venciendo el antiguo encono, Mónica la había llamado y le había contado sobre la ausencia, el falso viaje a Buenos Aires, el auto abandonado y una extraña llamada desde un teléfono público, en la que Esteban le anunciaba que no lo esperaran para la cena. También le comentó lo desmejorado que estaba su marido, que había perdido varios kilos y se había dejado crecer la barba. La llamada y las confesiones no tenían sentido luego de todo lo que había hecho para que Esteban nos sepultase en el pasado. ¿Le había contado Esteban aquel encuentro con Adriana en el ómnibus? ¿Por qué no llamó a la policía?

—Nadie nos pidió nada —respondí, fastidiado y con ganas de darme vuelta y no seguirle el juego al cargoso de Garín—. Éramos sus amigos desde siempre.

—¿Y los hermanos, los hijos, sus empleados de la empresa, la esposa, no intervinieron?

—Ahí tiene, para eso están los amigos.

Garín dio otra pitada al cigarrillo y movió la cabeza en un gesto contrariado. Sacó otra vez la libretita y revisó sus anotaciones.

—A ver si soy claro —puntualizó, en un arranque levemente iracundo, casi prepotente—: yo estoy preguntando cosas porque Ramón me lo pidió. Al finado sólo lo recuerdo de chico, allá en Calais, tirándole hondazos a las torcazas o viniendo del arroyo con todos los aparejos enredados. En verano yo le hacía trabajitos a don Lorenzo y la familia me apreciaba, pese a que ya era milico. Pero eso ahora no viene a cuento. Mire qué problema: lo primero que hago, cuando Ramón me avisa hoy de mañana, es tirarme hasta el chalé. El hombre me dijo: “No pierda tiempo, Garín, contrate un remise que lo lleve y me pasa los gastos. A la vuelta se viene en el auto de mi hermano, que quedó allá. Adentro del contador de luz hay un juego de llaves de la casa”, me aclara. Así que esta mañana me largo hasta allá y le pido al chofer que meta fierro. No sé qué voy a encontrar y lo peor es que tampoco sé qué tengo que buscar. Para colmo, cuando llegué ya estaba todo el pescado vendido: habían limpiado totalmente el lugar de los hechos, habían cerrado la casa y habían movido el auto del muerto para estacionarlo mejor, dejándolo con las llaves puestas. Ahora se me ocurre que fueron ustedes, los amigos. Además, el Honda estaba sin un roce, sin nada que indicase que su chofer estuviera en problemas, o que manejara nervioso o descontrolado, ¿raro, no? Como también me pareció raro que estuviera con ese auto que, por lo que me informaron, lo guardaba en la casa. Pero averigüé: lo había dejado en el estacionamiento del aeropuerto, antes de irse a Miami, ¿no? Después lo recogió y se lo llevó, pero no de nuevo hasta la casa. Pudo dejarlo en la calle o en otro garaje público y después, cuando abandonó el Volkswagen, volver a usarlo. No cuadra con alguien que esté alterado todo ese cambio de vehículos. O a lo mejor sí. Yendo a lo de hoy de madrugada, como se imaginará, en estos meses por allí casi no vive nadie, ¿verdad?, así que no hay vecinos a quienes preguntar sobre nada. O sea que fui hasta el chalé al santo botón. Igual di una vuelta y revisé el jardín y toda esa ruina de las cocheras y la cancha de tenis. Después entré y estuve un rato en la casa, miré en los armarios y revisé las camas. Abrí cajones, por si había algún mensaje del finado. Todo en orden y como recién barrido. ¿Raro, no?

Lo miré fijo a Garín y me sentí incómodo, tenso. Su manera de decir “raro” era insidiosa. Hizo una pausa para consultar otra vez la libretita y siguió con su relato:

—Aquí no hay nada más que hacer, me dije; cerré todo y despaché al remise. Entonces me dediqué al auto, ese Honda nuevito. No vi detalles que me llamaran la atención. Cuando regresaba y estaba llegando al peaje, paré, me bajé y pregunté en la oficina qué empleados habían estado trabajando en el turno de la noche anterior. No sé por qué lo hice, pero uno a veces tiene

corazonadas, ¿vivo? Además, en el piso del auto había encontrado el tique: tenía la hora y la fecha del día antes. El finado había pasado por allí a las 21 y 23, o sea una hora y media antes de que ese amigo suyo lo encontrara. Ya de vuelta en la ciudad, hace un rato nomás, pude localizar por teléfono a los dos funcionarios que estaban a la hora que el finado pasó. Uno de ellos no me quiso ni atender, me colgó. Probé con el otro y antes se me ocurrió: le dije que era una averiguación oficial y que en el Ministerio me habían dado su nombre y teléfono para que lo llamase. El tipo no pudo hacerse el “fesa”, como decíamos antes. Y ahora le termino el cuento. Le hablé de la hora, le describí el auto, el Honda azul, nuevo. Piense, en un día de semana a esa hora y con esa nochecita no debía de haber mucho tránsito, ¿no? En fin, calculé que a lo mejor se acordaba del tipo, alguien que capaz que estaba un poquito alterado, o que venía muy ligero, no sé, cualquier detalle sirve. ¿Y sabe una cosa? El funcionario se acordó, ubicó el auto porque no hay muchos de ese color, ese azul, ¿verdad? El detalle: el tipo pagó con un billete de doscientos pesos y el funcionario demoró en darle el tique y el cambio. Cuando se lo da, el tipo manotea todo y en el apuro se le caen unos billetes, pero igual arranca y se va. El funcionario asoma su cuerpo por la ventanilla de la caseta para avisarle, pero el Honda ya está lejos. Hasta aquí todo normal, ¿no?

—Claro —respondí—. Pensé en Esteban apurado, todavía fuera de control, disparado hacia Calais como una flecha sin retorno. Qué podía importarle un vuelto: no sé todavía cómo pudo detenerse y tener la noción de que debía pagar.

Con gesto perplejo, Garín guardó otra vez la libretita y se rascó la barbilla. En sus ojos había un brillo de triunfo, una pequeña luz de inteligencia que había estado creciendo despacio con cada palabra de su relato.

—Sucedé —dijo por fin Garín— que el funcionario me comenta: “Cuando el auto arrancó yo les grité pero no me oyeron”. ¿Cómo?, pregunto, insisto en que me aclare. “Sí, les grité, pero no hubo caso”, repite el funcionario. ¿Quiénes iban en ese auto?, le digo al hombre. “Había dos personas”, me aclara. ¿Cómo eran?, pregunto. “El que manejaba creo que tenía barba y el acompañante, supongo que una mujer, iba envuelta en una especie de chal; estaba oscuro, no los vi bien”, dijo el funcionario. Entonces insistí otro poquito, pero ese ladrillo ya no daba más jugo. El funcionario vio demasiado: no va a estar acordándose de cada uno de los que pasan. Cuando Ramón pensó que había algo raro, no se equivocaba, ¿verdad?

La expresión del policía tenía un aire triunfal evidente. “Hice bien el mandado”, parecía estar diciéndome. Ahora van a tener que averiguar, me estaban gritando sus dientes amarillos y desaparejos desde la media sonrisa que me dedicaba. “¿Quién era la mujer del chal?”, me interrogaba con su mentón satisfecho y la postura ufana y suficiente que había hecho renacer desde sus tiempos en Hurtos y Rapiñas. Su mirada tenía una alegría inédita, como si Garín acabara de ganar un premio. ¿Quién limpió todo y para qué?, pensaba yo, si ninguno de nosotros lo había hecho. De alguna manera, nos estaba involucrando en algo más que en una búsqueda fallida o en la piadosa obtención de una coartada para la muerte firmada por un médico. El tal Garín parecía desarmar la estrategia de Adriana. Faltaba saber qué pensaba hacer con el pequeño detalle que había descubierto.

Cerca del mediodía comenzó a llegar más gente al velorio. Aparecieron los amigos actuales: los “amigos del éxito”, como los definió Ariel. Funcionarios estatales, empresarios colegas, los integrantes del directorio de las empresas familiares, algunos políticos y diplomáticos. Comparecieron ex secretarias, empleados de confianza, discretos personajes de las finanzas. Se dibujaron expresiones de asombro, de contrariedad, de incrédulo estupor. Se entregaron nuevas coronas con listones morados y letras doradas. Ariel sugirió que la nuestra —que no enviamos— debería haber tenido la inscripción “Tus amigos del pasado”.

Gracias a la confusión ocasionada por el incremento de visitantes, nos perdimos para Garín. Refugiados en el jardín de invierno que da a los fondos de la casa, improvisamos una urgente reunión evaluatoria. Referí mi conversación con el policía y llegué al tema crucial:

—Me parece que en Calais nos equivocamos.

—¿Qué pasa, qué querés decir? —respondieron todos a coro.

—Hay algo que no cierra y que este fenómeno de Garín descubrió. Esteban estaba acompañado cuando pasó por el segundo peaje rumbo a Calais. Parece que por una mujer cubierta con un chal. Para colmo, alguien limpió el lugar de los hechos y borró toda posible huella.

—Esperá —protestó Sergio—, hasta donde yo sé, nadie tocó nada. Después de que la Emergencia se lo llevó y Mónica y el hijo salieron detrás de ellos, cerramos la casa y nos fuimos. Lo único que trajimos fue el bolso que hoy le entregamos a Mónica. Nadie cambió nada de sitio. Ni siquiera limpiamos el vómito.

—¿Una mujer? —preguntó Adriana, perpleja—. ¿Cómo sabés eso?

—El comedido de Garín. Ya te dije: estuvo averiguando; habló con el que estaba en la caseta del peaje cuando Esteban pasó. Se acordaba del color del Honda. Iba acompañado por una mujer de chal. Ya no es tan claro lo del suicidio: ¿y si lo envenenaron o algo así?

—Por favor, Marcelo, no digas bobadas —protestó Adriana—. Lo que nos estás diciendo es que las cosas no son lo que parecen y que a Esteban alguien le metió pastillas con un embudo. ¿Es eso?

—Un disparate —intervino Sergio—, además, no veo en qué cambia las cosas que hubiera alguien más en el auto. Cuando yo llegué te puedo asegurar que no había nada más que un cadáver. Y no sé qué vio el tipo del peaje. Se aburren como perros en esas casetas y terminan imaginando cosas. Pero cuidado: ¿no será que el preguntón nos está haciendo alguna trampita? ¿No habrá largado ese bolazo para ver nuestra reacción?

—Mirá —dije, viendo en la actitud de Adriana y Sergio un nuevo acto defensivo contra el hecho central, la muerte de Esteban—: yo creo que todo es posible a partir de que ignoramos lo básico. ¿De qué murió realmente Esteban, o por qué se mató? No lo sabemos, y ahora creo que nunca podremos averiguarlo. Insisto: aun en la hipótesis de un suicidio y negando de plano la existencia de una mujer con chal, hay demasiadas cosas que no cierran en esta historia.

—Venga, Marcelo, qué propones, entonces. A ver, el abogado, qué recomienda —reclamó Ariel, que de repente había asumido un aire tenso, irritado y los años de exilio le afloraban en el habla. Invocar mi profesión era también admitir que a él tampoco las cosas le cerraban del todo.

—Lo hecho, hecho está —concluyó Adriana y buscó la aprobación de los demás. Con un gesto tierno se recostó en Sergio y le tomó la mano. Su expresión era la de una niña que había hecho una travesura y buscaba la indulgencia de los mayores.

—¿Qué suponés que haga el tipo ese con lo que averiguó? —preguntó Irene, con su habitual sentido práctico.

—No lo tengo muy claro —repuse con sinceridad—. No entendía bien por qué Garín me había contado su misión antes de hablar con Ramón. Quizá quería tantear hasta dónde nos involucraba la situación. Pero, en el fondo, yo sabía que Garín tenía razón y que había algo que no encajaba en la muerte de Esteban, algo que escapaba a la lógica y que me daba un cierto escozor en la piel, un malestar general indefinido que, sin otra forma de expresarlo, podía llamarlo duda.

—Creo que informará a Ramón: tal vez nos metamos en problemas —les advertí y un gran cansancio me invadió, una tonelada de interrogantes me pesó sobre la nuca y anhelé que nunca nadie me hubiera avisado que Esteban estaba en problemas.

—¿Quién limpió todo? —murmuró para sí Ariel.

Por ser el mayor de los hermanos, Ramón nos llevaba a todos más o menos cinco años y siempre lo vimos como alguien diferente y de otra generación, con otras ocupaciones y horarios. Era el más parecido físicamente a su padre, aunque no había heredado sus hábitos. Tuvo desde muy joven ambiciones concretas y alejadas de todo proyecto que incluyese el azar o el cambiante arbitrio de la actividad comercial. Se recibió muy joven de veterinario, se afincó en el norte del país y allí realizó su vida y su carrera. Se transformó en un individuo parco, que amaba los espacios naturales y los previsibles gajes de su oficio. No le gustaba vivir en la capital y sufría en las contadas ocasiones que debía ponerse una corbata. Su rostro siempre estaba curtido y rojizo y sus ropas —en el recuerdo que tengo de las veces que lo vi— olían a forraje, a factura de cerdo y a bosta. Se había casado con una maestra rural y habían tenido cinco hijos, dos varones y tres mujeres. Hoy algunos están en el velorio repartiendo consuelo a sus primos. Sentado ahora tras el escritorio que era de Esteban, mira al grupo con una forzada serenidad y juguetea con un reloj de cadena que baila entre sus dedos gruesos y rústicos. La incomodidad del obligatorio traje y la corbata oscura la sobrelleva con ese dejo de resignación que se asume con los años. Pese a sus esfuerzos, ha adquirido el mismo aire furtivo de Miguel, su padre, aunque no lleve los pronósticos hípicas en el portafolios y no deba dinero a los prestamistas. Puede decirse que la vida ha dibujado lo mismo usando pinceles distintos.

—Garín me ha comentado cosas que ignoraba —habla por fin Ramón, sin dejar de jugar con el reloj—. Tiene datos de horas, de extrañas limpiezas. Hay una mujer o alguien con chal. Ustedes fueron los primeros en llegar. Me gustaría saber qué opinan antes de hablar de esto con mi cuñada —agrega con una autoridad ceremoniosa y amable a la vez.

—Sabemos lo que ya te hemos contado —responde Ariel por todos. Lo tutea y recupera los años anteriores de trato, una posible familiaridad. Como siempre ha sido su costumbre, Ariel va de frente y no se amilana ante las dificultades.

—No tenemos nada que agregar —completa Adriana. De pie, junto a un mueble con puerta vidriada, Sergio parece absorto ante una colección de soldaditos de plomo. Ramón me mira y mueve lentamente la cabeza en una negativa, junta los dedos y deja resbalar el reloj entre sus manos. Es el reloj que usaba Miguel y que nosotros le escondíamos cuando, antes de dormir la siesta, lo dejaba sobre el aparador del comedor de la casa. Un reloj con doble tapa y en una de ellas la inscripción con la leyenda: *Tempus fugit, carpe diem*.

—Hacía mucho tiempo que mi hermano y yo no coincidíamos en nada —admite y baja la mirada, hace una pausa—. No obstante, cuando me llamó anoche Mónica y me dio la noticia, asumí la condición de primogénito, ¿verdad? Vine lo más rápido que pude y llegué cuando ya no había nada más que hacer. Ustedes ya lo habían hecho todo y debería estarles agradecido. Se preocuparon por buscarlo y al final pudieron dar con él. Y me asombra, también, que nadie, salvo ustedes, asumiera esa búsqueda. Mónica y sus hijos, algún colaborador cercano, por ejemplo, y, por supuesto, la policía. Por eso le pedí el favor a Garín, lo llamé de madrugada y le di instrucciones. Hizo bien el mandado, por lo que escuché. Ahora estoy más confundido que antes porque hay demasiados detalles que no entiendo, demasiados.

—Yendo al grano, ¿usted piensa que nosotros somos responsables por esos detalles, verdad? —terció Irene, que tampoco andaba con remilgos a la hora de enfrentar los hechos. Ramón sonrió por primera vez y me hizo una guiñada cómplice que me desconcertó.

—¿Qué puedo responder, señora? —dijo Ramón y armó rápidamente una expresión de perplejidad—. Yo estuve alejado de esta familia —hizo notar con un tono apenado—. De mi hermano más chico sólo tenía noticias esporádicas, algún comentario de Antonio o Santiago, mis otros hermanos, que a su manera también se distanciaron de Esteban, aunque no tengo claro por qué. Tal vez fuimos todos muy orgullosos, muy empeñados en lo que creíamos correcto. Desde que murió nuestra madre, hemos sido reacios a reunirnos. Siempre hubo problemas por herencias y particiones, es decir, asuntos materiales. Yo estoy en el campo y tengo pocos vínculos con la capital, salvo los de mis hijos que estudian y trabajan aquí. Entonces me encuentro con esta tragedia y me entero de que ustedes, con la anuencia de mi cuñada, han arreglado todo para que no se indague. Han sorteado la intervención de la justicia, la investigación de los hechos que culminaron con la muerte de Esteban. Además, el señor Garín, viejo conocido de la familia, descubrió otro detalle que por ahora no tiene explicación. ¿Cómo creen que puedo sentirme?

—¿Y nosotros, qué? —protestó Sergio y avanzó hacia el escritorio. En su rostro encendido había un temblor, las huellas de la noche y un dolor que había logrado abrirse paso y atravesar esa máscara impassible de su semblante habitual—. Simplemente hicimos lo que nos pareció mejor dadas las circunstancias, nada más —sintetizó con una inédita vehemencia. Él era el más autorizado para enfatizar y justificarse, para defender las decisiones que el grupo había tomado, porque había sido el primero en contemplar el desastre. No obstante, esa firmeza al defender su actitud me desconcertó. Ese énfasis, en Sergio, no era habitual. Incluso teniendo la razón. Su típica impavidez rara vez dejaba espacio al alegato encendido.

Ramón ensayó una negativa, no a lo dicho sino al tono empleado para decirlo. Parecía un hombre sujeto a obligaciones que lo superaban. Otra vez, la imagen del padre se me representó con nitidez. Podía recordarlo en una tarde que nos había llevado al campo a Esteban, a Ariel y a mí, aprovechando una visita comercial que debía cumplir. Ese día fuimos a un remate de hacienda y luego pasamos por un establecimiento en donde debía cobrar una comisión de una venta. Viajamos en una vieja camioneta Chevrolet con carrocería de madera. Cumplidos los trámites, tomamos por una carretera secundaria, polvorienta y serpenteante, llena de baches y prolongados repechos. Nosotros íbamos en la caja, comiendo sandía y diciéndole palabrotas a algún tropero que se nos cruzaba. Al cabo de un rato de corcoveos, llegamos a un llano que se extendía al pie de un cerro. Cruzamos una tranquera y viajamos a campo traviesa hasta un pequeño monte donde había caballos ensillados y gente reunida en pequeños grupos. Vimos damajuanas de vino y pequeños fogones. En un extremo del monte se divisaban otros autos y algún camión. “Esto es una penca”, dijo Esteban, y Ariel y yo no entendimos nada.

Miguel estacionó y nos pidió que bajáramos. Después fue por entre los grupos y realizó consultas. Alguien que lo conocía le mostró unos caballos y otra persona lo convidó con vino. Enseguida los caballos tuvieron monta y rápidamente se juntaron en torno a un individuo que sostenía un pañuelo rojo. Eran cinco los jinetes y los animales parecían nerviosos, ingobernables. “¿Cuál te gusta?”, le preguntó Miguel a Esteban, y nuestro amigo señaló un tordillo que resoplaba y se encabritaba dando círculos. Miguel aprobó la elección con una sonrisa y sacó un fajo de dinero del pantalón. Alguien golpeó sus manos para llamar la atención y los jinetes lo miraron. La mayoría llevaba gacho con barbijo y vestía bombachas con botas de caña corta. El que montaba el tordillo era el mayor y parecía indiferente al entorno. En vez de botas, calzaba alpargatas y una

boina negra de vasco. Tenía una cicatriz que le bajaba desde la frente hasta uno de los pómulos.

Pronto, todos estuvieron alineados junto al del pañuelo rojo. “No hay gateras”, observó Esteban, que parecía entender toda la situación, mientras su padre hablaba con un hombre grueso y de traje claro. Lo vimos entregar el dinero y recibir una especie de boleta anotada por el gordo.

Vimos esa carrera, que el tordillo perdió por muy poco, y otras tres o cuatro más, en las que el caballo de Miguel fue distanciándose definitivamente de la victoria. Cuando el sol se ocultó tras el cerro, nos volvimos. Ya había refrescado, por lo que viajamos los cuatro en la cabina. Miguel manejaba sin decir palabra, absorto en el camino. Nosotros teníamos una actitud contenida y nadie se animaba a realizar comentarios. Tal vez sentíamos hambre o sed y estábamos cansados. Pero de pronto, Esteban dijo: “¿Perdiste, verdad, volviste a perder?”. Y agregó: “¿No podías hacerlo solo, verdad? ¿Tenías que preguntarme a mí, yo tenía que elegir, me cago en Dios!”.

Miguel carraspeó y rebajó una marcha al llegar a una curva. “No metas a Dios en esto”, le dijo por toda respuesta. Así seguimos hasta llegar a la capital. Nunca más volvimos a acompañar a Miguel en sus cobranzas por el campo.

—Tal vez todo esto deba quedar entre nosotros —propuso finalmente Ramón—. Ahora ya no estoy tan seguro de que deba informar a mi cuñada sobre lo que averiguó Garín. No sé qué dirán mis otros hermanos. Santiago está en viaje y quizá pueda llegar a tiempo al cementerio. Como saben, él vive en Porto Alegre y recién consiguió vuelo para el mediodía. El pobre Antonio todavía no se enfrentó a la realidad: el aspecto social de la cuestión lo preocupa y no hemos hablado aún de las circunstancias. En el fondo piensa que se trata de otra travesura de Esteban, como cuando a los nueve años se perdió volviendo del Estadio.

Sin agregar más, Ramón se puso de pie y ensayó un gesto de abatimiento. Todos comprendimos que la reunión había finalizado, que las sospechas quedarían flotando en el ambiente calmo del estudio de Esteban.

Cuando los demás salieron, aproveché y abrí los cajoncitos del mueble de roble y busqué hasta encontrar el sobre con las fotos. Estaba disimulado entre una libreta forrada en cuero rodeada de bandas de goma. Abrí el sobre y saqué algunas fotos polaroid. Todas mostraban paisajes áridos, humildes construcciones de barro con puertas y ventanas muy pequeñas bajo un cielo deslumbrante y sin nubes. Daban la impresión de ser fragmentos de una panorámica. ¿África?, pensé, y guardé todo en el bolsillo de mi chaqueta al escuchar que Ramón regresaba.

Se detuvo en el vano de la puerta y nos miramos, por fin, desde el pasado. Ya no era Miguel o su extraña imitación, porque no estaba atribulado o vencido por una carga superior que le pesaba. Era simplemente el hermano mayor de Esteban que parecía pedirme, en silencio y con humildad, una posible versión para un final absurdo.

—Dame un palpito, Marcelo —casi suplicó con voz cansada.

Me acordé de la carrera de caballos en el campo y de Miguel preguntándole a Esteban cuál le gustaba más.

—En realidad no conocemos a nadie —concluí, sin que necesariamente le estuviera respondiendo a Ramón. Fue un comentario que llevaba varios días atragantado y justo en ese momento lograba salir, elemental y obvio. Ni siquiera los del grupo nos conocíamos, porque la vida, además de distanciarnos, nos había enseñado a fingir.

Contra todo lo que podía esperar, mis palabras parecieron aliviar a Ramón, darle un descanso a sus dudas, y ese hombrote tosco y cincuentón largo, que no soportaba un instante más la corbata y su rol de ese día, se aflojó en un sollozo contenido e hiposo que rápidamente controló hasta disolverlo en tos, en un quejido sordo, en una lenta puteada que balbuceó para sí.

Después bajamos y lo fui palmeando en la espalda, no como a una persona o a alguien querido, sino como a un extraño animal asustado y extraviado en medio de una tormenta.

Sergio no entendía por qué un triunfador había terminado muerto sobre su propio vómito en una vieja casa de un pueblo costero, en invierno. Irene no comprendía las señales que Esteban nos había ido dejando en esos días de huida y desastre. Ariel, que tal vez fuera el más puro de corazón, el que más fidelidades mantenía con los viejos ideales, se negaba a admitir que entre este Esteban y el que él había conocido, admirado, aborrecido, extrañado y perdido en alguna esquina de la vida, pudiera existir una relación. Adriana, en cambio, sabía que Esteban seguía siendo el de siempre, aún desesperado y ahora a punto de ser sepultado.

En cuanto a mí, las horas posteriores al hallazgo me habían ido dando la certeza de que todo podía ser mucho más complejo y que, más que ayuda, Esteban nos había pedido colaboración en algo que permanecía oculto y que fatalmente habría de cerrarse a las cinco de la tarde, en algún lugar, a dos metros bajo tierra. Son extrañas las intuiciones, porque no sabemos de dónde provienen, si de la inteligencia o de un sentido que aún carece de nombre y de ubicación. Se les llama corazonadas, porque en un pasado remoto se le atribuían al corazón funciones más complejas que la de ser una válvula que se expande y contrae para que la sangre circule.

El velorio estaba en su apogeo y la casa invadida por un confuso caudal de versiones sobre lo sucedido. Pese a ello, lo social había terminado imponiéndose y Esteban era por fin un muerto respetado y fuera de toda sospecha. El rasero que es la muerte ahora operaba como un algodón que amortiguaba y preservaba, que aislaba al cadáver y lo cubría con los protocolos de la despedida.

—¿Habrá venido la mujer del chal? —me preguntó Irene al pasar. Una expectativa lógica y una posibilidad que había que atender, por más que nadie allí llevara la cabeza cubierta. “Un chal”, pensé y busqué en la memoria imágenes de mujeres de chal. ¿La fatídica prenda que estranguló a Isadora Duncan? En todo caso, la idea más fuerte que me vino es la de alguien que por alguna razón quisiera ocultarse. Por otra parte, deduje, llevarlo puesto dentro del automóvil no dejaba de ser algo extraño, incómodo, tal vez.

La otra posibilidad era que Esteban recogiese a la mujer en la carretera porque estaba haciendo autostop en medio de una noche de tormenta. ¿Un gesto amable a pesar de la crisis? No se podía descartar, aunque no encajaba en la situación. Quizá Garín no había ido a fondo en su interrogatorio al funcionario.

—Tengo las fotos —le informé a Ariel, aunque no sabía bien para qué podían servirnos.

—Joder con Adriana y sus mandados —masculló Ariel por lo bajo. Las revelaciones de Garín y la actitud de Ramón lo habían instalado en un dilema. Él también sospechaba, como yo, que todo podía ser mucho más oscuro, más dudoso de lo que en un principio habíamos conjeturado.

—Supongo que con eso bastará: unas fotos de mierda en medio de un desierto —repuse, sin saber claramente hacia dónde podía derivar la situación.

—Necesito que este día termine de una vez —dijo Ariel, agotado.

—Yo también, pero falta lo peor —concedí.

—Me parece que tendríamos que hablar con Mónica —propuso Ariel. Yo sabía que tarde o temprano su sentido del deber iba a imponerle esa actitud. Era un pragmático que asumía los

hechos y los procesaba con un sistema de pensamiento que no admitía más lecturas que la correcta. Si Ramón iba a comentarle o no a Mónica las averiguaciones de Garín, eso no nos liberaba a nosotros de hacer lo propio, o por lo menos de expresarle todas nuestras dudas.

—Y con los hijos también —agregó.

—¿Para decirles qué? —dije e imaginé un discurso lleno de vacíos, de hipótesis, de especulación.

—Tienes razón, no vale la pena —admitió Ariel, sin quedar muy convencido.

—Es que no se ganaría nada —argumenté—. Adentro de ese cajón ridículo hay un cadáver y, que yo sepa, los muertos no opinan. Yo tengo tantas dudas como vos, además de sospechar que Adriana sabe más de lo que nos dijo. Por otra parte ya lo viste: su padre muerto no los ha conmovido demasiado. Están como distanciados de todo y tan necesitados de que este día termine como nosotros.

—Lo enterramos y listo —concluyó Ariel—. Fin de la faena.

En ese momento llegaba al velorio el suegro de Esteban, imponente aún en su vejez, la mano sarmentosa y manchada sobre el mango de plata del bastón, el metro noventa todavía enhiesto y el rostro aquilino incapacitado para la emoción. Probablemente no había postergado ninguno de sus hábitos de poderoso en retiro: lucía recién afeitado y bañado y se había tomado su tiempo para elegir el ambo y la corbata. En cuanto a la demora en comparecer, cualquiera que lo conociera en la intimidad sabía que detestaba las escenas de desborde emocional y los ritos de cualquier evento social. Quizá también se había tomado su tiempo para reacomodar la cohesión interna de las empresas, descabezada por la muerte de su yerno. Veinte años atrás, Esteban se había transformado en su delfín porque tenía una cualidad de la que su propio hijo Franco carecía: ambición. Había sido Mónica la impulsora de tal ascenso: pasar de marido de su hija a dirigir las empresas familiares en los tiempos difíciles de la dictadura. Exportar cueros, vender conserva enlatada o electrodomésticos demandaban una atención permanente y una entrega sin reservas. Ello había postergado a Franco quien, frívolo y sin destaque en ese terreno de la competencia, en el invierno del setenta y siete había culminado una larga depresión estrellando su BMW en la ruta 5. El cadáver quedó irreconocible y decapitado.

—Llegó *il commendatore* —llamó la atención Ariel y señaló con un arqueado de cejas la presencia del viejo que se encorvaba para abrazar a Mónica. El apodo le venía de su origen italiano —su padre había llegado en el siglo diecinueve a América y era un anarquista nacido en el norte— y también por el modo imperial con que manejaba sus asuntos. Pero el mote había tenido también variaciones: *il Duce*, o simplemente Nico por Domenico, su nombre de pila.

Para Esteban había sido, por costumbre, “mi suegro” o “el tano”, al que trataba siempre con respeto y vencía con frecuencia jugando al ajedrez. Desde el comienzo de su relación con Mónica, Nico había encontrado en Esteban motivos suficientes para confiarle paulatinamente secretos y responsabilidades. Tal vez lo había cautivado su costado ambicioso, discretamente disimulado por sus maneras educadas y un claro sentido de la oportunidad. Podría decirse que la seducción que había cautivado a Mónica había sido ejercida también sobre *il commendatore* en otro registro: una variación de la misma melodía que en vez de llegar al corazón había conquistado la mente.

“El tano sabe que su hijo es un diletante, un incapaz absoluto, un frívolo irresponsable —decía siempre Esteban—, por eso me necesita.”

Sobre esa hipótesis acertada, la familia pasó por alto el embarazo anticipado, la boda apresurada, la inacabada carrera universitaria de Esteban, la inexistente dote y el escandaloso

lastre de un consuegro perseguido por los prestamistas. Hoy, ese arreglo había concluido. Para *il commendatore*, el resultado podía medirse en nietos crecidos, empresas consolidadas y una cierta tranquilidad de conciencia de que, pese al final, la elección había sido correcta. Tal vez, la única falla de su plan era el dolor por el recuerdo de Franco: su orgullo le había impedido ver que Esteban no lo sustituía ni lo postergaba en el cariño de su padre.

Ahora el viejo se ha instalado en el velorio y sus nietos lo rodean sin buscar consuelo o protección, simplemente obedecen a otro rito, al mecanismo de la ceremonia. Los miro y una extraña sensación de vacío me paraliza: Esteban es una foto con una escopeta, un bolso con una muda de ropa y algunos objetos, un libro, un tique de peaje, las imágenes intemporales del desierto, nuestros propios recuerdos desordenados y probablemente erróneos.

Por lo que recordamos los del grupo, Esteban y Mónica se conocieron a fines de la década del sesenta en una fiesta en el Jockey Club. Él ya no tenía la discoteca y sus negocios se habían orientado hacia la moda, aprovechando la fiebre de las *boutiques*. Tenía una en la principal galería de la ciudad y su especialidad eran las camisas y las corbatas anchas y coloridas que comenzaban a usarse entonces. Para entender aquello, uno tiene que haberlo vivido. De la noche a la mañana una banda de improvisados había ingresado al comercio por la vía de los pequeños locales que repentinamente se habían multiplicado como hongos. Con apenas un mostrador, unas estanterías y unos minúsculos gabinetes llamados probadores, cualquiera se instalaba a vender ropa. Esteban lo hizo, y por un tiempo le fue muy bien.

La casualidad de aquella noche en los recargados salones del reducto patricio había sido descrita por Esteban como “el encuentro con la Princesa Encantada”. Mónica era el producto de una educación esmerada y la síntesis de la sangre anarquista de los ancestros paternos con el toque moro de sus abuelos maternos, sevillanos y tal vez sefardíes. Era, además, cinco años menor que Esteban —una adolescente entonces— y poseía ese tipo de belleza moderna y a la vez exótica que la cultura de masas imponía desde el norte. Parecía una chica salida de la revista *Elle*.

El noviazgo empezó meses después. Por lo que Esteban siempre confesó, Mónica fue una especie de “puente hacia lo respetable”. Según lo que Adriana creía, no era rival esa preciosa virgen educada por monjas, y su rol de novia era un simple rito burgués, una imposición familiar que le permitía a Esteban indagar en sus propios convencionalismos. Ese ejercicio exploratorio se cumplía lejos de la cama y de las trampas del deseo en los socorridos itinerarios que *il commendatore* y su esposa permitían. Contribuía a ello un clima social enrarecido, calles inseguras y noches de *razzias*. No obstante, el costado frívolo de Esteban alimentaba su fascinación por esa ceremonia de acercamiento y huida, de jugueteos con la virtud y la castidad en la intimidad del living de Carrasco. El epílogo de ese desgaste febril era cumplido, horas después, en otra visita, bajo otras reglas impuestas por Adriana.

“Yo alenté esa disociación”, admite Adriana cada vez que la situación viene a cuento. Esa confianza excesiva en las limitaciones de su rival la perdió. Solo Irene había sido lúcida al advertirle lo que obviamente sucedería. Una noche Esteban logró que Mónica abriese la puerta de la fortaleza inaccesible y la segunda visita del juego se postergó por primera vez.

El resto de la historia ha sido desmenuzado por el grupo con diversos matices de tolerancia o indignación, pero la versión machista concede a Esteban la indulgencia del inoportuno embarazo y el gesto noble del responsable. Como ha dicho siempre Ariel, a Adriana pudo sucederle lo mismo. Y en esa hipótesis, la palabra “aborto” se ha deslizado como una sombra canalla, una sospecha, un gambito no acordado en las reglas de aquel triángulo.

Puede decirse que el grupo entero participó de ese juego, suministrando coartadas creíbles a Esteban para que zafase de Mónica justo antes de que Adriana le hiciera una escena, y viceversa. En especial Ariel que, estricto con su sentido de la verdad, sobre todo la revolucionaria, pero tolerante con las debilidades de su amigo, porque hoy puedo decirlo, buscaba el desgaste de la situación para que Adriana se hartase y él pudiera dedicarse a consolarla. Ariel era capaz de

aceptar a esa posible Adriana rechazada y descartada dado que, de esa manera, como ya dije, su gesto implicaba un rescate, abnegado y en regla con sus más firmes convicciones. Una extraña sensación de superioridad lo alentaba y desde ese sentimiento él se sentía puro y solidario ante la pobre Adriana, una especie de redentor que habría de devolverla a la senda correcta. Para ello solo tenía que esperar y alimentar las contradicciones de ese vínculo triple, decadente y burgués, según lo apreciaba él desde su moral templada por la religión primero y el materialismo dialéctico después. Pero, qué extraño: en aquel momento pude ver nada más que los hechos superficiales y sentir un poco de lástima por Ariel, a quien consideraba un recolector de basura que iba detrás de Esteban. ¡Qué ironía pensar así entonces! La de Adriana, en cambio, me había parecido la típica actitud de las mujeres fatales de los teatros, que siempre terminaban perdiendo ante las vírgenes modositas, estereotipo únicamente aplicable a las tiras televisivas de Migré y a la historia de mis amigos. En cambio Irene siempre supo que Mónica era el premio mayor en la escalada de Esteban y que a la larga sería Adriana la que perdería. No se equivocó, por supuesto, y no dejó nunca de advertírsele a la ex musa, que siempre desoyó la sabia advertencia.

—¡Qué extraño es todo! —le confieso a Adriana—: de golpe nos hemos olvidado de que Esteban fue un miserable que despidió gente de sus empresas por razones políticas, que negoció con los milicos, que fue la mano derecha de ese otro crápula del suegro, que en definitiva ha sido, fue toda su vida, un camaleón, y que probablemente su final estuviese merecido. Pero estamos velando el recuerdo, la posible bondad de aquel muchacho que prometía tanto y, de paso, nuestros propios sueños malgastados.

Adriana sonrió con tristeza. Me pasó su brazo sobre mis hombros —algo que sin duda no esperaba— y depositó un beso sobre mi mejilla, otro gesto que sinceramente me descolocó.

—Fue mucho más que todo eso —comentó y sus ojos brillaron, se humedecieron—. Es muy difícil ser traidor de veras. Y es muy fácil juzgar sin saber. ¿Por qué no salimos un poco a caminar? Me está faltando el aire.

—En pocas horas esto se termina —vaticinó Adriana, mientras caminábamos por el bulevar hacia el mar. La lluvia había cesado antes del amanecer y un cielo desgarrado por nubes veloces iba imponiendo el celeste.

—Al menos sirvió para que nos reencontráramos —repuse, sintiendo el alivio del aire límpido y frío que iba descargándose de humedad—. Me refiero a todos, claro.

—Tal vez fue eso lo que nos pidió Esteban. Eso y no otra cosa. Una última reunión para contarnos confidencias de último momento. Saber por qué se mató o de quién estaba huyendo no va a aliviarnos —admitió Adriana y se aferró a mi brazo—. Otra vez su actitud me sorprendió.

El silencio parecía que iba a instalarse como obligatoria zona de pasaje a otro tema, cuando Adriana agregó:

—La única del grupo que lo sabe es Irene. A Mónica, por supuesto, no se lo comentamos, pero a vos voy a decírtelo: hace tres noches Esteban me llamó. No sé desde dónde. Su voz sonaba lejana y urgente.

—¿Y por qué no me contaste nada? ¿Qué te dijo?

—Poco. Fue todo muy rápido. Era como la una de la mañana y Ariel recién me había dejado en casa, luego de la recorrida por bares y farmacias. Estaba sacándome la gabardina y mirando la ropa en el perchero para saber si Vanesa había llegado. Entonces sonó el teléfono. Corrí y atendí, pensando que era ella. Sentí un murmullo, música, una tos. A veces llaman para saber si estás en casa: me quisieron robar ya tres veces...

—Andá de una vez al grano, Adriana.

—Bueno, era Esteban. Dijo: “No cortes, ni me interrumpas. Tengo poco tiempo”. “Dale”, dije, y se me hizo un nudo en la garganta. Entonces habló, con una voz rara, como la de alguien aturdido: “Valdez quiere matarme. Es inútil que intenten ayudarme. Haceme el favor: si llega a pasarme algo, quiero que me guardes algunas cosas. ¿Tenés para anotar?”. Saqué la libretita de teléfonos de la cartera y le dije que sí. Él siguió, con esa voz que no me la olvido más: “Como sea, tenés que buscar un sobre amarillo con fotos en un cajoncito del escritorio de casa. Un mapa... Quemén todo, porque no van a entender nada. Si pueden, ayúdenlo al profesor. Es tarde, voy a cortar. Valdez me quiere matar”. Y cortó, nomás.

—¿Y recién ahora decís esto?

Una rabia sorda me invadió. Adriana nos había manejado como títeres en una búsqueda a ciegas. Obedeció sin reflexión alguna las órdenes de un hombre desesperado.

—¿Valdez me quiere matar? ¿Quién es Valdez y por qué no dijiste nada?

Nos detuvimos, me aparté y la miré. La muy tonta sonreía.

—¿Quién es Valdez? —le grité.

—Un fantasma, nadie real.

—¿Qué decís? ¿Cómo podés estar segura?

—Acordate de Miguel, el padre de Esteban, repitiendo “Valdez me quiere matar”. Parece que Valdez era un prestamista que atormentó su vida cuando era un niño. Esteban creció escuchando esa cantinela, vos debés conocer la historia. A mí me la contó una vez y no la olvidé. Incluso él

usaba esa frase cuando tenía algún problema.

En ese momento pude recordar. Miguel desaparecía semanas enteras al conjuro de ese nombre: Valdez. Su sola mención equivalía a rápidos preparativos, a valijas armadas con urgencia. Entonces era probable que del bargueño del comedor de Rosalía desaparecieran dos o tres piezas de la platería. O uno de los auténticos jarrones chinos que había en el living. A los pocos días, todo volvía a la normalidad y Valdez desaparecía del léxico familiar. Hasta que la consigna renacía semanas o meses después con sus resonancias siniestras: “Valdez me quiere matar”.

—Un mapa —ensayé como explicación, confundido—, pero ¿de dónde? Las fotos ya las tengo, pero no había ningún mapa ¿Por qué no nos dijiste nada?

—Pensé que el mapa estaría con las fotos.

La mujer del chal, Valdez, fotos: todo se mezcló en mi mente cansada. Pensar en que algo pudiera terminar a las cinco de la tarde con unas paladas de tierra era absurdo.

—¿Buscaron algo más?

—No podemos revolver la casa como nos gustaría y menos sin saber qué buscar. Vos al menos tuviste suerte. ¿Qué hay en esas fotos?

—Nada, no hay nada.

Nos metimos en el bar del cruce del bulevar con Ellauri. Pedimos café y cigarrillos. Adriana parecía aliviada luego de la confesión. Por el contrario, a mí la inquietud y el cansancio me estaban descomponiendo. Cambié el café por una grapa con limón.

—Y el profesor: ¿tenés idea de quién puede ser?

—Sí pueden, ayúdenlo al profesor —repitió Adriana.

—Ahora vas a explicarme por qué no nos dijiste nada y nos movilizaste como niños —le reproché mientras me mandaba la copa de un envión.

—Porque Esteban me llamó a mí —explicó Adriana, como si esa circunstancia hubiera bastado para investirla de una especie de mandato. Tomaba esa postre llamada como un acto de reconciliación que de alguna manera anulaba todo el desencuentro anterior. Para Mónica solo había guardado un “no me esperen para la cena”, que era como una broma. En cambio a la ex musa le había confiado sus últimos secretos, asuntos pendientes que hoy aparecían como un extraño testamento.

Pedí otra copa y bebimos en silencio. Por primera vez en estos días vertiginosos pude recordar a la Adriana que yo también había amado en silencio y por un tiempo que esa vez fue lo suficientemente breve como para no herirme. Había sido el deslumbramiento de un verano, durante un viaje a dedo con Esteban, Ariel e Irene a una playa en la frontera con Brasil. La atracción por Adriana había nacido desde el día mismo en que la conocí, pero mi timidez de entonces y la circunstancia de que Esteban la cortejase primero habían impuesto un freno a mis afanes. Pero los sentimientos permanecían, ocultos y latentes. Ese verano, pese a que con Esteban ya hacía meses que eran pareja, no pude resistir aquella seducción, quizás involuntaria, de la Adriana bronceada y dispuesta a gozar de todo lo que la juventud le ofrecía. A Irene la había invitado Esteban, con la esperanza de que Ariel o yo mismo la aprovechásemos. Era como decirnos: “tómela, a mí no me interesa”. Pero a Ariel, que ya leía a Gramsci y también a César Vallejo, la futura arquitecta no lo motivaba, salvo para discutir sobre política o poesía. Irene siempre le pareció un apéndice sumiso del narcisismo de Esteban, de la misma manera que Adriana era su víctima. En cuanto a mí, me puedo recordar incapaz de terciar entre Ariel e Irene, que se habían pasado en escaramuzas durante toda la excursión, porque solo me interesaba Adriana: provocativa y siempre caminando por el borde de un extraño precipicio. Si bien giraba en la órbita de Esteban y era su luna y a la vez su sol, nunca dejaba de incitarnos a Ariel y a mí. Esa actitud tensaba una cuerda invisible y creaba unos climas pesados que no siempre se resolvían bien, pese a la provisión de cerveza y marihuana que nos acompañaba. Una noche Ariel y Esteban discutieron y se golpearon por culpa de Adriana y allí terminó el verano para el grupo.

Ahora todo se me aparece dudoso y lejano y solo puedo evocar con claridad su rostro de entonces, bronceado y perfecto, enmarcado por el cabello corto y los collares de vértebras de pescado, blancos como sus dientes. Su cuerpo delgado y esbelto, de formas suaves y de andar cadencioso —como si se deslizase sobre nubes— tenía una cosa tórrida, un fuego oculto que respiraba a través de su piel, oscura y mate pese al pelo rubio.

Una noche, su cuerpo estuvo por primera vez sobre el mío, inexorable y silencioso y como

obedeciendo a un rito secreto que solo ella podía entender. Una vez más se habían peleado con Esteban y con seguridad habían bebido. Esteban no estaba, e Irene y Ariel andarían por ahí, buscando la provisión más cercana para comprar cigarrillos, pan y fideos. Yo estaba solo en la cabaña. Cuando Adriana entró, el aire se cargó de electricidad y de un aroma que yo conocía y del cual no había tenido conciencia. La escuché llorar y enseguida reír mientras con lentitud iba acercándose a la cama. “Me dijo que conoció a alguien”, murmuró. No le respondí: tenía un nudo en la garganta. “Es un crápula sin vuelta”, lo definió Adriana mientras se acostaba junto a mí. Pude levantarme y asumir la neutralidad, pero un abismo se abrió y me asomé a él. Enseguida estábamos besándonos y no me importó traicionar. Sabía que Adriana me estaba usando y que yo era, apenas, un detalle de su venganza. Me enredé con deleite en sus hilos y a la vez tuve miedo: era todo incontenible. Yo no era virgen, pero mis experiencias anteriores no habían incluido el amor. La serví sin protestar y sin exigir, descubriendo un nuevo mundo que antes no existía. También odié mi debilidad y mi incapacidad para exigir. Entonces no supe que ese momento iba a durar tanto tiempo en mi interior y que iba a permanecer oculto y congelado, hasta revivir, intacto, años más tarde. Dos horas después, ella se levantó y salió de la cabaña, sin darme explicaciones ni pedirme silencios. Esa noche empezó otro tiempo y una parte de mí quedó detenida en aquella cabaña.

—Hace un momento me acordé de aquel verano.

—¿De cuál?

—El del viaje a aquella playa con cabañas. Todo el grupo menos Sergio. Vos y Esteban, todavía... —me escuché decir, como si alguien me lo dictase. Sonaba tan absurdo y tardío, tan inútil y a destiempo.

Adriana sonrió y bajó la vista. Tal vez recordó lo mismo que yo había recordado o alguna variante quizá menos idílica o teñida de nostalgia. Por eso, al mirarme otra vez, no vi ninguna señal de añoranza en sus ojos. Simplemente me miraban desde el hoy: unos ojos todavía hermosos, pero rodeados ya de pequeñas arrugas y de un color quizá más apagado que el de antes.

—¿Te sentís un poco viuda, no? —se me ocurrió decir en un impulso, porque repentinamente podía comprender los sentimientos de Adriana. Su mirada cambió: algo turbio la cubrió y tembló en lo profundo—: ¿Y yo qué? ¿Soy un viudo por extensión? ¿Ariel también lo es? ¿Qué nos pasó, Adriana? Pudo ser todo diferente, pero Esteban, al final, terminó jodiéndonos. Girábamos en torno a él y nos tuvo a su servicio, y a la larga torció nuestras vidas. La tuya y la mía, sin duda. Tal vez hasta el exilio de Ariel o los sucesivos matrimonios de Irene. Solo Sergio se salvó, ¿verdad?

Adriana no respondió y yo no insistí.

—Vámonos —dijo, finalmente.

—Dejá, pago yo —me limité a ofrecer, y puse un billete sobre la mesa.

—En menos de dos horas se lo llevan —comentó Sergio, que había adquirido un aire vencido, enfermo. Su rostro tenía la misma seriedad y concentración que cuando ejecutaba el contrabajo en la orquesta sinfónica, abrazando el enorme instrumento casi sin esfuerzo y digitando sobre las cuerdas con indiferencia. Enseguida agregó—: Voy a tomar un poco de aire, estoy sintiéndome mal.

Como si fuéramos viejos frequentadores de la casa, empezamos a deambular por sus estancias buscando un rincón relativamente cómodo donde sentarnos. En el recorrido nos cruzamos con un cura, con el hermano de Esteban recién llegado de Brasil y saludamos a dos o tres parientes, por compromiso e ignorando quiénes eran. De a poco el murmullo de las conversaciones había adquirido un tono social amable y nada reprimido. Podía ser el sonido de una confitería o el del *foyer* de un teatro. Era como si la muerte hubiera sido escamoteada de la escena y la concurrencia acabara de celebrar un pacto, con un olvido veloz y agradable. Todo se limpiaba, se licuaba, se diluía, se llenaba de vacío.

Pensaba en esa desolación cuando el cura se plantó delante de mí como un portero: alto, flaco, la mirada oculta tras los gruesos cristales de los lentes, el pelo ralo y corto, muy blanco, y la tez colorada. Debería haber reconocido esa expresión de asombro permanente, de duda, de embarazosa circunstancia: era lo que iba quedando de aquel otro cura, obeso y vital, admonitorio y locuaz llamado Kasperchak. Era polaco y dirigía el gimnasio del colegio treinta y cinco años atrás.

Pronunció una frase de saludo apresurada, con el mismo acento de entonces, las eses sonoras, casi metálicas, permitiendo que al abrir la boca las amalgamas doradas de sus dientes emitieran destellos. Lino Kasperchak era ahora un extraño espectro, una inaudita presencia que bien podía formar parte del servicio mortuorio. Pero no me había reconocido.

Yo ni siquiera sabía que estaba vivo. Debía de tener ahora más de setenta y cinco y ya no usaba sotana, solo traje oscuro y una camisa negra con cuello redondo y gargantilla blanca. No se veían crucifijos o medallas que adornaran la indumentaria.

—¿Cuántos años, padre? —atiné a decir, sin reprimir el asombro.

Kasperchak se quitó los lentes, me miró de arriba abajo y luego se los puso. Enseguida levantó su diestra y trazó en el aire la señal de la cruz. Sus labios murmuraron “in nomine patris, et filii, etc...”. No pudo terminar la frase porque un sordo eructo se lo impidió.

—Perdona, es mi gastritis —explicó y me tomó por los hombros para abrazarme. ¿Es Ariel el que...? —me dijo al oído y agregó—: yo te absuelvo de todo pecado.

Me aparté con fuerza.

—No, no es Ariel. Es Esteban, padre. Y yo soy Marcelo.

—¿Esteban? —repitió con un tono apenado, incrédulo.

—¿Cómo llegó hasta aquí, padre? —quise saber.

—Alguien llamó a la parroquia, pidieron un responso: es decir, uno mío para un antiguo discípulo. Ya no hago estas tareas porque ya nadie cree en mis palabras. ¿Eres Marcelo, dijiste?

—Sí, padre, Marcelo.

Kasperchak sonrió como si de pronto me hubiera recordado y me invitó a salir del incómodo pasillo. Al seguirlo lo vi renguear mientras un leve temblor le impedía mantener las manos quietas. Con ellas repartía coscorrones u hostias y atrapaba pelotazos en el arco sur de la cancha del colegio.

“Padre Lino, te tomás todo el vino” —recité mentalmente y recuperé en esas siete palabras al Kasperchak original. Ahí estaba ahora el antiguo cuervo, confundiendo nombres y, como siempre, descreído. Hacia donde íbamos encontraríamos a Ariel.

—¿Ha sido confortado antes de expirar? —se volvió Kasperchak para decirme. Estábamos otra vez en el jardín de invierno y un calor húmedo flotaba en el aire enrarecido. La profusión de plantas había instalado allí una pequeña selva doméstica.

—No, padre. Es decir, no hubo tiempo, cuando lo encontramos ya era tarde.

—¿Causas de la muerte? —interrogó nuevamente, restregando una mano contra la otra.

—Oficialmente, infarto —respondí con cautela.

El cura inclinó su cabeza y juntó sus manos en actitud de ruego. Después una pequeña descarga pareció sacudirlo. Padecía el mal de Parkinson. En ese momento, llegó Ariel. Le hice un gesto y señalé al religioso.

—Kasperchak todavía pelea —me mofé y sonreí.

—Aquí está Ariel, padre —agregué y se lo señalé.

Ariel me miró confundido y empezó a repasar el viejo álbum que le devolviera la imagen correcta del padre Kasperchak. Probablemente la primera en surgir sería la del atleta que nos recibía en el gimnasio y nos imponía cincuenta lagartijas de entrada porque “Dios necesita cuerpos sanos para que las mentes no se echen a perder”. O tal vez la del científico del laboratorio de biología, calibrando lentillas y aumentos para mostrarnos protozoarios y afirmar, misterioso y ambiguo, que “algún día tal vez lleguemos al verdadero origen y Él ya no podrá entonces seguir escondiéndose”. Kasperchak fue el primero en instalar la duda en nuestras cabezas. Esteban lo llamaba San Cuervo y cuando lo imitaba no dejaba de simular su miopía y la manera dipsómana de beber el vino del cáliz. Siempre sospechamos que la cantidad de misas que celebraba a lo largo del día se explicaba por su necesidad de beber. “El polaco desangra a Cristo todos los días”, opinaba Ariel, que un día le cambió el vino de la jarra por leche sólo para ver la expresión de asco y sorpresa de Kasperchak, su mirada empequeñecida de ira buscándonos en los bancos cercanos al altar mientras nosotros lo espiábamos ocultos en uno de los confesionarios.

No es posible que recuerde quiénes somos, pensé en el momento justo en que Kasperchak se cuadraba delante de Ariel y amagaba con otra bendición.

—Esteban, pequeño granuja —murmuró Kasperchak.

—Cómo está, padre, yo soy Ariel, ¿no me recuerda? —saludó Ariel y me miró sin entender la situación. Yo le señalé una silla, solitaria entre plantas y helechos que colgaban, y ambos empujamos al cura para que se sentara. El viejo protestó entre dientes y luego inició un siseante murmullo en algún dialecto de Cracovia mezclado con latín.

—¿Está borracho?—me dijo Ariel al oído y acercó otra silla para sentarse junto a Kasperchak.

—No, creo que es solo un poco de confusión. Va a decir un responso en el cementerio —aclaré y lo miré a Kasperchak para que me lo confirmara.

—¿Estuvo con la viuda, padre? —preguntó Ariel.

—*Requiescat in pace* —balbuceó Kasperchak y elevó su diestra temblorosa—. *Ego te absolvo* —continuó y miró alucinado hacia el amplio ventanal del jardín de invierno. A través de los cristales se veía el jardín del fondo de la casa, el césped cuidado, los arbustos recortados y los

senderos de ladrillo marginados de *parterres*. Algunos visitantes habían salido al sol y al aire diáfano del mediodía, por fin despejado.

—¿Quién lo llamó? —me preguntó Ariel, ya sin la precaución del secreto.

—No sé, creo que él tampoco lo sabe. Debe de haber sido Ramón.

—Me parece un disparate que San Cuervo vaya a hablar en el cementerio, y menos en este estado de extravío —opinó Ariel, evidentemente fastidiado.

—Vámonos —insté con firmeza—, dejémoslo aquí, a ver si se despeja.

—Veo que siguen entrometiéndose —protestó Mónica, encarando a Sergio y Adriana—. ¿Quién llamó a ese sacerdote a esta casa? Somos creyentes, pero no necesitamos a un lelo que nos lo recuerde.

—Tranquila, Mónica —dijo Ariel. No fuimos nosotros los que lo llamamos. Es el padre Kasperchak, el del colegio, y debe de haber sido tu cuñado el que lo invitó.

—¿Y por qué no me consultó?

—Tal vez para no presionarte —expliqué, intentando quitarle trascendencia a la situación.

—¿Presionarme? Están mis hijos, también. Ramón, ustedes mismos, todos nos han subestimado. Y ahora esto... De ninguna manera quiero que ese hombre haga o diga nada en el cementerio.

—Está bien, Mónica —prometí—: yo mismo voy a ocuparme de que Kasperchak no los fastidie.

La hora anterior a la partida se prolongó en conversaciones cada vez más distendidas, hasta que la inminencia del traslado del féretro instaló una tregua. Pude verlo a Garín, aliviado de responsabilidades, deambulando con discreción entre los grupos, tal vez intentando obtener una última pieza para su rompecabezas personal. Mientras tanto, los hijos de Esteban rodeaban a su madre y empezaban a dar muestras de un cansancio desolado y del inevitable enfrentamiento a la instancia final del ritual mortuario. Sus amigos los acompañaban y sus novias se afanaban en espaciados y breves mimos. Por su parte, los hermanos de Esteban y el viejo *commendatore* iniciaron un pequeño conciliábulo para definir los detalles del sepelio.

Finalmente, el personal de la funeraria ingresó a escena.

Con presteza profesional desalojaron la sala del velatorio y despejaron el sitio de ramos y coronas. Con calculado criterio distributivo, ofrecieron las manijas del ataúd a manos dispuestas a cargar lo que quedaba de Esteban. Ariel y yo nos ofrecimos, pero fuimos desplazados por dos de los hijos, uno de los gerentes de las empresas y Ramón y los otros hermanos. Afuera, aguardaba un discreto furgón Mercedes Benz y una hilera de automóviles grises con choferes uniformados.

Adriana propuso desestimar el servicio contratado y viajar en su auto y en el de Irene.

—Así podemos llevar al cura —dijo.

—¿Estás loca, Adriana? —protestó Ariel.

—No, el cura tiene que ir. Para eso vino. No sé si a dirigir el funeral o simplemente a bendecir la tierra. ¿Qué opinás, Irene?

—Estoy de acuerdo —aprobó la arquitecta.

—Di mi palabra de que Kasperchak no intervendrá en nada —tercié.

—¿Qué le hubiera gustado a Esteban? —planteó Sergio.

—Al Esteban actual no sé —dijo Ariel—. Al de antes, tal vez. En cualquiera de las hipótesis, me opongo a que este extraviado vestido de negro intervenga en nada. Hombre, lo has visto,

Marcelo, parece una caricatura. Ni su nombre debe recordar.

Tuve que admitir que lo era y que el anticlericalismo de Ariel no incidía en su posición. Por lo que podía recordar, Esteban había perdido rápidamente la fe y esa inevitable imposición del entorno del colegio o de las costumbres familiares se había trocado un buen día en otra cosa, indefinida y plural, llamada duda. No obstante, su espíritu inquieto le había revelado otros caminos, incluyendo la conquista del éxito material. ¿Qué podía entonces hacer Kasperchak para despedir y encomendar el alma de ese desconocido que había sido finalmente Esteban?

—Mal no le va a hacer —afirmó Irene, porque en el fondo pensaba que tal vez le haría bien.

—Será mejor que un discurso del presidente de la Cámara de Industrias, o el silencio —opinó Adriana, empeñada en contrariar una vez más a Mónica, en seguir manejando el final de Esteban o simplemente en disentir—. Me extraña que ustedes no lo aprecien —adujo, mirándonos a Ariel y a mí.

—Se te ha reblandecido el cerebro, Adriana —estalló Ariel y se alejó un par de metros del grupo, ofuscado y mascullando breves insultos.

—Vos sabés que me cago en la religión —dijo la aludida y en sus ojos asomó un relámpago de ira.

—¿Entonces para qué jodés con que Kasperchak vaya? —imploró Ariel, casi gritando. Parte de los que se encaminaban hacia la calle se volvieron hacia nosotros.

—En realidad no lo sé, pero si no va, voy a sentirme peor —fue la razón que dio Adriana y, por primera vez en todas esas horas, perdió el dominio y lloró.

Viajaron Adriana, Sergio y Kasperchak en un auto, e Irene, Ariel y yo en otro. Nos colocamos al final de la fila que formaba el furgón, los automóviles de alquiler y los vehículos particulares. Durante el trayecto, apenas si intercambiamos monosílabos. Los días de la búsqueda empezaban por fin a disolverse en la tarde fresca y soleada, en el lento viaje hacia el este y en la silenciosa resignación que iba ganando a cada integrante del grupo.

¿Volveríamos a reunirnos otra vez?, pensé sin aferrarme a ninguna especie de nostalgia. No buscaba una respuesta, ni siquiera para consolarme con la coartada de una posible y tardía llama que avivase una amistad agotada. Si algo me asombraba más que la absurda muerte de Esteban era comprobar que cada uno de nosotros había cambiado demasiado. Allí estaba Irene, absorta al volante, pero lo esencial de sí misma no iba con ella: sucesivas capas de algo indefinible se habían acumulado sobre su piel hasta tornarla un ser diferente. Y no era un problema de edad, no era la mutilación de su pecho ni las sucesivas parejas desarmadas y vueltas a armar: se trataba de las pequeñas renunciadas que sin voluntad de cometerlas la habían alejado de aquella armonía entre sueños y realidades. Mirándolo a Sergio descubría algo similar, pese a que de alguna manera había sido el más inmune a los cambios. Seguía siendo el ser introvertido y lacónico de siempre, pero esas cualidades ahora me parecían una máscara, un disfraz construido para comodidad del que lo llevaba. O no tenía mucho para decir o tenía demasiado y prefería callar, ocultarse en una simpleza casi mineral, en un distanciamiento que de tan evidente hacía pensar en una táctica defensiva. Bastaba ver sus manos siempre activas, sus dedos tamborileantes sobre cualquier superficie para adivinar que dentro de Sergio había demasiada materia sujeta y domesticada, como si el silencio y esa glacial expresión de su mirada dibujaran el grito que en algún momento iba a tener que expulsar. Y no dejaba de ser un dato relevante el hecho de que fuera el único de nosotros que no había estado nunca ante un oficial del Registro Civil.

A Ariel lo veía desde otra distancia. Me parecía más fiel a sí mismo que nunca. No había perdido esa cualidad tenaz que sostuvo sus sueños. Había vivido fracasos y eso se notaba. Sobre todo los años fuera del país lo habían templado de una manera peculiar y le habían enseñado que la nostalgia es la autocompasión de la memoria. Pero el hombre ortodoxo y tal vez dogmático que había sido y aún era Ariel, podía ser a la vez el individuo tolerante que aceptaba viajar con San Cuervo y comprender las debilidades de Adriana. A su manera, podía manejar lo incomprensible y aceptar dimensiones en las que no creía.

¿Y qué decir de Adriana? Tal vez yo era el menos indicado para juzgarla, por más que en los últimos días creí recuperar a la otra que tantos años atrás nos había deslumbrado. En lo esencial tampoco había cambiado su manera de incidir sobre nosotros. Había liderado la búsqueda y nos había conducido hasta el final en pos del Esteban perdido mucho antes. Y de nuevo yo le había obedecido, como cada vez que me necesitó en todos estos años.

El entierro de Esteban fue corto, sobrio y desprovisto de desbordes de dolor o gestos excesivos. En cambio fue acompañado por un número importante de asistentes. El sol finalmente le había ganado a la lluvia, y pese a la humedad del césped y el fresco de la tarde, hubo una belleza tranquila en el espacio natural, en los árboles esparcidos y en las nubes veloces rumbo al ocaso, que pareció clausurar el caos de los días previos con una nota de despojado sosiego.

Nadie despidió con discursos a Esteban: sólo el padre Kasperchak dijo una oración en latín sin titubear ni confundirse y bendijo el féretro antes de que descendiera a la fosa. Mónica y sus hijos permanecieron abrazados, contenidos y resignados, y los hermanos de Esteban asumieron una actitud sobria pero desolada. Nosotros, el grupo, ocupamos un segundo plano en la comparecencia, porque Adriana no quiso que Mónica la viese llorar, e Irene, alejada con Sergio, no quiso ver la inhumación, el trámite de la tierra cubriendo lo que quedaba de nuestro amigo.

Apartado de todos, *il commendatore*, acompañado por otro pariente y enfundado en una gabardina clara, observó la ceremonia con aire distante, ensimismado en su propia vejez y en la posible circunstancia de que el próximo turno sería el suyo. Más lejos, casi como un advenedizo, Garín parecía vigilar. Había encontrado pruebas suficientes para seguir indagando, pero no iba a hacerlo porque la familia no estaba interesada.

—La muerte siempre tiene un costado práctico —ironizó Ariel, antes de emprender el regreso a los autos.

—A nosotros todavía nos queda tarea —recordó Adriana—: averiguar quién era el misterioso profesor para poder ayudarlo.

—No veo cómo vamos a lograrlo —dijo Sergio—: por lo que contaste no te dio muchas pistas el finado.

—¿Valdrá la pena seguir con esto? —dudó Ariel—. Creo que habría que dejar pasar el tiempo y acostumbrarnos otra vez a lo que éramos antes de que Esteban nos convocara. A lo mejor sería bueno encontrarnos de vez en cuando y para algo que no sea perseguir a un descontrolado; no sé qué piensan ustedes.

—Allí viene Garín, vayámonos de una vez — propuse y nos subimos a los autos.

—¡Kasperchak! —exclamó Irene—. ¿Quién va a llevarlo de regreso?

—Dejalo, se vendrá en algún remise de la funeraria —dijo Ariel y, cuando Irene iba a arrancar, Garín se acercó del lado de su ventanilla.

—Una última pregunta y no lo tomen a mal —dijo el policía.

—Usted dirá —aceptó Irene.

—Hay cosas que no quedan claras en lo que estuve averiguando. Por lo visto la familia no tiene interés en saber la verdad, porque Ramón me relevó de la tarea. La esposa de Esteban y sus hijos ni siquiera se enteraron de la mujer del chal. Se me ocurre que a nadie le importa y tal vez eso esté bien. Ustedes son sus amigos o los amigos de antes, como alguno me informó. A lo mejor quieren que siga preguntando y en ese caso, bueno, podríamos arreglar una cifra por los servicios, en fin.

Ariel se bajó del auto y dio la vuelta por delante hasta acercarse a Garín. Irene no respondió y

yo miré para otro lado.

—Oiga, le agradecemos mucho su interés — quiso ser diplomático Ariel—, pero no es que a nadie le importe. Creemos que ya es inútil. Nada de lo que sepamos nos devolverá a Esteban. Usted lo dijo: no hay interés en la familia de seguir agitando las aguas y creo que eso es comprensible. Lo mejor es regresar a casa y dejarlo a Esteban descansar en paz, ¿vale?

Garín asintió y saludó hacia el interior del auto con un gesto breve y final. Después lo miró a Ariel con un aire entre cínico y ordinario, una mezcla de bronca y suspicacia, y resumió:

—Cualquiera sabe que esto no cierra por ningún lado porque hay unos agujeros enormes en la historia, pero como la guita tapa todo voy a tener que olvidarme de lo que vi y guardarme lo que sospecho. Lástima que ya me cansen estas cosas, que no me interese hablar con ningún comisario y que en verdad me importe un carajo cómo murió este infeliz.

Sin aguardar ninguna respuesta, Garín dio media vuelta y se encaminó hasta los remises estacionados.

Ariel se subió al auto y por fin Irene arrancó, precediendo a Adriana y a Sergio en el regreso a la ciudad. En un impulso pedí:

—Esperá, Irene, quiero bajarme: me vuelvo por las mías.

No sé por qué lo hice, pero no bien se detuvo, abrí la portezuela del auto y descendí. Sin dar más explicaciones ni despedirme. Escuché a Ariel insistir en que volviese, pero no le respondí. De pronto me había cansado del grupo y quería volver a ser el que era antes de la llamada de Irene. No soportaba más a Ariel, sus ideas puras y su acento español; Sergio me parecía un raro incurable; Irene, una obsesiva por los detalles. En cuanto a Adriana, lamentaba haberla visto jugar a la viuda moral con tanta devoción. Estaba harto de todos y en especial de la combinación que juntos producían. En esos tres días, la química que pudo existir entre nosotros se había agotado o transformado en algo que me agobiaba y me enfermaba.

Ni siquiera quise regresar en remise. Caminé hasta la ruta y busqué la parada de los ómnibus suburbanos. El atardecer era frío y el viento del sur se hacía sentir. Ahora creía que, más allá de las intenciones de Ariel, no íbamos a volver a vernos. En ese momento pensaba que la tierra alcanzaba para taparlo todo y que la historia terminaba allí. Por supuesto que me equivocaba.

Las vanas ambiciones

Fue un error pensar que la tierra y la bendición final de Kasperchak habían resuelto algo aquella tarde. En realidad, lo que señalaron fue un comienzo y la posibilidad de que yo me comprometiese en una nueva búsqueda. Claro que, antes de referirme a sus detalles, es necesario que aclare algunos episodios personales que deliberadamente omití en los capítulos anteriores. Lo hice para no abundar sobre hechos que se entenderán mejor a partir de ahora y para no mezclar las situaciones.

Hace ya quince años, Adriana reapareció en mi vida. Fue un reencuentro inesperado en una época que hoy puedo recordar como esperanzadora en muchos aspectos. El destino a veces traza itinerarios extraños y nos enfrenta a bifurcaciones que son, aparentemente, inexplicables; pero hay una manera de interpretarlas, aunque seamos olvidadizos y finjamos creer en lo que por lo común llamamos casualidad.

Mientras cursaba segundo año de la Facultad, un ex diputado amigo de mi padre me facilitó los contactos para ingresar en la administración pública. Pese a vivir bajo una dictadura, había hábitos que sobrevivían, y tener un prontuario “limpio” —para aquellos tiempos— de antecedentes políticos facilitó la gestión. Ya recibido de procurador, el ascenso dentro del escalafón administrativo fue permitiéndome comprender que no valía la pena competir con mi profesión en el ámbito privado, porque el Estado me ofrecía más garantías de supervivencia y seguridad. Cuando por fin obtuve el título de abogado, mi foja de servicios era normal y mis chances de seguir ascendiendo estaban previstas según la rutina de la antigüedad y el mérito. Pero mis padres ya no podrían asistir a ese logro. Hacía algunos años que habían muerto en un accidente al chocar de frente su automóvil contra un camión cargado de bolsas de pórtland cuando viajaban al santuario de la Virgen del Verdún. Esa tragedia me dejó huérfano en la mitad de mi carrera. La devoción no los puso a salvo de la fatalidad de un conductor dormido, sino que más bien los arrojó al ciego destino.

Cuando ocurrió el accidente, mis padres todavía eran jóvenes y uno de sus sueños era verme recibido, por lo cual mi manera de elaborar el duelo fue estudiando como nunca antes lo había hecho. Así, transformé el dolor en horas de lectura de códigos y tratados sobre Derecho. Más que un título universitario busqué el inmutable mundo del deber ser regido por normas, que se oponía al reino de la naturaleza y la casualidad, que refutaba todo lo que concerniera a la esfera del ser y obedeciera, de una forma u otra, a lo irracional y cambiante. Mi fe religiosa, perdida mucho antes del accidente, la reencontré en Kelsen y su depuración metódica. Un mundo normativo es un mundo predecible en donde una norma vale aunque haya sido violada.

El paso siguiente tras haberme recibido tenía que ser la pareja y el consecuente matrimonio. Fue cuando la oportunidad de una Adriana disponible y más madura se cruzó otra vez en mi vida que reavivé aquellos sueños postergados desde el verano de la cabaña. Habían pasado primero Esteban y luego Ariel: “es mi turno”, pensé con la lógica del abnegado que cree merecer, y espera, humilde y convencido, porque la perseverancia al final recompensa. A esa altura de mi existencia poco me importaban los desengaños — me refiero a los de Adriana— y no pensaba en ningún rescate o salvación. Sólo ansiaba un hogar normal y el acopio de virtudes que definen lo estable.

En el momento de reencontrarme con Adriana, yo no tenía más compromisos que los de la profesión, y mi existencia había comenzado a ser un desperdicio. Tenía la sensación de que, por haber sobrevivido —de hecho yo hubiera podido estar en aquel accidente, pero preferí quedarme estudiando Derecho Penal II—, estaba obligado a justificar mi vida en algo más arriesgado que un juicio en defensa del Estado. Necesitaba un cambio, algo que variase mi rumbo.

La ocasión se presentó cuando, apelando a algunos ahorros de la herencia paterna, entré en la agencia de viajes Transamérica para comprar mi primer pasaje a Europa, un sueño por cumplir y un homenaje a los que se habían privado de viajar para posibilitar mis estudios. Hacía como cinco años o más que no veía a la ex musa y, tras conversar media hora ante dos pocillos de café, mientras me emitía el boleto y me daba opciones para reserva de hoteles, yo ya hacía planes para el regreso.

Lo que sucedió después se resume de manera fácil: luego de mi viaje —treinta días y dieciséis ciudades— empezamos a salir y yo a creer en las compensaciones de la espera. Sentí que ésa era la mejor Adriana: de vuelta de una serie de fracasos y dispuesta a ser resarcida por una relación que excluiría los fantasmas. Yo estaba resuelto a que olvidara y para ello solo me bastaba quererla.

No me pareció importante, entonces, tener en cuenta lo que ella buscaba. Por un tiempo la ilusión se sostuvo y duró lo suficiente como para incluir la libreta matrimonial y una sencilla ceremonia civil a la que no invitamos a nadie del grupo. Esa había sido una de las condiciones asumidas de común acuerdo: no transar más con el pasado y dejar atrás una época que, entre otros desencuentros y calamidades, había incluido una dictadura. Esta se estaba terminando y empezaba a surgir el país del reencuentro y la esperanza donde íbamos a construir el futuro. Cuando Adriana quedó embarazada de Vanesa, todo pareció encajar, resolverse y encaminarse. Casi dos años después de haber dado el “sí”, estábamos separados y tramitando el divorcio.

Así de simple y rápido fue todo. No hubo dramas ni ásperas querellas. Fue un clásico divorcio por riñas y disputas, con testigos instruidos sobre lo que debían declarar. La normativa del derecho actuó como estaba previsto y el deber ser se impuso como las partes esperaban que sucediese. Adriana obtuvo lo que en realidad buscaba y el resto fue un distanciamiento civilizado y una cada vez más esporádica relación con mi hija que, desde muy pequeña, fue criada por su madre y los abuelos. A Vanesa la veo poco y no la extraño y ella tal vez no me añore, acaso porque Adriana no le permitió sentir esa necesidad. Deposito la pensión que le corresponde puntualmente en una cuenta y, todas las veces que me reclama, sabe que estoy. Admito que hay algo burocrático y tal vez inmoral en esa circunstancia y que, en cierto modo, yo fui el que pagué los platos rotos por haber permitido que Adriana me usara. No sé si pude llegar a ser un buen padre o si en realidad no lo soy porque, sin oponerme, he aceptado el abusivo matriarcado, la prescindencia de mis sentimientos, el desdén respecto de mis derechos. Soy consciente de que hay muchos padres en mi situación: unos por desinterés, otros por comodidad o por miedo a la responsabilidad, los menos por resignación o incapacidad para luchar por lo que les pertenece. Yo no tengo muy claro en qué grupo estoy, pero no puedo quejarme porque a mi desgracia la fui construyendo palmo a palmo.

Reconozco que cuando el grupo me reclamó, después de años de no vernos, me integré a él menos para buscar a Esteban que para experimentar con la alquimia del ayer. Hubo algo morboso en someterme otra vez a los vínculos fenecidos, a la inútil camaradería recobrada. Necesité ver a Adriana llorando a Esteban y a Ariel ignorándola o menospreciándola a su manera, para entender, por fin, cómo había empezado mi derrota. Con Ariel alejado y Esteban consolidado y engordando, yo había creído en mis posibilidades y en un derecho no escrito a tener mi oportunidad. Como ya dije, me equivoqué, aposté mal y perdí.

En todo ese tiempo previo a la búsqueda, los encuentros habían sido esporádicos —con Irene un par de veces, con Esteban algunas más— y cuando se producían mi historia con Adriana siempre había quedado encubierta por cierta piedad que los otros me expresaban, a veces de forma indirecta cuando ni siquiera me sacaban el tema. Tras el divorcio, las conexiones cesaron y entonces el grupo pasó a formar parte de sueños fortuitos, de recuerdos reflatados en madrugadas depresivas. En algún momento de esa época, Ariel regresó de su exilio y como a los meses me llamó al banco. Estaba instalando una librería y había vuelto casado con una catalana joven y a punto de darle su primer hijo. Era la época en que todos volvían y se sentían llenos de fervor por recuperar una parte de su identidad. Si por mí hubiera sido, yo habría hecho lo opuesto: irme, huir despavorido.

En un encuentro subsiguiente, parrilla mediante, actualizamos nuestras historias y prometimos frecuentarnos, reinventar la amistad como si nada doliese. En realidad, apelamos al protocolo fácil de la nostalgia y a ese pegajoso apego a lo perdido que en los que han estado en el exilio crece como un tumor de los sentimientos. Cuando hablamos de Adriana, el postre se nos hizo innecesario y los cafés fueron enfriándose sin que los tomáramos. Hubo algo duro y filoso que se instaló en la mesa y nos amenazó: era el recelo, la posibilidad de decir cosas desagradables, la sospecha de que habíamos cambiado demasiado. Al despedirnos, tanto Ariel como yo sabíamos que no volveríamos a vernos. Hasta que Esteban otra vez movió los hilos y nos juntó de nuevo.

Después del sepelio cada uno de nosotros regresó a sus rutinas. Ariel, a atender su librería de viejo y a jugar con la idea de abrir una editorial; Adriana retomó su actividad en la agencia de viajes; Sergio volvió a sus conciertos con la orquesta oficial; Irene reemprendió sus reciclajes, y yo me sumé en mis asuntos de abogado del Estado, que también me dejan tiempo para atender algunos casos de particulares en un estudio de la Ciudad Vieja. En esa oficina vetusta y poco iluminada, en la que me instalaba tres tardes por semana en compañía de una secretaria compartida con un escribano, me visitó una tarde Mónica, la viuda de Esteban.

Antes me llamó por teléfono y, al percibir mi sorpresa, fue al grano: “Estoy enterada de que en la muerte de Esteban hubo detalles extraños que en su momento me ocultaron”. Me propuso una charla, y no tuve más remedio que citarla en mi despacho. “Te prevengo que voy a consultarte como abogado”, me advirtió antes de colgar. Habían pasado casi tres meses desde la tarde en el cementerio.

El día y la hora pactados, Mónica se presentó en mi oficina. Mi secretaria la hizo pasar a mi despacho, siempre polvoriento y desordenado. Ese descuido era producto de mi real desinterés en los asuntos que allí podía llevar adelante. Yo había sido absorbido por la burocracia estatal y, a favor de la inercia de sus protocolos y tiempos, era un profesional gris y metódico que no aspiraba a otra cosa que al sueldo, la estabilidad y la molicie, a veces exasperante, de los expedientes que avanzaban con lentitud hacia una resolución que jamás urgía y con la cual nunca me comprometía en términos personales. Mi tarea era apenas una parte de un proceso como tantos, una acumulación de escritos, vistas, plazos y gestión desgana que determinaba, a la larga, resultados que podían haberse obtenido mucho antes, o haberse evitado.

En cuanto a mi vida privada, mi desempeño era tan rutinario como en la profesión. Hacía años que no tenía una pareja fija y todas mis relaciones esporádicas solían culminar en silencios repentinos y en despedidas trucas. Las mujeres se alejaban de mí con esa presteza que surge ante alguien que está contaminado, no de una peste contagiosa, sino del sutil desencanto que, pasados los cuarenta y cinco, suele condecorar las derrotas. Hay una manera de caminar y de moverse que anuncia esa condición: vacilante, dubitativa, pesada. Hay también un descuido general en nuestro aspecto que avisa a los demás sobre lo que somos. A menudo eso se confunde con incurable bohemia o con el lastre de vivir en solitario: camisas arrugadas, corbatas manchadas, botones que faltan. Demasiadas toneladas de comida basura se anuncian sobre el cinturón en un perenne salvavidas, y la curva descendente de ese vientre señala claramente hacia dónde vamos: hacia abajo.

—Te debe sorprender esta visita —empezó diciendo Mónica.

Yo esperaba ver a una viuda todavía compungida; pero estaba ante una mujer madura y tan atractiva como siempre, que no parecía estar cursando un duelo. Vestía de manera sencilla y elegante y aparentemente no le molestaba la precariedad de mi oficina. Fue inevitable que en ese momento recordase a la Mónica que una vez Esteban me había presentado: la preciosa adolescente de maneras lánguidas y mirada un poco huidiza, que usaba minifalda y hablaba con fluidez el inglés y el francés. La actual había conservado parte de aquella contención educada, pero también había adquirido gestos de hastío y de impertinencia. Enseguida se sentó en la silla frente a mi escritorio y sin disimular miró en torno: repasó uno por uno los muebles antiguos, los títulos de procurador y abogado colgados detrás de mí, el fichero de metal con los cajones mal cerrados, la torcida y sucia cortina veneciana de la ventana que da al pozo de aire y la computadora apagada, y supo, sin necesidad de que nadie se lo dijese, que la oficina y yo éramos lo mismo. No obstante, se sobrepuso a toda la ruina y explicó:

—Lo que vine a plantearte lo pude haber consultado con los abogados de la familia, aunque no se trata, en realidad, de un asunto legal. Como sabés, en la muerte de Esteban hubo detalles extraños de los cuales me enteré después, a través de mi cuñado Ramón y de ese hombre, Garín. Mis hijos también están al tanto y, por supuesto, papá. Pensamos en abrir una causa, presentarnos ante un juzgado y que se investigase. Mi hijo mayor, Lorenzo, quería pedir la autopsia que no se hizo, pero, al final, resolvimos no hacerlo. En todo caso, las dudas van a permanecer y solo el tiempo servirá de alivio. Pero hay otras alternativas y por eso estoy aquí.

Mónica miró por encima de mi cabeza y buscó luego en su cartera: extrajo una cajilla de cigarrillos y tomó uno pero no lo encendió.

—Si no es legal tu preocupación, no sé qué puedo hacer por vos... por ustedes —me atajé.

—Vos y tus amigos fueron parte de aquellos desgraciados días de hace tres meses y además trataron de ocultar y desbaratar cualquier investigación. Supongo que por una equivocada idea de la piedad. Yo tengo parte de culpa porque los involucré y ese fue mi error. También fue mi error haber aceptado ese certificado de defunción firmado por un médico irresponsable que se dejó influir vaya a saber por qué. Pero esa noche yo estaba muy cansada por la tensión vivida y era capaz de aceptarlo todo con tal de que la locura terminase. Mi hijo Lorenzo también, claro. Como sea, nunca debí llamarlos, aunque lo hice pensando en Esteban. Mejor dicho, en la posibilidad de que todo fuera menos grave de lo que fue.

—Nunca entendí por qué la llamaste a Adriana, nada menos.

La viuda encendió por fin el cigarrillo y aspiró largamente. Luego expulsó el humo y este flotó sobre el escritorio vacío de papeles. Noté un poco de lástima y otro poco de desprecio en una breve mirada.

—A veces, nuestros errores del presente son una consecuencia de otros muy anteriores, pero no lo sabemos. Me tenían muy harta Esteban y sus permanentes arrebatos. Creo que estaba en medio de una depresión, de una crisis, pero rehuía tratarse. Había empezado a ser violento, descuidaba su trabajo y entre nosotros ya casi no había diálogo. Era un hombre difícil que además me

atemorizaba. Podía ser muy cruel si se lo proponía y también muy desagradable si lo enfrentabas. Tenía obsesiones: el pasado era una de ellas. Buscaba cosas perdidas, intentaba interpretar hechos a la luz de su crisis. Dos por tres los nombraba a ustedes y amenazaba con invitarlos a una reunión en casa y, cada vez con más frecuencia, desaparecía un par de días sin avisar. Decía que iba a Calais, a sentarse y pensar. Pero en la última desaparición hubo circunstancias diferentes: se había llevado el Volkswagen, esa reliquia que él había recuperado de sus años jóvenes —movió cielo y tierra hasta dar con él y comprárselo a alguien que vive en Minas—, y antes había dicho que se iba a Buenos Aires por trabajo. Eso fue luego de su regreso de Miami. Cuando supe que era mentira, me asusté, pero también pensé que a lo mejor todo formaba parte de lo mismo, es decir, de su necesidad de encontrarlos, de regresar a algún lugar del pasado en donde ustedes habían sido importantes. Reconozco que me equivoqué porque, al final, aquello fue más grave y hubiera necesitado gente profesional para buscarlo.

—Sigo sin entender por qué nos llamaste, Mónica —reiteré y le ofrecí un cenicero.

—Estaba muy asustada y no quería involucrar a la policía. Tampoco a mis hijos. Fue un impulso, no quise asumir la responsabilidad: como te dije, estaba harta de Esteban y su descenso, y no quería que las cosas tomaran estado público. Mi marido no era un desconocido y en el velorio lo pudiste apreciar: si su desaparición trascendía hubiera sido un escándalo para la familia. Insisto en que me equivoqué.

—¿Y qué puedo hacer yo ahora?

Mónica apagó el cigarrillo en el cenicero y me miró por primera vez con interés, diría, humano. Hasta entonces pareció estar ante mí como iniciando un trámite, una gestión que involucraba apenas papeles y sellados.

—Conociste bien a Esteban y tenés una formación universitaria. Yo voy a entregarte cosas que fueron tuyas y a permitir que indagues en otras. Quiero, en la medida de lo posible, que te aproximes a la verdad sobre todo esto. No tengo idea de lo que vas a encontrar ni esperanzas de que sea con éxito. Tampoco se puede estimar el tiempo que te llevará, en caso de que aceptes. Por otra parte, no es nada legal y lo único que te pido es un poco de dedicación. Por supuesto que vamos a pagarte. La suma va a interesarte. La condición es que me informes por escrito todo lo que averigües, y el primer informe que te pido es sobre la búsqueda de hace meses.

—¿Y por qué pensás que yo pueda estar interesado en hacer algo así? —aduje, sin encontrar motivos válidos para negarme. Mónica contempló sus manos y volvió luego a recorrer las paredes descoloridas y el piso deslustrado. Un leve fastidio, un cierto asco, le dilató las fosas nasales y con un gesto mecánico se alisó el pelo.

—En vez de los pocos asuntos que debés atender aquí, vas a trabajar en algo menos rutinario. Podés equivocarte o demorar, aunque estoy segura de que eso no va a suceder. Para ser clara: ¿están bien seiscientos dólares mensuales para que te muevas y le des vueltas a esta historia? Ningún abogado aceptaría esto sin una autopsia, algo que no queremos hacer. Como vos participaste en evitarla en su momento, y gracias a una llamada tuya se consiguió el certificado de defunción, bueno, creo que deberías aceptar. Siento que Esteban se llevó muchos secretos que a lo mejor nos involucran a todos. Te prometo que esto quedará entre nosotros y que no pienso hacer nada más después que me entregues tu informe final, que te lo pagaremos por fuera de la mensualidad. Los gastos que el trabajo te ocasione corren por nuestra cuenta. Insisto, no importa si no llegás a una conclusión o si nada queda claro luego de tu trabajo. Tampoco voy a imponerte un plazo o fijar un límite. Podés empezar sin que importe hasta cuándo seguir.

En diez carillas a doble faz de papel oficio escribí todo lo que sabía sobre la búsqueda, desde el día que recibí el aviso de Irene hasta mi llegada junto a Adriana a Calais, la noche en que encontramos el cadáver. También detallé la llamada telefónica con el encargo final de mi amigo, y la historia del viaje en ómnibus desde Salto, cuando Esteban le relató a Adriana su viaje al desierto. Traté de ser objetivo y deslindar el afecto o la bronca. Como Garín, yo iba a moverme por fuera de lo oficial y desde el inicio de la primera frase del primer folio, tuve claro que en esta nueva pesquisa el grupo quedaría excluido. También me impulsó el hecho de que, contra la entrega del informe, Mónica iba a darme un sobre con objetos y documentos que habían pertenecido a Esteban. Así, con esa fácil aceptación de un asunto turbio, me rendí una vez más ante el triunfador.

En un primer momento pensé que iba a trabajar por algo importante y que buscar la verdad era una manera de dar alivio a mis dudas y a los reparos sobre la muerte de Esteban. También creí, con la distancia que me daban esos meses transcurridos, que mi intervención implicaba subsanar los errores del grupo, que había procedido con una lógica adolescente y un entusiasmo irreflexivo. En realidad habían sido tres días en los que, sin darnos cuenta, habíamos retrocedido en el tiempo y, dominados por un furor atropellado, intentamos reconstruir un vínculo que ya no existía. La búsqueda de Esteban había sido la última aventura juntos. Lejos de aliviarme, esa conclusión me despertó el desencanto y la certeza de lo inútiles que habíamos sido.

—No hay nada más —me había advertido Mónica antes de irse aquella tarde.

Yo le había preguntado por la computadora y las agendas de Esteban, las que llevaba en la oficina, pensando que allí podía haber algo revelador.

—Las agendas desaparecieron y la computadora tenía el disco duro totalmente borrado, dicen los técnicos que por el efecto de un imán. No saben si fue él mismo quien lo hizo. Por supuesto que revisamos su escritorio y todos sus papeles, pero no encontramos ningún indicio que llamara la atención. Tampoco pudimos ubicar su celular, por más que lo buscamos en su auto y en todos sus cajones. También hablamos con el doctor Casares, su médico personal, y nos dijo que Esteban nunca lo consultó por nada vinculado a su crisis y que tampoco él lo derivó a ningún psiquiatra. No sabemos como consiguió recetas para lo que tomaba. Lo que hay y pueda ser importante vas a recibirlo cuando me entregues lo convenido.

La curiosidad movilizó su irresistible mecanismo y, cuando creía que Esteban empezaba a ser un recuerdo y una nostalgia del pasado, regresó desde esa compleja dimensión de la duda. Quise engañarme con la paga y con la posibilidad de hacer algo distinto y por fuera de los adocenados procedimientos de los trámites: en realidad quería seguir hurgando, revolviendo en esa vida como un topo que cava para salir a la luz. Lo que ansiaba era un pretexto para zafar de los otros asuntos y de ese gran expediente inmovilizado que era mi vida. Por primera vez en estos años estaba ante un caso que ponía a funcionar algo más que el hábito de transar y la indiferencia ante el fracaso. Desde donde fuera que estuviese, Esteban me invitaba a seguir con su trámite y, quién sabe, tal vez a renovar mi propia vida.

Al entregar el sobre con el informe en la casa familiar, la empleada que me atendió me dio otro, grande y abultado, dirigido a mi nombre. Yo le había propuesto a Mónica un nuevo encuentro, para que me contase todo lo que sabía de los últimos años de Esteban. Ella prefirió esperar que yo viese el contenido del sobre y lo analizara. Insistió en que lo que podía contarme seguramente no iba a explicar el descalabro de su marido. “Siempre fue un gran simulador y alguien habituado a mentir, a dejar correr cortinas de humo y a ocultar lo desagradable” fue su último comentario antes de que terminase nuestra primera reunión en mi despacho.

Ya en mi departamento y con un whisky bien servido en la mesa, abrí el sobre. Junto al sobre tenía preparado un bloc de hojas amarillas y dos bolígrafos. Antes había anotado:

*12 fotografías de 10 x 13 con casas y paisajes desérticos, encontradas por el que suscribe en un sobre en el escritorio de E. en su casa.

Al abrir el sobre lo primero que extraje fue una edición de Gallimard de *Illuminations* de Arthur Rimbaud, la que, según recordaba, estaba en el bolso encontrado en el Honda. Era un libro mediano y de hojas amarillentas, en cuya carátula se veía la imagen del poeta adolescente, el clásico retrato con la mano izquierda en el mentón. La edición en francés, según leí, era de 1957 y estaba fechada en París.

En el sobre había, además: dos tiques de peaje marcados el 4 de julio, y con las horas 19:45 y 21:23, respectivamente; un boleto de Air France, del vuelo AFL 7505, entre París y Sevilla, abordado por Esteban entre las 14.00 y las 16.45 del 16 de setiembre de 1992; un mapa del norte de África (Egipto, Libia, Argelia, Marruecos, Mauritania, Sahara Occidental, Túnez), una servilleta de papel con un logotipo impreso, el del bar Lutèce del hotel homónimo de Tánger, y una palabra escrita con bolígrafo azul: *Aсенari*. Había también un par de esquelas, de menos de una carilla, escritas en un fino papel color crema con una letra elegante y abierta —la misma de la servilleta—, ambas en inglés y firmadas apenas con una inicial, un garabato que podía ser una “M” estirada. Ninguna tenía fecha ni lugar. Las dos empezaban: “Dear Stephen”.

Por último, una fotografía —una instantánea de Polaroid— que muestra a una mujer recostada contra un muro de barro, bajo un sol vertical. Está vestida con una camisa de tono caqui y lleva una pashmina de algodón color crudo sobre los hombros. No sonríe y tiene el pelo castaño hacia atrás, agitado por el viento. Está de perfil, su cara se recorta sobre la rústica pared y su ojo —el único que muestra en esa posición— no mira directamente a la cámara. Tiene algo extraño esa mirada, como si la imagen hubiera sido tomada en contra de su voluntad, porque hay como un rictus de negativa en su boca, y la cabeza, quizá debido al efecto de la propia foto, parece envuelta por un torbellino. A juzgar por lo que vi, la mujer podría tener entre veinticinco y treinta años y era muy atractiva.

Pese a mi precario inglés, pude entender bastante bien el contenido de las esquelas. Parecían sucesivas, y no revelaban nada importante en relación con los hechos. Sólo expresaban un cierto agrado por haber recibido noticias y la posibilidad de un futuro encuentro en un tiempo y un lugar no determinados. Tenían un tono urgente y a la vez una intención clara de ser escuetas, breves. Si reflejaban un estado de ánimo, no llegaba a manifestarse con claridad: las dominaba una

formalidad fría o —y eso me terminó pareciendo lo más significativo— un interés deliberado en no alentar una respuesta subsiguiente. ¿Las cartas eran de la mujer de la foto? ¿La mujer de la foto era la fotógrafa holandesa a quien Adriana hizo referencia?

Hojeé el libro en busca de pasajes subrayados o marcas significativas: había algunas hechas con descuido, signos de admiración, círculos. En la portadilla no había ninguna dedicatoria: apenas una firma inclinada e ilegible hecha con una tinta ya descolorida y una fecha: *janvier, 1960*. En la página del colofón había un precio: 8 F, escrito con lápiz. Ocho francos, pensé. “Lo compró en París y usado”, me dije, y el trabajo empezó a motivarme.

Miré otra vez la servilleta con la palabra “Asenari”. Podía ser un nombre, algo, una anotación casual, un dato. ¿Así se llamaría la mujer de la foto?

El segundo encuentro con Mónica fue en su casa y transcurrió en el living donde meses antes había estado el féretro. Ahora el lugar había recuperado su intimidad y los cómodos sillones de cuero. Había flores repartidas por varios rincones y una calma que apenas era interrumpida por el sonido de un remoto *rock* que sonaba en la planta alta.

—Es Nicolás —explicó Mónica y supuso que yo iba a entender las debilidades de su hijo del medio.

Le pregunté cómo estaban los otros y ella hizo un mohín vago, como si no le importasen.

—¿Qué te pareció lo que viste? —preguntó, yendo directamente a nuestro tema.

Previamente no me ofreció nada para tomar y con ese detalle me quedó claro que no estábamos en un encuentro social o amistoso. No obstante, viendo cómo estaba arreglada y vestida, me pareció que Mónica esperaba nuestra reunión o que al menos le importaba más que la visita de un plomero. Antes de responderle, saqué de mi portafolios el bloc de hojas amarillas y miré mis apuntes, pese a que todo lo que iba a decirle estaba claro en mi mente:

—Esperaba que hubiera más. Lo que vi concuerda con la historia del viaje a Marruecos con la holandesa. Supongo que las cartas son de ella. Es obvio que la foto también. El vuelo a Sevilla es sin duda anterior a su llegada a Tánger. La servilleta puede ser un indicio de donde se alojaron. No sé qué significa la palabra anotada, Asenari, pero es casi seguro que la letra es la misma que la de las cartas. El libro imagino que lo compró en una librería de usados, en París, y tiene marcas pero no anotaciones. Los tiques dejan constancia de la hora en que pasó por los peajes aquella noche, aunque hay mucho tiempo entre el primero y el segundo, casi dos horas para recorrer setenta kilómetros, y entonces tenemos otro agujero. Un agujero que Garín no vio porque no se le ocurrió buscar el tique del primer peaje. ¿Nunca te habló de esa mujer?

Mónica negó con la cabeza y no pudo sostenerme la mirada. Hay preguntas que nunca deben hacerse a una viuda y esa había sido una de tantas.

—No, nunca.

Hubo rencor en el tono del “nunca” y eso significaba que Mónica hubiera preferido saber a ignorar.

—¿Pudo ser ella la “mujer del chal”? —pregunté, aunque lo hice para mí. Mónica lanzó una risa corta, desagradable.

—¿Quién la vio? Es solo un dato dudoso, inventado por ese policía. Una fantasía de alguien que no entiende nada. Lo que te pedimos es que averigües por qué y cómo llegó hasta allí, en ese estado y con ese descontrol. Y si en realidad hubo una mujer de chal, quiero saber su nombre y dónde vive. Si existe una fotografía holandesa, también quiero saber quién es. Lo demás lo resolveremos en familia y será un asunto privado, mío en especial.

—Está bien, lo tengo claro. ¿Qué sabés del viaje?

—Aquel viaje fue originalmente a París. Lo de Valencia fue un agregado de último momento para hacer otro negocio de cueros. África no existió: fue una semana de silencio, normal entonces. Él vivía viajando y no se preocupaba por llamar. Cuando regresó me trajo regalos, como siempre. Estaba muy bronceado, pero le echó la culpa a España.

—Las cartas, el mapa, la servilleta y la foto, ¿dónde estaban?

—Los encontré hace meses, en un cajón de su escritorio. Fue casualidad. Estaban dentro de un folleto del Museo Picasso de Le Marais. Dejé todo donde estaba y no le dije nada.

—¿Cambió mucho luego de aquel viaje? Me refiero a si notaste algo diferente en sus hábitos, algún comentario extraño, no sé qué de distinto.

—No estoy muy segura: creo que se aisló, socialmente y en sus hábitos de familia y también en algo más profundo. Era una actitud, ¿cómo describirla?, desolada, ausente. Estaba por fuera de todo, ensimismado. Parecía que nada le interesaba; me refiero a sus asuntos habituales: la empresa, sus vínculos comerciales, todos nosotros. Por entonces empezó a perder peso, se obsesionó con las dietas. También se distanció de sus hijos, en especial de Lorenzo. A veces pasaban semanas sin hablarse luego de discutir por cuestiones mínimas. Con los menores no pasaba de charlas esporádicas sobre temas sin importancia. Hace un tiempo empezó a ayudar a alguien que conoció en la calle, un marginal, creo, le regalaba ropa y se ocupaba de llevarle remedios, algo que jamás le había interesado: me refiero a la ayuda, a una actitud caritativa.

—¡El profesor! —exclamé y una luz muy potente se abrió paso para iluminar mi ineptitud. Por breves, infinitesimales fragmentos de tiempo, sentí el aguijón de la duda y a la vez el de la revelación, pero no los atendí. Todo se disolvió en la elemental comprobación de que aquel poeta en harapos que cuidaba autos en la Ciudad Vieja y el profesor eran la misma persona. Esteban nos había pedido que lo cuidáramos, porque él ya no iba a poder hacerlo. Iba a dejarnos a cargo de su devaluado sosias, al que yo conocí y Esteban llamó “poeta”.

No hablamos de mucho más aquella tarde con Mónica. Como complemento del sobre anterior me entregó las llaves de Calais, por si yo quería ir hasta el chalé para buscar algún otro indicio, algo que hubiera escapado a la investigación que Garín había hecho la mañana siguiente a la muerte. Le pregunté a Mónica si la palabra Asenari le decía algo o si Esteban alguna vez la había mencionado.

—No, ese nombre no me dice nada —confirmó la viuda y nos despedimos. Antes, le había contado lo que sabía del “profesor”. El detalle del parecido con Esteban —por una razón que en ese momento no aprecié en forma consciente— lo relativicé. Me limité a describirle su aspecto sucio y marginal y la idea de una semejanza que corría más por cuenta de Esteban que de la realidad. Yo mismo, en ese momento, no estaba seguro de que tal circunstancia fuera relevante y en mi memoria había un remoto recuerdo de aquella conversación en el Café Brasileiro y el posterior encuentro en el derruido edificio del ex Hotel Nacional con alguien a quien Esteban protegía y en el que creía estar viendo a su doble decadente.

—Era una ocurrencia de Esteban —le aclaré a Mónica—. En realidad no se parecían.

Ya en los escalones del portal de la casa, me volví y le pregunté lo que todavía no me había animado:

—¿Había en verdad motivos para lo que pareció un suicidio?

Enfaticé “pareció”, acaso involuntariamente, y ella lo notó. Esa era la pregunta más importante y recién la había hecho al final de la charla, de manera torpe y fuera de lugar. Mónica me dedicó una sonrisa triste y una mirada cansada:

—Esteban amaba la vida, por más que sin duda estuviera atravesando una crisis. Había conseguido todo lo que se propuso y lo que no, también. No era un hombre que renunciase a nada con facilidad.

Pude llamarlos a los del grupo y contarles que había identificado a una de las piezas faltantes del rompecabezas: el profesor. Pero eso hubiera significado hablar de mis encuentros con la viuda y del mandado que debía hacerle. En cambio decidí merodear por algunos días la zona de la Ciudad Vieja donde había visto al protegido de Esteban por primera vez. Ya habían pasado algunos años de aquel encuentro, cuando Esteban me había citado para contarme de su amigo.

Por más que busqué, no pude dar con él. Tal vez se había ido a algún otro lugar a la intemperie o quizás había muerto en algún baldío, cualquier madrugada fría. Esteban nos había pedido que lo cuidásemos porque él ya no podría ocuparse: ese había sido uno de sus encargos finales cuando Valdez parecía estar determinado a matarlo.

Al final le pregunté a otro cuidador, más joven y sin aspecto de marginal. Comparado con el profesor, éste era un profesional, equipado con chaleco reflectivo y carné de identificación municipal. El cuidador me dijo que no recordaba a nadie como yo le había descrito, dado que hacía poco que trabajaba en esa zona; no obstante, me informó que podía preguntar en un refugio que funcionaba a unas cuadras, donde por la noche se daba comida caliente y alojamiento a los que no tenían techo. Esa noche fui hasta allí.

Interrogué al personal encargado, pero nadie recordaba haber visto a un hombre con las señas de mi descripción. Me dijeron que esas personas, sin casa ni pertenencias, a veces desaparecían o eran obligadas a cambiar de lugar por otros más jóvenes y fuertes, que les quitaban el espacio de trabajo. Cuando eso sucedía, por lo general el rechazado se iba a otro sitio y empezaba a construir un precario afincamiento, hasta que volvía a enfrentarse con otro que le disputaba el derecho a una cuadra de autos, un rincón en un baldío o en una finca ruinosa y las escasas pertenencias que llevaba en un bolso. Era un mundo sórdido e incontrolable porque funcionaba en las orillas del otro, fuera de la mirada de la sociedad y de los parámetros de la convivencia regulada por las normas. Con la idea de que eso pudo haberle pasado al profesor, abandoné esa noche su búsqueda, aunque me equivoqué al hacerlo.

Como si formasen parte de las piezas de un *puzzle*, desplegué sobre el escritorio las fotos del desierto y las miré desde los precarios datos que había ido obteniendo o imaginando. Antes, con la ayuda de un atlas busqué el nombre Asenari y recorrí el mapa que Mónica me había entregado. Empecé a pensar que Asenari era una palabra clave en la historia final de Esteban y que posiblemente designara un sitio, un lugar donde había vivido algo trascendente. Tal vez las fotos habían sido tomadas en ese lugar.

Procuré observarlas como si las viera por primera vez. Lo primero que resultaba evidente era que no mostraban gente. Parecían construcciones de barro, concebidas con una arquitectura simple, que no ofrecía más recursos que la vertical y la horizontal. Las aberturas de las ventanas eran pequeñas y las puertas, angostas. Los techos eran planos y a veces se prolongaban en torres estrechas que culminaban en una especie de mirador ornado de humildes arquerías o dibujos realizados con el propio adobe. Algunas casas tenían dos pisos y, entre casa y casa, había una callejuela tortuosa. Del mismo barro de las paredes y con tramos escalonados, la callecita se abría paso, sinuosa y ascendente, como si el conjunto trepase hacia alguna elevación del terreno. A veces, en una abertura, se distinguía un enrejado hecho en madera entrecruzada. En alguna de las tomas se veía un paisaje árido y ondulado, con una tierra rojiza y reseca, y más lejos se insinuaba una remota cadena de montañas. En todas las fotos, el cielo era de un azul añil y sin una nube.

Por más que me afané, no supe qué lugar era.

Metí todo en un sobre y al otro día se lo llevé a un colega apellidado Xenar, que ha viajado más que una azafata y que presumí podía reconocer el tipo de construcción o algún detalle del paisaje. El doctor Xenar trabaja en la sección jurídica del Ministerio de Obras Públicas desde hace treinta años, y entre sus muchas virtudes está la de disponer siempre de tiempo para salir de la oficina a tomar un café. Por cierto que me debía algunos favores porque mi intervención había salvado a alguno de sus clientes de inspecciones molestas y otras calamidades.

En una mesa de El Vasquito, repasó una por una las fotos, sin expresar reconocimiento o interés. Después me las devolvió y pidió otro café.

—¿Y, Xenar, qué me podés decir?

—Poco. Esto es muy común y a la vez muy peculiar. Puede ser cualquier pueblito de Argelia, Libia o Marruecos. No existe la arcada ni hay ningún refinamiento; no se ve gente ni cacharros. Las torres son características, pero son muy simples. Todo hace pensar que se trata del desierto, ¿pero cuál? Nunca he visto esas casas tan elementales y a la vez tan armoniosas. Creo que están en una montaña, pero las tomas no permiten saber dónde se localizan. Parece todo un efecto, una manera de mentir y de ocultar: me refiero a los encuadres y a la forma de elegir cada detalle a fotografiar. Da la idea de estar abandonado, aunque nada está en ruinas. Son fotos muy buenas, además. ¿Quién las sacó?

—Una holandesa, creo, una profesional.

—¿Cómo se llama?, ¿podés ubicarla?

—Si pudiera, no te preguntaría a vos, Xenar.

Los viajes de Xenar no me reportaron ninguna utilidad y el encuentro sirvió únicamente para

que aumentara el misterio de las fotos. Le mencioné al abogado el nombre de Asenari y no le dijo nada: nunca había lo había escuchado o visto en mapa alguno. Xenar fue discreto al no pretender averiguar por qué me preocupaban las fotos o quién me las había dado, pero intuyó algo especial en mi actitud:

—¿Esto es por algún asunto? —me sonsacó antes de despedirnos—. Digo, que si hay plata de por medio, porque en ese caso podemos preguntar de otra manera. Conozco un grupo que viaja mucho, arquitectos, galeristas, aficionados al arte —gente pudiente, claro—: a veces se reúnen y juegan. El juego consiste en mostrar apenas un detalle de un edificio o un bajorrelieve y en menos de un minuto decir a qué pertenece. Un dintel, unos dedos, el cerrojo de una puerta o el gesto de una boca esculpida. Todos llevan sus diapositivas y las proyectan. Cada uno tiene su turno para desafiar a los demás y así van sumando puntos. Compiten también con pinturas u objetos. No juegan por dinero, lo hacen por el placer de saber o conocer más que el otro. Cada imagen del juego tiene su correspondiente versión completa, para que no queden dudas. Es un juego visual y un ejercicio de memoria. Al ver esas fotos, tuve una reminiscencia de esto que te cuento: esa holandesa eligió bien qué mostrar y qué no. Podríamos llevarles estas fotos a mis amigos y ver qué opinan. Descuento que van a fascinarlos.

—Tal vez —le dije— pero no ahora, no quisiera abusar de tu paciencia, Xenar.

—En absoluto. ¿Me podrías dejar una? Quiero intentar con esta gente. No voy a mencionarte ni a darles ningún dato. Incluso puedo solicitarles un informe por escrito. Para ellos va a ser un festín. ¿Asenari, dijiste?

—Sí, ese es el nombre.

Le di una foto y quedamos en que me hablaría por teléfono cuando tuviera novedades.

Lentamente se había abierto paso en mí una idea: todo lo que había dejado Esteban tras de sí podía ser un mensaje, un código a descifrar. Tal vez faltara el elemento principal, la explicación de esa palabra, Asenari. Lo demás estaba allí: las fotos, el mapa, las cartas y el libro de Rimbaud. La expresa mención al profesor también tenía un sentido: lo había llamado poeta y lo protegía. Por último, aquella confesión a Adriana en el viaje en ómnibus empezaba a tener cada vez más peso en la historia.

Volví a revisar la edición en francés de *Illuminaciones* y repasé, con más detenimiento, sus páginas. Los pasajes subrayados, los pequeños óvalos rodeando alguna palabra, las verticales al costado marcando párrafos enteros señalaban algo, establecían un comentario que pudo hacerlo su dueño original o Esteban, y que yo, por no leer francés — cosa que Esteban hacía muy bien— me lo estaba perdiendo.

Por supuesto que la literatura no es mi fuerte y a Rimbaud lo había leído hacía muchísimos años, a instancias de Esteban. No lo había entendido o al menos había sido incapaz de interesarme en sus visiones. Compré una edición en español de *Illuminaciones* y empecé a cotejar y a anotar los pasajes marcados en su versión en francés. En el bloc de hojas amarillas, transcribí en orden lo que había señalado. Actué como un simple copista, intentando, a medida que transcribía, comprender significados y establecer un nexo entre las palabras del poeta y Esteban.

Soy el sabio en el sillón oscuro. [...] Que me alquilen por fin esa tumba, encalada con las líneas de cemento en relieve, muy hondo bajo la tierra. [...] Quería ver la verdad, la hora del deseo y de la satisfacción esenciales. [...] Mató a cuantos lo seguían, después de la caza o las libaciones [...] ¡Cómo nadie puede extasiarse ante la destrucción, rejuvenecerse mediante la crueldad! [...] Nadie prestó su opinión. [...] El Príncipe falleció en su palacio, a una edad normal. El Príncipe era el Genio. El Genio era el Príncipe. [...] Soy el único que tiene la clave de este desfile salvaje.

Podía haber bastante más, pero eran solo palabras sueltas que estaban tildadas o enmarcadas entre signos de admiración. También se notaban tachaduras o pequeñas flechas que señalaban algún comienzo de párrafo. No había ninguna anotación al margen o al pie que revelase la letra de Esteban.

Tras copiar, completé la entera lectura de *Illuminaciones* y luego cerré los dos libros. Incapaz de interpretar desde lo literario —porque carecía de conocimientos, de sensibilidad, de destreza ante las metáforas y las imágenes poéticas—, sabía que solo podía leer los fragmentos desde el punto de vista de sus referencias a Esteban; tratar de descubrir en ellos los significados que aludiesen al triunfador y sus miserias. Es decir: podía leer desde mi sentido común y desde la razón que prescinde de lo subjetivo o figurado para expresarse. En ese punto, aborrecí mi ignorancia: Esteban conocía la obra de Rimbaud, la había leído desde muy joven y a partir de entonces la había admirado y venerado a su autor. Por lo que podía recordar, era capaz de recitar pasajes enteros de memoria e incluso hacerlo en francés. Hasta los poemas que él mismo se había animado a componer en la adolescencia los firmaba “Jean Arthur”. Eran unas largas secuencias de confusas reflexiones en verso libre, llenas de palabras soeces y de otras, a veces incomprensibles, que él inventaba. Con Ariel nos burlábamos de sus pretensiones, y alguna vez llegamos a parodiar

su forma de escribir redactando imitaciones bromistas de sus intentos, que le guardábamos entre sus apuntes. Él se enfurecía y por algunos días dejaba de hablarnos. Aun con estos antecedentes, también debía considerar que las marcas no necesariamente las había hecho él y, sin embargo, en una primera interpretación, esos pasajes podían expresarlo y configurar otras claves, otros indicios. Incluso era posible que todo eso fuera una simple fantasía y que nada de lo que había allí señalado se relacionara *directamente* con Esteban. Era simplemente una teoría, una forma de empezar a explicar lo que hasta ese momento no tenía explicación. Dejé el bloc y me serví un whisky: era la una de la mañana y no recordaba que ningún asunto legal me hubiera exigido de esa manera. En realidad, yo nunca me había exigido.

Tras el segundo trago me obligué a pensar en Esteban por fuera de los sentimientos que una vez nos habían unido. Estaba muerto y por fin se podía hacer un balance. Siempre se había creído superior o, al menos, impulsado por una fuerza interior que los demás desconocían. Eso le daba un aire de estar por encima de todo: el sabio en el salón oscuro.

Leí otra vez las anotaciones del bloc y me dejé llevar por mi hallazgo o por el efecto del J&B. ¿Una tumba alquilada?, pensé, y de inmediato escribí: “Uno no es propietario de lo que alquila. Lo posee y lo ocupa transitoriamente. Ver características de la propiedad funeraria”. Esteban había marcado ese pasaje —todos los pasajes los había marcado él, necesité creer—, al menos cuatro años antes de su muerte. “Quiere que le alquilen la tumba —anoté—, es decir, ¿que lo hagan por él? Que alquilen la tumba de un tercero o bien, y esto era lo extraño, ¿que su tumba se la alquilen a otro?”. Pero la tumba en la que yacía desde hacía más de tres meses era, sin lugar a duda, propiedad de su familia. ¿Era literal el sentido que él le había dado al pasaje marcado? Lo importante, comprendí, no era lo que significaba para mí la frase, sino el alcance que él le había dado. En definitiva: lo que él estaba queriendo decir no tenía por qué coincidir con mi propia interpretación. *Cemento, cal*: una tumba humilde, simple y afincada en la tierra. La actual era así: apenas un rectángulo de mármol la señalaba, una losa plana con el apellido de la familia grabado con sencillez. De modo que si el contenido de los pasajes pretendía ser, de alguna forma, profético, ello estaba cumplido.

Al llegar a esa conclusión di otro sorbo al vaso y coloqué en el tocadiscos un *long play* de John Coltrane. Todavía vivía en la era del vinilo y apreciaba el siseo de la púa sobre el surco. No tenía la menor idea de cómo se ensamblaban *Blue train* con Rimbaud, y los salvajes fraseos del “tren” con las complejas visiones del poeta. Pero necesitaba un espacio familiar que me cobijara y me ayudase a entender mejor lo que había descubierto.

Mientras Trane improvisaba como nadie, su música, en contrapunto con mis reflexiones, habilitaba un mundo paralelo y abstracto, que parecía girar desligado de todo lo existente. Intuí que todo empezaba a cobrar un significado distinto al que antes yo había supuesto. Era probable que Esteban hubiese querido ver la verdad, la hora del deseo y de la satisfacción esenciales porque todos, en algún momento, ansiamos eso. Pero él quizás había ido más lejos en esa búsqueda.

“Fue un insatisfecho y de esa enfermedad murió”, me arriesgué a anotar. Pensé en antiguas conversaciones en bares perdidos y en su tono quejoso para contarme cómo su padre se jugaba lo que no tenían. Solía hablar de él con resentimiento y también con una secreta admiración, siempre referida a sus proyectos esbozados y nunca realizados, como la construcción de un planeador que jamás pasó de los planos, o de sus teorías sobre la aerodinámica y los materiales livianos. Necesité evocar esas confesiones para encontrar la razón de su imperiosa ambición y la compulsión a seducir. Él sólo quería agrandar y ser aceptado, conquistar un espacio a salvo del

fantasma de la pérdida: era voraz como una fiera hambrienta y a la vez permitía que le tuviesen, a veces, un poco de lástima. Pero también solía ser ególatra y soberbio, y no medía el alcance de su capacidad para humillar; tampoco su propensión a destruir vínculos.

En un sentido figurado y siguiendo otro pasaje del texto que apenas estaba subrayado, me dije que Esteban había matado, una por una, a las mujeres importantes de su vida, empezando por Rosalía, su madre. Aun antes de que muriese, mantenía con ella una relación prescindente o, si se quiere, descuidada, y esa era otra de las causas del conflicto con sus hermanos. ¿Qué había pasado entre ambos, que tan bien se llevaban cuando Esteban era para ella el más chico y el preferido? Por lo que recordaba, él la hacía en parte responsable por la debacle de Miguel, o al menos pensaba que ella no había hecho lo suficiente para rescatarlo del juego ni del final bajo el puente. También había escuchado, hacía muchos años, una versión de la historia que se decía era producto de la imaginación de Esteban. Para él, Miguel se había matado porque había descubierto que Rosalía tenía un amor oculto y, en su febril devaneo, lo identificaba con el prestamista Valdez. Decía que no podía alcanzar con vender un jarrón o una pieza de platería para saldar las deudas de juego y que una vez lo había visto a Valdez hablando con su madre en una mesa de una confitería céntrica. El resto de la trama corría por cuenta de Esteban, que había ido con sus hermanos hasta el puente del suicida y lo había visto caído y con la cabeza destrozada por el escopetazo.

A medida que progresaba en el intento de descifrar los pasajes, iba entendiendo que esa secuencia —si existía— no podía ser casual y que, necesariamente, tenía que haber un plan. ¿Las *Iluminaciones* habían sido un guión para Esteban, una guía para su calculada destrucción? ¿O eran la carta que nos había dejado el suicida? No me quedaron dudas: el libro estaba en el bolso encontrado en el Honda y podía ser un testamento o un mensaje de despedida. Una euforia desconocida me dominó porque la posibilidad de entender el final de Esteban ahora me parecía cercana. Me serví otro whisky y repasé lo anotado. Para entonces Coltrane trepaba por las escalas fragmentadas y vertiginosas de “Ascensión”, pero casi no lo escuchaba, porque el texto me tenía hipnotizado.

Después de la caza o las libaciones, de la fiesta de la juventud y los sueños compartidos, habíamos sido suprimidos por Esteban porque en su nueva vida ya no teníamos espacio ni utilidad. Había encontrado el camino del ascenso material y su escalera al cielo trepaba muy alto, tanto, que no podía divisarnos. Desde esas alturas el panorama era otro y los paisajes cambiaban porque una nube los ocultaba. Pero, en la carrera final, lo habíamos alcanzado otra vez. O, mejor dicho, él se había acercado, había llamado a Adriana y nos había reclamado a su lado. Recordé la fotografía con la liebre muerta y la noche del Harriague en Calais, después de tajar nuestros dedos. El temprano pacto de sangre durante la tormenta por fin había completado sus exigencias.

También recordé al Esteban que una vez me había dicho: “Vivo para malgastarme, para inventar cada vez una razón en la cual no puedo creer y sin embargo sigo, me ilusiono”. Anoté la frase del recuerdo sin estar seguro de que fuera textual. En forma desordenada otras ideas me asaltaron, y tuve la visión, dudosa pero cierta, de cuando Esteban quemó todos los libros de Miguel sobre caballos e hípica, todos sus tratados sobre el juego de ruleta y las martingalas más usuales e inútiles. Iluminada por el fuego, su cara tenía algo de diabólico y a la vez de angelical. No podía estar seguro de si eso lo había visto o si, tal vez, él me lo había contado con esa capacidad de fabulación que transformaba cualquier anécdota que contase en una historia inolvidable.

Tras más de una hora y media de lectura, bebida y anotaciones, me sentía agotado, pero así y todo no podía sustraerme al poder de esas palabras ajenas que parecían deliberadas para expresar a Esteban. Quería seguir leyendo para buscar más párrafos significativos, otras palabras que implicasen un rastro, una huella para seguir a Esteban entre los versos.

Hasta que una idea repentina se abrió paso dentro de mí a contrapelo del entusiasmo que me dominaba. Fue un llamado a que desconfiara, a que no me dejara llevar por lo demasiado evidente. De pronto, un viejo concepto jurídico me iluminó. Recordé las teorías sobre la interpretación de las leyes y los elementos comunes de los sistemas interpretativos: el gramatical o literal, el histórico y el lógico o *ratio legis*. Si bien no estaba ante una ley, esa secuencia podía aplicarse a lo anotado y leído. El poeta había empleado una forma, había redactado en un tiempo concreto y desde una determinada lógica o espíritu que se había fijado en sus versos y que los críticos o exégetas podían rastrear e interpretar, pero sin apelar a ninguna sujeción a lo racional, porque, según podía entender, la poesía era el reino de lo subjetivo. Cotejar lo que estaba marcado con Esteban era como forzar la interpretación de una Ley para torcerla según nuestra conveniencia, pero era además especular con una subjetividad o varias que alentaban lecturas ambiguas. Vino a mi mente un comentario de Gustav Radbruch referido a que la voluntad de la ley es distinta de la de su autor y que la interpretación jurídica no es igual a la interpretación filosófica, porque aquella solo se dirige a encontrar el sentido objetivamente válido del precepto jurídico. Tras esa afirmación el filósofo y jurista alemán deslizaba una especie de nota aparte que yo no había olvidado, porque iba más allá del tema que trataba. Fui hasta la biblioteca y busqué en el viejo texto sobre Filosofía del Derecho hasta dar con la cita textual: “Un acertijo puede tener, junto a la solución de su autor, todavía otra segunda, no pensada por él; y una jugada aislada en el ajedrez puede tener, posiblemente, en la conexión con todo el juego, un sentido distinto del que

creyó el que la hizo”.

La cita de Radbruch fue como una advertencia: cuidado, nada es lo que parece, hay más caminos de los que vemos a primera vista. Estaba claro que el libro no había sido dejado en el bolso por casualidad. ¿A quién realmente se lo había confiado? Había demasiadas posibilidades de que *Iluminaciones*, finalmente, hubiese terminado en la biblioteca. Pero, en la noche de Calais, algo que se titulase *Iluminaciones*, ¿no era un poderoso llamador, una linterna encendida y abandonada? No obstante, alguien tan enajenado como Esteban esa noche, ¿habría sido capaz de pensar en ese detalle tan sutil? El libro esconde algo —pensé para concluir—, pero no en sus pasajes señalados, que pueden ser significativos o no. Hay algo más que se me escapa o de tan evidente que es no logro verlo, admití. Hasta allí pude llegar esa noche con Rimbaud y desde ese momento me pareció prudente dejar de lado ese factor y focalizar en otro mis reflexiones.

“¿La holandesa = la mujer del chal?”, escribí.

Enseguida agregué: “No, imposible. La mujer del chal es otra, es alguien”, y me quedé mirando lo escrito porque entendí, ahora con absoluta certeza que, de ser verdadera esa posibilidad descubierta por el policía Garín, había algo que no terminaba de encajar. Una laguna negra e informe se agitó en mi mente. Sus aguas eran turbias y misteriosas. Estuve tentado de anotar algo y no lo hice, porque mi razón no aceptó tirar de un hilo minúsculo que había salido a la superficie. Por infinitesimales fragmentos de tiempo, un débil destello se cruzó por mi cerebro y desapareció tragado por las aguas. El hilo se había hundido.

Aparté el bloc, me serví un último whisky y quité del tocadiscos el vinilo que hacía rato siseaba tras la última nota del último surco. Ahora sabía que para resolver qué había pasado realmente con Esteban tenía que encontrar a la holandesa y saber dónde estaba o qué era Asenari. También, averiguar qué había sido del profesor. Pese al cansancio y la bebida, estaba totalmente despejado, y todo cuanto había leído resonaba en mi mente como un extraño coro, un prolongado lamento que se mezclaba todavía con los fraseos del saxo de Trane.

Escribir un informe para Mónica con mis conclusiones hubiera sido una obligación producto de nuestro arreglo, pero intuí que no era oportuno en ese momento. Ni siquiera iba a intentar resumir esas conclusiones en una teoría, porque todo en mi mente era difuso. En cambio la llamé por teléfono y le pedí que buscara en las bibliotecas de la casa cualquier edición de Rimbaud. Cuando me preguntó para qué, me limité a responderle:

—Puede ser importante, Mónica.

Por esos días reapareció el doctor Xenar. Me citó en un bar frente a la Caja de Jubilaciones, tras un breve llamado telefónico. Al verme entrar me saludó con un ostensible gesto de su brazo y me invitó a sentarme. Lucía radiante.

—Aquí está todo —se ufano al entregarme un sobre blanco, tamaño oficio—. Esta es gente seria — justificó—. Un informe completo y muy profesional a partir de una simple fotografía. No esperaba menos —se congratuló mientras apuraba su café. Yo pedí una gaseosa y empecé a entender. Xenar se refería a sus amigos y al juego que practicaban.

—¿Cuánto le debo? —dije, de manera inconveniente. Xenar sonrió con suficiencia y no respondió a mi pregunta.

—Por supuesto que lo leí. No estaba tan errado, aunque era bastante más difícil de lo que pensaba. Hablamos de la misma región, pero hay matices que determinan ciertas peculiaridades. En cuanto al nombre, no existe. Quizás es un invento o un error. Ellos arriesgan una localización, pero sin garantías. Tal vez con más fotos podrían afinar la puntería. De todas maneras, estuvieron horas deliberando y se discutió bastante, así que fueron a fondo, puede estar tranquilo. En función de la prueba aportada, no se puede ir más lejos. Cuando cobre esto, invíteme a almorzar.

Sin darme tiempo a responder, Xenar pagó y se fue.

El informe que esa noche leí con interés y en detalle parecía redactado por la National Geographic Society y constaba de siete carillas tamaño oficio mecanografiadas a doble espacio. No tenía fecha ni firma al pie y no estaba dirigido a nadie en particular. Tal vez era una especie de resumen de la reunión en la cual la fotografía había sido vista con lupa y repasada hasta el hartazgo por los contertulios. En su primera parte se expresaba:

“Cuando un viajero es capaz de aventurarse más allá de la vastedad de esa gigantesca barrera natural que constituyen las montañas del Atlas —accidente geográfico que divide en dos el Magreb—, puede descubrir, desplegándose ante sus ojos, un mundo nuevo y deslumbrante: el de los oasis presaharianos del sur de Marruecos. Son pequeños poblados que se diseminan por entre desolados secarrales que alimentan escasos cursos de agua”.

Lo que seguía era un informe minucioso que consignaba detalles geográficos, arquitectónicos y topográficos de un lugar que podía estar ubicado en Mauritania, Libia, el Gran Magreb y el sur de Marruecos. Se reparaba en que “la estructura urbanística del ksar y la arquitectura de la kasba demuestran que su necesidad primordial es y ha sido la defensa. Son poblados que se afincan sobre puntos estratégicos, como lomas, colinas y escarpes que dominan el valle y se benefician de la cercanía de ríos”.

Páginas después se precisaba que “las construcciones que muestra la foto entran dentro de las

tipologías descritas, y por el color y apariencia de los muros, el tamaño de las aberturas y el abigarrado entramado de sus edificios, pertenecen, sin duda, a alguno de los oasis presaharianos”. Luego se concluía opinando que “ubicar el lugar exacto de donde procede la fotografía es tarea poco menos que imposible si no se tienen otros datos. El nombre de ‘Asenari’ ha sido exhaustivamente rastreado sin éxito y no designa lugar alguno conocido o que merezca ser mencionado en mapas o guías de Marruecos. Tal vez sea un error o una denominación inventada. Sin embargo, a sugerencia de algún informado miembro de nuestro grupo, que además ha viajado en tres o cuatro ocasiones por la zona, se podría arriesgar un nombre o, al menos, focalizar en determinado punto la ubicación del sitio”.

Por último, el informe sugería una posibilidad: “Sin pretender establecer una opinión definitiva —porque el documento analizado da una visión parcial e insuficiente—, nos atrevemos a señalar que el lugar podría pertenecer, en un altísimo porcentaje, a la región del Mgoun. Se trataría de un ksar más bien pequeño, erigido sobre una elevación escarpada y bastante inaccesible, cuyos edificios, primitivos y acordes con la arquitectura del adobe, podrían estar abandonados o su uso limitado al de establo o granero”.

Dentro del sobre estaba la foto que Xenar les había llevado. ¿Debía reportar su contenido a Mónica? Preferí no hacerlo todavía, porque sus conclusiones eran solo conjeturas. No obstante, en el bloc anoté “Marruecos-Mgoun”. La M se repetía y era la misma inicial que había firmado las cartas.

El siguiente paso fue consultar el mapa de la región del Magreb para ubicar el lugar indicado por el informe. Eso no agregaba demasiado a la cuestión, pero me ayudó a visualizar una lejanía. Busqué hasta dar con la zona, cercana a Marrakesh, y la señalé con un círculo de birome. También uní los trayectos Valencia-Tánger-Marrakesh-Mgoun.

Lo llamé a Xenar para agradecerle y comentarle el informe, pero en su oficina me dijeron que estaba de licencia por viaje. Se había ido diez días a Escandinavia. Otra lejanía —pensé.

Al otro día, por la tarde, Mónica me llamó. Quería verme en mi oficina de la Ciudad Vieja. Su voz me pareció imperiosa y a la vez dubitativa, como si algo la obligase o no estuviera convencida de la necesidad de la cita. Acordamos la hora y con bastante anticipación me instalé en mi escritorio a esperarla. En un impulso procuré ordenar un poco los papeles y lograr que los cajones del fichero cerrasen. Antes, repasé los apuntes de mi bloc y pensé en hacerle un resumen verbal de mis avances. Finalmente consideré que lo único que le diría sería lo relativo a Marruecos y a la vaga posibilidad de que el lugar fuese Mgoun. Podía, incluso, mostrarle el informe y la foto, como prueba de la seriedad de mi trabajo. Pero todo ese esquema se disolvió no bien nos pusimos a hablar.

Desde que entró en la oficina, vi que Mónica tenía un semblante tenso, contrariado. Fue directa al decirme:

—Cuando estuve aquí la primera vez, no te conté todo lo que sabía. Ahora creo que estuve mal.

No respondí y la miré con interés, esperando que me explicase. Ella aprovechó la pausa para encender un cigarrillo.

—Revisamos la cuenta corriente personal de Esteban y las de la empresa: hay faltantes significativos, en especial, un mes antes de su muerte. Retiros sin facturas o comprobantes que justifiquen el gasto —resumió Mónica y depositó con cuidado el fósforo apagado en el cenicero.

—¿De cuánto se trata?

—Es mucho, para no tener claro dónde está.

—¿Tenía deudas?

—Declarables, no.

—Explicame, ¿cómo es que...?

—Creo que jugaba. Bueno, en realidad lo sé. Iba al casino y a algún otro sitio. Creí que lo había dejado pero, ya sabés cómo es eso.

No sabía cómo era. No, tratándose de Esteban, por eso la idea me incomodó: otra sorpresa.

—¿Prestamistas? —quise deducir y me acordé, claro, de Miguel. “Valdez me quiere matar” no había sido la clave para explicar otra situación: tal vez era una advertencia literal.

—Puede ser. Nunca pensé que... —Mónica se contuvo y tuve que ofrecerle mi pañuelo.

—Está bien, creo que esto cambia un poco las cosas, o al menos las hace más complicadas. Ahora hay dinero involucrado y el fantasma de tu suegro Miguel regresa. ¿Conocías lo de “Valdez me quiere matar”?

Mónica se levantó de la silla y me dio la espalda porque tal vez no quería mostrar sus lágrimas o el rímel corrido del maquillaje. Ante su silencio, expliqué:

—Perseguido continuamente por prestamistas, en especial uno, Valdez, Miguel anunciaba en la casa que lo querían matar y luego desaparecía por varios días. También vendía cosas del mobiliario para poder pagar. Esteban padeció a lo largo de toda su infancia esas ausencias y ese terror, y la frase “Valdez me quiere matar” siempre significó para él muchas cosas que ahora no viene al caso mencionar. Pero te confieso que su gusto por el juego lo desconocía; es más: pensaba que sentía lo contrario y lo aborrecía porque le había estropeado la niñez y parte de la adolescencia. Pero veo que Esteban había cambiado mucho desde entonces. Volviendo a lo nuestro, creo que habría que encarar otro tipo de investigación que yo, evidentemente, no puedo hacer.

—¿Por qué no? —se extrañó Mónica, repuesta y otra vez sentada ante mí.

—Hay dinero, juego, tal vez prestamistas, retiros injustificados y una muerte en circunstancias poco claras. Pienso que es el momento de...

—No vamos a recurrir a la policía —me interrumpió Mónica—. Sería un escándalo y bien lo sabés. Vos y los demás están involucrados, no lo olvidés...

—¿Entonces?

Mónica sacó un sobre de su cartera y me lo dio.

—Aquí tenés la información sobre los movimientos de dinero, con fechas, montos y números de cuenta. Es confidencial, claro, y me lo preparó el contador de la empresa. En total son como ciento ochenta mil dólares. Te aclaro que con Esteban teníamos separación de bienes. De su cuenta personal podía sacar lo que quisiera, pero nos preocupa la de la empresa, porque es dinero de la sociedad, algo que papá todavía no sabe. Hasta donde se pudo, tratamos de rastrear esos retiros: emitió cheques que él mismo cobró, porque estuvimos en los bancos. Un par de cajeros lo reconocieron al presentarse en la ventanilla. También se investigó en el *clearing* y no hubo resultados. En los resúmenes de las tarjetas de crédito no aparece nada extraño, ninguna compra que no sea normal: ropa, restaurantes, supermercado. Lo raro, sí, es que no hay gastos de su último viaje.

Empecé a pensar con rapidez, pese a que Mónica me inquietaba. Al hablar se había acercado demasiado al borde del escritorio y su perfume se mezclaba con el olor del tabaco rubio y eso generaba una vaharada tórrida y envolvente. Era posible que en ese momento hubiera encontrado un nuevo motivo para seguir adelante con el trabajo. La proximidad y una historia previa de sospechados desprecios inventaban una oportunidad inédita. Podía ver a Mónica como una mujer disponible y atribulada y jugar con mis nulas chances de interesarla en mí como algo más que un mandadero. Un instante duró la fantasía, pero fue suficiente para que el juego me perturbase y me hiciese dudar. Volví a mirar la copia de los movimientos bancarios: era otro mensaje, pero no tenía nada de poético. Desde la muerte, Esteban seguía dirigiendo el juego y moviendo sus fichas.

—¿Por qué pensás que los retiros están vinculados al juego?

—No se me ocurre otra razón o al menos no imagino otro tipo de deuda u otra causa para necesitar tanto dinero.

—Por las fechas que hay acá, no hubo retiros en los días previos a su muerte y los últimos que hizo son de casi un mes antes. ¿Dejó algo en su cuenta personal? ¿Revisaron los resúmenes previos de las tarjetas de crédito?

—De su cuenta lo retiró todo, cerca de cien mil, supongo. Pero creo que podía tener alguna otra. Te repito que las tarjetas estaban pagas y no había nada raro en los movimientos.

—Pudo cancelar la cuenta sin necesidad de emitir cheques que él mismo iba a cobrar. Todo esto es muy raro, Mónica, pero no veo qué puedo hacer yo con la información. Esa plata se hizo humo y lo único que indica es que las cosas eran más complejas de lo que aparentaban. Podrían ser deudas de juego, claro, ¿por qué no? Esteban repite el calvario de su padre, aunque con más ceros a la derecha y acaso eso pueda explicar el descenso final, aunque yo he descubierto otras posibilidades que hoy no te pensaba comentar, porque quiero hacerlo por escrito y mejor fundamentado. Pero, sí, todo es posible tratándose de Esteban. Y algo que se me acaba de ocurrir: ¿tenés su pasaporte?

—Supongo que sí, pero tengo que buscarlo. Siempre lo guardaba en su oficina. ¿Para qué lo necesitás?

—Quisiera comprobar las fechas de sus últimos viajes y sus destinos. Volviendo a los retiros, creo que es poco lo que puedo hacer. Por ahora es un dato, importante, pero que no aclara demasiado, más bien entretiene. ¿Estás segura de no querer presentarte en un juzgado para iniciar una investigación a fondo?

—No, ¿para denunciar qué? ¿Tres meses después qué se puede encontrar?

—No sé, pero tal vez vos y tu familia quedarían más conformes. Esto que yo estoy tratando de hacer es una especie de favor o de mandado, como el que hizo Garín, pero no creo que aclare nada, Mónica. Mirá esta oficina y mirame a mí; pensá en mis asuntos habituales, en la distancia que hay entre mis pleitos interminables y este rompecabezas que me pediste que armase. Me faltan piezas y no tengo la capacidad suficiente para avanzar y encontrarlas. Me estoy aferrando a un poeta muerto hace ciento cinco años, a unas fotos del desierto, a una palabra misteriosa y a la posibilidad de descubrir, no me imagino cómo, el nombre y el paradero de una fotógrafa holandesa a partir de una instantánea un poco movida. Y ahora, además, hay un dinero que ha desaparecido y la noticia, sorprendente, de que Esteban era jugador. Con toda honestidad te digo que no te preocupes por pagarme nada, estoy renunciando.

Lo que dije al final fue un impulso producto de la impotencia. También de una idea clara sobre quién era yo en ese momento: el perdedor que seguía el rastro del triunfador; el que iba recogiendo, como siempre, los desperdicios que dejaban tras de sí la huella de sus postreros días desenfundados y el mensaje de sus dudosas últimas palabras.

Mónica me había escuchado con una expresión firme y serena y como si hubiera estado esperando mi afloje de ese momento. En todos estos años era la primera vez que la veía liberada

de la sombra de Esteban. En realidad, la viudez le había dado una nueva apariencia: ahora era una mujer aliviada de rencores y dispuesta a reemprender otra vida, pero antes quería pasar raya a la anterior.

—Si vas a renunciar, antes me tenés que hacer el informe que me prometiste. Cuando me lo lleves, volvemos a hablar.

El pasaporte de Esteban había quedado en un cajón de su escritorio de la empresa, y dos días después de nuestro encuentro en mi despacho, Mónica me lo envió en sobre cerrado. Finalmente ese día mi única promesa en relación con el dinero fue la de encontrar algún tipo de conexión entre los retiros y el resto de mis averiguaciones, cosa que me iba a resultar difícil. Cada vez estaba más convencido de que con el grupo habíamos actuado como unos *amateurs* en un asunto turbio que día a día se enrarecía más. Pero los demás ahora estaban lejos y por fuera de las consecuencias de tanta ligereza.

Un pasaporte siempre contiene una historia: fechas, países visitados y visados configuran un itinerario que se mide en kilómetros recorridos, en lugares y momentos que quedan consignados en la brevedad de un sello y la rúbrica ilegible del funcionario de aduana. El de Esteban era una constelación de todo eso, porque su frecuencia de viajes en los últimos cinco años era muy alta. Primero miré su foto, los rasgos del último Esteban antes del descalabro. Estaban allí su mirada atenta y vivaz, los ojos claros que había heredado de Rosalía, la boca severa y de labios definidos, la semisonrisa un poco desdeñosa en la instantánea. El pelo, bien cortado y ya algo encanecido, se abría en mitades y se repartía todavía vigoroso en la cabeza orgullosa. Bajo el mentón, asomaba la discreta papada que el cuello abotonado y la corbata acentuaban, y eso no lo favorecía. Era una imagen adecuada al viajero de negocios que seguramente en nada se parecía a la postrer versión que Sergio había descrito. No obstante, por esa versión, sabíamos que había adelgazado y usaba barba. Eso tal vez le habría ocasionado alguna demora ante el funcionario de nuestra aduana cuando su último viaje a Miami, Florida. Necesariamente tuvo que mirarlo bien antes de sellar la salida. Y ni qué hablar que lo mismo tuvo que sucederle al ingresar en Estados Unidos. Pero me equivocaba.

¡Qué poco detallistas pueden ser algunas personas! Con haberse esmerado en mirar bien, Mónica habría comprobado que ese viaje último de Esteban a Miami, por negocios, nunca se había producido. En realidad, a donde había viajado era a París y había ingresado por el aeropuerto Charles de Gaulle, el 19 de junio, y por él había vuelto a salir una semana después. Anunciar a la familia que se marchaba a Estados Unidos pero viajar en vez de ello a Europa había sido, quizá, su última y grave incongruencia, pasando por alto la mentira siguiente de la ida a Buenos Aires, que nunca se concretó.

“*Cherchez la femme*”, anoté en el bloc y consigné las fechas. Pensé otra vez en la holandesa, en una cita final exigida por Esteban. Luego, el fracaso, el desencuentro, la búsqueda y cualquiera de las variantes de la desesperación. A continuación el regreso, ya sin esperanzas y con la decisión tomada de poner fin al asunto. Salvo que el dato de los retiros y la adicción al juego cambiaran la interpretación de los hechos. En ese sentido, el viaje pudo haber sido para “huir de Valdez” y desplegar una cortina de humo, aparentar una desaparición convincente de escena que engañase a sus posibles acreedores. Escribí “¿Valdez?” y dudé. Otra vez el hilo asomó, apenas, sobre el lago oscuro. Una delgada hebra, un cabello ínfimo, inasible y oscilante.

Tenía que recordar los datos de la llamada a Adriana, las famosas últimas instrucciones. De confiar en la ex musa, allí estaban reunidos el mapa, las fotos y el famoso dicho familiar “Valdez

me quiere matar”. Entonces anoté: “la mujer del chal”. Ese era el detalle que no cerraba. Todo lo demás sí estaba en su lugar. Recordé, en ese momento, la oferta final de Garín, cuando nos volvíamos del cementerio, su comentario amenazante y a la vez desdeñoso. Si quería seguir en mi trabajo, iba a tener que localizarlo para que intercambiáramos información.

La clave —volví a la noche última de Esteban— era la misteriosa mujer del chal. ¿Por qué mujer? ¿Alcanza un chal para que la persona que viajaba junto a Esteban fuera una mujer? ¿Cuántos de nosotros habíamos visto muerto a Esteban?

Sergio había sido el primero en llegar y el que lo había descubierto en el piso superior de Calais. Luego estuvo con Ariel —acompañado de Irene que prefirió abstenerse de participar—, y ambos conversaron con el médico firmante del certificado de defunción. Finalmente llegamos Adriana y yo y, un rato después, Mónica y su hijo. De los que allí estaban, solo Sergio, Ariel y fugazmente su viuda y Lorenzo, además de los médicos de la emergencia, vieron a Esteban.

Sabemos que alguien limpió las huellas después de que la ambulancia retiró el cadáver y todos nosotros regresamos a la ciudad. ¿La persona del chal se había encargado de la limpieza? El que había aportado el dato sobre la misteriosa presencia junto a Esteban en el Honda había sido Garín.

Ubicarlo a Garín no fue fácil. Antes lo tuve que llamar a Ramón, el hermano de Esteban, e inventar que en el edificio donde yo vivía se necesitaba a alguien para cumplir tareas de vigilancia y que, por lo que podía recordar, Garín pensaba jubilarse y a lo mejor el puesto podía interesarle. Al principio Ramón dudó, pero finalmente me dio un teléfono.

Disqué y me atendió alguien de la sección Economato de la Dirección Nacional de Identificación Civil; pregunté por Garín y, tras una breve espera, la voz del policía me apremió:

—Habla Garín, quién habla de ahí.

—Un amigo de Esteban, el nieto de don Lorenzo.

Nuestra charla telefónica fue breve pero le propuse un encuentro para seguir hablando de lo que había sucedido aquella noche en Calais. Garín no se andaba con remilgos y utilizó tres palabras para aceptar: “Ya me parecía”. Eso para él significaba: yo tuve razón, nada cerraba en ese asunto y ahora están revolviendo y me necesitan otra vez. Nos citamos en un bar de la avenida Libertador, cercano al Banco de Seguros.

Cuando llegué, el policía estaba instalado en un rincón alejado de la puerta. Fumaba y tenía un pocillo de café servido en la mesa. Nos saludamos apenas con un gesto. Me senté y sin preámbulos le conté el encargo de la viuda. Le aclaré que actuaba como abogado y que lo único que mi cliente pretendía era una posible explicación de lo sucedido, por lo cual no se abriría ninguna investigación oficial. También le advertí que los hermanos de Esteban no estaban al tanto de mi tarea. Finalmente le dije que le pagaríamos por la información que pudiese aportar y que si no estaba de acuerdo en colaborar, nuestra reunión terminaba en ese momento.

Garín me escuchó sin interrumpirme y al final sonrió. Me dijo otra vez:

—Ya me parecía.

Su rostro achinado y la mirada socarrona se combinaron en una actitud de tranquila revancha. “Vinieron a mí”, me decían sus ojos pequeños y vivaces. No respondí al comentario y tampoco agregué nada más a mi propuesta. Le tocaba mover a Garín.

—¿Qué quiere saber? —dijo, por fin.

—Tengo razones suficientes para que volvamos a hablar de la famosa mujer del chal que usted

descubrió. Es probable que, de ser verdadera, sea el detalle que no cierra en este lío. Además, en el Honda había otro tique de peaje que usted no vio; entre el que encontró y este, existe una diferencia de tiempo mayor de la necesaria para cubrir la distancia que separa los dos puestos. De todas maneras, lo decisivo es la presencia de esa mujer en el auto, cuando Esteban pasó por el segundo. Pero voy a comentarle algo que hoy mismo comprobé, porque me tomé el trabajo de ir hasta el peaje del arroyo Pando, me ubiqué junto a una caseta y traté de mirar desde la altura que ve el funcionario: comprobé que únicamente puede distinguir al acompañante cuando el auto está llegando y lo tiene casi de frente. Luego, cuando el auto se detiene solo puede apreciar al chofer y tal vez las piernas y la cintura del que va en el otro asiento. Así que, estimado Garín, lo que vio el funcionario aquella noche tuvo que ser muy fugaz, muy breve y él debió estar muy atento y despabilado para discernir que dentro del Honda, además de Esteban, viajaba alguien con la cabeza cubierta por un chal. Lo que me lleva a pensar que, a lo mejor, ni era una mujer ni era un chal lo que vio. ¿Me explico?

Lo que acababa de expresar, además de mis dudas, era una forma de decirle a Garín que no tenía por qué seguir ufánandose con lo que aquella vez había descubierto. El policía pareció aceptar mi punto de vista, o al menos borró de su cara la actitud suficiente o socarrona. En cambio, adoptó otra de escepticismo. Se rascó la cabeza y pidió otro café. Ante su silencio, agregué:

—Quiero el nombre del funcionario que le dio el dato porque necesito hablar con él y volver a interrogarlo sobre el punto. Supongo que todavía tiene anotado quién es y dónde puedo ubicarlo.

—Aclaremos algo —exigió, por fin—. Lo que yo averigüé sigue siendo confidencial y si aquella vez lo hablamos, fue por indicación de Ramón, que me pidió que los sondease, a ver qué pensaban. Los datos los tengo y tal vez hay algunos más que usted desconoce. Por lo que me dijo antes, Ramón no está al tanto de este asunto y no entiendo por qué, ya que se trata de la muerte de su hermano.

Vi que Garín se había puesto en guardia y que esperaba una señal mía para desbaratar esa fidelidad que esgrimía. Tuve una corazonada y me jugué:

—Quiero comprarle aquella libretita con sus anotaciones, Garín.

El policía sonrió y su expresión inescrutable se disolvió en un aire cínico que era como una bienvenida. De pronto estaba ante un negocio inesperado y aquella causa perdida tenía otra vez algún significado.

—La libreta, no; tal vez algunas hojas que pueden arrancarse.

—¿La tiene todavía?

—Siempre la llevo conmigo.

—¿Cuántas hojas y a cuánto?

—Depende de lo que busque.

—Busco lo que me sirva y lo que pueda ser verdad.

—Mire, doctor, usted no sabe lo que puede haber detrás de esto, así que trate de ser más claro.

Garín revolvió con la cucharita el nuevo pocillo y esperó que el mozo se alejase. Después acercó todo lo que pudo su cara a la mía:

—Cualquier milico de cuarta como yo sabe que el nieto de don Lorenzo fue boleta. Sabe también que probablemente lo secuestraron y lo llevaron hasta allí, le hicieron tragar un kilo de pastillas y después le metieron una almohada en la cara hasta asfixiarlo. Por eso el tipo iba acompañado y esa compañía —y no descarto que hubiera alguien más que los esperaba escondido en la casa— fue la que limpió todo el lugar y posiblemente vomitó sobre el cadáver y lo puso

boca abajo y armó toda esa escena que ustedes vieron y no se animaron a denunciar. ¿Quieren de veras seguir investigando? ¿No será mejor dejar todo como está?

Mientras lo escuchaba a Garín, pensé en los retiros y los cheques cobrados e imaginé otras razones, además del juego, que explicaran el dinero o su ausencia. Cada vez me iba sintiendo más torpe y nulo para entender o poder explicar la verdad que pretendía Mónica.

—Ahora me alcanza con los datos del funcionario del peaje —largué al voleo y sin convicción.

Garín movió la cabeza en un gesto despectivo y buscó en el bolsillo interior de su saco. Extrajo la pequeña libreta y la hojeó hasta encontrar lo que le pedía. De un tirón arrancó la página y me la extendió. Yo tomé el papel y lo guardé en mi agenda.

—Gracias —le dije, y esperé a que él hablase de una cifra. En cambio contó:

—Unos días después del entierro volví a Calais. Por las mías, claro. Estuve dando vueltas en torno a la casa, pero no quise entrar, pese a que sé donde esconden las llaves. Miré por todos lados, sin buscar nada en especial. Uno a veces tiene presentimientos, ¿no? ¿Y a que no sabe? Tuve mi recompensa. En el fondo del terreno hay unos arbustos bastante tupidos que forman como una medianera. Me acerqué y estuve observándolos hasta que vi algo que me llamó la atención. Me agaché, estiré el brazo y pude tocar lo que veía. Se lo traje, por si le interesa.

Entonces Garín levantó una bolsa de plástico —una simple bolsa de supermercado que había dejado junto a su silla—, y sacó una toalla de algodón color blanco. Era una toalla de mano, doblada en cuatro, que me entregó con gesto displicente.

—Tome, aquí tiene el chal.

Contra todo lo que yo había pensado, Garín no aceptó dinero alguno por la hoja y la toalla. Ni siquiera me dejó pagar los cafés. Tampoco quiso guardar mi tarjeta. Se levantó y se fue sin despedirse ni mirarme. Tal vez ahora se sintiese aliviado de responsabilidad, o la entrega de la toalla le significase, por fin, empezar a olvidar ese asunto extraño que hacía meses lo había involucrado por una mañana y una tarde de días diferentes. En cambio yo había recibido otra pieza del rompecabezas: una toalla blanca de algodón con un monograma labrado en su centro, formado por las letras “L” y “H”, elegantemente entrelazadas.

Ayudado por una lupa, busqué detalles, manchas o marcas significativas en el algodón. Revisé en busca de cabellos u otros restos y encontré nada más que el roce producido por el uso previo y el daño ocasionado por la intemperie. ¿Era ese el chal que había visto el funcionario? ¿Tenía relación una simple toalla encontrada en los lindes del terreno de Calais con la prenda misteriosa? Suponiendo que lo tuviera, ¿no era la prueba de que en realidad con Esteban no viajaba una mujer, pero sí alguien que ocultaba su cabeza bajo una toalla? Y si no había chal alguno y sí una simple toalla, ello podía significar, además, que no era Esteban el que manejaba aquella noche, sino que viajaba como acompañante, tal vez secuestrado por el que terminaría matándolo.

Al llegar a ese extremo de mis razonamientos, tuve la sensación de que el lago se había encrespado y que sus aguas eran peligrosas. Las conclusiones de Garín contaminaban las mías y convertían todo en algo mucho más siniestro de lo que al principio — cuando acepté la misión que me encomendó Mónica— había pensado. La situación pasaba de ser un suicidio a un asesinato sórdido y por motivos que podían involucrar a prestamistas u otros móviles que quizás incluían el secuestro y la simulación de las causas de la muerte. No tenía dudas de que la toalla que estaba sobre el escritorio de mi oficina era el elemento que cambiaba todo lo que hasta entonces había imaginado. Y lo más importante: la toalla era de Esteban porque las iniciales que tenía estampadas en relieve coincidían con las del monograma de la servilleta de papel que me había entregado Mónica: Lutèce Hôtel.

“Asenari”: la palabra me encandiló otra vez cuando comparé el logotipo del papel con las letras en relieve del algodón. Los souvenirs del desierto ahora estaban ante mí y cobraban otros significados.

Repasé mis anotaciones en el bloc amarillo y agregué: “Alguien cubrió su cabeza con la toalla del hotel Lutèce de Tánger que Esteban se robó”. También consigné, en letras mayúsculas: “¡la mujer del chal no existe!”. Luego consulté la hora y me dispuse a llamar al domicilio del funcionario del peaje que aquella noche había visto pasar al Honda.

Me atendió alguien que parecía estar masticando. Cuando invoqué el nombre, hizo una pausa, creo que para tragar, y admitió que era él. Le expliqué quién era yo y para qué lo llamaba. El individuo no respondió y otra vez escuché una trabajosa masticación, seguida de un breve resoplido. Finalmente me dijo que no recordaba nada de lo que le decía y que no había hablado nunca con alguien llamado Garín sobre un Honda azul en una noche de lluvia de tres meses atrás. Cuando le mencioné a la mujer del chal, respondió que no le hiciera perder más tiempo y que lo dejara terminar de cenar. Insistí y por un momento logré que el hombre focalizara su atención en

mis preguntas. Su voz se había aclarado y hasta pareció interesado en la posibilidad de que le pagase por una breve entrevista en lugar, día y hora a determinar. Pero finalmente lo perdí. Con tono aburrido y convincente, dijo:

—No sé quién es ni para qué me llama y no recuerdo nada de lo que me dice. Haga el favor de dejarme en paz: usted está confundido.

Colgó y no me animé a llamarlo otra vez. Mi madera era distinta a la de Garín y lo que el hombre decía era probable que fuera verdad. No tenía por qué recordar nada de aquella noche, porque su vida no necesitaba incluir ese recuerdo para seguir funcionando. Veía pasar decenas de automóviles por hora en su turno del peaje y, si era verdad que había visto lo que Garín contaba, ahora lo había olvidado o, si lograba evocar, ese recuerdo iba a ser diferente e inducido; por lo tanto, no iba a servirme su nueva versión. Lo que vio duró apenas breves segundos y, en todo caso, con el parabrisas del auto mojado por la lluvia y las escobillas barriéndolo, los detalles tuvieron que ser muy borrosos y la imagen de alguien al volante y otra persona a su lado con la cabeza cubierta por un chal o una toalla no pudo completarse en su mente.

Esa noche empecé otra investigación: un plan de estudios alcohólicos que incluyó el whisky y el vodka mezclados con un resto de tequila. No bebí para olvidar ni para recordar mejor: quería sobre todo quitarme por unas horas los sentimientos de inutilidad e impotencia que me dominaban. Estaba en mi apartamento y a lo lejos sonaba otra vez el “Blue Train” de Coltrane, y mi última anotación en el bloc amarillo había sido: “Esteban, bien muerto estás”. Pensaba, mientras me surtía de lo que había en algunas botellas que habían sido abiertas en días más propicios, que toda la parodia de hurgar en ese asunto cada vez más repugnante estaba sostenida por la envidia. En realidad lo que buscaba era, a mi manera miedosa y tardía, pruebas de que el triunfador había sido en vida alguien que había pagado su inconsistencia esencial con un final escandaloso y cada vez más mísero, según marchaba mi pesquisa. Ante eso, que poco a poco se iba develando y cargando de detalles antes impensados, yo empezaba a sentir un turbio disfrute porque, en el fondo, siempre había deseado que a Esteban algo o alguien le pasara factura. Tan luego él, que había representado en los años fértiles para la ilusión un dechado de logros y una sucesión de clichés del éxito, no solo estaba muerto, sino que además lo estaba en una dimensión que cada vez abría más interrogantes y detalles sórdidos. Por eso su viuda, esa mujer que siempre habíamos visto como una traición encarnada —una sirena, un monstruo que se había tragado a Esteban—, me había elegido para que revolviese en los restos de la carroña: conocía mi combustible secreto, mi frustración soterrada por contraste con todo lo que había representado su marido. Pero, y eso era lo más humillante, Mónica no estaba buscando la verdad —no en un sentido que la aliviase o le permitiese cerrar un posible duelo—; lo que pretendía era encontrar más mugre, más suciedad en el piso alto de Calais. En realidad, no me había contratado, simplemente se había asociado a mi latente debilidad y me había encarado con esas veladas insinuaciones que desplegaba cada vez que nos veíamos. ¿O eran fantasías mías? Hasta en eso era capaz de aprovechar mi actitud dispuesta; sabía que en el fondo de mis afanes podía encontrar un asomo de deseo, de ganas de manosearla y de recogerla —en todos los sentidos, el figurado y el literal— como otro de los despojos que Esteban había dejado tras de sí. Entonces, la paga prometida, esos seis billetes verdes al mes, esa tarifa arbitraria producto de su visión de lo material y su sentido práctico para obtener lo que se compra, funcionaban, eso era indudable, como el precio de mi alma. El abogaducho mediocre, perezoso y disponible en su mugrosa oficina de tres días a la semana que ni siquiera prende su computadora: ese haría el mandado final. Un mandado que cumpliría desde el hábito de los itinerarios seguros, la compostura y la corrección, porque yo era el promedio neto de lo común.

Necesitaba brindar por esa decadencia y entrever, no ya en la variable suma que cobraría al final del trabajo, sino en sus nulos resultados, otro triunfo de Esteban. Haber dejado libros marcados, un mapa, fotografías y toallas había sido otro malabarismo para que nos entretuviésemos. Otra vez se había sacado las ganas, y, muerto y enterrado, era capaz de ser más fuerte que todos nosotros, vivos y dispersos.

Por fin la mezcla empezó a funcionar y sentí que me iba alejando de las investigaciones privadas y las torpes anotaciones en hojas amarillas. Las vanas ambiciones me parecían cada vez

más lejanas, y sin embargo percibía, en las profundidades de mi mente, el ominoso lago oscuro y quieto que en lo más profundo ocultaba algo que no podía definir, plural e inasible, que se movía con lentitud y paciencia, como una criatura que jamás hubiese visto pero a la que reconocería si de pronto un rayo de luz la iluminase. Así, hipnotizado por ese abismo, yo fui desandando el camino de los años y contemplando, como en una fantasmal galería de cuadros, brevísimas escenas del pasado en las que Esteban ocupaba el centro. Antes de perder el sentido lo vi parado ante mí, pálido y a la edad de catorce años, diciéndome que su padre había muerto: se había pegado un tiro debajo de un puente.

La resaca me duró todo el día siguiente, por lo que no concurrí al banco ni cumplí con dos audiencias que tenía agendadas en un juzgado. Di parte de enfermo y me quedé rumiando las locas visiones de la noche reciente. A eso del mediodía lo había decidido: era tiempo de redactar mi informe final para Mónica, entregárselo y no pensar más en el asunto. Los estudios alcohólicos de la víspera me habían servido para algo más que perder el sentido: los había aprovechado para entender mejor la historia, al menos, desde mi punto de vista. Había algo que ninguno de nosotros podía perdonarle a Esteban, y era que se hubiese muerto. Eso, que suena tan absurdo, podía explicarlo así: era el primero del grupo en pasar al otro lado y, de esa manera, nos había enfrentado al límite y había clausurado cualquier resto de juventud que nos quedase. Morirse joven —esa noción que en este país cada vez es más laxa y relativa— es siempre un pecado, y su culpa la heredamos los que quedamos vivos: acaso esa fuese la conclusión final del informe. Pero antes de redactarlo, tenía un último trámite que cumplir.

La soleada tarde de octubre invitaba a ir al este, por lo que me subí al esforzado Chevette y viajé hasta Calais. La última vez había ido de noche y había llegado tarde. Ahora no tenía urgencias y el sol podía restituir parte de aquella atmósfera perdida, cuando la casa y su entorno significaron tanto. Tenía las llaves que me había entregado Mónica y la necesidad de mirarlo todo con la perspectiva de la ausencia.

Fuera de temporada, las casas de los balnearios siempre tienen un aire adormecido, y, más que vacías, parecen afincadas en otra dimensión. Su desolación se aprecia en rincones con arena acumulada, hamacas desnudas de almohadones y parrilleros limpios y sin una sola brasa fría tras el último asado. Las envuelve un silencio de espera y una condición de refugio abandonado. Todo eso en Calais me pareció amplificado porque sabía que en el verano próximo nadie vendría y que la ruina, iniciada tantos años antes, ahora estaba consolidada.

Sin contar la noche de tres meses atrás, hacía demasiado tiempo que no visitaba el chalé, y su tamaño y desproporción, viéndolos ahora, no me parecieron tan evidentes. La imponentia de otros tiempos ahora había menguado y era solamente un caserón grande y venido a menos el que me recibía en medio del silencio. Estacioné el auto en el costado, junto a los *parterres*, y descendí.

No tenía claro qué venía a buscar, pero sabía que iba a ser mi última gestión antes de renunciar al trabajo. Hacía apenas veinte días que me había visitado Mónica por primera vez, pero ese tiempo no contaba: en realidad todo había empezado mucho antes, en el improbable país del pasado, una noche de tormenta cuando había herido mi pulgar y creído en el juramento subsiguiente. Por extraño que pareciese, esa fidelidad todavía permanecía firme, al menos ante mí mismo.

Abrí la puerta trasera, la que da a la cocina, y entré.

Todo lucía como entonces y como siempre, pero más deteriorado y empobrecido. El antiguo esplendor se había ido perdiendo por sucesivas capas de desidia, descuido y pérdida. Ni un solo mueble u objeto habían cambiado y hasta el olor era el mismo: pasados guisos de pescado, humedad, un poco de salitre, leña quemada e insecticida. Recorrí la planta baja sin apuro, demorándome en los detalles. Los muebles estilo provenzal, las cortinas de estampado cuadrillé

verde, el piso de piedra del comedor principal, la arcada de ladrillo rojo que da al living, la enorme estufa con el hogar ennegrecido y los platos de bronce sobre la chimenea, la mesa del ajedrez y el bargueño con las jarras de cerveza de cerámica y las copas para el vino: todo estaba allí, como en un museo o una escenografía abandonada. Hasta la alfombra de cuero vacuno y los pufs deformados e incómodos a ambos lados del hogar estaban donde debían estar. Finalmente, el gran sofá de cuatro cuerpos, con el tapizado raído y manchado y de un color ya indefinido, invitaba todavía a hundirse en él y a contemplar el fuego. Encima, la araña de rueda de carro y lámparas que simulan velas pendía quieta, sostenida por cuatro cadenas negras cubiertas de herrumbre y polvo.

Según Mónica, este había sido el último refugio de Esteban en la etapa final de su vida. Me había contado que aquí venía a pensar y a aislarse de todo. Tal vez eso era una manera simple de ver las cosas y lo que Esteban buscara, más que aislamiento, era el reencuentro con mundos perdidos.

Aprecié el silencio de la casa y la dudosa luz que atravesaba las ventanas encortinadas y los orificios en forma de rombo de los postigos. La calma era absoluta y se escuchaba, a lo lejos, el canto de unos benteveos y el rumor sordo del viento entre los pinos y las acacias cercanos.

Con cierta aprensión subí la escalera que conduce a la planta alta. Sobre la pared frontal del descanso, me reencontré con el antiguo mapa de Francia, impreso en el siglo XIX y enmarcado con dorado a la hoja. Sus colores estaban desvaídos y unas ostensibles manchas de humedad habían invadido el norte hasta llegar a los alrededores de París. El sur de Gran Bretaña tenía un color gris sucio y los nombres casi no se distinguían. Bajo el mapa, sobre una mesa ratona de madera rústica y ennegrecida, unos portarretratos mostraban a don Lorenzo con el porte orgulloso y el bigote tupido de sus treinta años, de pie ante la fachada de Calais recién construido; el otro era una imagen de grupo, con Esteban y sus hermanos subidos a un bote que estaba en la orilla de la playa. Todos eran niños y detrás de ellos asomaba el rostro de Rosalía, con el pelo húmedo y una sonrisa armada para la foto.

Recorrí los cuartos, idénticos a como los recordaba, con las camas individuales tendidas y los roperos oscuros y cerrados con llave. Todas sus paredes tenían manchas de humedad y sus cielorrasos estaban cubiertos de moho y hongos.

Me detuve en el dormitorio en el que encontraron a Esteban, que era el que compartían Ramón y Santiago cuando venían. En el espacio entre la puerta y la primera de las camas, había visto el bulto tapado con una frazada y todo el amasijo de blísteres y bolsas de comida chatarra, restos de vómito y también barro de los zapatos, uno de ellos desaparecido. La imagen se me representó, difusa y como si estuviera inventándola o como si perteneciese a cualquier película de las que veía los viernes de noche en la televisión, caótica y con saltos en el argumento, porque siempre me dormía antes de la primera media hora. El pie sin zapato asomaba por debajo de la manta y parecía algo anómalo, quieto pero próximo a transformarse en algo independiente del cuerpo al que pertenecía. Yo había estado a punto de correr la frazada y contemplar el rostro muerto de Esteban, pero Adriana me lo había impedido. Por ahí andaban Sergio y Ariel y más lejos Irene, y después llegaron los médicos de la emergencia y entonces todo fue confuso, porque solo Sergio los vio trabajar en lo que era ya un cadáver, y los demás nos apartamos y miramos para otro lado o nos miramos entre nosotros. ¿Había sido así la secuencia o los médicos ya estaban allí cuando Adriana y yo subimos? Tal vez así era el orden, pero yo no lograba estar seguro, y entonces seguía inventando la escena o me obligaba a evocarla como un sueño en el que las partes van superponiéndose sin que sepamos cuál es el principio y cuál el final. Lo único cierto era que en

ese cuarto había terminado Esteban sus días y lo demás ya formaba parte del pasado.

“La ausencia es el orden del vacío”, me dije y recorrí los detalles del cuarto, que parecía recién barrido y sin un solo objeto fuera de lugar. Desde la noche de la muerte, alguien se había encargado de borrar cualquier huella que hubiera quedado de la tragedia. Pensé en la persona de la toalla, que antes había sido la mujer del chal y ahora era un misterio. Tal vez la limpieza fuera parte de su obra, aunque esa prolijidad no se correspondía con la toalla abandonada entre los arbustos. Podía haberse llevado todo —frazada, bolsas de papel con restos de comida, blísteres y algún otro indicio junto con la toalla— y haberlo enterrado por ahí. Probablemente esa toalla estuviera en el bolso con las últimas pertenencias que Esteban había juntado y, en ese caso, representaba otro símbolo, otra señal, como el ejemplar de *Iluminaciones*. Cuando reparé en eso, comprendí que Garín había hecho muy mal su trabajo. Era posible que el que manejara el Honda aquella noche no fuese Esteban —de hecho Garín no lo conocía en su versión de entonces— sino otro hombre, alguien que lo llevara secuestrado. Por tanto, la persona de la cabeza cubierta por la toalla tal vez era el propio Esteban, ocultado para que no pudiera ser reconocido. Como quiera que hubiese sido, y de acuerdo con lo que Garín había constatado, aquella noche iban dos personas en el Honda, y la toalla, quizás, era la prueba de algo importante. Pero ahora tenía la duda razonable de no saber cuál de las dos era la víctima.

Recorrí el resto de la planta alta sin esperanzas de encontrar nada. Los demás cuartos estaban igualmente ordenados y limpios, pese al deterioro de sus paredes y a los detalles de ruina de sus muebles, por lo que imaginé que tal vez Ramón u otro hermano se habían encargado de hacerlo, tal vez pocos días después del entierro. Bajé la escalera con la sensación de que la casa se había quedado sin dueño y que ahora era un lugar abandonado. Salí otra vez por la puerta trasera y me dirigí a las cocheras, bordeando la cancha de tenis, que casi no se distinguía, porque una alfombra de ramas y pinocha la cubría, y la red había desaparecido.

Los dos portones de madera de las cocheras estaban cerrados con candado y no tenía las llaves. Por lo que recordaba, en uno de los garajes había un armario en donde se guardaban las herramientas de jardín, las bolsas con pesticida, la manguera de riego y las raquetas de tenis.

Había traído conmigo mi vieja navaja suiza; la abrí y con su hoja más grande traté de aflojar los tornillos de la chaveta que sostenía el pasador, por cuyo orificio se había pasado el candado. La madera estaba reseca y en parte apolillada, y uno por uno los tornillos fueron saliendo sin necesidad de desenroscarlos. Fue un trabajo paciente que me llevó varios minutos, pero que valió la pena. Finalmente la chaveta cedió y una de las puertas se abrió hacia atrás y pude entrar en la cochera. El olor a humedad y a encierro era el que recordaba y el espacio era igual al que viera por última vez: las bicicletas que colgaban de ganchos amurados a una viga de madera, los perezosos de lona apilados y, al fondo del garaje, el armario pintado de un *beige* sucio y ahora descascarado. ¿Qué buscaba exactamente? No lo sabía. Pero solo por esa razón —buscar y reencontrarme con algo— había llegado yo hasta allí, confiado en una corazonada, o en la esperanza de que el antiguo santuario todavía funcionase.

Las puertas chirriaron y el armario se abrió. En sus estantes vi bolsas con tierra o semillas, latas de pintura con sus contenidos sin duda resecos, cajas de cartón llenas con otras latas, herramientas de jardín, como pequeñas palas, tijeras de podar y rastrillos. También un carburador de automóvil, una vieja radio de válvulas que una vez estuvo en la cocina de Calais, dos faroles de mantilla, una valija de pesca y una antigua lata de galletas, cuadrada y con la marca Anselmi casi irreconocible. En el extremo de uno de los estantes vi una pila de revistas y, sobre ella, una máquina de picar carne. Al costado de las revistas y apoyados de forma vertical, varios discos de

pasta se sumaban al caos del armario.

Finalmente, encima de ese caos y sobre el último estante encontré, acostada y cubierta de polvo, una botella que enseguida reconocí: era el Harriague del abuelo de Esteban. Todavía quedaba un litro sin abrir de aquel vino casero del brindis posterior al pacto. El estante era alto y para llegar a la botella me subí sobre un cajón de cerveza. Tomé el envase y lo bajé. Lo limpié con mi pañuelo y lo sacudí: estaba lleno y su líquido parecía tener buen color. Tal vez era eso lo que había venido a buscar o tal vez no. Pero en todo caso, la visita a Calais había terminado.

Cerré el armario y salí del garaje. Coloqué lo mejor que pude la chaveta, la puerta volvió a su sitio y el candado quedó como al principio. A eso de las cinco de la tarde, subí al auto y regresé a la capital. Me traje conmigo la botella. Me había convencido de no buscar nada más y de renunciar al encargo de Mónica.

En el lenguaje legal y forense, los aspectos que no se fundamentan en leyes o en hechos que no pueden probarse son, en general, irrelevantes; la lógica del derecho es un producto de la razón, por lo que la fantasía y la especulación quedan excluidas. A su vez, la retórica jurídica a veces depende de la peculiar impronta de los profesionales, algunos de los cuales son capaces de expresarse, aun en esas circunstancias tan acotadas de un expediente o un alegato, con giros de lenguaje galano y adornado con términos que a menudo hacen sonreír a los simples y poco amenos abogados como yo. Pero lo más importante es que, desde el inicio, todos partimos de lo mismo: de la Ley, de la aplicación racional de sus artículos y de lo que llamamos lógica jurídica. Por todo eso, el informe que debía redactar era tan arduo e ingrato para mis hábitos de trabajo.

Me habían contratado como abogado y yo había procedido como alguien que cree tener sospechas e intuiciones sobre hechos, pero no puede demostrarlas. Todas las motivaciones previas: el dinero, la atracción por Mónica, la necesidad de encontrar la mugre, o el turbio placer de hurgar en algo tenebroso se habían ido por el desagüe del fracaso. Es cierto, había descubierto bastante, pero eso no servía. Sabía más que tres meses atrás, pero entendía menos.

Decidí excluir del informe mi interpretación de los pasajes de *Iluminaciones*. Sí iba a consignar el descubrimiento de la toalla y su probable procedencia en concordancia con la servilleta de papel. Iba a detallar mi conversación con Garín y su teoría de que tal vez Esteban había sido secuestrado y luego asesinado. Mencionaría el llamado al funcionario del peaje y entregaría el informe sobre Mgoun que las amistades de Xenar me habían facilitado. Adjuntaría todo lo que la viuda me había dado y también las fotos que yo había encontrado en el escritorio de Esteban. Le haría notar a Mónica —a través del informe mismo— que, de acuerdo con el pasaporte que me había dado, Esteban nunca había ido a Miami y sí había estado en París. Era poco y a la vez era bastante.

Cuando Mónica culminó la lectura del informe, exhaló un largo suspiro. Estábamos otra vez en el living de su casa y había dos tazas de té servidas y humeantes sobre una bandeja encima de una mesa baja. A un costado, la toalla, el mapa, la servilleta anotada, las fotos y el ejemplar de *Iluminaciones* me parecían absurdos e inútiles en medio de la calma de la sala, sus óleos caros, sus adornos finos y exclusivos y el acopio de detalles de confort y buen gusto. ¿Se había hartado Esteban de todo eso? Un poco alejado, en un sofá enorme y de cuero, Lorenzo, el hijo mayor, había escuchado el informe leído por su madre. Él no bebía té y movilizaba una lata de cerveza entre sus manos. Durante el velorio nos habían presentado —creo que lo había hecho su tío Ramón— y en aquel momento apenas si nos habíamos mirado. Él, con recelo por haberme visto fugazmente en Calais, y el mismo desprecio contenido de su madre por todos nosotros; yo, procurando imaginar todo lo que Lorenzo me podría preguntar y no lo hizo. Ahora me sorprendía que, en la etapa final de mi trabajo, se interesase por el tema. Tal vez había madurado de golpe y entendía, tardíamente, que la muerte de su padre le concernía, además de como hijo, como

primogénito que no había estado a la altura de las circunstancias. Durante la lectura no había hecho interrupciones y de alguna manera parecía conocer el contenido del informe o, mejor dicho, parecía no estar sorprendido de nada de lo que incluía. Finalmente, él fue el primero en hablar:

—No hay nada claro, por lo que usted dice.

—Lamentablemente, no —dije y bebí un sorbo de té.

—¿Tenés idea de si puede haber algo más? —preguntó Mónica y dobló las hojas para volver a meterlas en el sobre.

—No; y si hay no lo he podido encontrar.

—La palabra Asenari, el nombre de esa mujer, el último viaje a París, los cheques, ese extraño profesor, demasiados cabos sueltos... —la voz sonó lejana, precedida de una leve carraspera. Era una voz grave y autoritaria. El círculo familiar parecía cerrarse, porque era la voz de Domenico, el suegro de Esteban. Había estado escuchando en algún lugar de la amplia sala y ahora se acercaba a la reunión. Me tendió su mano sin siquiera mirarme y se sentó en la *bergère* junto a su hija. Parecía más viejo aun que la tarde del entierro. Mónica intentó justificar el cóncave:

—Comprenderás que tanto papá como Lorenzo se hayan interesado en tus averiguaciones, por eso están aquí.

—Claro que comprendo, pero lamento no tener nada más que decir. Eso es todo lo que pude obtener.

—No se disculpe —dijo el viejo—; no pretendíamos mucho más. Siempre supimos que había detalles oscuros, inexplicables en la muerte de mi yerno. Supongo que Mónica le comentó lo del faltante de dinero, los cheques y todos esos extraños retiros.

—Sí, por supuesto, aunque sobre eso no he podido avanzar nada. Es un dato importante, claro —reconocí, tomando la taza y bebiendo otra vez. El té ya estaba tibio, pero no me importó. Mónica le ofreció la suya a su padre, pero él la rechazó.

—Hay algo más que quiero preguntarle, algo que usted no iba a poner por escrito, por supuesto: ha sido cuidadoso y muy claro en el informe, por lo que he podido escuchar. Pero, ¿cuál es su opinión sobre todo esto?

La pregunta me tomó desprevenido, aunque era obvia. Terminé el resto del té, dejé la taza sobre la mesa y sentí cómo los tres me miraban. En la mirada de Mónica vi un asomo de satisfacción y de ansiedad. Estaba diciéndome: “tonto, vas a tener que contar lo que no te animaste a escribir”. Pude haberme levantado en ese momento y decirles que no tenía por qué opinar, que me retiraba del caso y que, dados los escasos resultados obtenidos, no pretendía cobrar nada por mi trabajo. Tal vez habría sido una salida digna y una manera de obligarlos a encarar una investigación oficial, que era lo que se debió hacer desde el principio. Pero al verlos tan orgullosos, acepté el reto y, como en la instancia final de un juicio oral, expuse mi alegato:

—¿Mi opinión? Sí, tal vez la tenga y, como no he encontrado pruebas, no la incluí en el informe. De todos modos, esto no es base para una denuncia. En un primer momento, me sorprendió tu encargo, Mónica. Después fui entendiendo: en realidad ustedes no quieren saber la verdad o, mejor dicho, quieren estar prevenidos por si alguien de la familia, digamos Ramón u otro de los hermanos de Esteban, se decide a hacer algo para averiguarla. Entonces se les ocurre hablar conmigo para que les barra el piso y me encomiendan una pesquisa informal sobre los cabos sueltos que quedaron para saber a qué atenerse. Fue lo mismo que habían hecho antes, con Esteban desaparecido. ¿Por qué? En realidad no lo entiendo, no lo entendí en ese momento y sigo sin entenderlo ahora. Me pregunto por qué no han consultado a un estudio jurídico con cuatro apellidos, en vez de a este humilde pleiteador para el Estado. Creo que en definitiva les preocupa

el dinero y adónde fue a parar. Tal vez falta mucho más de lo que me han revelado y es posible que Esteban haya pagado, de alguna manera, por cosas que no conviene que se sepan. He sabido, por mi profesión, sobre muchos casos de vaciamiento de empresas y estoy convencido de que la base de toda la corrupción que nos domina es la simple ambición. Todo puede comprarse por la sencilla razón de que todo puede estar en venta: podemos arreglar licitaciones, impulsar leyes con nombre y apellido y estafar a gusto desde el Estado o aprovecharnos de él. Todo es posible si se sabe cómo operar y a quién tocar, ¿verdad? Tampoco me creo demasiado esa novedad de que Esteban fuera jugador. Él odiaba el juego porque le había arruinado la niñez y ese vicio llevó a su padre al suicidio, así que no puedo imaginármelo en casinos o garitos y vinculándose a prestamistas. Pero esa es solo una parte de mi opinión, la que me dicta el desencanto ante los tejes y manejes que he visto y sigo viendo en este país. Ustedes eso lo saben bien: tanto en dictadura como en democracia se han movido con fluidez y sin ser molestados, siempre coherentes y atentos a los cambios para que todo siga igual. Es la habilidad para caer parados. La otra parte de mi opinión se ocupa del Esteban que una vez fue mi amigo, mi camarada, mi compinche o mi cofrade, en otros tiempos y en otras circunstancias. Es la opinión de un sentimental, que se sostuvo menos por él que por su recuerdo, y que es capaz de resistirlo todo, porque estamos hechos — aunque no lo sepamos— de la materia de nuestros sueños. Y lo que descubrí en estas últimas semanas, se vincula más al Esteban de antes, al buscador y al soñador, no al que quiso triunfar. Una mujer, un lugar lejano, el misterio del desierto, una palabra extraña, los textos de un poeta admirado en su adolescencia: son las piezas inconexas de la versión final del *puzzle* de sus sueños, no otra cosa. Pero eso a ustedes no les preocupa porque forma parte de su historia paralela: saber el nombre de la holandesa o la ubicación de su paraíso de barro no les agrega demasiado. Y para redondear mi opinión y concluir aquí mi respuesta a su pregunta, señor, pienso que su yerno estaba hartado de demasiadas cosas y por eso se salió, o lo sacaron, del juego.

Mientras había hablado, ninguno de ellos intentó interrumpirme y yo me sentí como un niño pegándole a una piñata con los ojos vendados, lanzando golpes hacia todos lados sin ver dónde pegaba. Tras mi pausa, el viejo carraspeó e hizo tronar sus nudillos.

—Veo que puede decir más de lo que escribe —dijo, con un dejo irónico—. ¿Tiene algo más que quiera agregar?

—No, creo que es todo —concluí mirándola a Mónica—. Ella me dedicó un gesto arrogante, que restituía a la antigua Mónica que habíamos visto en el velorio.

—Hacele un cheque al doctor —ordenó el viejo y se levantó de la *bergère*.

Su nieto estrujó la lata de cerveza y también se puso de pie. Estaba lívido y parecía querer hablar, pero se arrepintió.

—No quiero ningún cheque, mi trabajo ha sido honorario —dije, levantándome dispuesto a irme lo más rápido posible de esa casa. Las investigaciones privadas habían concluido y lo que pudiera seguir ignorando ya no me importaba.

—Cree que así es la dignidad —comentó el viejo, mirándome directamente a los ojos—: hacer un trabajo chapucero y no cobrarlo; la funesta combinación de mediocridad y sentimentalismo es lo que ha perdido a este país. Y usted es un ejemplo de ello, que además se vanagloria por su conducta. Basta ver ese traje arrugado que lleva y mirar sus zapatos para entender. Yo no estuve de acuerdo con Mónica en este encargo y veo que no me equivoqué. Encima tengo que soportar su —¿cómo *posso dire?*—vulgaridad, su espesura. Usted es un caradura, *dottore*, y deploro que todavía esté aquí: su insolencia me enferma, por favor, váyase ya mismo de *questa casa*.

El viejo todavía vociferaba cuando yo ya estaba en la vereda. Al irme no me despedí de nadie y ni siquiera la miré a Mónica, extraña impulsora de toda la confusión. Después, como hacía casi cuatro meses, caminé hacia la avenida y me dirigí a la rambla cercana. La tardecita era tibia y una brisa suave y refrescante llegaba desde la costa.

Había decidido contarle a Ramón todo lo actuado, porque no me sentía ya obligado con la familia política y los hijos de Esteban y porque, en definitiva, sus hermanos tenían derecho a saber lo poco que había averiguado. La mediocridad y el sentimentalismo me permitían eso y mucho más. También era probable que hablara con un juez y le contase todo, para saber si había materia para una denuncia. En ese caso, el grupo iba a quedar involucrado, pero no importaba: eso era mejor que dejar que el viejo se saliese con la suya. Cualquier justicia siempre es mejor que la duda y el vacío; pocos años atrás —con el crimen de una joven de sociedad, misterioso y con demasiados detalles sin aclarar— se había demostrado que los apellidos poderosos no bastan para estar libres de culpas y miserias.

En un bar de la rambla me tomé cuatro cervezas en media hora y empecé un nuevo capítulo de mis estudios alcohólicos. Divagué un rato con proyectos justicieros y sorprendentes descubrimientos. Me vi en Amsterdam, con un portafolios vetusto y una tarjetita con la dirección de la fotografía. Llegaba y ella me abría la puerta de su estudio y con toda naturalidad me invitaba a tomar algo y a conversar sobre Esteban. Yo le mostraba la servilleta con la palabra “Asenari” y ella lloraba y nos abrazábamos como antiguos amigos. Desde la ventana se veía un canal de aguas oscuras y un pequeño puente similar al pintado por Van Gogh. Mi mediocridad simplificaba Amsterdam; mi sentimentalismo inventaba una holandesa ideal, que hasta tenía un retrato de Esteban —el de la liebre muerta— ocupando el centro de una mesita adornada con tulipanes.

Tras las cervezas, pedí un whisky doble y luego un par de vodkas con hielo. Antes de empezar a gritar disparates, pagué y salí del bar y luego detuve un taxi que me llevó al apartamento. Lo último que recuerdo es que me dormí vestido y con los zapatos puestos.

Me desperté a medianoche y con un fuerte dolor de cabeza. Había dormido dos horas en la misma posición y tenía un brazo y una pierna insensibilizados. Me levanté y encendí la televisión del dormitorio y fui a la cocina a prepararme café. Recordé que era viernes y que en un canal daban cine de trasnoche. Era la mejor receta para poder volver a dormirme, pese al café y a la jaqueca.

Todavía vestido y de corbata, volví a la cama. En la pantalla, Jack Nicholson parecía aburrirse. Reconocí el filme, que había visto hacía años y olvidado por completo. Su trama me pareció confusa y lenta; no obstante me interesé. Me dejé llevar por el asunto y me involucré con el vagabundeo del protagonista, un reportero, alguien que andaba por el desierto en una camioneta Land Rover. Enseguida empecé a recordar y las imágenes que iba viendo las anticipaba en mi mente. Hasta que llegó la secuencia clave del hotel, esa que desde algún remoto lugar de mi conciencia me había estado enviando débiles mensajes. Cuando la vi, todo se iluminó y el lago oscuro se transformó en un desierto deslumbrante, como el que aparecía en la película. Lo razoné y era posible: lo que pasaba en la pantalla podía haber sucedido la noche del 4 de julio, de una

manera por ahora inexplicable. Era tan simple y a la vez tan inaudito que jamás lo habría pensado si no lo estuviera viendo.

Luego del descubrimiento la trama se volvió entrecortada y los hechos y su lógica dejaron de interesarme hasta que por fin, agotado, me volví a dormir. El incesante desierto de la película fue el escenario de una pesadilla que luego no iba a recordar.

Sentimentales y mediocres

El azar de la programación televisiva fue el inesperado gambito que alteró las reglas de la historia: una escena de una película me dio la inspiración para entender. Yo había pensado en hablar con Ramón y contarle todo para que él decidiera, pero a partir de lo que había visto en la pantalla, comprendí que mi trabajo no había concluido sino que recién empezaba.

Ya sin la obligación de soportarla a Mónica y de redactar informes, lo que tenía por delante era encontrar la otra pieza faltante: el profesor. O tal vez no encontrarla y entonces hacer la denuncia. La holandesa, Asenari, Rimbaud y todo lo demás eran parte de una cortina de humo, de una escenografía montada para distraer. Por supuesto que también cambiaba la interpretación de algún pasaje de *Iluminaciones*, en especial el referido a la tumba. Fue por eso que empecé a leer con voracidad todo cuanto encontraba publicado sobre Rimbaud, nacido en 1854 y muerto en 1891. Pero cambié el enfoque: me interesé menos por su obra que por su vida, porque intuí que era en ella donde iba a encontrar lo importante en relación con Esteban. Por fin yo tenía una teoría y, para concluir el caso, tenía que demostrarla.

Lo anterior había sido especulación y merodeo, mediocridad y sentimentalismo: el chapuceo de un *amateur* que se va moviendo a tientas. Ahora tenía la oportunidad de desenmascarar la estrategia del triunfador y de encarar al grupo con una sorpresa. El propósito de no verlos más ya no contaba, porque en el grupo había cómplices, personas que sabían más de lo que habían manifestado.

Lo primero que se me impuso fue que, en definitiva, el monto de la apuesta era la clave. Porque acababa de descubrir que Esteban también era un jugador —como lo había sido su padre—, pero no en los hipódromos, casinos o garitos secretos —como Mónica quiso hacerme creer— sino en un juego más absoluto en el que se apostaba sobre la vida y la muerte. Esteban había jugado fuerte y había arriesgado demasiado.

Volver a la búsqueda del profesor me insumió horas de caminatas por la Ciudad Vieja, vagando por predios demolidos y calles llenas de movimiento durante el día y quietud nocturna, donde únicamente perros flacos, marineros coreanos y prostitutas desdentadas deambulaban por sus veredas deshechas. Merodeé frente a pensiones de marginales y caserones derruidos habitados por ocupantes precarios; entré en bares con luces rojas y se me insinuaron travestis; pagué vueltas a desconocidos solo para preguntar, y volví al refugio de semanas atrás, para confirmar que el profesor se había esfumado o nadie lo recordaba. También era posible que se hubiera mudado a otra zona de la ciudad y, en ese caso, la posibilidad de encontrarlo equivalía a sacarse la lotería. En el fondo sabía que era una búsqueda inútil, pero a la vez deseaba con fervor que apareciese, porque entonces sí iba a poder olvidarme de todo.

En el bloc seguí anotando ideas sueltas, datos que nadie más que yo podía entender y valorar, y una posible secuencia de hechos que, al menos en el papel, cerraban. Todavía me quedaban por dilucidar los detalles prácticos, y saber, además, quiénes habían colaborado. Para ultimar mi plan disponía de un movimiento decisivo si, en realidad, estaba convencido de lo que pensaba: hablar con Ramón.

Lo llamé por teléfono una noche de mediados de noviembre y se sorprendió al escucharme. Me preguntó si lo había ubicado a Garín: le comenté que sí, pero que mi propuesta no le había interesado. Después fui al grano y le conté sobre mi investigación por encargo de Mónica. No le di detalles, pero le propuse que habláramos personalmente. Siempre reacio a venir a la capital, me propuso que viajara hasta su campo, a dos horas y media de mi oficina. Me prometió un asado y todo el tiempo que quisiera para conversar. Acepté ir el sábado siguiente, para el que faltaban dos días.

Los territorios de la casualidad suelen ser extraños y cruzados por caminos invisibles que a veces convergen sin que podamos, desde lo racional, encontrar una explicación que nos alivie de la sospecha de que alguien pareciera por momentos estar guiándonos y empujándonos sin que lo notemos.

La mañana siguiente a mi llamada a Ramón encontré al profesor.

Había ido a una antigua librería cercana a la Facultad de Derecho, buscando el tomo XI del *Tratado de Obligaciones* de Gamarra, que necesitaba consultar por un asunto entre particulares que hacía pocos días me habían planteado. El vendedor —un veterano que tenía años en el negocio— me dijo que estaba agotado y, cuando ya me iba, reparé en una mesa con libros de oferta. Eran de literatura: novelas con encuadernaciones antiguas o tapas que hacía años no se veían; también había ejemplares de textos con apuntes sobre autores clásicos, del tipo que los estudiantes suelen utilizar. Tomé uno al azar y lo hojeé: páginas amarillas, tipografía común de máquina, impresión mimeográfica. Fue como si la idea hubiera surgido de la mesa misma o del peculiar ambiente calmo de la librería, en la que el viejo meditaba apoyado en el mostrador.

—Estoy buscando a un profesor —me escuché diciéndole de repente, moviéndome a tientas—; tal vez usted, que lleva tanto tiempo aquí, pueda orientarme. Veo que vende apuntes de Secundaria.

El vendedor me sonrió:

—Sí, en un tiempo hasta editábamos esos textos. ¿A quién busca?

Me sentí un poco ridículo y procuré disimularlo:

—Va a parecerle extraño, pero no conozco su nombre. Lo poco que sé es que también es poeta, por lo que no sería raro que sea profesor de Literatura, o que lo haya sido hace tiempo. Pero lo importante es que ahora es un marginal, alguien que cuida autos y vive en la calle. Aunque no estoy muy seguro de que todavía esté vivo.

El viejo volvió a sonreír y luego fijó su vista en ningún lugar, como si evocase o buscara algo

invisible para mí.

—Daneri... —dijo por fin.

—¿Lo conoce?

—Con esos datos no puede ser otro que Lauro Daneri.

Revolviendo en su memoria, el viejo me contó la historia del profesor Daneri. Lo conocía porque daba clases en un cercano instituto de enseñanza pública y concurría de vez en cuando a la librería. Era un hombre agradable, pero muy reservado, casi tímido. Se decía que escribía poemas, pero el viejo jamás leyó ninguno y lo había tratado nada más que como cliente.

El relato del librero condensó en pocas palabras los hechos trágicos en los que se vio envuelto Daneri a comienzos de los setenta y que culminaron, al promediar la década, con la destitución de su cargo docente por razones políticas. Su desgracia había empezado al enamorarse de una alumna, que era menor, y con la cual había vivido una relación intensa y escandalosa. Ello determinó que lo expulsaran de un colegio privado de enseñanza, que a su vez promovió un sumario ante las autoridades públicas. Al expediente por abuso o corrupción se le agregaron, después, anotaciones sobre posturas ideológicas que en ese momento se consideraron suficientes para radiarlo de las aulas. Impedido de enseñar, su vida empezó un declive que culminó en la pobreza y en la pérdida de todos sus bienes, hasta que no le quedó otra cosa que la calle y la sucia banderita roja para señalar un espacio donde estacionar. Según el librero, hacía diez años o más que Daneri sobrevivía en esas condiciones.

—¿Para qué lo necesita? —preguntó el viejo.

—Una vez estuve con él donde cuidaba autos; un amigo me lo presentó; pero no me había dicho su nombre, aunque lo llamó “poeta”. Después me enteré de que además era profesor. Mi amigo lo ayudaba, le regalaba ropa y algunos pesos cuando lo veía. Hace unos meses, mi amigo murió y en su última voluntad me pidió que lo ayudara al profesor, a ¿Daneri, dijo?

—Lauro Daneri, sí.

—Bueno, el caso es que no logro ubicarlo. A veces es difícil seguirles la pista a los que viven en la calle. Pero ahora al menos sé su nombre...

—¿Su amigo no se lo dijo?

—No, lo llamaba poeta o profesor. Él conocía su historia pero no tuvo tiempo de contármela. Por suerte usted lo hizo y se lo agradezco. Con ese dato voy a intentar encontrarlo.

—¿Por qué se le ocurrió preguntarme?

Lo miré al librero y no supe responderle. Luego le agradecí y me despedí.

Ese mismo día volví a la zona donde lo había visto una vez a Daneri y pregunté en los pequeños bares cercanos y también en las parrilladas y puestos de *souvenirs* y antigüedades del Mercado del Puerto. Volví a hablar con otros cuidadores y di algunas vueltas por el entorno del antiguo hotel, pero todo fue inútil: el apellido no era recordado por nadie y menos el nombre, Lauro. Comprendí que cuando se llega a ciertos niveles de marginalidad, ni siquiera se posee nombre y apellido: la gente es nadie, se convierte en un organismo que apenas sobrevive, una sombra que transita los bordes y que desaparece tras el desdén de la sociedad. Quizás el que había sido Lauro Daneri había quedado en el pasado y en la etapa anterior a la decadencia final: en la calle lo había

perdido todo, hasta su identidad. ¿Qué tanto sabía Esteban sobre esa historia? Sin duda lo suficiente para llamarlo poeta y profesor y quizás el drama que el librero me había contado. Una ola de rabia me invadió: Esteban lo había comprado con su caridad, pero no lo había rescatado de la miseria. ¿O sí?

Esa noche anoté la historia del profesor en el bloc y a renglón seguido empecé a esbozar un mapa de los hechos tal como me los imaginaba. Creí desentrañar su secuencia y su lógica, pero me seguía faltando el móvil que los había desencadenado.

Ramón vivía en una casa rústica y bien construida, ubicada en una elevación que podía verse desde la carretera. Un camino recto de balasto llegaba desde la tranquera hasta la finca, y esa senda —de unas cuatro cuadras— estaba marginada de álamos plateados. Al fondo de la casa, para suministrar sombra y protegerla de los vientos, un pequeño monte de eucaliptus resaltaba más las paredes blancas y los antepechos de ladrillo rojo de las ventanas. El techo, quinchado y a dos aguas, parecía recién terminado, y el alero de la veranda acentuaba la sensación de hospitalidad que se apreciaba desde lejos. Era la casa perfecta de un veterinario y una maestra rural que por nada del mundo aceptarían vivir en un apartamento de un décimo piso, con los dormitorios mirando a un pozo de aire atiborrado de ropa colgada. Cuando llegué era casi el mediodía y hacía tres horas y media que el ómnibus había salido de la Terminal.

Ramón y Esther, su mujer, me recibieron con esa disposición simple y directa que no atiende detalles inútiles y va a lo esencial: “¿Tenés sed?; ¿querés pasar al baño?; ponete cómodo”. Luego pasamos al comedor y en vez del asado prometido, me esperaba un guiso de pollo y una sopa juliana bien servidos. Mientras almorzamos hablamos de temas inmediatos que se sucedían y desarmaban sin mayor afán. Conociéndolo a Ramón, sabía que mi llamada lo había preocupado. De golpe un viejo amigo de su hermano aparecía con noticias que no se esperaba, y la sobremesa y quizá la siesta iba a dedicarlas a hurgar en asuntos que creía concluidos.

Finalmente propuso que tomáramos el café bajo el alero, mirando la alameda y la cinta gris lejana de la carretera. Esa fue la señal para que Esther se disculpase para levantar la mesa y no nos acompañara. Como me esperaba, Ramón fue directo al punto:

—Bueno, Marcelo, contame.

Mientras hablé de todo lo que sabía, Ramón no me interrumpió. Fue bebiendo su café con lentitud y se armó un cigarrillo con calma y prolijidad. Lo encendió y miró con gesto absorto el camino y en ningún momento trasuntó sorpresa o asombro por lo que iba oyendo. Por fin tuve que decirle que lo único que se podía hacer era una denuncia para obtener una autopsia, o al menos la posibilidad de ver el cadáver.

—Para eso se necesita una denuncia que no creo que Mónica vaya a hacer. Además ese lado de la familia no está al tanto de mi teoría.

Ramón se acomodó en la poltrona de mimbre y tal vez necesitó un vaso de ginebra o una caña rápida. Sonrió con incredulidad y se miró las manos que ya no sostenían ni el cigarrillo ni la jarra de café.

—Pero ustedes están involucrados, ¿no? —quiso confirmar.

—Algunos más que otros. Yo voy a hablar con ellos, claro.

—¿Y después, qué? Suponiendo que tengas razón, cosa que habrá que ver.

—Si el asunto es como lo pienso, después se verá, Ramón. Pero el primer paso es hacer la denuncia. Podemos ir a una comisaría o directamente al juzgado.

—Los van a citar a todos.

—No queda más remedio.

Esther nos sirvió más café y nos quedamos callados. Luego Ramón dijo:

—Voy a pensar en todo esto, Marcelo. No voy a decidir nada ahora. Si no te parece mal voy a llamarlo otra vez a Garín.

—Como quieras, pero Garín tiene una teoría distinta y a lo mejor no entiende la mía. Entre las dos hay mucha distancia. Garín es un hombre acostumbrado a otras realidades, por decirlo de alguna manera. Estoy de acuerdo con que descubrió algo esencial, el chal y todo eso, pero no pudo llegar hasta el fondo de la cuestión. Ni yo, que lo conocí a Esteban, puedo entender lo que hizo. También podemos dejar todo como está y olvidarnos de esta sobremesa. Yo me tomo el próximo ómnibus para la capital y cuando llego, meto todo en una bolsa y lo tiro a la basura. Tal vez sea lo más sencillo, Ramón. Dejar que todo se desvanezca y termine en la nada.

—No, sabés que eso no voy a permitirlo: me conocés bastante bien y por eso me llamaste y viniste. Está bien, vamos a dejarlo afuera a Garín. Tal vez la llame a mi cuñada, vamos a ver. Parece mentira cómo jode el más chico —dijo Ramón, y en el tono de la última frase, la queja fue dirigida a un recuerdo.

“A la mayor parte de los textos de Rimbaud es posible hacerle decir aproximadamente todo lo que uno quiera, porque las palabras corresponden a realidades con las que estuvieron identificadas sólo por un momento y en la disposición de ánimo preciso que a la sazón se encontraba el autor.” La cita la subrayé antes de cerrar el libro de Rops, porque corroboraba lo que yo había pensado cuando copié los pasajes. Luego me dormí.

Cuando desperté, el ómnibus estaba entrando en la Terminal y el dolor en las cervicales me hacía desear un baño caliente y una cama donde tirarme. Pero no iba a poder hacerlo porque apenas si tenía tiempo para ducharme y llegar al estreno de la obra estudiantil de Vanesa, al que me había invitado en un gesto sorpresivo que, si bien no mejoraba la esporádica relación paterno filial, al menos la rescataba de las esparcidas llamadas telefónicas y los eventuales pedidos de dinero para el dentista o la psicóloga. Del encuentro me inquietaba más ver a Adriana, sobre todo después de mi charla con Ramón. Contra todo lo que había pensado antes, el grupo habría de volver a reunirse, porque las investigaciones privadas no habían terminado y yo debía prepararlos para afrontar lo que un juez con buen criterio ordenaría cumplir.

La sala Millington Drake no era el mejor lugar para conversar sobre nada de eso con la ex musa, y la obra —basada en Lewis Carroll— iba a ser el tema excluyente de la forzada cita. Vanesa estuvo correcta y desenvuelta en su papel, y el texto se dejó oír con interés, pese a algunos olvidos y desajustes escénicos. En el *foyer* nos encontramos con Adriana y bajamos a la cafetería para esperar allí a Vanesa. La noté tensa y mirando con insistencia hacia la entrada. Finalmente me dijo:

—Estoy saliendo con alguien que viene a buscarme; de hecho ya debe estar por llegar.

Me encogí de hombros y sonreí: ¿y a mí, qué?, le dije con la mirada. Ella bajó la vista y sacó de su cartera un lápiz labial y un espejo. Con cuidado retocó sus labios, se miró en el espejo buscando otras imperfecciones y luego guardó todo.

—Puedo irme ya, esperar a Vanesa arriba. Lo que quieras —dije.

Y en ese momento Alguien se acercó. Era un hombre alto y de tez oscura, bastante más joven que Adriana y que yo mismo. Vestía como un músico de *jazz* de sesión: todo de negro, y sus prendas eran holgadas y tal vez arrugadas. Al cuello llevaba la típica pashmina negra y blanca que había popularizado Arafat. Pese a que era noviembre, la noche era fresca, pero no tanto como para llevar eso puesto. Por alguna razón que no se vincula con la política, siempre detesté esa prenda. En una de sus orejas tenía atravesado un pequeño aro de oro. Tenía el pelo corto, usaba una barba rala y despereja, y sonreía como si viniera recordando un chiste personal que no podía contarnos. Como si la impulsase un resorte, Adriana se incorporó y se besaron. Alguien la aferró del talle y la atrajo hacia él como si hiciera un mes que no se veían. Finalmente, Adriana nos presentó:

—Marcelo, el padre de Vanesa.

—Mucho gusto. Adán.

Ni bien Vanesa llegó, la reunión familiar se desarmó. Los tres se fueron a cenar. No tuve mucho tiempo para decirle a mi hija que había actuado bien y que le veía posibilidades en el teatro. Tampoco me quedó claro que ella quisiese participar de la cena. Pero Adán no había cesado de

sonreír y de decir melodías baratas: era untuoso y arrogante y no miraba a los ojos cuando hablaba. En cambio, Adriana parecía fascinada por ese Alguien que de pronto podía rejuvenecerla en algún sentido: un hombre llamado Adán era siempre una curiosidad y una promesa. Habría que ver qué vínculo buscaba con Vanesa y cuánto lo atraían las menores. Cuando se fueron —no hubo planes de futuros encuentros con las dos o con los tres, el trámite quedó cumplido solo con ver la obra—, la cafetería estaba casi vacía. El cansancio llegó, por fin, y me sentí como una persona al margen de todo.

En la esquina del teatro hay un bar pequeño y alargado, con mostrador y mesas a la antigua: nada de refinamiento ni acrílico. Entré y elegí una mesa al azar y, sin mayores ambiciones, resolví continuar los estudios alcohólicos iniciados semanas atrás. Empecé por un whisky doble nacional, para festejar la obra y el reencuentro. Mientras lo saboreaba apelé a ese sentimiento infalible que nos hace sentir superiores —la lástima—, y lo enfoqué hacia la ex musa. ¿Qué diría si supiera lo que yo pensaba de Esteban? Muy pronto lo iba a averiguar. Ella había sido, quizá, la primera víctima, y esa condición todavía estaba pagándola. Ese presuntuoso chulo envuelto en una bandera era el presente de su fracaso, como el mío era ser presentado apenas como un donante. Podía imaginar la conversación de la cena y cualquier tema que eligiesen; entrever los modales afectados y la simpatía falsa. Cinco minutos me habían bastado para entender: a Alguien le gustaban un poco veteranas, pero también jugaba a enganchar a la hija adolescente. A ambas quizá las iniciase en la droga o les prometiese paraísos contruados con la palabra. O tal vez fuera sádico y su placer fuera atarla con su bufanda y marcarla con un cigarrillo. Pero con seguridad todos nos merecíamos esa posibilidad: pagar finalmente por haber sido sentimentales y mediocres; y en ese momento brindé, con el segundo doble, por el suegro de Esteban, que nos había definido con tanto acierto.

En algún momento de la secuencia de brindis debo haber apelado al último resto de sobriedad que podía tener, pagar y salir a parar el primer taxi que pasó, porque ese resto también me prohibió manejar. Ya en la cama, el cansancio y la lástima se fundieron en un único sueño y una única pesadilla: un profundo descenso a un oscuro sótano que a su vez culminaba en un lago todavía más oscuro cuyas aguas me tragaban. Cuando ya no tenía posibilidades de emerger del líquido espeso y nauseabundo del lago, logré despertarme.

En realidad lo que me sobresaltó fue el teléfono que sonaba en mi mesa de luz. Lo manoteé y atendí:

—Diga —logré articular y enseguida el dolor de cabeza se me hizo totalmente consciente y absoluto.

—Habla Ramón, ¿es Marcelo?

—Sí, soy yo, Ramón...

—Mirá, no dormí en toda la noche. No quise hablar con mis hermanos porque ya lo decidí: vamos a hacer la denuncia.

Me quedé un instante sin responder y sentí la respiración agitada de Ramón, el agobio y las dudas.

—Está bien, es lo correcto, Ramón.

—Y entonces, ¿qué hay que hacer ahora?

—Habría que hablar con el juez, será uno departamental porque los hechos sucedieron en Maldonado. Voy a averiguar ante quién hay que presentarse, de acuerdo con el lugar y todo eso. Tendremos que redactar un escrito, relatando lo que sucedió y fundamentando por qué hacemos la denuncia. Lo que pase después lo determinará el magistrado. Supongo que ordenará la exhumación para que se investigue y, por supuesto, citará a los involucrados. Lo importante es que lo hayas decidido.

—¿Entonces vos me llamás?

—Claro, quedamos así. Dejame organizar primero los pasos a dar. Pero no hables con nadie más sobre este asunto.

El que iba a hablar iba a ser yo. Para eso tenía que convocar al grupo y reunirnos de nuevo. Era necesario un careo general que confrontase las versiones y las sometiese a los parámetros de mi teoría. También había que prepararlos para el interrogatorio del juez que, en algún momento del proceso posterior a la denuncia, iba a hacerlos comparecer para contar lo que hicieron y lo que vieron aquella noche. No creo que hubiera antecedentes sobre un caso similar en ningún juzgado y yo mismo no tenía claro qué delitos podían tipificarse. Pero esa era solo la parte formal del asunto, el mecanismo que iba a permitirme aclarar la secuencia de los hechos. Quedaban las razones últimas y sus consecuencias. Sin embargo, esa mañana de domingo, pese al dolor de cabeza, me sentía dominado por un sentimiento nuevo, desconocido: el que siente alguien que de

golpe ha adquirido poder por algo que sabe.

Abrí la agenda de teléfonos y busqué el número de Ariel, porque por alguno de nosotros había que empezar. No quise llamar a Adriana primero; preferí que fuera el librero el que se encargase después de la convocatoria. La sola mención de la denuncia en un juzgado sabía que iba a movilizarlo. Después de saludos y formalidades obvias, le dije:

—Se va a abrir una investigación sobre la muerte de Esteban. Ramón va a hacer la denuncia y yo estoy representándolo. Quiero que los ubiques a todos y nos reunamos, felizmente no para buscar nada porque con lo que yo encontré, alcanza.

Ariel captó mi firmeza, mi tono aplomado, la amenaza. Pudo preguntar tres o cuatro cosas que aclararan lo que le decía, pero fue cauto y no lo hizo. Era experto en jugar callado. Entendió que cuanto antes nos encontráramos iba a ser mejor.

Tres días después, a las seis de la tarde, el grupo se reunió en casa de Irene, una casona reciclada por ella misma ubicada en el Prado, cerca de la Iglesia de los Carmelitas.

Yo llegué primero y, al abrirme la puerta, Irene me pareció distinta a la de meses atrás. Estaba más delgada y su rostro lucía demacrado. Sonrió de manera forzada al invitarme a pasar. Nunca había estado en su casa, pero al mirar el ambiente y sus detalles, vi representados sus gustos y preferencias: muebles rústicos y simples, objetos precolombinos seguramente comprados en sus viajes, tapices, grabados, piezas de cerámica moderna, mesas bajas con libros de arte dejados como al descuido y una distribución armoniosa de los espacios. También había muchas plantas y en el aire flotaba un aroma a esencias quemándose, dulzón y leve. Me ofreció café u otra bebida y me invitó a sentarme en un bello sillón de ratán con almohadones.

—Los otros deben estar por llegar. ¿Una denuncia, nada menos? —interrogó yendo al punto, mientras se sentaba frente a mí en un puf de retazos de distintos cueros. La Irene incansable de los tres días de búsqueda era ahora una Irene agobiada, que probablemente viviese sola en una casa enorme que sus hijos quizá visitaran en forma esporádica.

—Bueno, es lo que Ramón quiere hacer y lo que yo le recomendé —dije, y en ese momento sonó el timbre. Irene se levantó y fue a abrir la puerta. Escuché voces y saludos, pasos y luego la puerta cerrándose. Habían llegado Ariel y Sergio. Enseguida sonó otra vez el timbre: era Adriana.

Nos fuimos mirando todos, estrechándonos las manos o besándonos. De los formales dichos iniciales pasamos al silencio, hasta que por fin Adriana me encaró:

—¿Y bueno, Marcelo, a qué tanto misterio?

—Nos tienes intrigados —reconoció Ariel.

—Somos una sola oreja —agregó Irene, que parecía no soportar más la intriga.

Sergio, siempre distante y poco locuaz, no expresó urgencia en revelación alguna, porque debía saberlo todo. Se limitó a sostenerme la mirada en silencio, a escrutarme como un jugador de póquer mira a su rival, buscando en esa mirada el posible juego del otro, las cartas que finalmente habrán de ser dadas vuelta.

Empecé por lo más obvio y les comenté las marcas en el libro de Rimbaud. Luego les mencioné la servilleta de un bar de Tánger con la palabra “Asenari” escrita por alguien que firmaba sus cartas con la inicial “M”. Especulé con la ubicación del posible lugar donde estuvo Esteban

cuando viajó al desierto y sobre un viaje a París que ignorábamos. Los enteré sobre los retiros de dinero de sus cuentas personales y las de la empresa. Por fin les dije:

—El famoso chal de la misteriosa mujer ni era un chal ni pertenecía a una mujer. Tan solo es una toalla de algodón robada de un hotel de Marruecos: la encontró el policía Garín, ¿lo recuerdan?, y me la entregó como contribución a la causa. Por último: apareció el profesor o, mejor dicho, no ha aparecido pero sé quién es o era. Como ven, me he movido bastante en este último mes: al principio trabajando para Mónica, pero eso culminó mal y les aclaro que no lo hice por dinero. Después seguí por las mías hasta que me reuní con Ramón y le conté mis conclusiones. El punto es que, a partir de mis descubrimientos, el veterinario va a presentarse ante un juzgado y formular una denuncia. ¿Por qué? Bueno, es sencillo: hay que exhumar el cadáver porque estoy convencido de que el que está enterrado no es Esteban.

Miré sus caras y fui midiendo sus silencios, el peso de algún suspiro, la extraña sonrisa en el rostro de Adriana o el impávido encogerse de hombros de Sergio. Lo vi a Ariel encender un cigarrillo, calmo y sin expresar ninguna emoción o sorpresa. Contemplé el temblor en los labios de Irene, sus ojos buscando en los míos la confirmación de que lo que había dicho no era un disparate.

—Ahora Sergio nos va a explicar cómo fue el truco y creo que Ariel tiene lo suyo para contar —dije, sin pena, y con el tono paciente del que dispone de todo el tiempo para que le expliquen lo que ya sabe.

—¿Qué decís, Marcelo? Eso es una locura... cómo se te ocurre que... —protestó Adriana y no pudo seguir porque de golpe algo le hizo pensar que, tal vez, las cosas no fueron lo que parecían. Una señal, muy recóndita en su interior, le advirtió que no actuase por reflejo o dando nada por descontado tratándose de Esteban. Adriana nunca aprende, pensé, mientras disfrutaba de la expresión de asombro de Irene: una mezcla de rabia contenida y absurda esperanza.

Sergio y Ariel se miraron y ninguno se animaba a hablar. Tal vez esperaban que yo insistiese, que los arrinconara hasta que no pudieran seguir desentendiéndose.

—¿Y si no es Esteban, quién está allí? —dijo Adriana, cuyo rostro se había encendido y sus ojos brillaban como brasas—. Ellos lo vieron, ¿o no? Mónica y su hijo también ¿De qué estás hablando, Marcelo? —añadió con más vehemencia. Sergio la miró sin decir nada: seguía mudo y sin reaccionar. Irene se había incorporado y parecía buscar un espacio que allí no existía; tal vez estuviera faltándole el aire porque abría la boca como alguien que está sofocándose.

—Lauro Daneri —les informé, como si ese nombre fuera un as que yo tiraba sobre la mesa. Finalmente Ariel aceptó responder:

—¿De qué nos estás acusando, Marcelo?

—La viuda te envolvió, ¿verdad? —dijo Irene, demudada.

—Si hablan todos a la vez no vamos a entender nada. A ver, Marcelo, explicanos ese disparate —propuso Adriana. Vi detrás del fulgor de sus ojos una señal: me creía y por lo tanto, por las entreveradas razones que yo pudiera ofrecerles, ya pensaba en Esteban vivo. Irene, en cambio, mantenía su recelo y pese al ahogo, protestó:

—Es absurdo lo que decís: danos una sola prueba.

Sergio y Ariel se miraron. Ariel ensayó un gesto despectivo, iba a decir algo y luego se arrepintió. En ese momento los vi cómplices y las mujeres quedaron por fuera de la tramoya. Pero necesitaba un responsable directo, es decir, un testigo a favor de Esteban y ese era sin duda Sergio, el primero en llegar esa noche a Calais y el primero en ver el cadáver.

—Pruebas, todavía no. Cuando se abra la tumba, ahí se verá. Tal vez no haya sido una buena idea venir a decirles esto hoy, pero quise que supieran que nos van a citar a declarar: a todos, claro.

—¿Quién está allí, entonces? —insistió Adriana.

—Parece que no prestás atención: Lauro Daneri, el profesor al que había que ayudar, fijate qué vueltas tiene la vida, ¿no?

—¿El profesor? No tiene sentido... otra persona, pero entonces Sergio... —balbuceó Irene, que lentamente empezaba a entender.

—Claro, vos fuiste el que... —empezó a decir Adriana, mirándolo a Sergio directamente a los ojos. Finalmente Sergio bajó la cabeza y, sin perder esa calma de siempre que ya me estaba exasperando, habló:

—Fue idea de Esteban, claro.

—Creo que la crisis había sido verdadera —se decidió a explicar Sergio—. Quiero decir que cuando nos llamó estaba realmente mal y tal vez pudo ser Esteban el muerto de Calais.

—Pero no fue él, evidentemente —dije y el profesor Daneri se me representó, nítido en la mente, hurgando montones de basura o haciéndole señas a un auto que se estaba estacionando. Lo había corporizado Sergio, con una simple frase, y entonces todas las piezas encajaron. Me sentí íntegro y justificado, por alguna razón mejor que todos ellos.

—¿Quién, entonces? —gritó Adriana, absolutamente desencajada, furibunda.

Por tercera vez, repetí el nombre:

—Daneri, un tipo que se le parecía, un marginal que Esteban conocía de la Ciudad Vieja, el profesor —expliqué, porque ciertas verdades necesitan ir diciéndose de a poco, para que se abran paso y se vayan asimilando, venciendo la resistencia de la lógica previa.

—Se le ocurrió a último momento, de eso estoy convencido —lo justificó Sergio, adoptando una expresión inocente que me pareció verdadera.

No me quedaron dudas de que Sergio estaba dispuesto a contarlo todo, porque seguramente no soportaba más el peso del secreto. Por eso hablaba como si nosotros no estuviéramos allí: lo hacía para sí y para su alivio o necesidad de compartir algo que le quemaba.

—Esa noche me llamó al celular —continuó Sergio—: Me dijo que estaba con un amigo al que había ido a saludar, a despedirlo, qué sé yo, y que este amigo lo había recibido con un regalo. “Lo tengo sentado al lado mío pero ya no puede hablar”, me aclaró Esteban. Entonces me indicó que me fuera en la moto hasta Calais, que allá nos encontraríamos los tres. Me pidió que no le avisara nada a ustedes y que él único enterado del plan era Ariel, que a mí me lo iba a explicar allá.

—¿Qué plan, Ariel? —pregunté.

Ariel se tensó sobre el asiento y sonrió. Encendió otro cigarrillo y lo miró arder, humear, consumirse sin tocarlo con sus labios. Después contó:

—Antes me había llamado a mí. Yo estaba por salir de casa porque Irene me iba a pasar a recoger para seguir la búsqueda. Esteban estaba eufórico, hablaba rápido y de manera entrecortada. “Conseguí el pasaje”, gritaba. Yo quería calmarlo y pedirle que me dijera dónde estaba. Entonces, en un arranque de discurso claro, me explicó su idea descabellada. “Tengo un tipo al lado que va a salvarme, se parece a mí y hasta calza el mismo número que yo. Tiene puesta ropa mía porque yo se la regalé y mis documentos están en sus bolsillos. Nos vamos de visita a Calais, el lugar ideal para que esto termine”. Yo no entendía nada, claro. Insistí en que se quedara en donde estaba y que me esperase. ¿Dónde estás?, volví a preguntarle. “En ninguna parte”, me dijo. “Estoy con el profesor”. Pasame con él, le pedí, y sentí la carcajada típica de Esteban. “Creo que no te puede hablar, Ariel”. Insistí y entonces me lo dijo: “Se murió para que yo zafe, una oportunidad en millones, ya te dije: tiene mi ropa manchada, mis zapatos y mi cara con barba y mugre de días. Iba a llevarlo a un hospital porque estaba temblando y deliraba, supongo que de neumonía: lo senté en el auto y no bien le puse el cinturón de seguridad, la quedó, ¿entendés? No pude hacer nada. Ahora me vas a tener que ayudar. Vamos a hacer el cambiazo”. Imposible —le dije—, Irene ya salió para acá porque se supone que tenemos que encontrarte, no voy a tener

tiempo; además, lo que decís es una locura. “¿Qué no es una locura?”, dijo. “Está bien, veo que contigo no puedo contar, pero al menos no me delates. Dame el número del celular de Sergio, él lo va a entender”. Le pasé el número de Sergio y le prometí darles tiempo para que llegaran a Calais —concluyó Ariel y volvió a sonreír como un niño que acaba de contarle una travesura a otros niños. Qué sencillo me parecía todo ahora, y sobre todo qué engañoso.

—Entonces Esteban viajó con el muerto en el asiento de al lado y le tapó la cabeza con la toalla que Garín encontró —dije y Ariel y Sergio asintieron.

—La mujer del chal —agregó Adriana, con la voz adelgazada por el asombro. Irene se había apartado de la rueda que formábamos. Se había sentado lejos y parecía estar tapándose los oídos, descompuesta o aterrada.

Sergio continuó:

—Cuando llegué a Calais en la moto, Esteban estaba todavía en el auto, con el cadáver del otro. Me acerqué a la ventanilla y entonces le quitó la toalla y encendió la luz del habitáculo. “Te presento al poeta”, dijo Esteban y yo no lo pude creer: se le parecía bastante, era asombroso.

—¿Y cómo no le dijiste que todo eso era una locura, no lo convenciste de que, a la larga, podrían descubrirlo? —lo increpó Adriana, ya más recuperada de la noticia o al menos con cierta capacidad de cuestionamiento moral.

—Claro que lo hice, pero no me hizo caso, estaba como poseído, tenía una mirada fanática y resuelta. “Ayúdame, vamos a llevarlo al profesor al piso de arriba”. Le obedecí y juntos cargamos al muerto hasta el chalé y luego lo subimos por la escalera. Después me echó: “Andá a vigilar por si viene alguien, que yo me encargo de mi amigo”, me indicó. Yo insistí en que recapacitase, que todo iba a descubrirse y que no tenía posibilidad alguna de que esa locura resultara. Fue inútil: terminé por obedecer; pensé que cuando llegase Ariel íbamos a poder convencerlo. Fue Esteban el que lo puso boca abajo y supongo —esto es un poco macabro, creo— que antes habrá vomitado y luego esparcido los blísteres vacíos de pastillas, los restos de comida. Cuando yo volví, la escena estaba armada tal como iba a verla el médico de la emergencia y antes Ariel. Irene no quiso mirar.

—Todo esto me está asqueando —dijo Irene desde un sofá lejano—. Nunca pensé que ustedes pudieran colaborar en algo tan sórdido —agregó con una voz baja, casi un lamento.

—¿Y qué hizo Esteban después? —pregunté, ahora empecinado en saber cada pequeño detalle del truco, la secuencia de las decisiones.

—Se escondió en las cocheras y me hizo jurarle que por nada del mundo lo delatase, que algún día iba a explicarme los motivos que lo empujaban a desaparecer, a irse para siempre sin renunciar a la vida. Fue la última vez que lo vi —explicó Sergio levantándose de un salto, buscando aire o el camino más corto hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —lo quiso detener Irene.

—Esperá, Sergio, ¿y después qué? —urgió Adriana.

Sergio no respondió. Se limitó a mirar unas artesanías guatemaltecas, como si recién acabara de llegar y todo lo anterior no lo involucrase.

—¿Y vos, Ariel? ¿En qué quedaron la rectitud, la razón, las convicciones, el sentido moral, la sinceridad con tus otros amigos? —recitó Irene con una voz cada vez más quebrada.

Ariel nos miró a todos y no sintió embarazo o vergüenza. Lentamente había recuperado ese aire firme y resuelto que lo distinguía. Otra vez era el hombre cabal, el idealista convencido:

—Esto no tiene nada que ver con eso que decís: es algo personal, cuestiones de la amistad. Si no aceptaba, ¿cómo explicábamos al muerto? ¿Qué hacía ese marginal en Calais? Sergio me lo

planteó no bien llegué: me habló al oído para que Irene no lo escuchase. Pero ya no había vuelta atrás. Hay cosas que se imponen por la extraña lógica que engendran; no hay forma de retroceder. Es cierto, era todo un disparate, algo desmesurado, una pesadilla de Esteban que nosotros ayudábamos a representar. Cuando aparecieron Mónica y el hijo, pensé que todo iba a descubrirse. ¿Cómo no se dio cuenta de que ese no era Esteban? —concluyó Ariel la primera parte de su alegato.

Todos coincidieron en lo último: cómo pudo pasar que su mujer no descubriera que no era su marido. Sobre el punto arriesgué una explicación:

—Hay una teoría que enseña que sólo vemos lo que estamos preparados para ver: lo leí en alguna revista científica, tal vez en la sala de espera del dentista. Una idea interesante que podemos aplicar aquí. Creo que el artículo señalaba que toda percepción va acompañada de un contexto que la condiciona y a la vez la completa. Si yo hubiera visto el cadáver también habría aceptado que era el de Esteban, porque no se me hubiera ocurrido pensar lo contrario. Desde que le avisaron que su esposo estaba muerto en Calais, Mónica fue preparándose para ver lo que vio. Había poca luz y el cuerpo ya estaba en una camilla, rodeado por el médico y sus ayudantes. Todos nosotros, que llegamos antes, éramos testigos que avalábamos lo que había sucedido y a quién habíamos encontrado. Éramos el contexto y lo estábamos legitimando. La fuerza de la lógica es irresistible y por eso ni Mónica ni Lorenzo vieron otra cosa que lo que estaban esperando ver. Pensé mucho en esa circunstancia —el contexto, el cansancio, la angustia o lo que sea— y no le encuentro otra explicación.

—Claro, fue eso —dijo Ariel—. Pienso que el poder de la situación radicaba en ese desborde, en la posibilidad de que nos creyeran; después, ya involucrados, en la esperanza de que Esteban se saliera con la suya, en el falso velorio y en el más falso entierro, casi una obra de arte. ¿Por qué no pueden verlo así? ¿Qué hubieran hecho ustedes en nuestro lugar? A lo sumo, reconocer que nos equivocamos, que Esteban no era ese y que el verdadero se había esfumado. Pero piensen: ustedes también colaboraron. Adriana, Marcelo, Irene: se negaron a verlo. ¿Tan amigos eran que no quisieron mirar por última vez lo que quedaba de Esteban? ¿Qué les pasó? Con descorrer la frazada hubieran comprendido lo que se estaba jugando. Como acabas de decir, Marcelo: solo vemos lo que somos capaces de ver y aceptar. El logro de Esteban se debió a una casualidad única que de alguna manera justifica su decisión, a la postre acertada, a juzgar por lo poco o nada que se le lloró. Ni siquiera intentaron tocarlo antes de que se lo llevaran. ¿Por qué tanto jaleo, entonces?

Todo eso también era cierto, pero insuficiente. Entonces le respondí a Ariel:

—Porque también existe la posibilidad de que Esteban fuera un asesino —dije, fastidiado por la explicación intelectual de Ariel y por las complicidades que acababa de descubrir.

Todos permanecieron callados, como si mi afirmación les hubiese puesto una mordaza. Yo estaba por fin capacitado para entender y explicar, y la ventaja que les llevaba a los demás era el mes entero pensando y revolviendo en aquel intrincado asunto. Contaba, por otra parte, con lo que me había aportado el azar: el haber visto cierto fragmento de una película, casi sin querer, un viernes a la noche.

—¿Cuánta casualidad puede aceptarse en esta historia? —dejé planteada la pregunta, y todos asintieron en silencio y hasta Irene se incorporó de nuevo al círculo en torno a la mesa baja. Sergio había vuelto a sentarse y Adriana tenía otra vez el semblante iluminado por la duda o la lenta asimilación de la verdad. Solo Ariel me miraba con un gesto incrédulo o desconfiado. Yo acababa de encontrar otra vuelta de tuerca.

—Explicate —dijo.

—Nada de lo que contaron ustedes dos puede improvisarse sobre la marcha y menos evitar una autopsia. Me parece que Esteban nos usó a todos, quiso que fuéramos sus peones —él que jugaba tan bien al ajedrez— y, a la vez, que actuáramos como sus testigos. Tuvo la habilidad de elegir bien a sus secuaces principales y aprovecharse de estas dos sentimentales que todavía no asimilan lo que en realidad sucedió. Y yo me pregunto, ¿qué sabíamos del último Esteban? ¿Qué podía quedar del Esteban que habíamos conocido, amado y hasta detestado, pero que solía ser previsible y también entrañable? Tal vez no quedase mucho de él; pero el grupo fue en búsqueda de aquella versión, de su recuerdo y del nuestro, de lo que fuimos, confiados en que en lo esencial todos seguíamos siendo los mismos, en especial nuestro amado Esteban.

—¿Y vos pensás que en realidad...? —titubeó Adriana y no la dejé terminar.

—Yo no pienso nada, solo especulo y trato de ver los hechos desde una perspectiva más fría. Pienso que es demasiado casual que alguien se parezca a uno sin que haya un parentesco, pero a veces se da y no deja de ser asombroso. También es cierto que el vínculo familiar no determina necesariamente el parecido, porque los genes se saltan generaciones. Y es más casual todavía que esa persona se muera justo para que vos zafes de lo que sea y lo metas al tipo en tu lugar, y que además eso se te ocurra sobre la marcha, cuando estás en medio de una crisis de descontrol y autodestrucción. Ustedes no lo conocían a ese infeliz, al profesor; yo sí, lo había visto una vez. Por lo que supe, era un poco mayor que Esteban y había vivido diez años en la calle. Una historia terrible la de Daneri: un amor con una alumna adolescente, un escándalo por corrupción de menor, la destitución de la enseñanza por razones políticas, la familia que le da la espalda y el pasaje a la intemperie absoluta. Es cierto, era grande el parecido, en especial si un buen día Esteban decide lo opuesto: empezar a parecerse al otro, a adquirir sus carencias, a imitarlo. Lo veía, le daba plata, le regalaba ropa que ya no usaba y se ganaba su confianza y su respeto. En cierto sentido lo cultivaba, criaba un pasaporte de carne y hueso hacia quién sabe dónde. Después empezó a adelgazar y a dejarse la barba como su protegido, a descuidarse y a transitar de a poco los lindes del abismo. El otro era irrecuperable y por eso, a lo mejor, él se aprovechó. Lentamente la idea toma forma, se abre paso y lo seduce: quiere ser otro, pero no en sentido metafórico sino real. Este último mes he leído bastante sobre Rimbaud como para entender que su querido poeta quiso

lo mismo pero a la inversa: pasar de la locura —del desajuste racional de los sentidos, como él lo llamaba— y el escándalo con Verlaine y toda esa novela de maricones fugados, a la normalidad, al absoluto anonimato, a negar que una vez fue poeta, a ignorar que allá en París se lo endiosaba, al oro que buscó en África, a la vida nómada del traficante de caravanas y a no escribir nunca más nada, salvo cartas. Esteban buscó lo opuesto: de la respetabilidad y la fortuna material al espejismo de desiertos en donde perderse, a la abolición de toda certeza, a la sensación de lo precario instalándose cada día en su nueva vida. Para eso tuvo que morir y nacer de nuevo; o mejor, morir y seguir viviendo, en otra parte, otro continente, otra ciudad, acaso con otro nombre. Ese lugar quizás existe: un oasis o una pequeña ciudad que, según pude indagar, es apenas un caserío al borde del desierto, perdido en las faldas del Atlas. Y claro, siempre busquen a una mujer, una holandesa errante y fotógrafa que una vez lo llevó a ese confin y de la cual puedo mostrarles un retrato. Pero todo esto no lo he podido comprobar con certeza sino apenas intuirlo por las pistas que ha dejado tras de sí Esteban: el mapa, las fotos y los pasajes del libro *Illuminaciones*. Tampoco entiendo eso: preparar su desaparición con tanto cuidado es también sospechoso...

Mis argumentos, lejos de provocar la controversia, generaron silencio y expectativa. Era como si de pronto todos empezasen a comprender la verdadera lógica de los hechos, esos que a medida que los exponía iban llenándose de un sentido nuevo, precisamente a causa del final. Tal vez sintieran asombro por mis especulaciones audaces, pero no les quedaba más remedio que aceptarlas, reconocer con su mutismo que nada de lo que decía era descabellado. Entonces, seguí:

—¿Pero cómo se puede llegar a concebir un proyecto tan radical y desaforado? Pensemos en el Esteban ya consolidado, no el que conocimos joven y lleno de encanto, de ideas, de voluntad y romanticismo. Es mentira que se haya casado con Mónica por interés —y perdoname, Adriana, que ahora salga con esto, de lo que alguna vez hablamos—: si lo hizo fue porque se enamoró y además la había embarazado, algo que se cuidó mucho de hacer contigo. El matrimonio lo impuso como mano derecha de su suegro y después intentó establecer su marca: aprendió a mandar, a decidir en esas empresas que progresaron también a su pulso. No tuvo en eso otra opción y la aprovechó, no como advenedizo, sino como alguien convencido, coherente, diría, en su voluntad de poder. A medida que fue consolidando su territorio comprendió que tenía que aprender a defenderlo. Llegaron los hijos, la ansiada estabilidad, el golf del mediodía con *il commendatore*, las cenas con otros empresarios, la convivencia con las reglas que había impuesto la dictadura, el infame acatamiento de las categorías A, B y C para los ciudadanos y la posibilidad de despedir por razones políticas a favor de la inexistencia de sindicatos. Esteban conoció la embriagadora sensación de no tener límites, de moverse a impulsos de balances exitosos y utilidades que no cesaban de crecer. En pocos años lo consiguió todo: una mujer que lo amaba, hijos varones que perpetuarían el apellido —que por fin iba a significar algo más que un pasado esplendoroso arruinado por un padre jugador y suicida—, dinero, propiedades, prestigio entre sus nuevos pares, y la idea de que todo lo que tiene se lo merece. Idea nada desdeñable porque es la que lo define como triunfador. Entonces llegó, inexorable, el descubrimiento de que todo eso era falso, que había sido comprado, que en lo que le restara de vida ya no tendría más oportunidades. Ya no podía ser actor, o poeta. Ya no había más posibilidades de seducir, todo se reducía a conservar lo logrado, a envejecer junto a Mónica tratando de que sus hijos finalmente tomaran su lugar y cumplieran con el plan del suegro. Estaba atrapado en su propio triunfo, enredado en los laureles y empachado de logros. Ya no soñaba, ni ganaba trofeos de caza ni imitaba a Yves Montand. Era un señorón que engorda y se aburre sin remedio con sus amigos del éxito. Ya no hay tajos sobre

dedos ni promesas de aventuras que lo rescaten: solamente hay rutina y espacios vacíos entre sus citas agendadas. Hay sexo esporádico y rutinario con Mónica, o aventuras con alguna minita de paso, de esas que se deslumbran con un auto y la posibilidad de un par de cervezas antes o después de un polvo. Ya se ha encontrado con el oportuno fantasma de sí mismo que lo asedia en la Ciudad Vieja y le señala su contracara, la miseria que no ha de conocer y el recóndito misterio del fracaso que ha comenzado a seducirlo. Esa idea del fracaso ha empezado a obsesionarlo porque, en el fondo, necesita un poco de mugre, tocar llagas, bajarse del carrusel.

—Es todo un punto de vista el tuyo —dijo Ariel—. Hablas como un marxista puro y duro, doctor, y también como un crítico literario de la generación del 45. Ni a mí se me habría ocurrido esa visión, pero vamos, no está nada mal. Cuando descartas lo improbable, todo lo que queda es la verdad, Watson. ¿Y cómo sigue?

Capté la ironía en lo que me dijo Ariel, un fondo de celos o la no admitida confesión de que él, nada menos, no había podido ver las cosas de esa manera. Había sido sentimental y también mediocre, claro. Adriana no se contuvo, y aportó lo suyo:

—No está nada mal, pero simplifica demasiado la vida de alguien. Además es una versión muy machista, en realidad no explicás nada, es una forma parcial de ver las cosas.

Irene, siempre práctica y poco afecta a discutir, la interrumpió:

—Dejalo seguir con su idea, Adriana, a ver hasta dónde llegamos.

Ariel aprobó la moción de la arquitecta porque necesitaba medirme a mí, saber qué tan sólido podía ser mi razonamiento porque, en el fondo, siempre me había menospreciado, había sido condescendiente, de la manera que a veces lo son algunos intelectuales de izquierda.

—Estaba muerto el profesor cuando Sergio llegó a Calais y muerto había viajado en el Honda al lado de Esteban, la cabeza cubierta por una toalla que al empleado del peaje le pareció un chal. Ya había abandonado la calle y la banderita roja para siempre cuando Esteban lo llamó primero a Ariel y luego a Sergio y vaya uno a saber dónde estaban nuestro amigo y su doble cadáver en ese momento crucial de poner a funcionar la última parte del plan. Y quiero que reparen en este aspecto: una vez que se llevaron de Calais al muerto, Esteban fue el que limpió todo, eficaz, prolijo y más que nada frío. Ni una sola prueba podría delatarlo y a lo sumo la duda sobre la limpieza podía caer sobre “la mujer del chal”. Y otra vez el detalle que no entiendo: tiró la toalla por ahí, sabiendo que a la larga sería descubierta, como Garín lo probó. Antes, otro detalle nada menor que Mónica me confió: había sacado plata de sus cuentas para darle un sesgo más material al descalabro. Su viuda cree que jugaba y yo pienso que eso fue una premeditada cortina de humo. Retiros y transferencias injustificadas en sus cuentas bancarias. ¿Entienden por qué eso no se le ocurrió a último momento sino que estuvo meses preparándolo?

—¡Pará!, ¿no te parece que estás yendo muy lejos? —protestó Ariel y Sergio hizo un gesto de enfática negativa. Otra vez el sentimentalismo y la mediocridad intervenían. No les concedí la palabra y seguí:

—Por supuesto que ya arrojado al vacío, hubo unas horas en las cuales todo quedó en suspenso; pero él siempre supo que su cadáver sería velado a cajón cerrado porque era la costumbre de la familia. Ese fue el monto de la apuesta. Jugó fuerte: se arriesgó con la posibilidad de que Mónica, sus hijos o sus hermanos, fueran o no a reconocer el cuerpo para que después la funeraria se encargase. En eso sí que fue un jugador, no en casinos o garitos según suponía Mónica. Allí se aprecia la herencia de Miguel y el afán de superar al padre que tuvo Esteban: en ese detalle también se mide al triunfador que vence su visceral odio al juego y es capaz de apostar todo a una sola carta. Vos te mataste y te saliste del juego, pensó. Yo voy a matarme para seguir vivo, le

retrucó. Pero sabemos que su familia fue cobarde o indiferente y además nos ocupamos nosotros de darle su identidad al cadáver del otro. Había razones muy poderosas para que no se hiciera una autopsia y ahí también apostaron fuerte. Y digo apostaron porque fuiste vos, Ariel, el que me convenciste de mover mis contactos, seguramente instruido, a último momento, por Esteban. También Adriana, sentimental y coqueta, aportó lo suyo, enceguecida. En definitiva era un simple diagnóstico lo que se pedía, la convicción de que la causa de la muerte estaba a la vista y que nadie podía contradecir al profesional que firmaba. Otra vez el contexto y la percepción haciendo de las suyas. Y no te olvides, Adriana, que Mónica también colaboró sin proponérselo, llamándote y llamándonos. ¿Y sabés por qué? Te lo explico: fue un acto de devolución. Tomen, traten de encontrarlo, se los devuelvo, me tiene cansada, no lo soporto más. Se desentendió de Esteban, no quiso involucrarse, ni siquiera le importó que se lo devolvieran muerto, no quiso ni verlo o lo vio de soslayo y mal. Pensá, Adriana; ¡piensen todos cuánto rencor acumulado se necesita para tener esa actitud!

Sin darles una sola tregua, seguí:

—Regresemos a la noche de Calais: Sergio y Ariel son cómplices y saben qué van a encontrar. Irene, atribulada por el dolor, es incapaz de mirar bien de quién se trataba. Vos, Adriana, confiaste en los indicios y en el relato de tus amigos y preferiste no encontrarte cara a cara con la última expresión de un hombre al que siempre habías querido. Quedaba yo, claro, con mi lógica de entonces y el adecuado criterio de no necesitar ver para creer. No quise verlo, tampoco. Otra vez sentimentalismo y mediocridad, la receta infalible, la estúpida coartada que siempre nos hacemos los chapuceros morales.

—Vayamos un poco más hacia atrás —seguí especulando— y pongámonos en el lugar de Esteban. Ha concebido un plan arriesgado y, si resulta, brillante. Ha incubado su salvoconducto hacia otra parte y sólo falta que el otro esté muerto, habilitado para el certificado de defunción y todos los menesteres posteriores. Tiene ya elegida a su pandilla de cómplices y secuaces —voluntarios o no—, ha redactado mentalmente el guión de la representación y elegido el escenario. Queda apenas un pequeño detalle: que el otro se muera. Sucede: esos marginales suelen morirse un buen día de pulmonía o no despertar más de una borrachera. O también se hacen resistentes, inmunes a todo, saludables en medio de la carencia. Pueden ser un prodigio de supervivencia, ¿verdad? ¿Cómo podía Esteban dejar librada la parte esencial de su plan a la Divina Providencia? No puedo creerlo. Él tenía todo calculado y necesitaba que la muerte llegara en el momento adecuado. Por lo tanto, tuvo que matarlo. No me pregunten cómo lo hizo, pero lo mató. De eso no me quedan dudas.

Mi conclusión los dejó a todos sin habla. Ariel y Sergio se miraron y sonrieron otra vez como dos imbéciles. Entonces Irene puso los ojos en blanco y se desvaneció ante la pasividad de los demás. Adriana fue quien atinó a sostenerla antes de que se golpease la cabeza contra la mesa baja. Trajeron agua, la abanicaron y la cachetearon con suavidad. Finalmente Ariel le dio a oler whisky de una botella y la recostamos en un sofá con las piernas más altas que la nuca. Reaccionó. Mientras se reanimaba, nos dimos una tregua. Sergio trajo vasos y un poco de hielo y aprovechó la botella que había aparecido. Adriana propuso llamar a un médico, pero Irene se negó con un gesto vehemente:

—Ya estoy bien... No llames a nadie...

—¿De veras estás bien, Irene? —le dije y le ofrecí un poco de bebida. Me miró con recelo. Todavía estaba muy pálida y tenía la frente transpirada. De golpe, alguien que creía muerto estaba vivo y además podía ser un asesino. ¿Qué tanto puede morir alguien dentro de uno? —pensé al ver su mirada triste y asustada.

—No se puede estar bien con lo que acabás de contar. No quiero seguir escuchando nada más, es algo tan... inaceptable —dijo y empezó a llorar. Adriana se acercó, le puso un almohadón bajo el cuello y le abrió un poco la blusa; pero ella la apartó y volvió a abotonársela.

—Creo que fuiste demasiado lejos con tu teoría —reprochó Adriana.

—Tal vez lo mejor sea suspender esta reunión: Irene no se siente bien —terció Ariel.

—Lo que acabo de explicar es un simple razonamiento frente a los hechos, nada más. Por

supuesto que no tengo pruebas y creo que ya no es momento de buscarlas o de especular en voz alta sobre cómo y por qué lo hizo —dije y asumí que mi misión de esa tarde estaba cumplida. Ya todos estaban avisados y el acontecimiento central, develado. Era simple: Esteban no había muerto aquella noche y ahora estaba en otra parte, muy lejos, quizá, por más que su pasaporte indicara lo contrario. ¿Tendría otro, con otro nombre? Cómo saberlo: esa era otra historia u otro capítulo de la misma. Pero lo esencial, para mí, era que los hechos, por fin, cerraban.

Adriana se ofreció para dormir con Irene porque no la veía bien: pese a reaccionar del desvanecimiento, anímicamente se había derrumbado. Sergio se disculpó en acompañarlas porque tenía sesión de grabación en un estudio céntrico. Así que Ariel y yo les propusimos quedarnos un poco más, pero Adriana nos echó. Ya en la puerta, nos aclaró:

—Hubiera preferido no enterarme de todo esto y menos sospechar que además hubo un crimen. Creo que, si pasó lo que pasó, era mejor no saberlo: ¿y ahora qué vamos a hacer? A lo mejor, encima vamos presos. No quiero verlos más.

¡Qué extraño era todo! Les había confirmado a Irene y a Adriana que Esteban estaba vivo y reaccionaban como si recién acabara de morir.

Atravesamos el pequeño jardín del frente de la casa y, ya en la vereda, Ariel propuso:

—Vamos a un bar: tengo algunas cosas que decirte.

Subimos a mi auto —Ariel había chocado el de él tres días antes— y enseguida tomamos por 19 de Abril hacia Agraciada. Manejé sin que nos dirigiéramos la palabra. Por fin encontramos un café sobre la avenida y nos detuvimos. Había una cosa tensa entre nosotros que se había estado armando desde hacía muchos años: haber amado a la misma mujer en tiempos diferentes nos unía de un modo extraño; pero también nos vinculaba un pasado que había moldeado nuestras vidas. Éramos unos niños cuando nos conocimos y hoy, promediando con largura los cuarenta, de golpe un asunto sórdido nos empujaba a la mesa de un bar y a la necesidad de dialogar como dos socios que deben rendirse cuentas. Porque estaba claro que Ariel no me había invitado para evocar viejos tiempos y embriagarnos de recuerdos. Ya en la mesa, fue directo y sin medias palabras:

—¡Qué clase de pendejada ha sido esta! —dijo, mordiendo cada sílaba y mirándome sin un solo parpadeo. Como no le respondí, continuó:

—¿Para qué la asamblea? ¿Por qué no dejaste fuera a esas pobres? Ya ves lo que ha pasado, mírala a Irene. ¿Era necesario tu pavoneo de deducciones? Si pasó lo que pasó, a dejarlo ahí. Bastaba hablarlo con Sergio y conmigo y después ver. Ahora vendrá una denuncia y todo lo demás que no necesitamos. ¿Te sientes muy inteligente, verdad? Y además, lo del crimen es ir muy lejos con el rollo. Prefiero creer que tuvo suerte y que la muerte lo ayudó, así que vamos, Holmes, ni tú te lo crees.

—Pará de hablar como un exiliado que recién llegó —le advertí, porque el acento y el idioma me fastidiaban más que su vehemencia. Vos y Sergio nos subestimaron a todos —agregué—, no nos creyeron capaces de aceptar lo que pasaba y a mí me tiraron el fardo de manipular al médico. Tomaron decisiones y nos involucraron en algo jodido sin que supiéramos. Creo que merecíamos una explicación, Ariel.

—¡Merecían una mierda! ¿Por qué? Sergio y yo asumimos el riesgo y créeme que no fue fácil. Nos sumamos a la apuesta, como tú la has definido. Y, ¿sabes?, lo hicimos convencidos: yo al menos, porque con el músico nunca se sabe. Todavía hoy quizá no entienda por qué acepté esa locura, pero no interesa, ya se hizo, y Esteban sabrá para qué. Entonces, ¿por qué volver atrás? Desenterrar al profesor no va a explicar nada y se va a armar un escándalo inútil. ¿Crees que vale la pena?

Me bebí medio vaso de cerveza y pensé que no, que tal vez Ariel tuviera razón. Pero el asunto no era ese: teníamos una idea del cómo, pero no del porqué.

—¿Por qué hizo lo que hizo? Eso es lo que me intriga, lo demás tal vez sean detalles, suerte o asesinato, qué más da.

Ariel sonrió con ese aire sobrador y perdonavidas que en general adoptaba en cualquier discusión: su mirada se empequeñeció y, como siempre, antes de lanzar su andanada de razones incommovibles, humedeció sus labios. Tenía que prepararme.

—Me fui y volví a este país y seguimos padeciendo de lo mismo: basta con que alguien haga algo por fuera de lo esperado, se destaque o rompa el molde, para que el mediocre rasero, invisible y letal, lo decapite. Nos espanta lo diferente, lo que puede escandalizar, lo que escapa al estándar aceptado. Nos asusta la posibilidad de que, a lo mejor, tengamos permiso. En el fondo somos esencialmente conservadores. Hace muchísimos años, cuando era apenas un niño, mi madre no me dejaba cruzar la calle para jugar con los niños de la vereda de enfrente. Y yo los veía y me moría por cruzar e ir con ellos. Hasta que un día, no aguanté más y, mirando bien que no viniesen autos, crucé. Esos cuatro o cinco metros que me separaban de mis amigos fueron mi primera gran travesía y todavía recuerdo la excitación que me causó. De las cosas nos separan metros, permisos, rituales de prohibición, miedos, pero las cosas están ahí, hombre, y hay que cruzar e ir por ellas. Y nuestro amigo Esteban siempre lo supo. Ha sido un ejemplo viviente de la voluntad de poder, pese a que la ha ejercido en forma equivocada. Hace cuatro meses se enfrentó a la posibilidad de cruzar la calle y, ya ves, no pidió permiso. No sabemos a dónde llegó ni para qué, es cierto: pero a lo mejor en donde está es feliz. ¿Has pensado en eso? No: preferiste desarmar el juguete para ver de qué estaba hecho. Un juguete peligroso, como todos los juguetes de verdad. Toda esa coartada de los indicios, la memoria y el jueguito intelectual con el poeta: descubrir no sé qué y además juzgar sin saber, a Esteban, nada menos. ¿No viste que en el jodido velorio nadie lo lloró? Esa gente tan normal y contenida, los benditos parámetros de la decencia y el recato: todo parecía ensayado, como si en realidad supiesen que él no estaba allí. ¿Y, sabes? Disfruté cada minuto de la farsa y me pareció sublime que San Cuervo bendijese y que todos se creyeran la mentira. Gocé cuando por fin bajaron el cajón a la fosa y respiré aliviado al volvernos a casa en esa tarde soleada de invierno. De alguna manera Esteban se había redimido de tanto error anterior. Quizás estaba asqueado de sí mismo y de sus traiciones. Y esa noche, cuando repasé lo vivido en esos días, me convencí de que había hecho lo correcto, es decir, participado del rescate. No tengo idea de cómo murió en realidad el marginal y no quiero averiguarlo, pero al menos ya no sufre y, gracias a él, a lo mejor Esteban tampoco.

Está bien —pensé—, pero falta saber más. ¿De dónde sacó Esteban estómago para hacer lo que hizo? No sabremos nunca cómo murió el profesor: tal vez asfixiado con una bolsa de plástico o por la ingesta de alcohol mezclado con vaya uno a saber qué. En lo último que creo es en una muerte natural. Y otra vez Ariel se presta a un rescate, igual que cuando quería salvar a Adriana: las personas no cambian, empeoran.

—Nunca creí en la suerte, Ariel —dije, y él me miró otra vez de una manera acechante. No sabía lo que pensaba y acaso era inútil seguir especulando—. Pero pudo irse sin un muerto de por medio —agregué—. Hasta previó que iba a necesitar dinero y lo sacó de las cuentas. Pudo desaparecer sin que un velorio falso lo despidiese. Nadie se lo hubiera impedido. Irse tras la holandesa o lo que fuera, a buscar el desierto o el olvido. Tantos lo han hecho: salir a comprar cigarrillos y no regresar nunca más. Pero él prefirió la desmesura, el sórdido engaño que vos disfrutaste. Como de costumbre, te creíste superior y abnegado, habilitado para entender por la vía

de sentirte diferente y capaz de juzgar y resolver por los demás. A Sergio nunca lo respetaste y él no contó en tu lógica de la colaboración. Tampoco Adriana o Irene —siempre fuiste un machista visceral, con aires de progre emancipado—. En cuanto a mí, sabías perfectamente que yo hubiese parado todo ese disparate, porque soy el conservador promedio que no digiere esa clase de cosas; para colmo leguleyo y, según tus parámetros, incapaz de dar un salto al vacío. Es cierto todo eso y no es momento de que cambie; pero, ¿sabés una cosa?: no voy a descansar hasta que lo encuentre a Esteban.

Mi última promesa de aquella charla le sonó a Ariel como la expresión de mi incapacidad para comprender. Me respondió que lo pensara mejor y que tratase de convencer a Ramón de lo inútil de la denuncia. Yo no le prometí nada, pero quedó claro que era difícil que volviéramos a vernos, salvo en un juzgado. De nada valió un último comentario, en parte conciliador, de Ariel, que incluso ya no ostentaba su tono peninsular:

—Tenés razón: deberíamos habértelo dicho aquella noche. Al menos en recuerdo de lo que fuimos alguna vez. Pero con Sergio pensamos que cuantos menos lo supiesen, menos daño iba a causar. Aunque hoy me quedó claro que vos no hubieras colaborado con el plan. Está bien, te entiendo, pero no me arrepiento de habértelo ocultado. Fue una decisión estratégica, nada más. Y una última duda: ¿aceptaste el trabajo para tirarte, si podías, a Mónica?

Me conocía bien Ariel y sabía que alguna vez Mónica me había movido bastante el piso. Pero aquello quedó sepultado muchos años atrás, cuando la calvicie no me había ganado y el vientre de la vida sedentaria no me pesaba. En el fondo, podía tener razón: pero los hechos terminaron demostrando que no bastaba la corta distancia entre mi escritorio y la silla de mi cliente para alentarme a cruzar la calle. Por todo eso, le respondí:

—No, lo acepté porque quise revolver, indagar, buscar porque sí y con insidia. Lo hice para mí y por razones que poco a poco voy entendiendo: yo también quise descubrir qué hay del otro lado.

La duda siempre es mejor que la verdad, cuando la verdad ha de dolernos o cuando no podemos cambiar sus consecuencias. Yo no estaba seguro de nada y todo cuanto había obtenido de mis averiguaciones era más dudas y cabos sueltos.

Luego de las cervezas y el frustrado debate, Ariel se tomó un taxi y yo regresé a mi departamento con la intención de llamarlo a Ramón y contarle sobre mi reunión con el grupo. Pero al final no llamé. Preferí la posibilidad de dejar en suspenso el trámite de la denuncia y que él y los hermanos se ocupasen. Si yo no me movía, tal vez todo se diluyera en una extraña conversación de un mediodía y en la teoría descabellada de un amigo de Esteban. Conociéndolo a Ramón, sabía que sin mi colaboración iba a resultarle engorroso hacer una denuncia ante un juzgado con lo que yo le había contado. Podía ser que hablase con su cuñada y que ella sí lo hiciera, aunque antes Mónica iba a tener que llamarme y regresar a mi modesta oficina para que yo le confirmase o negase la versión. Era el trámite previo al trámite, la compleja trama de movimientos evasivos, dilaciones y dudas lo que actuaba a mi favor.

No es que los argumentos de Ariel me hubieran convencido pero, en lo inmediato, la postergación me pareció la única actitud sensata. Dejar correr el tiempo mientras el cadáver de otro continuaba pudriéndose en la tumba de Esteban.

Me serví un whisky doble sin hielo en un vaso corto y de cristal grueso. Era agradable ver el bailoteo del líquido y sentir su calor anticipado. Estaba sentado en la vieja mecedora del living de mi departamento, eran las tres de la mañana y todavía me duraba el efecto de la reunión con el grupo y la charla final con Ariel. El grupo pudo haber pensado que yo había disfrutado al acusar a Esteban de manejador y criminal, y de tirarle encima el cadáver del profesor sin que pudiera defenderse ni explicar nada. Suponían, quizá, que había revancha y envidia en mi acusación. En realidad, lo que había era simple y humana curiosidad. Si, como dijo Ariel, los verdaderos juguetes son siempre peligrosos, el de Esteban lo era más, porque la mecánica de su funcionamiento todavía guardaba un misterio central. Yo pude desmontar una a una sus piezas, pero ahora no podía volver a armarlas. O era peor: había piezas faltantes y decisivas.

Desarmado y todo, el juguete no paraba de funcionar.

Por primera vez desde que ocurrieron los hechos, empecé a pensar en el después. Era como si la confirmación de que Esteban estaba vivo hubiera abierto una dimensión hasta entonces inconcebible. Pensé, por fin, en el Esteban posterior a la sustitución, el que se había escamoteado a sí mismo y se había disuelto en el aire como en los trucos de David Copperfield, el mago de moda.

Imaginé que, tras la noche de su muerte, Esteban debió ocultarse en alguna parte por unos días, para luego salir tranquilamente por la fácil frontera del Chuy hacia Brasil y desde allí al olvido. Tal vez se afeitó y se cortó el pelo. Aseado y vestido como un viajero cualquiera que lleva apenas un bolso, una campera, unos lentes oscuros y una gorra, dejó el país sin que nadie lo reconociese o supiera que ese hombre, en realidad, debía estar en otra parte y no precisamente vivo. Pasó la frontera con otro pasaporte, pero no necesariamente con otro nombre. Apostó otra vez a no ser reconocido, a no ser molestado y a que nadie le interrumpiera el merecido sueño en el asiento reclinable del ómnibus. Antes, si hubiera querido, bien pudo asistir a su propio entierro, disfrazado de sepulturero, mirando cómo la concurrencia bajaba hacia la verde parcela privada y lo despedía, con el padre Kasperchak mascullando oraciones en latín.

En algún aeropuerto de Brasil, tomó un avión y la obra maestra quedó firmada. Brindé en silencio por la indudable hazaña y, como ante Ariel, me prometí armar el juguete, es decir: encontrar al triunfador. Esteban era el único que podía explicarme el sentido de su fuga. Mi tesón me había dado el derecho a saber.

En días subsiguientes, Ramón me llamó un par de veces a la oficina y alguna vez al banco. Nunca le respondí los llamados. También intentaron localizarme Irene y Adriana, sin éxito. Volví a meterme de lleno en el asunto pero ahora mi búsqueda estaba orientada a descubrir la identidad de la fotografía holandesa: ella era quien iba a poder conducirme hasta Esteban. Pero apenas tenía una imagen instantánea de algunos años atrás: ningún nombre ni otra seña que me permitiese ubicarla.

Una tarde de fines de noviembre, calurosa y húmeda, el suegro de Esteban se presentó en mi oficina. Llegó como si creyera que yo estaba aguardándolo y sin anunciarse entró en mi despacho. Alto, bien vestido como siempre y apoyándose en un bastón, menos por necesidad que para esgrimir un motivo más para que se lo respetase. Su cara estaba roja y sus ojos oscuros eran fríos y a la vez irradiaban recelo y un inocultable desprecio por lo que lo rodeaba, incluyéndome a mí. Sin que lo invitase, se sentó en la misma silla que había usado Mónica semanas antes y dijo:

—Ramón, el cuñado de mi hija, me ha contado su teoría que, por cierto, usted se guardó bien de comentar la última vez que hablamos. He venido a que me la confirme, pero le prevengo que no voy a permitir que se haga ninguna denuncia.

El viejo hizo una pausa y apoyó sus dos manos en la empuñadura del bastón. Al igual que Mónica, recorrió con su mirada los detalles de mi deteriorada oficina y luego agregó:

—No necesitamos un escándalo judicial en la familia y de ello Ramón ha quedado convencido. Lo que me ha dicho es muy grave y por supuesto ni mi hija ni mis nietos lo saben. Como puede apreciar, soy un hombre viejo que ha visto muchas cosas extrañas en su vida, pero ninguna como la que nos ha reunido hoy. Usted no me agrada, doctor, y sinceramente esperaba no verlo más. Si estoy aquí es para estar seguro de que no va a seguir insistiendo sobre esa penosa causa que piensa abrir. Vuelvo a preguntarle: ¿está vivo el cretino de mi yerno?

Era una rara manera de preguntar, porque desde el punto de vista lógico, no había respuesta:

—No puedo saberlo; nadie puede.

El viejo sonrió con impaciencia.

—Entonces, ¿cómo se anima a afirmar que en realidad no murió y que en su tumba hay otra persona?

—Usted lo dijo: es solo una teoría, un parecer a partir de ciertas averiguaciones que hice. Pero no se preocupe, en realidad ya había resuelto no seguir adelante con la idea. Tal vez me apresuré al hablar con Ramón.

El rostro del viejo se enrojeció aun más. Parecía respirar con dificultad. Buscó con la mirada algo que quizá no existía. Estaba indignado.

—Es muy posible que haya pasado lo que usted dice: el dinero... Todas esas maniobras lo explicarían. Usted no puede entender cuánto daño nos ha hecho. Le había dado el mando, las riendas de todo: la oportunidad de ser alguien respetable, no el diletante que era cuando lo conocí. Me traicionó. ¿*Capisce?* No me importa esa novela de la mujer más joven, puro radioteatro. Yo ya estoy retirado y ahora las empresas han quedado sin timón, un golpe muy duro para todos. Por eso no dude de que voy a dar con el sinvergüenza y entonces...

El viejo se incorporó apoyándose en el bastón. Después me señaló con un dedo tembloroso y

afilado:

—Mi abogado lo va a llamar y usted va a contarle todo lo que sabe. Ya le entregué los informes que hizo para Mónica. Me gustaría que también le facilitase esas fotos y lo que haya podido recoger de la basura. Lo vamos a encontrar, eso téngalo por seguro. Pero usted no debe hacer nada más, porque ya nos ha dañado bastante.

—Yo soy solo el mensajero —intenté una interpretación, y el viejo hizo un gesto despectivo y volvió a señalarme:

—Usted es un pobre entrometido.

Al otro día me llamó un tal doctor Nogaró y se presentó como abogado de Domenico. Pretendió entrevistarme y fueron vagas sus insinuaciones sobre el tema que habríamos de conversar. Su voz sonaba reticente y a la vez imperiosa, pero no dejaba de ser amable. Mencionó con tacto cosas que yo debía entregarle y daba la sensación de que podía sentirse incómodo y hasta fastidiado por tener que verme. Por un momento estuve a punto de colaborar con él, pero finalmente le dije:

—Discúlpeme, doctor, pero no tengo nada que hablar con usted ni objetos ni papeles que entregarle. Su cliente está confundido: un “pobre” entrometido no puede ser tenido en cuenta en ningún caso por alguien tan importante.

Corté y volví al expediente que tenía sobre el escritorio. Yo había visto algo en la mirada del viejo que no me había gustado y no iba a facilitarle nada si lo que pretendía era encontrarlo a Esteban. Era lo que yo también quería, pero a diferencia del viejo, no contaba con medios económicos ni vínculos para movilizarme. Esa tardecita la llamé por teléfono a Irene y le propuse visitarla para decirle algo importante. Reticente al principio, finalmente aceptó verme a las nueve de la noche.

—Me visitó el suegro de Esteban para decirme que no haga ninguna denuncia. Hablaron con Ramón y están de acuerdo en no promover una investigación judicial. Pero *il commendatore* quiere buscar a Esteban hasta encontrarlo. Su abogado me llamó para que colabore y me negué a facilitarle nada.

Irene me escuchó impávida y todavía desmejorada. Parecía una mujer mayor de lo que en realidad era.

—Esto pudiste decírmelo por teléfono y bastaba. Está bien: no tendremos que ir a un juzgado ni contar nada. Lo que haga ese viejo no me importa, ¿qué más?

La conocía bien a Irene y sabía que de todos nosotros era a la que más mortificaba la situación y por eso yo había venido personalmente para intentar aliviarla. Nada de lo que había sucedido entraba en sus esquemas mentales ni podía ser aceptado por su sentido de la decencia y su moral. Pese a los años transcurridos, era evidente que guardaba por Esteban un sentimiento que mezclaba muchas cosas que ahora se confundían. Había descubierto por fin la cara oculta del triunfador y no le había gustado. Creyese o no en mi teoría sobre la muerte del profesor, el hecho central era el juego de Esteban y su frío cálculo para llevarlo adelante. No obstante, todo eso no justificaba su enfermizo aspecto actual:

—¿Te sentís bien, Irene? —le pregunté.

—El lunes empiezo de nuevo con la quimioterapia.

Me contó los síntomas que había empezado a sentir, la consulta, el diagnóstico. Iban a intentar detener lo que había, pero no pronosticaban éxito ni expectativas de vida.

—Soy una mujer sola, desencantada y con cáncer —resumió con tranquila resignación.

—En realidad vine para decirte que pensé bastante en lo que dije el otro día. No tengo ninguna

prueba de que Esteban haya matado a nadie —dije, movido por la piedad.

—Eso es lo que menos me importa. Estaba muy loco y debía sufrir mucho —comentó y nos despedimos.

Esa noche llamé uno por uno al resto de los involucrados y les comenté que finalmente no habría denuncia. A Adriana le pareció un alivio; Sergio dijo que tanto le daba y Ariel me advirtió sobre el viejo:

—Si te dijo que iba a encontrarlo, no dudes de que va a hacerlo: con pasta se consigue todo.

—¿Y después qué?

Hubo un silencio, una risita y un suspiro, hasta que Ariel comentó:

—No te extrañe que haga que lo maten.

Tal vez Ariel exageraba, o tal vez no. Si el viejo no quería una denuncia, ¿qué iba a pasar si lo ubicaba a Esteban? ¿Obligarlo a regresar y que dijese: “resucité”? Tal vez quisiera recuperar el dinero, que por lo visto era más de lo que yo suponía. Pero no iba a perdonarlo ni devolverlo a su familia: era evidente que iba a asegurarse de que Esteban siguiese muerto. Esa segunda muerte sería la definitiva.

Esa noche, tarde e insomne, volví al bloc y revisé mis apuntes. Comprobé que el sentido de algunos pasajes de *Iluminaciones* cambiaba. El referido a la tumba, sin duda:

Que me alquilen por fin esa tumba, encalada con las líneas de cemento en relieve, muy hondo bajo la tierra.

¿Ya sabía que su tumba iba a ser ocupada por otro? En Rimbaud, el sentido era distinto, porque se alquila lo que no se puede comprar, porque no hay dinero que pague la propiedad. Pero para Esteban, las mismas palabras expresaban, a la luz de los hechos, otra cosa. Pero, el pasaje más significativo y a la vez más desconcertante era el del Genio:

...el Príncipe falleció en su palacio, a una edad normal. El Príncipe era el Genio. El Genio era el Príncipe.

Allí estaba todo. El Genio era el profesor Daneri; el Príncipe, Esteban. Juntos habían muerto, pero uno de ellos permanecía vivo. Ahora sabía que las marcas en el libro no habían sido hechas tanto tiempo atrás. Con toda evidencia eran mucho más recientes y significaban que Esteban, luego de concebir su plan, lo expresó a través de Rimbaud: lo había confesado todo antes de que sucediera, ¿o esa noche misma tuvo la necesidad de hacer las marcas? Insistir en que la muerte del profesor había sido providencial era pura y simple credulidad.

¿Quién iba a leer el libro, descubrir las marcas, interpretar los pasajes y llegar a las mismas conclusiones que yo? Era simple: lo dejó todo a la vista para que cualquiera lo descifrara, pero sabiendo que nadie iba a hacerlo. Entonces, no fue una confesión, fue un alarde de vanidad... para que nadie se entere. Otra vez la antigua reflexión de Radbruch vino en mi auxilio: “un acertijo puede tener, junto a la solución de su autor, una segunda no pensada por él”. Esteban no pudo pensar en mi empeño y en las derivaciones de haber visto una película en un traspase de viernes.

La idea de buscar a Esteban era ahora la necesidad de decirle “te descubrí, resolví la adivinanza, terminé de armar tu juguete y no me sobran piezas. Me falta, sí, saber dónde estás y para qué te fuiste. Entender por fin las razones verdaderas que te impulsaron a hacer lo que hiciste, esa obra maestra que describió Ariel o la sórdida maniobra que asquea a Irene. Yo no puedo juzgarte, pero siento que ese imperceptible rastro que fuiste dejando es la prueba de que no pudiste cortar del todo las amarras”.

Arranqué las hojas anotadas del bloc y las rompí en pedazos pequeños, que después arrojé a la basura. De la investigación, lo único que iba a conservar era la foto de la holandesa, que al final

no le había devuelto a Mónica. Volví a mirarla, como si la instantánea pudiera hablarme.

Había llegado a un punto en el que no podía avanzar más y todo cuanto me quedaba por hacer era esperar, seguir mi vida rutinaria y desprovista de grandes emociones o expectativas. Otra vez el trámite iba a estancarse, a descender varios cajones y a llenarse de polvo. ¿Qué otra cosa merecía?

Finalmente, empezó la diáspora definitiva del grupo. En pocos meses los hechos fueron los siguientes:

Ariel resolvió regresar a Barcelona, porque en realidad nunca pudo adaptarse del todo al desexilio. Vendió la librería y emprendió otra vez la misma travesía de dos décadas antes, para regresar al periodismo y a la otra vida. Pero ahora, el desarraigo era doble y la nostalgia corría en dos direcciones. La despedida fue una llamada telefónica breve y hecha desde el aeropuerto, sin promesas de escribir ni reflexiones sensibleras. En realidad no me dijo qué iba a hacer ni por qué se iba: dio por descontado que yo iba a entenderlo o, al menos, a tener la suficiente discreción como para no preguntar.

En sincronía con esa partida, casi enseguida, Sergio pidió licencia en la orquesta y aceptó una oferta de trabajo en un complejo turístico del sur argentino que un amigo dirigía. Con vaguedad, como siempre, habló de tocar música en la confitería y atender un turno de recepción. Me pareció que en realidad huía.

Tras esas dos deserciones casi simultáneas, no me asombró que la tercera en salir de escena fuera Irene. En un tiempo asombrosamente breve, esa cosa que se había despertado en su organismo aceleró su voracidad y de la quimioterapia se pasó al cóctel final. Adriana estuvo en todos los asuntos previos y posteriores a la última gota del suero y yo sólo comparecí en el cementerio Central, con un ramo de claveles blancos y una inútil expresión de perplejidad y ausencia. Me había ahorrado así la desazón y el miedo de ver en el otro un posible espejo de lo que nos aguarda.

No sé si Irene había querido ser otra, pero estoy seguro de que hubiera preferido ser ella misma sin la enfermedad. Como a Adriana la había acompañado Adán —por suerte sin su desagradable pañoleta al cuello y sin abusar de su sonrisa de vendedor de plumeros—, yo me despedí de ambos y de los hijos de Irene y me volví a pasos desganados por la avenida central del cementerio. Contemplando las estatuas de ángeles dolientes y los bustos severos de muertos ilustres, comprendí que el grupo había dejado de existir y, ahora, los que habíamos sobrevivido éramos extraños. Además, no había tenido el interés ni la posibilidad de avisarles a los otros lo de Irene. Creo que no les hubiera importado demasiado, viviendo otras vidas como estaban.

Había pasado el verano que por lo menos me había dado la tregua de unas semanas de sol y playa a mediados de febrero, aprovechados en una casita alquilada en Punta Colorada. Fueron días de aburrimiento y reflexión, por más que las caminatas tempranas por la costa y algún intento de pesca me dieron la apariencia de alguien que es capaz de disfrutar de la naturaleza. En realidad lo que hacía era pensar. También logré postergar los estudios alcohólicos que había comenzado durante la investigación, o al menos los había reducido a un par de cervezas al final de la tarde.

Los cinco días que Vanesa pasó conmigo confirmaron lo difícil del vínculo y el duro enfrentamiento de ambos con los forzados modales de la convivencia. No obstante, pese al aburrimiento de ella y a mis intentos por parecerme a un padre, hubo algo que nos acercó a una vivencia profunda y fue mi relato sobre el accidente de sus abuelos. Ella conocía esa historia, pero nunca le habían contado lo que sucedió después conmigo, cómo pude continuar mi vida después de ellos. Una noche, mientras comíamos mejillones preparados por mí, hablamos sobre todo eso y ambos nos emocionamos. En un momento nos abrazamos y la sentí llorar en silencio. Fue la víspera de su regreso a casa con su madre. Cuando al otro día nos despedimos, en la terminal de ómnibus de Piriápolis, me sentí diferente y estoy seguro de que ella también.

¿Cómo era posible que lentamente todo lo sucedido fuese quedando atrás y la realidad cotidiana, como una maleza que va creciendo sin pausa, se encargase de cubrir los hechos hasta olvidarlos por completo? Yo podía volver a mis asuntos legales, a los aburridos procesos judiciales y los adocenados escritos, dejar transcurrir los plazos, aguardar las sentencias, informar, archivar y emerger de esas actividades siempre más indiferente y adormecido, menos dispuesto al riesgo, conforme y previsible porque nada me involucraba en lo verdadero. O esperar horas en mi sucio despacho sin que ningún cliente llegase, mientras mi secretaria compartida se pintaba las uñas y bebía su tercer vaso de té en la tarde perdida.

Sí, el expediente de mi vida había regresado otra vez a un cajón y ya no había más sellos que agregar ni rúbricas que le permitieran seguir el trámite.

La casa flotante

Una tarde de comienzos del otoño se presentó en mi oficina privada el doctor Nogaró. Al saludarnos me entregó su tarjeta y vi la cantidad de apellidos que designaban su estudio. Era un hombre diez años mayor que yo, y con el aspecto del que juega al golf los mediodías y luego bebe y come bien. Cuando me había hablado por teléfono, no me lo imaginé así, porque su voz me llevó a pensarlo como alguien frágil y desprovisto de energía. Sin introitos retóricos ni tanteos inútiles, me dijo:

—El señor Domenico, mi cliente, me ha sugerido esta visita para que hablemos sobre el paradero de su yerno. Esta charla es confidencial y vamos a ampararnos en el secreto profesional. Como usted ya sabe, estamos ante un asunto delicado y difícil de resolver. Cuando el año pasado lo llamé, desconté su colaboración. Sinceramente espero que el tiempo transcurrido lo haya hecho recapacitar. Me permito comentarle que vamos a utilizar todos los recursos a nuestro alcance para resolver este asunto. Mi estudio tiene contactos internacionales y ya ha manejado otras búsquedas con eficacia y discreción; entonces le pido que nos facilite toda la información de que disponga para ayudarnos a tener éxito.

El doctor Nogaró terminó de hablar y se quitó una mota de polvo que tenía sobre la manga de su saco de casimir. Al expresarse me había mirado a los ojos con frialdad y firmeza, y su rostro bronceado no había alterado sus facciones.

—Aquí no hay ningún secreto profesional porque, según me dijo su cliente, no habrá denuncia alguna y nada habrá de hacerse de forma oficial —lo contradije, para empezar. Nogaró sonrió por primera vez. Quizá fue una mueca, un gesto automático, porque enseguida su cara volvió a ser impertérrita.

—Veó que sigue enfocando mal el problema, doctor. Usted propuso una teoría sobre la falsa muerte de alguien y pretende que sus familiares no hagan nada para corroborarla. Obviamente, carece de experiencia y recursos para seguir adelante con lo que empezó y por eso estoy yo aquí: nuestro estudio se encargará de terminar el trabajo. Es muy simple y no veo por qué se niega a ayudarnos. Su amigo probablemente esté vivo y lejos del país, y su suegro tiene razones muy poderosas para localizarlo. Hablo de cuestiones afectivas y de dinero, claro. Con buen criterio, el señor Domenico no ha querido causar un revuelo en la casa de su hija. ¿Cómo podría explicarles lo que sabe? Por eso nos ha contratado para buscar a Esteban y, una vez que lo encontremos, todo quedará aclarado. Mi cliente ha creído en su versión de los hechos, y Ramón, el hermano de Esteban, también. Es razonable que no hayan promovido una denuncia y esa razón es simple: abrir una tumba para encontrar a alguien que no conocen y no saben cómo murió equivale a meterse en un asunto complejo, sobre todo en el aspecto legal. Por lo que sé, usted y sus amigos están involucrados en los hechos, bastante confusos por otra parte. ¿De veras cree que puede seguir negándonos su colaboración?

Nogaró habló en un tono calmo y casi didáctico, como si yo fuera un alumno que quisiera aprender de su clase. En la última frase hubo una sombra de amenaza, un dejo paciente y levemente crispado.

—Ya les dije y les entregué todo lo que se vincula con este asunto. Si me metí en él fue a

instancias de la viuda y bastante arrepentido estoy —recalqué. Nogaró volvió a sonreír y acarició su corbata de seda con actitud paciente.

—Hay una foto de una mujer que no ha devuelto. Cualquier indicio nos sirve. Necesito escuchar de su boca su versión de los hechos. Por supuesto que ya hace tiempo que estamos trabajando: sabemos que Esteban estuvo en París unos días antes de la noche del 4 de julio y hemos averiguado en qué hotel se alojó. Podríamos llegar a saber hasta lo que comió —alardeó, ahora sin ahorrar suficiencia. Parecía uno de esos abogados bostonianos que cobran quinientos dólares la hora y cuidan que la silla no les arrugue demasiado la espalda del saco.

Abrí mi cajón y saqué la foto de la holandesa, de la que había hecho una copia ampliada a color. Se la entregué como se arroja un naípe en una mano perdida. Nogaró la tomó enseguida y la miró sin expresar emoción alguna.

Sin dejar de mirar la foto el abogado dijo:

—Cuéntemelo todo. Necesito entender algunos aspectos que Domenico no pudo explicarme.

Por fin se guardó la foto en el bolsillo interior del saco y esperó que yo colaborase.

—Voy a aceptar su propuesta de confidencialidad, pero antes necesito algo de usted. *Quid pro quo*, doctor.

Nogaró se encogió de hombros, sonrió con indulgencia y volvió a acariciar su corbata, tal vez con más cuidado.

—Usted dirá.

—Quiero saber para qué quiere encontrar a Esteban y, si lo logra, qué piensa hacer después. Mejor dicho: qué piensa su cliente.

Nogaró pareció meditar para responder con cuidado. Se miró las uñas, lustradas y sin rastros de cutícula, y lanzó un largo suspiro.

—Lo conocí a Esteban —es decir, lo conozco— porque hemos asesorado a las empresas desde hace muchos años. Siempre me pareció un hombre normal y ubicado. No sé qué lo impulsó a hacer lo que hizo, pero estoy seguro de que ya debe estar arrepentido. Por lo tanto, vamos a ayudarlo a que vuelva con los suyos. Primero encontrarlo y lo que pase después se verá. Lo importante es facilitarle el regreso. Habrá que preparar a la familia, claro —explicó y pareció convencido de todo cuanto había dicho: encontrar un hombre para resucitarlo y devolverle su vida anterior.

Ahora el que sonreía era yo.

—Usted no puede hablar en serio, doctor. No desenterramos a nadie, pero organizamos una resurrección. Esteban regresa y una mañana aparece en su oficina y saluda a los empleados como si nada. Antes se ha instalado otra vez en su casa, y los vecinos, que saben que se murió, lo ven sacar su auto del garaje y él les dice “buenos días, tanto tiempo: los extrañé”. Piense en todos esos detalles y responda de nuevo a mi pregunta.

—Desaparece mucha gente a la que se cree muerta y un día es encontrada, organizaciones de profesionales se encargan de la búsqueda porque siempre hay dinero de por medio, o herencias o bigamia o cualquier otra causa. Las desapariciones y los regresos forman parte de una dinámica que se estudia en congresos. Lo principal es encontrar a quien buscamos; luego se verá cómo resolvemos el día siguiente, ¿me explico?

—No, todavía no. Usted sabe que su cliente está muy mortificado por varias razones. Desde su punto de vista, Esteban lo traicionó: abandonó a su hija, sus nietos y sus responsabilidades en las empresas y para colmo le sacó plata, transfirió dinero quién sabe a dónde y para qué. Yo lo vi al viejo en el falso velorio: pensé que no tenía emociones o que las disimulaba muy bien, pero me equivoqué. En realidad estaba decepcionado y fastidiado por ese penoso final de alguien en quien

él había confiado. Esteban fue el hijo postizo que sustituyó al otro, aquel que se mató en la ruta 5, y fue su obra la ascensión de ese oportunista diletante a respetable yerno. Luego se entera de que todo ha sido un engaño, una trampa que no puede entender ni le interesa hacerlo, porque el daño ya está hecho. No hay manera de volver atrás, porque como usted mismo me ha dicho, nadie quiere desenterrar a nadie y mucho menos armar un jaleo que social y legalmente les causaría un gran daño. Por lo tanto...

Estudié bien la pausa y lo miré a Nogaro con toda la arrogancia que fui capaz de juntar.

—¿Por lo tanto qué, doctor?

—Después que encuentren a Esteban, para su cliente lo siguiente es hacer que lo maten.

Nogaro se puso rígido, como si acabaran de inyectarle algo frío en la nuca. Ya la corbata no le alcanzaba y empezó a alisarse las solapas del saco. Necesitaba pensar otra vez con cuidado antes de responder:

—Eso corre por su cuenta y creo que es muy imaginativo, doctor. Para empezar, si lo encontramos, lo primero será pedirle que nos diga qué hizo con el dinero, no el de su cuenta personal sino el de las empresas. Para eso necesitamos que esté vivo, ¿no cree?

—Tal vez ese costado práctico es el que define para usted la necesidad de la búsqueda. Yo pienso distinto, por lo tanto deberíamos ponernos de acuerdo en algo usted y yo.

La rigidez del abogado se aflojó, sus manos volvieron a la corbata y su mirada de pronto se tornó comprensiva o al menos perdió el tinte glacial.

—Quid pro quo —dijo, con un dejo irónico.

—Necesito su palabra de que va a informarme cuando lo encuentre y que me dirá dónde está y no me importa si es información confidencial para su cliente. Pero esa información no la quiero una semana después, la quiero en el momento que la obtenga. A cambio, yo podré compartir con usted todo lo que he averiguado y contarle los detalles de mi teoría.

El doctor Nogaro volvió a sonreír, porque imaginó que finalmente yo podía cooperar y podía aceptarme como un socio circunstancial de su estudio. Se notaba que estaba acostumbrado a negociar y a obtener, a la larga, lo que quería. Era probable que no cumpliera con su parte del acuerdo, porque nada lo obligaba. Tratar con un gris abogado del Estado y visitarlo en su sórdida oficina de asuntos particulares era parte del trabajo que el viejo le había encargado. Ya había pactado con él sus honorarios, que sin duda eran elevados porque el mundo es demasiado grande cuando alguien decide esconderse y desaparecer. Necesitaría ayuda en varios continentes, recurrir a costosas agencias de detectives, conseguir contactos bancarios, seguramente costear viajes que realizaría él o algún empleado de confianza. Pero me inclinaba a pensar que por la naturaleza del asunto, solo él actuaría en el caso y por eso ahora estaba en mi despacho, como un vulgar procurador que diligencia un expediente. Estaba haciendo un mandado complejo y a sabiendas de que podría fracasar, por más experiencia y conexiones que manejase. Esa sospecha lo guiaba en concesiones que de otra manera no haría, por eso dijo:

—Está bien, prometo informarle de lo que sepa, pero a su debido tiempo y con cierto grado de certeza. No crea que voy a llamarlo todos los días para rendirle cuentas. El estudio va a encargarse de todo lo que sea necesario para obtener éxito, y usted debe mantenerse al margen y no hacer nada más que lo que ya hizo. Por supuesto: no puede contarle esto a Mónica ni a sus hijos ¿Nos entendemos?

Le relaté a Nogaro lo que imaginaba, lo que sospechaba y lo que sabía. Le hablé de Garín, de la mujer del chal y de la toalla del Hotel Lutèce. Le describí el informe que me consiguió mi amigo Xenar y de la inexistencia, en el plano real, de un lugar llamado Asenari. Por supuesto que le hablé del profesor Daneri y de su triste historia. También le mencioné la última reunión del grupo y la corroboración de mi teoría. Cuando terminé mi relación, Nogaro anotó nombres en una pequeña agenda de bolsillo.

—Salvo a Adriana y a mí, no podrá ubicar a nadie más: Irene murió, y Sergio y Ariel están lejos.

—Me basta con lo que usted me acaba de contar. Puede estar seguro de que vamos a encontrarlo. Ya sabemos cuándo se fue y por dónde salió. Tenía otro pasaporte, claro. La fotografía de la mujer es fundamental: averiguaremos quién es y a partir de ella todo empezará a aclararse.

El optimismo de Nogaro me pareció obsceno. Parecía no tener en cuenta las razones de Esteban para desaparecer. Nadie hace algo así para después ser encontrado con toda facilidad tomándose una copa en la plaza principal de cualquier ciudad.

Cuando nos despedimos, el abogado insistió:

—No toque nada más, doctor. Déjenos a nosotros.

Me sentí un delator de la peor calaña, algo que Nogaro ya había comprendido y disfrutado.

Los cadáveres se entierran, y los muertos que se niegan a morir se matan otra vez. Esa era la razón por la cual el viejo quería que encontrarán a su yerno. El dinero era el argumento que había manejado con Nogaro y la posibilidad de un regreso era una extraña novela sentimental que carecía de chances de tener un final feliz. El abogado de las empresas iba a cumplir con el encargo y después iba a desentenderse, a dejar que Domenico resolviese el siguiente movimiento. Yo no iba a ser tenido en cuenta para lo que sobreviniera, pese a que sabía demasiado. Como había dicho Nogaro, no tenía ni experiencia ni recursos para continuar la búsqueda.

La paradoja era que yo había provocado la búsqueda, y había descubierto lo que Nogaro y el resto de los apellidos que lo seguían hubieran sido incapaces de encontrar. En mi relato de los hechos no especulé con el abogado sobre la posibilidad de que, además, Esteban fuese un criminal. Pero lo había hecho con el grupo e Irene se había muerto con la idea de que su amigo admirado era un asesino. Ahora, cargaba con la culpa de que si lo encontraban y se aseguraban de que se mantuviera muerto, en definitiva sería gracias a mis brillantes deducciones. Aquel misterioso hilo que asomaba y flotaba sobre el lago oscuro yo lo había tomado y se lo había entregado a Nogaro para que tirase de él. Al final de esa débil línea estaba Esteban, donde fuera que se ocultase, ignorando que su obra maestra estaba a punto de ser destruida, porque uno de sus amigos de la infancia, un mediocre sentimental, lo había delatado.

Lo que iba a suceder era claro: una vez encontrado Esteban, Nogaro le informaría al viejo, que

seguramente habría ido recibiendo progresivas aproximaciones al dato final. Tal vez ya tuviera apalabrado a un sicario o se hubiera contactado con alguien que se lo facilitase. Con buen dinero de por medio, podemos comprar cualquier cosa y es fácil matar a un hombre que ya está muerto.

Ese tipo de razonamientos desaforados inauguraron mi Seminario sobre Alcoholes Blancos, desarrollado a conciencia en mi departamento, con la participación de Gin Beefeater, Vodka Smirnoff y algo de Tequila Cuervo. Las sucesivas ponencias habilitaron que la culpa se ramificase y pasara a ocupar diferentes escenarios: el lecho de muerte de Irene, la casa de Ramón y su bucólica paz, y los dormitorios de los hijos menores de Esteban. La segunda copa de tequila, que coronaba el contundente discurso del gin y la elocuencia del vodka, hizo que la culpa fuera alguien furtivo y anónimo que aparecía de pronto en un suburbio ignorado de mi mente: alguien sin cara visible ni nombre, una sombra que se desplazaba sin ruido y llevaba un arma. En una calle oscura de una ciudad desconocida, la sombra me seguía y por más que yo me movía cada vez más rápido, la sombra no se alejaba sino que más bien se confundía con la mía y coincidía con sus movimientos. En algún cuarto remoto de esa ciudad, Nogaró me aguardaba de pie, paciente y sin dejar de acariciar su corbata. A su lado, sentado en una silla, Esteban lucía tranquilo y ensimismado en la lectura de *Iluminaciones*. Creo que antes de abrir la puerta del cuarto, perdí el sentido.

—¿Pensabas que yo iba a quedarme lo más tranquila sabiendo que quizás esté vivo? —me preguntó Adriana mientras revolvía su café. Me había citado en el Expreso, el habitual refugio de los buenos tiempos. Superada la muerte de Irene, que para Adriana había significado un enfrentamiento definitivo con la madurez, ahora parecía aferrada otra vez a los antiguos sueños, porque el triunfador había vuelto a deslumbrarla con otro de sus trucos.

—Muy bien — concedí—, ¿y qué proponés hacer?

—Intentar encontrarlo —respondió. Tal vez pensaba que sería fácil, como buscar una blusa que hiciera juego con una pollera. Yo no iba a contarle nada de mi conversación con Nogaro, pero no tenía más remedio que seguirle la corriente, para luego disuadirla de la idea.

—¿No te parece que lo mejor es dejar todo como está? Ya te expliqué que Ramón no piensa hacer ninguna denuncia y que prefiere que los hechos permanezcan en la intimidad de unos pocos. Sabe que, de lo contrario, el escándalo será más dañino que el olvido.

—¿Y nosotros, qué? ¿Vamos a quedarnos con la duda de si mató al profesor o no? ¿Lo dejamos desaparecer así como así? Me gustaría verlo otra vez para que me explique por qué hizo lo que hizo. Yo creo que tenemos derecho a saber, sobre todo Irene lo tenía, pobre, pero se fue sin poder encontrar a Esteban...

Un sordo fastidio me invadió. Adriana suponía que el Esteban actual, dondequiera que estuviese, podía estar dispuesto a explicar, a justificarse, a manejar argumentos que ella o yo mismo pudiéramos entender. En el fondo pensaba igual que el doctor Nogaro: era posible encontrar a un Esteban capaz de recapacitar y admitir que se había equivocado y que, pasado el mal momento, regresaría como si nada a su vida anterior.

—Sos una sentimental, Adriana. No tenés cura. Irene también lo era.

Adriana suspiró, como una heroína de teleteatro.

—Vos no estuviste con ella al final. ¿Sabés qué me dijo? Que no le hubiera importado morirle si sabía que en la otra vida podía encontrarse con Esteban. Eso sí que es ser sentimental, ¿no? Claro que somos sentimentales, por eso lloré cuando me explicó, con esa lucidez que te viene cuando ya te queda poco por vivir, que más dolor que saber que Esteban estaba muerto le había producido enterarse de que vivía. Ella sabía que la cosa se había disparado y que a lo mejor era cuestión de semanas, porque los médicos ahora no te ocultan nada. Entonces apareciste vos con la novedad que los otros dos confirmaron, y ella de golpe se sintió horriblemente sola, enfrentada a lo que se venía sin esa ilusión de que tal vez, del otro lado...

Le tomé la mano a Adriana y ella no se esforzó más para contener el llanto. Vivimos nuestra vida y habitamos la de los demás, pensé sin medir lo obvio de esa idea. Y los otros también nos habitan y se instalan dentro de nosotros y todo es confuso y se entremezcla, porque además a veces añoramos otra vida que se construye y se superpone a las otras, pero que nunca llega a vivirse de veras: es solo ilusión, visión dorada, un imposible que nunca se concreta.

—Pobre Irene —dijo Adriana.

—Nunca pudo superarlo, ¿no?

—Aunque parezca mentira, no. Siempre permaneció allí, dentro de ella, como una condena.

Pero hace años, por la época en que estuvimos casados, Irene y Esteban mantuvieron una cercanía y creo que por un tiempo breve fueron amantes. Eso me lo contó cuando la búsqueda, tal vez como una manera de justificar no sé qué actitud ante mí. Entonces me dijo que fue ella la que no soportó la situación y que prefirió la distancia a las citas esporádicas y a formar parte de una vida agendada por Esteban. Yo creo que para él fue una especie de asignatura pendiente la que vivió. Era muy compasivo a veces.

Una sentimental también puede ser muy cruel y en esa última reflexión afloró la Adriana que más detestaba. No obstante, enterarme al final del *affaire* no dejaba de sorprenderme, en especial por Irene. Las historias seguían cerrándose y los puntos finales acudían. Pero todavía faltaba el que iba a intentar poner *il commendatore*, si Nogaro cumplía con su misión.

—Lo mejor es que todo siga su curso, Adriana. ¡Buscarlo! ¿Para qué? El Esteban que conocimos ya no existe: es otra persona que está viviendo otra vida que no nos incluye. Tenemos que empezar a olvidarnos de todo esto, a seguir con nuestras vidas, por rutinarias que sean, sin el lastre del recuerdo de Esteban. Hagamos de cuenta que su entierro fue real y que yo no descubrí nada. Sintamos alivio de que por fin ha dejado de manejarnos como títeres. Esteban era un monstruo, Adriana.

—No tenés derecho a juzgarlo con esa dureza.

—Sí, tengo derecho. Todos lo tenemos. No me vengas con escrúpulos tratándose de Esteban, nada menos.

—Vos me estás ocultando algo, ¿empezaste a tomar de nuevo? Mirá cómo te tiemblan las manos.

—No te oculto nada y las manos me tiemblan por el Parkinson. Estoy como el cura. Voy a pagar y nos vamos.

Los sentimientos entre las parejas separadas o divorciadas suelen ser complejos y sorprendentes. No recuerdo el motivo por el cual, luego de salir del Expresso, Adriana se invitó a ir a mi departamento; pero finalmente llegamos como si nada y yo serví bebidas y abrí un frasco de aceitunas. Ella se descalzó y se soltó el moño de su pelo y después estuvimos escuchando música y hablando de asuntos bastante anodinos, hasta que en determinado momento le pregunté por Adán. No me respondió de inmediato, pero finalmente admitió que ya no estaban juntos y lo definió como un hombre “encantador pero superficial” que ni siquiera era bueno en la cama. Después nos reímos de las cosas absurdas que habíamos hecho un cuarto de siglo atrás y así nos tomamos media botella de J&B y luego, como si cumpliéramos una rutina previamente pactada, nos fuimos desvistiendo con torpeza y a los tumbos, hasta caer sobre el sofá, uno encima del otro. La situación no pareció sorprendernos y a mí no se me ocurrió buscar un preservativo, aunque Adriana no me lo exigió, porque todo fue muy rápido y si se quiere desesperado, una especie de carrera hacia ninguna parte que culminó en gritos y quejidos que acompañaron el espasmo final y los ecos posteriores.

Minutos después, ella ya no estaba sobre mí y yo me fui quedando dormido, sin conciencia alguna de verla vestirse, volver a armar su moño y luego abandonar el apartamento como si nada hubiese sucedido. Eso podía definirse como inconsistencia o poco respeto por quienes éramos actualmente. De una oscura manera sentí que nuestra debilidad seguía vinculada a Esteban y cuando busqué otras razones no las había.

Desde que había hablado con Nogaro, tenía claro que la única chance de evitar que el viejo Domenico hiciera matar a su yerno era hablar con Mónica y contarle todo. Pero también sabía que su padre era una figura a la cual no se la podía atacar y en ese sentido era difícil que me creyese. Tal vez, lo único que lograría sería cortar todo vínculo con Nogaro y con la remota posibilidad de que cumpliera su palabra y me informase si Esteban aparecía. Así, las semanas fueron pasando y el asunto entró en una *impasse*. Las obligaciones del trabajo me fueron absorbiendo y la rutina impuso sus ritmos cansinos y sus mecanismos de anestesia. El otoño era gris y los expedientes se sumaban y acumulaban para adormecerme. La foto de la holandesa era lo único que me quedaba como prueba de unos hechos que en realidad quería olvidar.

¿Quién era esa mujer que pudo cambiar tanto la vida de Esteban? ¿Existía o era una invención? ¿Las dos cartas que Mónica había descubierto no probaban que todo había sido menos importante de lo que parecía? ¿En ese último viaje a París de Esteban, se habían encontrado y separado definitivamente? ¿Era esa la razón por la cual Esteban regresó, para sumirse en la crisis final?

Mientras las preguntas se sucedían, la imagen de la mujer desconocida adquirió volumen y consistencia. Pude verla real y joven mirando la cámara que Esteban sostenía. Adiviné un desierto en torno a ambos y el rumor de conversaciones lejanas en un idioma desconocido. Había un brillo de exigencia en la mirada de ella, el reclamo de una atención que iba más allá de la circunstancia de la instantánea. Solo había visto ese tipo de mirada en ciertas mujeres de revistas, en fotos que registraban una condición de poder: algunas actrices, modelos muy bien pagas y acostumbradas a obtenerlo todo. Tal vez era eso lo que la hacía peculiar: lo que era capaz de exigir, lo que creía merecer. Cuanto más la miraba, más comprendía que ella podía guiarme hasta Esteban. Pero saber que era holandesa y fotógrafa no resultaba suficiente.

No dudaba de que el diligente Nogaro ya habría enviado la imagen a sus contactos en el exterior y todas las guías sobre fotografía y fotógrafos estaban siendo revisadas para encontrar su nombre. También habría indagado en los registros del Hotel Lutèce de Tánger para buscar una pasajera que, el verano siguiente a la Guerra del Golfo, se hubiera registrado allí, aunque era posible que sólo figurara Esteban en ese registro. A la larga, iban a encontrarla.

Casi dos meses y medio después de mi reunión con el doctor Nogaro, su secretaria me llamó a mi oficina particular. Me propuso que pasara al otro día por el estudio porque el doctor tenía algo importante que comunicarme. Me citó a las 11 de la mañana. Se me hizo un nudo en el estómago.

El estudio de Nogaro ocupa todo un piso de un antiguo edificio de la Plaza Independencia. No bien llegué, pude apreciar su prosperidad representada en óleos caros, sillones de cuero, muebles de caoba y una prolija distribución del espacio. Luego de anunciarme, un ordenanza me condujo hasta el despacho de Nogaro, me hizo pasar y me indicó que me sentara porque el doctor demoraría unos minutos en llegar. La oficina era amplia y luminosa y sus ventanas daban a la plaza. De sus paredes colgaban los títulos, grabados con buenas firmas y algunas fotografías de

antepasados sin duda ilustres. Una biblioteca de puertas vidriadas mostraba decenas de tomos de códigos y jurisprudencia. Sobre el enorme escritorio de Nogaro había nada más que un hermoso juego de tinteros de bronce y cristal y un tapete de cuero repujado. A un costado, tres portarretratos y una caja de puros Cohíba completaban sus objetos personales.

Una puerta lateral se abrió y por allí ingresó Nogaro. Traía una carpeta color *beige* y lucía recién bañado y afeitado. Gracias a la calefacción ambiente, estaba sin saco y llevaba una corbata amarilla con pintas azules y grises. Nos saludamos con un breve apretón de manos y él de inmediato pasó a informarme:

—Tenemos novedades, doctor, y tal como le prometí, voy a contárselas. Recién acabo de tener una comunicación con nuestros representantes en Europa, porque quería confirmar algún detalle más antes de esta reunión. ¿Toma café?

—No doctor, le agradezco.

—Bien, entonces pasemos a lo nuestro. Domenico ya está enterado desde anoche: lo encontramos, o al menos en un noventa y cinco por ciento, tenemos esa convicción. Falta un contacto físico, alguien que lo conozca como usted o como yo y confirme que se trata de Esteban. Aparentemente ha cambiado bastante, pero todo parece indicar que es él. Yo estuve hace una semana con la gente que lo ubicó: me mostraron fotografías —no muy claras— y una serie de indicios que coinciden. Me reuní en Bruselas, pero su amigo está en Amsterdam y vive en una vieja casa flotante en la zona del Jordaan. Habíamos pensado que sería todo más difícil, claro. La clave, de acuerdo con lo que me han informado, fue encontrar primero a la mujer holandesa. La foto fue decisiva. Parece que es bastante conocida en el ambiente artístico de Amsterdam: además de fotógrafa es pintora. Dicen que estuvo en Bagdad durante la Guerra del Golfo y que trabaja por encargo para revistas geográficas.

Un cúmulo de visiones se atropelló en mi mente tras la relación de Nogaro. Por primera vez la ausencia de Esteban, su calculada desaparición, empezaban a tener un sentido. Ahora había una ciudad, tal vez una razón y una posible historia que explicaban todo.

—¿Vive con ella?

Nogaro abrió la carpeta *beige* y leyó algunas notas.

—Pensamos que no. Estuvieron siguiendo a la mujer, que aparentemente reside en otra parte de la ciudad —cuando no está viajando— y los condujo hasta la casa flotante. Por el informe, consta que una sola vez la vieron llegar hasta allí y que permaneció menos de media hora. Frente al número 135 del Bloemgracht, muy cerca de la tumba de Rembrandt y de la casa de Anna Frank. Cuando salió y trepó a la calle, un hombre que podría ser Esteban la acompañaba. Fue en ese momento que le tomaron las fotografías que me mostraron. Repito lo que ya le dije: si es Esteban, está muy cambiado; el pelo casi al rape, parece más gordo o lleva ropa muy holgada. Dejaron una guardia para vigilarlo con discreción e iban a tratar de tomarle más fotos: mejor dicho, fotos mejores. Esto que le cuento sucedió hace casi dos semanas y no he recibido nuevos informes. Nos han recomendado que alguien que lo conozca viaje a confirmar que se trata de él. Yo pude haberlo hecho desde Bruselas, pero tuve que regresar de inmediato a causa de otros asuntos urgentes.

Por un momento, los detalles me abrumaron. Con torpeza anoté en un papel que tenía en el bolsillo, una ajada factura de la tintorería, el nombre de la calle —después sabría que era un canal— y el número. Lo escribí mal y por fonética y a su lado consigné “Jordan”. Me sentí un hombre humilde e ignorante que escribe con dificultad palabras que no entiende.

—¿Puedo ver esas fotos?

—Se las entregué a Domenico y no tengo más copias.

—¿Y ahora qué van a hacer?

Nogaro cerró la carpeta y se puso de pie.

—Queda en manos de la familia. Ellos dirán. Nosotros ya cumplimos con encontrarlo. Discúlpeme, pero tengo otra reunión en un Ministerio.

—La holandesa, ¿cómo se llama?

—Eso es confidencial, doctor. Ya le he dicho lo que pactamos. *Quid pro quo*, ¿verdad? —me recordó Nogaro y con un apretón de manos me despidió. Cerró la carpeta y salió por donde había entrado.

Ya hacía dieciséis años que había estado apenas un día y medio en Amsterdam, en aquel único viaje a Europa hecho al estilo de “si es martes es Bélgica”. Podía evocar sus canales, la luz de sus calles arboladas y tranquilas, un par de museos recorridos como en una montaña rusa, el movimiento de la plaza Dam y la noche en el Barrio Rojo. Demasiado poco para tener ahora una noción de esa ciudad que me ubicase en donde suponían que se encontraba Esteban. Era indudable que Nogaró había cumplido con su palabra, pero no me había mostrado una sola prueba de lo que decía. Había sido parco y cuidadoso, pero eficaz para despertar en mí la necesidad de viajar cuanto antes a la que llamaban la Venecia del norte. En esas vagas referencias que había deslizado asomaba otra vez el hilo que ahora emergía de las aguas de un canal.

Salí del edificio y busqué un bar para sentarme y pensar.

Era posible que Esteban estuviese allí: oculto, cambiado y todavía relacionado con la fotógrafa. Tal vez una casa flotante fuera un buen escondite, quién sabe. De la arena al agua y del desierto a una ciudad antigua y cosmopolita. Él pensaba que todo había salido bien y que lo creían muerto. Vivía otra vida en otro lugar y no tenía por qué preocuparse, salvo por raparse la cabeza y variar un poco su aspecto. Alguien del pasado podía reconocerlo, alguien que no entendiese de trucos ni sustituciones. Pero no era seguro que eso sucediese.

Una casa flotante, sin vecinos de piso ni paredes medianeras en la ciudad donde más se respeta el anonimato y la intimidad. Un espacio laberíntico, semicircular y parecido al dibujo de una tela de araña. ¿Esteban se había liberado o en realidad podía sentirse atrapado? Ahora estaba indefenso, porque lo habían descubierto. Yo lo había delatado y no hacía nada para avisarle.

Saben que es él —pensé, con absoluta convicción—. Los porcentajes de Nogaró sobre la certeza son una mentira: estaba a dos horas de Amsterdam y tuvo que ir y verlo para terminar su trabajo. Las fotos deben ser buenas y prueban que está vivo: el viejo ya debe de haber dado la orden y ni siquiera va a molestarse en viajar.

Empecé a transpirar y tuve que pedir un whisky para serenarme. Lo tomé de un envión, pagué y me fui directamente a una agencia de viajes que está en la plaza, a una cuadra del estudio de Nogaró. Necesitaba saber cuál era el vuelo más inmediato para llegar a Amsterdam. Me informaron que la combinación más rápida era desde Buenos Aires, por Air France, directo a París y de allí en un vuelo interno a Schiphol o en tren a Amsterdam con una parada en Bruselas. Podía volar al otro día si marcaba ya el pasaje y estaría llegando a destino casi un día después. Para hacerlo tenía que sacar algunos ahorros del banco y faltaba media hora para que abrieran. Pensé en hablar con Adriana y que ella me resolviese todo a través de Transamérica, pero eso me exigía dar explicaciones, por lo cual preferí dejarla al margen. Finalmente, el desánimo me ganó.

Había sido un impulso genuino, pero no se viaja de un día para otro en las condiciones que yo podía hacerlo. Ni siquiera disponía de una tarjeta de crédito internacional y mi agenda del banco estaba marcada por audiencias, reuniones con testigos y citas en juzgados que debería suspender o derivar a otros colegas de la sección jurídica. Viajar, además, suponía tener un plan y en ese momento me sentía paralizado por las dudas.

A media tarde estaba en mi despacho de la Ciudad Vieja, con un mapa de Amsterdam

desplegado sobre mi escritorio y la guía Michelin abierta en la página dedicada a la zona del Jordaan. Lo único que podía hacer era estudiar sobre el papel las posibilidades. Seguía pensando en ese vuelo que salía al otro día y a cada minuto la convicción de que debía tomarlo como fuese se abría paso y a la vez me inmovilizaba.

Busqué el número de Xenar, el viajero incansable, y logré ubicarlo en su oficina del Ministerio:

—Debo viajar con urgencia y necesito su consejo. Es por aquel asunto del que hablamos, ¿lo recuerda?

—¿Marruecos?

—Amsterdam, Xenar.

Xenar aclaró su garganta y luego suspiró:

—Bueno, un lugar civilizado, sin duda. ¿Qué quiere saber?

—En realidad todo, estuve hace dieciséis años, pero solo un día y medio. Si me decido a ir, puedo volar mañana mismo, pero sinceramente no sé qué hacer.

—Vamos por partes: ¿Por qué tanta urgencia?

—Bueno, sería muy largo de contar. Solo puedo decirle que hay un amigo en problemas y que, de alguna manera, yo se los ocasioné. Debo viajar cuanto antes para ayudarlo: tengo que ponerlo en aviso sobre un asunto de vida o muerte y no tengo manera de comunicarme con él.

Xenar lanzó una risa corta, tosió y resopló como al principio.

—Y eso está vinculado a aquel informe sobre Mgoun y todo lo demás. Pasamos de los valles del Atlas a los Países Bajos. Son raros sus asuntos particulares, doctor, pero veamos: ¿tiene el pasaporte en regla? Supongo que sí y debe tener dinero para el pasaje y la estadía. Necesita ropa cómoda, una buena guía de Amsterdam y un hotel barato y cercano a la Estación Central. Yo puedo recomendarle alguno.

—No tengo una tarjeta de crédito internacional y no entiendo una palabra de holandés —aduje, buscando fáciles pretextos para no viajar.

—Bueno, eso no es grave: compre algunos *traveler's checks*, que el hotel se los va a aceptar como depósito de garantía o pago por adelantado. Aquí no va a conseguir florines, pero no bien llegue podrá cambiar los dólares que lleve. Si habla un poco de inglés o francés va a poder arreglarse. En cuanto a la ciudad: es pequeña y accesible y no debe amilanarse ante ese laberinto de canales. ¿Dónde está su amigo?

—Creo que en una casa flotante en el... déjeme ver —lo leí textual del mapa—, Bloemgracht, en la zona del Jordaan.

—Conozco, es un lugar con mucha historia, al norte de Amsterdam y bastante cercano a la Estación Central. ¿Cómo sabe que su amigo está allí?

—Me informaron que lo vieron hace muy poco...

—Compre ese boleto y viaje, doctor. Yo siempre lo hago así, de un día para otro. Basta una valija liviana con dos mudas de ropa, tres camisas, un buzo por si refresca, zapatos cómodos, una gabardina, el cepillo de dientes, un *nécessaire* con algunos medicamentos básicos, una buena guía del lugar y muchas ganas de zafar del tedio. ¿Cómo puede estar dudando? Viajar siempre es bueno, por las razones que sean. Si se queda va a lamentarse un poco más cada hora.

La conversación con Xenar fue como un curso acelerado de voluntad y convicción. Luego de pasar por el banco y retirar parte de mis reservas, una hora después estaba otra vez en la agencia pagando al contado el boleto y pidiendo información sobre horarios de trenes, hoteles y temperaturas promedio. En un cambio cercano compré *traveler's checks*. El último trámite fue llamar a la oficina para dar parte de enfermo, y confiar en que recién a los tres días me mandasen un médico de certificaciones que no iba a encontrarme en la cama. No sabía bien lo que haría una vez que llegara a Amsterdam, pero era seguro que el repentino viaje y la carrera desahogada iban a mover otra vez mi expediente y a sacudir el polvo de la rutina.

Xenar tuvo razón. Una vez que me decidí e inicié el viaje, sentí un raro alivio. Era la sensación de estar haciendo lo correcto, y la posibilidad de encontrar a Esteban se me antojó menos decisiva que el hecho de intentarlo. Sabía que había llegado a Holanda por mí y no por él, porque desde cierto punto de vista, la ética y los escrúpulos son una forma de egoísmo.

El vuelo había sido impecable y hasta placentero. La combinación con el tren —un TGV que se deslizó como un suspiro y casi no se detuvo hasta la Estación Central de Amsterdam— había sido fácil y los horarios coincidentes, pese a que tuve que ir desde el Charles de Gaulle a la Gare du Nord para tomarlo. Pasado el mediodía, estaba registrándome en el hotel De Melkweg, a dos calles de la plaza de Dam. El hotel era un edificio pequeño, estrecho y bicentenario, que ofrecía un servicio *bed & breakfast* por un precio accesible, según me había informado Xenar.

El día era lluvioso y bastante fresco por no decir invernal, pese a lo avanzado de junio. La habitación, pequeña pero con todo lo necesario, se parecía remotamente a la que había ocupado tres lustros atrás en otro hotel, igualmente módico, en el barrio de los museos. Entonces también llovía, pero el mes era setiembre y yo había llegado desde la encantadora Brujas.

Estaba en un cuarto en una ciudad ganada a las aguas, cuando había pensado que iría a una en medio del desierto. Afuera la lluvia arreciaba y los colores ocres, pardos y rojos que predominaban en la calle angosta y transversal al canal cercano se licuaban como en una estampa de acuarela, y adquirían una apariencia fugaz e irreal. Las largas palabras del idioma holandés resplandecían en rótulos sobre vidrieras y chapas esmaltadas mojadas por la lluvia. Desde la ventana contemplaba la calle y el movimiento que, pese al aguacero, no disminuía. Mientras me desvestía para ducharme y cambiarme luego de casi un día entero de travesía, iba esbozando un itinerario de mis pasos siguientes. Ubicar a Esteban y luego hablar de todo lo que había que hablar parecía simple, pero no lo era. Tal vez lo primero sería ir hasta el 135 del Bloemgracht y esperar, bajo la lluvia, un indicio, un signo de que él realmente estuviese allí.

Había leído durante el viaje que Amsterdam es una ciudad capaz de ofrecer aristas brillantes y zonas oscuras, y ocultar tras su engañosa calma un fondo de diversidad entremezclada, de esplendor y decadencia. En el imaginario de mi país, el nombre de Amsterdam se vinculaba, de forma indeleble, al deporte y la Olimpiada de 1928, cuando el fútbol nos había dado laureles que

confirmaron los de cuatro años antes en París. Ese eje Colombes-Amsterdam formaba parte de los mitos más firmes de nuestra identidad, y la letra de una canción popular se preguntaba dónde habíamos ido a parar, para responder: “por los barrios más remotos de Colombes o Amsterdam”. Ese tipo de nostalgia le daba a mi viaje una condición peregrina que Ariel, con dureza crítica, habría definido como debilidad y resignación ante el poder de las metrópolis, y autocomplacencia con ideales ya perdidos. Pero en mí esa nostalgia no incidía, porque no era capaz de entregarme a ella. Estaba allí por una única razón y por más Rembrandts, tulipanes y canales románticos que hubiera, yo no iba a disfrutarlos. Solamente quería encontrarlo a Esteban y advertirle del peligro que corría.

Recién bañado y envuelto en una toalla, me recosté un momento sobre la cama y me quedé dormido. Cuando desperté eran cerca de las ocho de la noche, pero todavía había luz natural y ya no llovía.

En el vestíbulo del hotel consulté el plano urbano y me alivió saber que estaba relativamente cerca del Bloemgracht. Mapa en mano, salí y tomé hacia el oeste, pasando por el costado de la iglesia Nieuwe Kerk y sus altas agujas y me encaminé por Molsteeg. Enseguida crucé el puente de Torenluis para acceder a la Oude Lelie Straat, que me llevó directamente al Prinsengracht para, luego de atravesarlo, torcer a la izquierda y desembocar en el Bloemgracht, el corto canal que une el Linjbaangracht y el canal más extenso de Amsterdam. Tras la lluvia, la ciudad parecía recién creada y una luz cenicienta la bañaba pese a ciertos destellos dorados que asomaban por el horizonte lejano. Todavía se sentían el frío y la humedad, y la gabardina que llevaba, agregada a último momento a mi valija, cumplía con el consejo de Xenar. Me parecía estar caminando por dentro de un cuadro, de una obra de arte tridimensional. Hacía pocas horas estaba en una triste oficina interior de un feo edificio, y ahora caminaba por una ciudad que tiene más de setecientos años, en busca de un amigo de la infancia, pensé al detenerme y contemplar el llamado canal de las flores, que también se conoce como Herengracht —canal de los caballeros— y está marginado de árboles, antiguas casas y edificios de una belleza austera, y dominado, en ese punto, por la iglesia de Hendrick de Keyser.

Había llegado al lugar que Nogaro me había indicado casi con desprecio, y yo le había creído. Pasado ese atisbo de emoción ante la belleza circundante, necesitaba ahora concentrarme en lo primordial: el número 135, la casa flotante, descubrir posibles vigilantes en el entorno y determinar cuál era la mejor estrategia para reunirme con Esteban.

Primero tuve que entender la numeración, que distribuye pares en la orilla derecha e impares en la izquierda. Luego busqué los números de las casas hasta dar con el 135, un edificio de tres pisos que culminaba en una cornisa con buhardilla y era una galería de arte. La casa estaba justo en la mitad de la tercera cuadra del canal. Enfrente, sobre las aguas tranquilas y arrimada contra el borde de piedra que hace de muelle y vereda a la vez, estaba la supuesta casa flotante, una barcaza mediana que no tenía aspecto de estar habitada.

Se trataba de una vieja embarcación chata y con el casco pintado de negro. La cabina era gris y el techo lucía un marrón sucio. En el espacio de popa había macetas con plantas y un pequeño cantero que parecía una huerta. En la proa se veía un par de sillas plegables recostadas sobre la cabina, junto con una bicicleta. Las ventanas tenían por dentro cortinas de lona y las luces interiores estaban apagadas. Por lo que había leído, Amsterdam tenía cerca de dos mil quinientas chalanas, barcazas y casas flotantes que contaban con suministro de gas, electricidad y agua potable. Se ubicaban principalmente en el Prinsengracht y en el Amstel y en ellas vivían unas seis mil personas. La costumbre de la vivienda flotante se había iniciado durante los años cincuenta para resolver el problema de la escasez de techos normales y pasó a ser una atracción turística más. La probable casa de Esteban parecía ser muy antigua y daba la impresión de que, más que flotar, emergía trabajosamente del agua oscura. No era la única casa amarrada de ese lado del canal, pero las otras parecían habitadas y mucho más nuevas. ¿Cómo había accedido a vivir allí? Eso no importaba, era un simple detalle de un misterio más hondo.

Permanecí un rato acodado a la columna de un farol de los que bordean el canal, mientras la

noche finalmente iba llegando y las luces de la calle se encendían. El movimiento de peatones, ciclistas y automóviles no cesaba, y las conversaciones de la gente que pasaba eran alegres o graves, pero siempre dichas en un tono bajo y con esa secuencia de palabras que me sonaba entrecortada e incomprensible. Con disimulo empecé a mirar el entorno buscando a alguien que, como yo, vigilase la casa flotante. En el interior de los autos estacionados no vi a nadie y en el espacio cercano ninguna persona estaba detenida esperando nada. Pero no podía estar seguro de que en algún punto estratégico, alguien no acechase. Tal vez el factor sorpresa jugara a mi favor porque Nogaró no pensó jamás que al otro día de darme la noticia yo estaría viajando para encontrarme con Esteban. Los encargados de la búsqueda, ¿esperaban a alguien que les confirmase la identidad del hallado? En todo caso, lo mejor era ser discreto y seguir a la espera de un signo de vida en la barcaza.

Estuve cerca de una hora moviéndome en lentos paseos de cincuenta metros, contemplando las fachadas de las casas y asomándome al embarcadero hasta que, por fin, algo se movió en la barcaza. Una sombra emergió de su interior y finalmente alguien saltó, con cierta dificultad, a la calle. Parecía vestir una especie de campera azul con la capucha sobre la cabeza y unos pantalones muy amplios color negro. Por la altura, podía ser perfectamente Esteban, aunque no podía estar seguro. Si yo hubiera estado donde me detuve al principio, lo habría visto pasar delante de mí en dirección al Prinsengracht.

Pese a estar algo alejado, pude ver cómo torcía a la izquierda y se encaminaba hacia el norte. De inmediato me aboqué a seguirlo y también busqué a alguien más que empezara a hacer lo mismo. Nadie, salvo nosotros, iba moviéndose en esa dirección.

Enseguida noté que había algo vacilante en su andar, como si por alguna razón tuviese miedo de pisar o dudase del paso siguiente. Esa no era la manera de caminar de Esteban: su porte orgulloso y despreocupado ahora se parecía al de un anciano. Gracias a eso pude alcanzarlo y ponerme rápidamente a menos de tres metros de él. Estuve tentado de adelantarme y detenerlo, ver su cara y ponerle fin a esos meses extraños e inciertos. Pero hubo algo que me lo impidió: tal vez fue la posibilidad de que, al reconocermelo, no supiera qué hacer ni qué decir, y que yo mismo no fuera capaz de darle un motivo para explicar mi presencia. Por alguna razón preferí seguirlo —aun sin saber con certeza si esa persona era Esteban—, y dilatar el encuentro hasta que yo sintiera que el momento era propicio.

Caminamos a lo largo del Prinsengracht en dirección a la iglesia del Norte, siempre al mismo paso y sin que el posible Esteban se volviese una sola vez o se quitase la capucha de la campera. Se movía como una especie de autómatas lento y constante y parecía no tener interés en lo que lo rodeaba. Yo miraba alternativamente hacia atrás, buscando a alguien que estuviera siguiéndonos, un movimiento que delatase que nos vigilaban. Tal vez no sabía mirar bien, pero todo me parecía normal: turistas y ciudadanos recuperaban las calles después de un día lluvioso. Finalmente desembocamos en la plaza que rodea al Noordermarkt y allí Esteban se detuvo y estuvo a punto de volverse hacia donde yo estaba, pero finalmente retomó su andar y por fin descubrió su cabeza: llevaba el pelo tan corto que no pude reconocerla.

Seguimos un trecho más hasta el Brouwersgracht, que atraviesa el Prinsengracht y, llegados a su confluencia, Esteban —en realidad todavía no podía afirmar que lo fuera— ingresó a un café, el Papeneiland, que ocupa la casa alta y añosa de esa esquina. En ese momento yo ignoraba que estaba ante el café más antiguo de la ciudad.

Ahora mi disyuntiva era entrar yo también y que Esteban me viese, o aguardar en la calle a que saliera. Me sentía cansado y las piernas me dolían por la caminata, pero la duda sobre lo que debía hacer era más poderosa que la necesidad de hablar por fin con Esteban. Me senté en el banco que hay junto al edificio y procuré pensar con claridad. Había viajado miles de kilómetros para encontrarme con un hombre que se suponía estaba muerto y que además ignoraba que su truco había sido descubierto. Esa era la situación y quizá mi ventaja. Tal vez el lugar era el más indicado, porque era público y casual, y todo lo que tenía que hacer era entrar y elegir con naturalidad una mesa o buscar la de Esteban para acercarme y saludarlo como si nada.

Entonces alguien se sentó junto a mí, sin pedirme permiso y como si todo hubiera sido acordado desde mucho antes, como si esa cita se hubiera pactado en otra vida. Ensimismado como estaba en mis pensamientos y ya acusando la falta de sueño, no lo había visto salir del café, pero estaba a mi lado y me miraba con atención y una semisonrisa se le dibujaba en los labios. Con los kilos de más y el cráneo casi al rape, poco quedaba de aquel rostro esperanzado y desafiante: ahora parecía el segundo de un boxeador en decadencia o un monje tibetano que hubiese renunciado a sus votos y mantuviese cierta expresión mística. Con una voz calma y extrañamente ronca, Esteban me dijo:

—Te invito con una cerveza.

Lo miré bien, porque el estupor me dominaba y todavía no creía que Esteban estuviese junto a mí. Con lentitud él se puso de pie y me apoyó una mano en mi hombro y con la otra me señaló la puerta del café. No había sorpresa o culpa en su mirada y, salvo su nuevo aspecto, parecía el Esteban de siempre, aplomado y gentil. Pero, sin duda, era un fantasma de sí mismo.

Nos sentamos a la mesa que está a la izquierda de la entrada. A través de los altos ventanales todavía se filtraba la última luz del atardecer y se divisaba el movimiento de la calle paralela al canal. Esteban pidió un par de Columbus y luego comentó:

—Esto tiene tres siglos y pico de encuentros y conversaciones, la isla de los papistas. Se te nota el cansancio: manos nerviosas, pupilas dilatadas. Esa gabardina, buena idea. Te vi no bien llegaste, y supe que algo había salido mal.

Las cervezas llegaron, heladas y rebosantes, y Esteban murmuró *dank u*.

—Se puede poner peor —le advertí y bebí el primer sorbo. Esteban dio el suyo y se quitó la espuma con el dorso de la mano.

—Me figuro que sí: vos por aquí, nada menos, y no creo que por turismo. Buena cerveza, ¿no? De las mejores cosas de esta ciudad. Aprecié los cuadros, toda esa madera, el detalle de las cerámicas: olemos el aroma de la historia, tabacos, sudores, la miasma de los famosos de otrora. Un buen lugar, indudablemente, para que hablemos por fin. ¿Cómo me encontraste?

—Te encontraron: el tano pagó.

—Pero, ¿y cómo?

Del bolsillo de la gabardina saqué la foto doblada en cuatro de la holandesa y la desplegué sobre la mesa.

—Cherchez la femme.

Esteban la miró y sonrió.

—Dejaste muchos detalles a la vista —agregué.

—Para que entendieran y no inventasen: un argumento posible, una historieta —argumentó él, dobló otra vez la foto y me la devolvió.

—¿Quién es ella?

Esteban sonrió otra vez. De golpe su mirada se volvió extraña, como si yo no estuviera allí y él fuese, al fin, otro.

—Una casualidad.

—¿Cómo se llama?

—La casualidad no tiene nombre, viejo. Trabaja en el anonimato y, cuando aparece, siempre es engañosa. Tú pasas, tú quedas, pero nunca sabemos el porqué. Me pregunto de dónde sacaste su foto o, mejor, ¿qué tenés que ver en todo esto?

Pensé en varias respuestas posibles, todas insuficientes y largas de explicar. Necesitaba ir a lo esencial, porque no sabía de cuánto tiempo disponía para que habláramos.

—Tengo mucho que ver, claro. Pero lo importante es que a ella la ubicaron, averiguaron quién es, la siguieron y llegaron hasta ti. Eso no es casualidad: tu suegro pagó para que te encontraran porque, no importa cómo, se enteró de que estabas vivo. Si viajé hasta aquí es para que estés prevenido porque es probable que quieran matarte. Insisto: no vine para que me expliques nada ni para preguntarte cosas que a lo mejor no vas a responderme. Solo quería avisarte que, a lo mejor, alguien quiere asegurarse de que sigas muerto.

Esteban se miró las manos y luego sus ojos vagaron por el café. Sonrió de nuevo, pero ahora no

era su sonrisa, era una mueca espasmódica, un resabio de lo que había sido su gesto más característico. Otra vez me vi ante un extraño.

—Tal vez nos hayan seguido y nos vigilen —agregué.

—Será bueno que me digas quién habló: tal vez Ariel, ¿me equivoco?

—Sí, te equivocás. Y Sergio tampoco tiene que ver. Insisto en que dejaste un reguero de indicios, no sé por qué. Bueno, algunos yo los descifré, por decirlo de alguna manera. Las *Iluminaciones* y todo eso: las huellas de Rimbaud. Me costó bastante, pero uní todo y después abrí la boca. Ramón está al tanto, pero Mónica y tus hijos no saben nada.

Esteban hizo un gesto hacia el mostrador y pidió otras dos cervezas.

—Brindemos por la amistad y también, ya que estamos, por la traición. Siempre fuiste un débil, Marcelo, ponderado, previsible. Esperamos mucho de los demás. En esto interpretaste la partitura que yo escribí, pero lo hiciste sin vuelo, al pie de la letra o de la nota. Aprendiste el juego, por lo que veo, pero no lo entendiste. En realidad no viniste hasta acá para avisarme nada, sino a pedirme la bendición por lo actuado. Me doy cuenta de que fuiste vos el inteligente, aunque lo inteligente hubiera sido dejarme en paz. Está bien: tal vez me maten, ¿y qué? Sé que en el fondo de tu miopía moral pensás que me lo tengo merecido, que sería lo justo, después de todo. Viniste para darme el beso de Judas, viejo.

Mi rostro se encendió, por el calor del lugar o la indignación: no sabría precisar cuál de todos los motivos. Ahí estaba, por fin, el Esteban de siempre.

—Asenari: eso también lo encontré. ¿Una palabra mágica para entretenernos? —le dije y él notó mi turbación.

—Es solo el nombre de un sitio y también un rastro, haschís y autocompasión. Veo que te esmeraste y que Mónica colaboró.

—Fuiste muy descuidado en ocultar nada.

Esteban se encogió de hombros y jugueteó con el posavasos de cartón.

—Pensé que no iban a entender lo que era. Ahora no vale la pena perderse en detalles. Brindo por tu tenacidad.

—Hablemos de tu mensajero.

—Una debilidad juvenil; nadie lo ha entendido todavía: *plus de vagabonds, plus de guerres vagues...* ah, las palabras cómo nos confunden. No nos pertenecen, son ajenas pero creemos en ellas. Las de él fueron una especie de guía para encontrar el camino, un eco de sueños que yo también había perseguido. Está bien eso de las huellas que decís. Necesitaba alguien que me guiase, fijate vos, un tipo que había estado en trece países diferentes y recorrido más de cincuenta y un mil kilómetros. Alguien que estuvo en la cárcel, que mendigó, que fue desertor, marinero, explorador, mercenario, profesor de idiomas, estibador, empleado de circo, comerciante, agente de reclutamiento, que sobrevivió a Verlaine, ese borracho desesperado, esa mariquita cargosa y vengativa, y a su balazo histérico y, sobre todo, a su familia, a su madre monstruosa y a su padre ausente. Un compendio de las vidas simultáneas o sucesivas. Se animó a la ruptura total con el pasado, dio un hachazo a los hábitos. Él lo había logrado, pero era un santo, a su manera un fanático, y yo me he quedado en la primera lección. No me dio la nafta, como decíamos allá. Pero además, es muy patético que un tipo de cuarenta y cinco quiera emular el salto al vacío de un joven de veintiséis: tal vez en ese desfasaje está el error. Cuando lo intenté, viejo, ya era tarde.

—Su libro estaba allí, en la escena del crimen, ¿para qué? —dije, tratando de inventar la insidia.

—Un detalle más del decorado, humo, destellos... Tomalo como una gentileza de mi parte.

—¿Y las marcas, los pasajes señalados?

—Otra historieta: ni siquiera los recuerdo. O sí, pero los recuerdo como recordamos un disfraz.

—¿De Daneri tampoco te acordás?

—¿Daneri? ¿Quién es?

—¿Cómo lo hiciste, Esteban?

—Si quisiera confesarme, iría a una iglesia, viejo. No recordaba que fueras tan impertinente, pero sí tenaz, te lo acabo de reconocer. La tenacidad es como un piolet de alpinismo, te ayuda a subir. Pero su persistencia a veces hiere a los demás. Esta cerveza está tibia y este encuentro aburrido porque te seguís perdiendo en lo accesorio. Escarbás en los detalles y rehuís lo esencial. No es así que se conversa con un monstruo: demasiados miramientos, mucha actitud tímida. ¿Por qué no te vas a dormir y la seguimos mañana? Está bien, quedate tranquilo, ya me avisaste, ya entendí todo, pero no pienso hacer nada. Ya hice todo lo que se podía hacer. Mirame bien: ¿soy el mismo? ¿Es a mí a quién querías ver?

—¿Al menos encontraste lo que buscabas?

Acaso la pregunta más obvia y más simple fue la que abrió la esclusa y el torrente interior de Esteban se abrió paso:

—¿Quién te dijo que buscaba algo? Otro error. De este lado no hay nada, nunca hubo; pero ahora estoy seguro, ahora lo sé. Tuve que pagar para ver: simple, viejo. Todo lo que quedó detrás fue el precio. El profeta de las Árdenas lo había hecho: el desierto, las caravanas, la otra vida a partir del Hôtel de L'Univers en Adén, con un equipaje mínimo y la idea de borrar su vida anterior, ser otro a partir de negar quién había sido antes, de no escuchar nunca más la palabra poeta referida a sí mismo. “Pronto, ¿hay otras vidas?”, dijo, se preguntó y después abandonó la fama, el escándalo, los equívocos, la genialidad: decisiones extremas, amputaciones. Fue radical. Se hartó de ser quien era porque le repugnaba todo con relación a él. Esa es su obra maestra, no sus textos: su otra vida, la ruptura, el pasaje al otro lado, la deriva incesante hacia un lugar que no existía. Otros también lo hicieron, claro, como por ejemplo Gauguin o muchos sin talento, anónimos y desesperados, que emigraron y dejaron atrás un mundo con el que rompieron para fundar otro. Hay gente de mi familia, antepasados, que lo hicieron: un día se tomaron el barco con la promesa de volver y ni siquiera escribieron. Pero, claro, una cosa es huir, desaparecer, y otra morirse, en especial para los demás, para los que quedan y no entienden, para los que te juzgan y no saben, para los que te empujaron, sin saber, pobres ignorantes. Entonces hay que inventarse una muerte o hay que aprovechar el momento de encontrarse con ella, ese regalo, esa ofrenda del destino, esa puerta que se abre solo una vez y decidir: ¿la atravieso? Hay que estar ahí cuando la tentación se presenta y resistirla. No podés entenderlo, pero fue tan grande mi bondad, la consideración a los otros: imaginar que aceptaran lo definitivo y no hicieran preguntas, que no me buscasen y que el tiempo los ayudara hasta que yo no significase nada, menos que una vieja fotografía, unos recuerdos dudosos. Pero está la memoria, la fuerza de los hábitos, los pequeños asuntos domésticos, el pesado lastre de los años anteriores. Lo que no encontré fue el olvido, el mecanismo para vaciar la mochila. El otro tampoco lo logró: murió en casa, regresado con una pierna menos y un posible delirio místico, una conversión a la fe. Pero yo no puedo volver, viejo. No está en el contrato el regreso: vivo en el olvido, en la ausencia. Es difícil desaparecer: habría que ser un Houdini moral. Al maestro en París lo daban por muerto, pero solo estaba extraviado. Sus poemas circulaban y la fama crecía aunque él la ignoraba; estaba perdido y entregado a otra ruina: fiebres, rigores del clima, lo precario como sistema, fotografiar el otro mundo y sus criaturas, matar a alguien en alguna pelea, vivir con una negra. Encontrar un sustituto fue la señal, pero no fue suficiente, no. Esa bifurcación asombrosa no dejó que me alejara: fue apenas un rodeo que no dejó que me alejara. Te veo y por fin lo entiendo. Me querés tocar con un palo, como si fuera un bicho deforme, una alimaña desconocida. Se te ve en la cara que estás asustado: quién es este extraño, cómo vive, camina y toma cerveza. No conocemos a nadie, viejo. Pude haberte ignorado, por supuesto, pero ni siquiera lo intenté porque al verte merodear con ese disimulo falso, esa cosa abnegada que traías, me di cuenta de que era inútil escapar. Esa pregunta: “¿y acaso encontraste lo que buscabas?”, me acaba de revolver las tripas, viejo. Como si yo fuera una aspirante a *Miss* a la que le preguntan “¿te sentís realizada?”; una colegiala jugando al *trivial pursuit*, un idiota que ha viajado en una excursión y terminó perdiéndose. Realmente no entendiste nada, Marcelo, nunca. ¿Cómo se te ocurrió pensar que podías descifrar esto? ¿Con qué derecho te aparecés a advertirme qué? ¿Otra vez Valdez me quiere matar? La frase maldita de la infancia: todo se repite y por acá lo que sobran son puentes, aunque prefiero no enterarme si alguien ha de venir. Como en aquel cuento, que creo era de Borges, voy a darme vuelta de cara a la pared y

esperar a que entren los que vengan por mí. No quiero saber quién es ni quién lo manda. Ya estoy del otro lado, ¿no te das cuenta? Y si es por la guita, llegan tarde, me la gasté toda: es cara la vida aquí.

Mientras hablaba lo miré desde otro lugar que no era el del café, la mesa íntima y las botellas de Columbus. Ya no era Esteban el que estaba allí: algo le había sucedido y entonces yo me encontraba ante un extraño que, en su conversación, podía imitar al otro Esteban, el de las reflexiones brillantes y los caudalosos monólogos. El cambio principal se había producido en su mirada: era dura y con un dejo triste, como la mirada de los derrotados que todavía creen que están de pie. Además, ya no miraba a los ojos, sino que atravesaba las cosas, como si nada existiera o como si lo que viese estuviera hecho de aire y reflejos. La larga respuesta a mi pregunta pareció dejarlo extenuado y entonces hizo un gesto para pagar. Yo pude insistir con otras preguntas, a pesar del fastidio o a favor de él, ir encerrándolo de a poco para que hablase y yo entendiera. Pero sentí que estaba ante una bestia cansada, un organismo descompensado y caótico que solo es capaz de actos reflejos, de golpes ciegos para defenderse. No me interesó saber nada más, ni siquiera en la certeza de que lo que ignoraba podía ser lo más importante.

Pagó y salimos. La cerveza y el *jet lag* me habían aflojado y me sentí flotar como en un sueño. Hacía horas que había comido por última vez y el cansancio lo sentía como un peso intolerable sobre los hombros y la nuca. Pensé que nos despediríamos allí, pero Esteban señaló un par de bicicletas que estaban estacionadas o abandonadas contra una baranda.

—Vamos a dar una vuelta —invitó, y con toda naturalidad se subió a una y me indicó que yo hiciera lo mismo con la otra—. Están sin candado, aprovechemos —agregó y por alguna razón vinculada a la hora o al agotamiento, yo no me opuse. En Amsterdam lo que sobran son bicicletas, pero uno no puede robarlas así como así. No obstante me subí a la que quedaba y enseguida Esteban arrancó bordeando el canal y yo lo seguí. Esperé escuchar los gritos de los dueños, pero nada sucedió.

Pese al sobrepeso y a cierta vacilación que le había notado al caminar, Esteban pedaleaba con vigor y andaba muy erguido sobre el asiento. Enfilamos por el Prinsengracht y luego doblamos por la Westerstraat y volvimos a torcer por otra calle más estrecha hasta que perdí la orientación. Por un instante me pareció que íbamos por las calles polvorientas de Calais y que éramos adolescentes. La última vez que habíamos andado juntos en bicicleta no teníamos más de trece años. Ahora lo hacíamos por una ciudad irreal, débilmente iluminada y dominada por el sordo rumor de músicas y conversaciones lejanas y por el sonido de los pasos de los caminantes que vagaban sobre los antiguos empedrados. Las vueltas siguieron sucediéndose hasta que ingresamos a una callejuela corta y bastante oscura. Nos detuvimos ante una antigua casa de tres plantas, con varias ventanas con los marcos pintados de blanco y una estrecha puerta de dos hojas en el centro del piso bajo. Esteban dejó la bicicleta contra la columna de un farol y yo hice lo mismo.

—¿Adónde me trajiste? —pregunté, agitado por el pedaleo.

—Mi moira es de arena —dijo, misterioso. Luego golpeó con la palma de la mano en la puerta de madera. Al no obtener respuesta, insistió y entonces una luz se encendió en una ventana del segundo piso. Minutos después la puerta se abrió y una mujer apareció en el vano. Era joven y parecía adormilada pero no sorprendida. Esteban le hizo una leve reverencia y dijo:

—*Slaap lekker, Moira.*

Me miró con un aire formal y ensayó un gesto de presentación:

—Ella es Moira van Zand; Moira, *I like to meet you my friend* Marcelo.

Moira era el nombre; Van Zand, el apellido, que significa literalmente “de arena”, como después me explicaría Esteban cuando ya saberlo era inútil. Por fin, al conocer a la fotógrafa, al verla a menos de medio metro pude llegar a comprender todo lo que había desencadenado.

Subimos tras ella y llegamos a una sala amplia y decorada con simpleza y buen gusto. Alfombras, mesas bajas, sillones mullidos, bibliotecas, un escritorio, butacas de cuero y tapices orientales colgados de las paredes pintadas de un color aceituna oscuro que contrastaba con los marcos blancos de los ventanales. Moira vestía apenas un vestido largo y semitransparente de color amarillo: era fácil advertir que debajo no llevaba nada y que probablemente minutos antes había estado desnuda. Nos señaló el sofá y dijo algo en holandés que Esteban no respondió. En un rincón se encendió una lámpara de pie y el lugar cobró consistencia y volumen. Había fotos en algunas paredes, prensadas entre vidrios, y todas mostraban personajes que me resultaron vagamente conocidos. Esteban finalmente me explicó:

—Moira descansaba: podemos sentarnos y esperar que se termine de despertar, aunque no estoy seguro de que quiera reunirse con nosotros. Hicimos esta escala técnica solo para que yo pueda alardear de mis amistades aquí. Ella es una artista, claro, y la que me ha facilitado el barco en donde vivo: era su *atelier* y ahora mi escondite. Es una historia extraña la nuestra, pero la parte interesante ya terminó, aunque no quisiera entrar en detalles. Quería, sí, que la vieses, ya que tanto le debemos: la foto que me mostraste se la tomé yo en épocas más felices. Para que no especules con lo que no sabés, te aclaro que ya no vamos a la cama ni peleamos por culpa de mis tendencias posesivas. Su hospitalidad es en realidad su compasión: no sabe qué hacer conmigo y entonces prefiere ocultarme, esperar a que me canse y me vaya. Sabe que un día eso va a pasar y su paciencia es infinita. En todo caso, el asunto es más llevadero que estar bajo fuego en Bagdad.

—¿Sabe lo que hiciste? —pregunté, mientras Esteban tomaba un porrón de ginebra Jonge y un par de vasos de un pequeño mueble bar.

—Claro, esa fue la condición: me aceptó en tanto monstruo, y como fenómeno de un circo psiquiátrico. ¿Qué mayor prueba de amor pudo darle alguien? Soy como un trofeo, ¿no te das cuenta? Le traje diarios de allá con el aviso fúnebre que publicaron después: entiende español, leyó los nombres, vio la pequeña cruz. Pudo ver qué tan lejos yo había podido llegar para estar con ella. Pero eso no alcanza, viejo. Nunca alcanza nada de lo que hagas para halagar a una mujer: no sé qué más podía exigirme, pero si me lo hubiera explicado, tal vez yo habría intentado complacerla. Hubiera sido capaz de cualquier cosa que estuviera más allá de lo que ya había hecho. Amar nunca fue no tener que pedir perdón; amar es lamer suelas de zapatos o limpiar vómitos; Neville lo sabe muy bien.

Esteban sirvió las ginebras y luego desapareció en busca de hielo. De pronto el cansancio y el pedaleo hicieron que me sintiera en un lugar precario, irreal. Había un olor extraño en el ambiente, que no era desagradable pero sí perturbador.

—¿Quién es Neville? —pregunté cuando Esteban regresó con una hielera y un plato con unos bocadillos.

—Un hijo de puta que se ha interpuesto entre nosotros. Un sirviente, como yo, pero más genuflexo, más flexible al doblarse: es como una manguera, un pedazo de plástico blando y maleable. El hombre elástico fabricado en Gran Bretaña. Lo mantiene su familia y su único talento es decir a todo que sí. Es posible que hoy esté aquí, y entonces no podremos quedarnos mucho tiempo. No se trata de celos, pero es realmente insoportable cuando toma. ¿Hielo?

Parecía que estaba iniciando una beca de estudios alcohólicos en Amsterdam, porque acepté el hielo y le di un largo sorbo a la Jonger, acaso porque necesitaba un mecanismo rápido de inserción en lo irreal, y prepararme para una noche y una madrugada con las que nunca había soñado. Contra lo que había pronosticado Esteban, Moira regresó a la sala y vi cómo nos medía a ambos, cómo observaba mi gabardina todavía puesta y reparaba en las copas servidas y en el aspecto dubitativo de Esteban. Llevaba aún el vestido amarillo, pero tenía el pelo mojado e iba descalza. Cuando estuvo muy cerca de nosotros y sin decidirse a sentarse ni a aceptar la copa que Esteban le ofrecía, la miré, tal vez sin educación, buscando las huellas de lo que sabía, la remota huella de la instigación y la más inquietante aun de una secreta perversión. Quise entender, de manera rápida, cómo pudo someterlo a Esteban y hacerle bajar sus defensas. Ella sonrió y toda esa especulación se borró, porque su sonrisa fue como un terremoto en mi cabeza. Tenía que reconocer que Moira podía justificar todo lo que había sucedido.

—Póngase cómodo —sugirió en un español casi sin rastros de acento, y me señaló la gabardina.

—Estoy bien: no voy a quedarme mucho, llegué hoy —o tal vez ayer—, y estoy muy cansado. Terminó esta copa y me voy.

Ya no recuerdo con exactitud lo que hablamos el tiempo que estuve allí, porque fue una conversación inconexa y caótica, y porque lo que sucedería más tarde iba a ser lo decisivo. En realidad Moira hablaba muy poco el español y prefería hacerlo en inglés, aunque con Esteban dialogaron en holandés y en francés. Creo que no se dijo nada trascendente, ya que Esteban únicamente pretendía un pequeño *show* de la anfitriona: que yo la viese y sacara mis propias conclusiones. Entre ellos hubo una tensión rara, como si aquello que los había vinculado todavía les significase algún tipo de sujeción. Tuve la impresión de que Moira lo trataba como si Esteban estuviese muy enfermo o trastornado: noté compasión, pero también lástima. Él, en cambio, actuó ante ella como ante alguien al que se teme y a la vez se venera; la llamó muchas veces “honey” — con un acento baboso y servil— y no disimuló su necesidad de tocarla, la posibilidad de exhibir ante mí su arrogancia posesiva. En ese gesto regresó el triunfador y el orgulloso cazador de la liebre. Moira era o había sido su presa final y necesitaba ostentarlo; pero sus intentos fueron patéticos y se parecieron más a los de un amante maduro ante una conquista joven. Pese a todo, nos bebimos medio porrón de Jonger, comimos los bocadillos, escuchamos un poco de *jazz* contemporáneo —un *jazz* holandés *cool* y distante— y hasta nos reímos. Cuando ya estábamos a punto de irnos, apareció Neville.

Vestía un *jean* muy gastado y una camiseta del Manchester United. Me pareció un hombre joven pero debilitado o enfermizo: era pálido y llevaba el pelo como Rod Stewart, desordenado con cuidado milimétrico y unos antebrazos tatuados y cargados de pulseras. Cuando sonrió para saludar, mostró unos dientes amarillos y manchados. Moira lo presentó como su *boyfriend* o algo así y Esteban lo miró como si fuese un espectro que acabara de materializarse. El presentado no buscó socializar; se limitó a llenar su copa y a medirnos con una expresión de desdén y fastidio. Me pareció que olía mal y que llevaba días sin bañarse.

Creo que en algún momento entré en una cabeceada producto de las horas sin sueño y el alcohol, y todo se interrumpió. Cuando abrí los ojos no sabía cuánto tiempo había pasado, quizá breves minutos o una hora, pero allí estaban Neville y Esteban a punto de agredirse, insultándose en idiomas diferentes, con Moira que intentaba separarlos, hasta que Neville consiguió un cuchillo no sé de dónde y lo hizo bailotear delante de la cara de Esteban. Sus fintas eran una especie de parodia que no dejaba de ser amenazante. Con creciente agresividad, la hoja pasaba cada vez más cerca de la cara de Esteban, que no atinaba a protegerse, sino que más bien se ofrecía y lo provocaba. Entonces me incorporé y tambaleándome me aferré a Neville y lo aparté con toda la fuerza que pude mientras dos copas caían al piso y se hacían añicos. Finalmente, Neville soltó el cuchillo, que resbaló hasta el piso, y levantó sus brazos en señal de que abandonaba la pelea. Todavía seguía mascullando insultos en inglés. Con un gesto casi maternal, Moira lo abrazó y se lo llevó otra vez adentro, y entonces Esteban se bebió el resto de su ginebra y con un gesto me indicó que era hora de irnos. Su respiración era entrecortada y su cara estaba congestionada. Descendimos la escalera y salimos a la noche. Todavía resoplando, Esteban dijo:

—Un día de estos voy a matarlo a ese maricón.

Nos subimos a las bicicletas y nos internamos otra vez en el laberinto de calles. La ciudad

estaba desierta y silenciosa; había niebla y en alguna parte del cielo se insinuaba una débil claridad. Yo me sentía sin fuerzas para pedalear otra vez, pero no tenía más remedio que seguirlo a Esteban, que daba pedal con furia. Pronto salimos al borde de un canal, tal vez el Prinsengracht y torcimos a la derecha por la Leidesplein.

—¿Adónde vamos? —grité

—Al Vondelpark: me gusta cuando amanece.

—Es tarde —resoplé, extenuado.

—No, es temprano.

Las sendas de bicicletas estaban libres a esa hora y los tranvías recién empezaban a circular. Pese a que ese día se iniciaba el solsticio de verano, la madrugada era fría y húmeda. Otra ocurrencia de Esteban nos llevaba como el diablo hacia el parque más importante y popular de la ciudad.

Cruzamos la Leidesplein, casi desierta al amanecer, y desembocamos en la Stadthouderskade. Desde allí contemplé fugazmente la oscura silueta del Rijksmuseum. Seguimos un poco más y enseguida aparecieron la vegetación y los límites del Vondelpark. Dejamos las bicicletas en un aparcadero y nos internamos por uno de los senderos de ingreso al parque. La claridad había empezado y los pájaros anunciaban el primer día de verano. En las zonas más bajas todavía se extendía una niebla fina que hacía difusos los contornos de los árboles. En todo ese tiempo Esteban no habló, porque quería llegar y dejar atrás la escena con Neville. Y yo caminaba como un autómatas, porque el cansancio, el sueño y la ginebra pugnaban por prevalecer.

Nos acercamos hasta el borde de un lago y vimos en una orilla distante a un hombre desnudo saliendo del agua que se recortaba contra un fondo de árboles y arbustos. El pelo y la barba crecidos le daban un aspecto de bárbaro: nos vio e hizo un gesto de saludo.

—Hora del baño de los vagabundos —dijo Esteban y le devolvió el saludo. El hombre se envolvió en una manta seguramente harapienta y se secó con movimientos enérgicos—. Esto es peligroso de noche —agregó Esteban—: se comercia droga y sexo y pasa cualquier cosa. De mañana eso desaparece y quedan los desgraciados y los turistas madrugadores.

—Habría que dormir, Esteban. No doy más.

—No seas flojo: apreciá el entorno, la continuidad de los parques, como decía el cronopio. En realidad estamos en Villa Biarritz y hace un rato que salimos del Rambla's. Dentro de un momento llegaremos a Chez Piñeyro y comeremos pizza como desayuno. Comentaremos cómo nos fue en el baile y, si mentimos, ninguno va a protestar. Fijate, la luz es la misma, aunque allá no había lago, pero sí pájaros metiendo jaleo. Lo recuerdo con toda claridad: una imagen indeleble y a salvo, que sobrevive. Entonces tocábamos la eternidad pero no lo sabíamos. Parpadeamos y... qué paso, adónde llegué. En especial vos, qué hacés aquí con esa gabardina y tu aire de soplón de película de cuarta, aunque recién me salvaste la vida. Vamos a sentarnos...

Caminamos hasta un banco al borde del sendero y nos instalamos como dos jubilados madrugadores que tienen todo el día para aburrirse. Esteban todavía resoplaba.

—Se murió Irene —dije, sin reflexión ni motivo—; pensó que había zafado, pero no, el cangrejo no perdona. Se fue en un par de meses, como por un tobogán, pobre. Ariel volvió a emigrar, porque nunca se adaptó. Sergio se perdió en el sur y Adriana sale con fedayines o abogados mediocres —agregué y le resumí la contabilidad del grupo, el recuento de las bajas. Imágenes extrañas bailaban ante mis ojos: la casa flotante, la camiseta del Manchester United, la actriz María Schneider en un automóvil descapotable, mirando hacia atrás mientras avanza por una carretera recta y arbolada, el doctor Nogaró acariciando su corbata.

—Pobrecita —murmuró Esteban por toda respuesta.

—Pensaba que iba a encontrarse contigo en el más allá, la otra vida y todo lo demás —expliqué

y no tuve más remedio que reírme. Siempre hay algo cómico en las esperanzas últimas.

Esteban tosió y acompañó un poco mi risa. Hizo una pausa como para tomar aliento y volvió a reírse, esta vez con más ganas. El primer rayo de sol se filtró entre una lejana maleza: el sol bajo aparecía entre la niebla que se iba desvaneciendo. Se me cerraban los ojos.

—*Cigarette* —dijo una voz gutural. De pronto, delante de nosotros estaba el vagabundo que se bañaba, extendiendo su palma imposible de limpiar hacia Esteban. Vestía un gastado sacón marinero y unos pantalones bolsudos y sembrados de costuras y desgarros. Iba descalzo y, extraña coincidencia, llevaba puesta bajo el sacón una desteñida camiseta del Manchester United. *Cigarette*, repitió. *Alstublieft*, agregó con un tono de súplica. Esteban buscó en el bolsillo de la campera y le ofreció una cajilla de Marlboro. El hombre dudó en aceptarla y luego la tomó, extrajo un cigarrillo y se la devolvió. Esteban le indicó que se quedara con ella, pero el vagabundo se negó. Se llevó el cigarrillo a los labios y le pidió a Esteban que se lo encendiera y él le explicó con un gesto que no tenía fuego e insistió en regalarle la cajilla. El hombre hizo un ademán de despedida y se alejó lentamente con el cigarrillo apagado entre los labios. Las imágenes irreales volvieron y vi a Daneri y su bandera roja surgir de la nada.

—No logré ser otro, eso está claro —dijo Esteban, como tanteando. Las imágenes desaparecieron y, al igual que alguien que está a punto de morir asfixiado y una bocanada de aire lo reanima, regresé a la conciencia.

—¿De veras? Me sorprende oírte decir.

—No es fácil desaparecer, porque la memoria nos condiciona. Los sentimientos prevalecen, nos debemos a ellos... ¿Me lloraron mis hijos? ¿Y ella? Una vez me amenazó con que no iba a hacerlo. Espero que haya cumplido, pero no voy a preguntarte cómo estuvo mi velorio. Basta de asuntos deprimentes, aunque tendría tantas preguntas que hacerle al exiliado de Adén, que siempre volvía, un hilo invisible lo ataba a ese centro, a Charleville, como si la tela de araña fuera indestructible. Él, el hombre de las suelas de viento, terminar amputado y en casa de mamá ese viaje circular inacabado; entonces, me digo: qué hacés aquí, flotando en esta barcaza infame que las ratas asedian, sin más alternativa que la caridad de esa mujer, sus desprecios, la ruina... En realidad el problema es la memoria, ah... la memoria, esa trampa... Somos prisioneros, viejo. Soltar la amarra de la casa y empezar a derivar hacia el Markemeer... dejarme ir como la sangre del suicida... flotar sin conciencia ni remordimiento hasta desaparecer y terminar el desfile salvaje... Pero no se puede; nos enredamos en los recuerdos, un pantano tras otro, espejismos... dolor. Pobre Miguel, debajo del puente donde íbamos a pescar, las manchas oscuras y ya secas sobre la piedra y el dedo gordo del pie descalzo todavía enganchado en el gatillo. Él mismo era Valdez y Valdez nos persigue a todos. No hay manera de zafar de esta trampa: ¿qué sigue, la vejez? El problema es recordar, los hilos invisibles que uno puede estirar pero no romper... no hay amnesia para eso, nada, no hay nada... nada, viejo... Tengo ganas de mear...

Las imágenes volvieron y las palabras fueron extinguiéndose y de las imágenes pasé a la negrura y al irresistible sueño que finalmente me venció. Esteban repetía que la memoria era una trampa y que éramos prisioneros: de pronto el tren corría por campos anegados y su silencio y confort me embriagaban. Todavía no había llegado a Amsterdam y buscaba en mi libreta la dirección de la casa flotante mientras, a mi lado, Xenar me advertía de los peligros de comer arenques.

No sé cuánto tiempo dormí, pero me despertó el ulular de una ambulancia acercándose. Al principio me pareció que era un lamento extraño y luego el anuncio del tren al pasar por un pequeño poblado. El tren se desvaneció y comprendí que estaba solo en el banco y que el sol había trepado lo suficiente como para disolver la niebla y hacer vivos todos los colores que en la madrugada eran opacos y grises. Lo busqué a Esteban y tardé en entender lo que pasaba, mientras la sirena se hacía más próxima y luego se apagaba. Tuve un presentimiento y me incorporé y empecé a caminar con rapidez bordeando el lago hacia la derecha. A lo lejos, sobre un espacio abierto de césped, un grupo de tres o cuatro personas se inclinaba sobre alguien caído. Fui acercándome y distinguí a un aerobista tempranero, a un policía y a alguien que parecía un empleado de limpieza del parque. Llegué casi corriendo y enseguida vi un cuerpo tendido de bruces. Por la cabeza, supe que era Esteban. Tenía puesto el grueso sacón del vagabundo, su pantalón de color indefinido y estaba descalzo. Por lo que pude ver, había vomitado y el cuerpo parecía rígido. Con un gesto el policía me indicó que no me acercara más: hablaba por un intercomunicador y parecía acostumbrado a ese tipo de situaciones. El aerobista transpiraba y daba pequeños saltos en un mismo sitio y comentaba algo en voz baja con el empleado. Enseguida llegaron los paramédicos, acompañados por otro policía y corriendo con sus maletines de reanimación y una parihuela. El primer policía nos indicó que nos apartásemos y los recién llegados miraron primero y procedieron después. Voltearon el cuerpo y pude ver la raída camiseta del Manchester United, un poco tirante porque era un talle pequeño para Esteban. También vi los ojos abiertos y sin vida: no parecía ser Esteban el que yacía. No tenía en el rostro ni en el cuerpo heridas, ni sangre, ni señales de violencia. Con un algodón le quitaron el vómito de la cara y la boca y le pusieron unos dedos sobre la yugular y un estetoscopio sobre el corazón. Uno de los paramédicos se inclinó para practicarle respiración boca a boca mientras con las manos presionaba rítmicamente sobre el pecho. En todos esos minutos, los policías no dejaron de comunicarse ni recibir respuestas entrecortadas. Cuando los procedimientos reanimatorios cesaron, los paramédicos revisaron el cuerpo en busca de heridas. Le levantaron la camiseta y subieron las mangas del sacón para observar con cuidado sus brazos, buscando pinchazos o indicios de adicción a drogas. Con una linterna indagaron en las pupilas abiertas y luego cerraron sus ojos. También buscaron entre sus ropas documentos o papeles que lo identificaran sin encontrar nada, ni siquiera basura. Mientras iba asimilando lo que había sucedido, busqué en torno la figura del vagabundo, tal vez vestido con la campera de Esteban, sus anchos pantalones de algodón y los zapatos Reebok negros. No vi a nadie: solo vegetación, sendas vacías y a lo lejos el edificio del Nederlands Filmmuseum.

Mientras subían el cuerpo a la parihuela, el policía empezó a llenar un formulario y a hacerles preguntas a los otros dos. Hablaron en holandés y no pude entender una sola palabra de lo que decían. Finalmente llegó mi turno, pero el agente no me preguntó nada, simplemente me indicó que circulase, porque el asunto estaba concluido. Solo dijo *laat*, que significa tarde, y sonrió como disculpándose. Si me hubiese preguntado si conocía al hombre muerto, le habría contestado que no.

Minutos después que se llevaran el cuerpo, todavía seguía allí, en ese claro del parque, aturdido. El aerobista había reiniciado su corrida y el empleado de limpieza, tras hacer desaparecer los restos de vómito del césped, recogía envases vacíos, botellas y papeles y los metía en una gran bolsa de plástico. El sol había subido un poco más y el calor se hacía sentir. *Laat*, me repetí varias veces como un obseso compulsivo mientras empezaba a caminar hacia la salida del parque. Cuando llegué, las bicicletas todavía estaban allí, robadas y solitarias. No me subí a ninguna y seguí caminando hasta encontrar una parada de taxis. Enseguida abordé uno y volví al hotel.

Había comenzado el verano del norte y el círculo, por fin, se cerraba.

En la habitación, repasé una y otra vez la secuencia de los hechos desde nuestra llegada al Vondelpark. Reflexioné sobre lo que pude hacer y no hice, sobre la extraña frialdad que me invadió al despertar y ver que Esteban se había ido, y la certeza, al escuchar la sirena, de que algo grave le había sucedido. Me vi otra vez llegando al lugar y contemplando las figuras en torno al cuerpo caído, mi actitud de curioso casual, de caminante que justo pasa y descubre un accidente habitual en el parque: la muerte de un marginal, acaso por una sobredosis o un infarto. Acepté la escena y ni siquiera intenté explicar que yo conocía al muerto y que esas no eran sus ropas. Pero, ¿qué más podía decirles? ¿Cómo hacerles entender que había un vagabundo verdadero merodeando y que, por una razón que ignoraba, había intercambiado roles y apariencia con Esteban? ¿Cómo explicarles, en palabras sencillas, algo que era mucho más complejo y que había empezado casi un año atrás con otro cadáver y otro marginal? Por fin había llegado a entender la circularidad de la historia y, desde mi condición de testigo privilegiado, el desenlace me dejaba tan perplejo como el principio.

Podía intentar localizar a Moira van Zand —por más que ubicar su calle y su casa equivalía a desandar un laberinto— y contarle todo lo sucedido para que ella se encargase de reclamar el cadáver e identificarlo. Si nadie lo hacía, estaría un tiempo en la morgue de Amsterdam, tal vez mientras le hacían la autopsia, y luego el trámite forense se cerraría con una firma al pie de un formulario. Como nadie iba a hacerse cargo de su cuerpo, finalmente iba a ser cremado y sus cenizas dispersas sin ceremonia ni testigos. Tal vez era eso lo que Esteban había querido: ser otro, ser nadie, ser nada.

Con paciencia busqué en la guía telefónica de la ciudad el número de Moira hasta dar con él. Disqué y tras sonar varias veces, ella atendió. Hablé en español y me identifiqué; luego, con lentitud, le conté que Esteban había tenido un accidente en el parque y que estaba muerto. Le rogué que viniera hasta el hotel para que le explicara el resto. Sin trasuntar asombro o pesar prometió que en una hora estaría en el Melkweg.

Me duché, me cambié y bajé a esperarla en el pequeño *lobby* del hotel. Ya no tenía sueño y el cansancio había sido sustituido por el agobio y la postergada desazón. De a poco y con creciente certidumbre iba entendiendo para qué había venido a Amsterdam. El viaje improvisado, la urgencia, la búsqueda y el encuentro habían tenido el engañoso pretexto de proteger a Esteban; en realidad lo que había hecho era, de alguna manera, precipitar su final. Por adelantarme a Nogaro y a Domenico, había forzado una cita que terminó siendo fatal. Pero entender eso no me aliviaba la duda de lo que debía hacer ahora que todo se había consumado.

Cuando llegó Moira, ya había tomado una decisión.

Fueron arduos los trámites que por suerte Moira fue cumpliendo y facilitando gracias a su encanto personal y a ciertos contactos que tiene en Amsterdam. En esos tres días posteriores al accidente del Vondelpark, yo la acompañé cuando desfilamos por oficinas policiales, despachos de forenses, la morgue y el complejo crematorio de Westergard, hasta obtener lo que quedó de Esteban: sus cenizas guardadas en una urna cilíndrica y metálica, parecida a un recipiente para guardar té o café, un artefacto simple y moderno, sin adornos o detalles superfluos y con el tamaño apropiado como para que alguien lo lleve en su equipaje de mano.

En esos días fui entendiendo un poco mejor la historia, porque Moira aceptó llenar algunos vacíos y explicarme algo más sobre aquel viaje al desierto que tanto había cambiado a Esteban. En el dificultoso español de ella y en mi chapuceado inglés hablamos lo suficiente como para ponerle un cierre a los hechos. Así me enteré de que aquel viaje a París de Esteban, previo a su desaparición, había sido para un encuentro de ruptura, un fallido intento de recuperar la magia del pueblito del Mgoun. Lo que sobrevino después fue el regreso de Esteban con las manos vacías y una depresión operando en su fase eufórica.

En París ella había dispuesto el final de la aventura con argumentos racionales y convincentes para cualquiera que no fuera Esteban. Él creía que los días de Mgoun podían regresar y que lo excepcional podía llegar a ser lo permanente. No tuvo en cuenta la diferencia de edades ni la condición nómada de la profesión de Moira. Tampoco consideró el detalle, no menor, de que la escapada al desierto y el espejismo de Marruecos habían surgido tras una pelea de Moira con Neville. Para la fotógrafa, Esteban había significado una rápida fascinación y el desborde de la pasión por la pasión misma. Pero así como comenzó, ese sentimiento se había perdido con la rapidez que baja la temperatura de la arena una vez que el sol se oculta.

Al llegar a Amsterdam, tras su propia muerte, Esteban creyó que al renunciar al pasado y

romper con toda atadura previa, Moira lo aceptaría, porque le estaba ofreciendo un sacrificio inédito. Cuando le contó todo lo que había hecho para estar allí, al principio ella no le creyó. Pero bastaron los periódicos y los anuncios fúnebres para que ella comprobase los límites que Esteban había sido capaz de trasponer para merecerla. Entonces comenzaron los meses del asedio y la desconcertante locura. Alojado en uno de los hoteles más caros de Amsterdam —el Krasnapolsky—, con el pelo casi al rape y el aspecto de un *bon vivant* exótico y patético, Esteban despilfarró lo sustraído o lo propio, quemándolo en regalos caros, cenas en restaurantes flotantes, flores y románticas serenatas con cuartetos de cámara tocando en la estrecha calle de Moira. Era difícil que una mujer se resistiera a ese despliegue, y es fácil entender que una mujer como Moira complaciera su curiosidad natural averiguando hasta dónde Esteban era capaz de llegar.

Según lo que Moira me contó, por un tiempo se reencontraron y la locura funcionó. Incluso viajaron juntos a la Toscana para pasar algunos días en una villa en las afueras de San Gimignano, aprovechando un reportaje fotográfico que la holandesa tuvo que hacer para una revista de viajes. En esa época, Neville desapareció y dejó que Moira decidiese. Pero al llegar el invierno, todo pareció helarse como los canales. Algo oscuro empezó a traslucirse tras el variado arsenal de gentilezas y seducción que Esteban prodigaba. Él desaparecía por dos o tres días y luego regresaba vestido con ropa ajena, sucia y harapienta, oliendo mal y con lastimaduras. Había adquirido la manía de intercambiar indumentaria con el primer marginal que pasase, de entregarle su ropa y aceptar la del otro como en un rito de iniciación. Tras regresar aterido de frío y en esas condiciones, no daba explicación alguna, se desvestía, metía todo en bolsas y lo tiraba a la basura. Después se daba un largo baño de inmersión, quedándose horas hasta que el agua se enfriaba y la espuma se diluía. Nunca le dijo a Moira por qué lo hacía, pero cada vez fue necesitando más ese mecanismo para ser otro.

Por fin se terminaron las flores, los conciertos, las cenas a la luz de velas, porque Esteban colapsó y además el dinero, cada vez más escaso, ya no le permitió el despilfarro. La casa flotante, que era propiedad de la familia de Moira y su *atelier* cuando pintaba, se transformó de alojamiento transitorio en permanente, porque ya los hoteles no lo admitían y además no podía pagarlos. Instalado allí porque la holandesa no supo cómo echarlo de su vida, Esteban fue perdiéndose, eclipsándose detrás de largas reclusiones sin bañarse ni demostrar interés alguno en el mundo exterior porque, si había algo que no soportaba, era el helado clima invernal de Amsterdam. De vez en cuando resurgía y daba largas caminatas por el Prinsengracht, o se internaba al anochecer en los peligros del Vondelpark. Es posible que en alguna de esas excursiones haya probado drogas, aunque a Moira no le consta. Muchas noches dormía en la calle, en algún portal, arropado con mantas sucias y tapado con cajas de cartón. Moira no sabe cómo pudo sobrevivir a la intemperie y muchas veces temió que le avisaran que había muerto de frío. Sus tres meses de residencia turística no se renovaron porque desde que ingresó a Holanda y solo para la excursión a Italia, no había vuelto a salir. No obstante, ninguna autoridad de migración lo molestó en todo ese tiempo. Era como si no existiera o se hubiera mimetizado con la parte sórdida de la ciudad. Pese a todo, en primavera pareció resurgir y trató de estabilizar su existencia en parámetros más seguros. Recuperó la higiene y la compulsión a cambiarse la ropa con marginales aparentemente desapareció. Según Moira, su plan era regresar a casa —él le llamaba la vida de antes, la otra vida— y los últimos fondos que le quedaban los reservaba para el pasaje. Pero estaba paralizado, incapaz de escapar de ese extraño limbo que él mismo había creado. Decía que no sabía cómo volver ni tampoco explicar por qué se había ido.

Por un tiempo trabajó como mesero en un restaurante del Plantage, propiedad de unos amigos

de Moira, pero esa rutina no prosperó. Nadie soporta a un empleado que se queda inmóvil y ensimismado en medio del salón, sosteniendo un plato de pasta hasta que se enfría. Luego se recluyó en la casa flotante, moviéndose cada vez menos y viviendo ya de la caridad de Moira. Había empezado a tener síntomas de problemas cardíacos, pero ni siquiera había tenido la precaución, cuando todavía tenía dinero, de contratar un seguro médico. Un chequeo pagado por la propia Moira le diagnosticó coronarias obstruidas y la única solución era una operación de *bypass*. La vida sedentaria lo había hecho engordar y los rigores del clima no habían favorecido su condición de hipertenso.

Ese era el Esteban que yo finalmente había encontrado.

La víspera de mi partida de Amsterdam, Moira me invitó a visitar la casa flotante. Quería que la viera y que retirase de ella lo que había pertenecido a Esteban. Era una manera de recuperar su *atelier* y de dejar atrás el raro encuentro con un hombre que había muerto dos veces. No sé qué sentido podía tener esto para ella, alguien acostumbrado a los cambiantes paisajes que su profesión le mostraba y por tanto curtida, sin duda, ante el paisaje humano, el más cambiante de todos. Nos acompañó Neville, que no demostró satisfacción alguna por el desenlace y que en todo momento fue discreto y amable. Por suerte, había dejado de usar la camiseta del Manchester United.

Lo que vi coincidía en parte con lo que había imaginado. El lugar parecía más amplio por dentro que por fuera y tenía lo precario integrado a lo funcional. En lo que se suponía era el estar había algunos cuadros pintados por Moira simplemente apoyados contra las paredes, poltronas cómodas, una mesa baja con libros y revistas y una cama marinera con almohadones de telas diferentes. Desde las ventanas se veía la calzada y el incesante deambular de turistas y ciudadanos. El espacio siguiente era el de la cocina y el pequeño baño y luego estaba, en la zona correspondiente a la proa de la embarcación, el dormitorio.

La cama deshecha me produjo la impresión de que todavía dormía alguien allí. Las sábanas parecían conservar hasta los pliegues que el cuerpo de Esteban había dejado. En una pequeña mesa que oficiaba de escritorio vi libros y marcadores en un portalápices. Me acerqué y abrí el cajón de la mesa. Adentro había mil trescientos dólares en billetes de cien metidos dentro de un sobre del hotel Krasnapolsky; también francos y florines. Junto al sobre había un folleto del Filmmuseum y una postal con una foto de la plaza principal de Leiden. Debajo del folleto encontré el pasaporte de Esteban como ciudadano español. Era el que Moira había presentado en los trámites ante la policía y las autoridades forenses. Lo abrí y vi la foto, y medí la distancia con sus rasgos finales. Me lo guardé, cerré el cajón y reparé en los libros: una edición de las *Poesías Completas* de Rimbaud en francés, publicada por Gallimard y, debajo de ésta, una edición en español de *La tierra baldía* de Eliot. Los tomé y los metí en el bolsillo de la gabardina.

Todo parecía olvidado y postrero, el legado escaso de alguien que había intentado desaparecer, desprendiéndose antes de sus pertenencias pero conservando unas pocas que mucho significaban. En un armario ubicado frente a la mesa y contiguo a la cama había unas perchas vacías y dos pares de zapatos —unos mocasines marrones y otros negros— deformados por el uso. En el fondo del armario, pegada con tiras de cinta adhesiva había una foto: tardé en reconocer que era Miguel, joven y parecido al Esteban adolescente. En el retrato, el padre de Esteban sonreía y parecía mirarme o mirar todo lo que yo había visto y no entendía.

Finalmente, encontré lo que no esperaba.

Al principio me había pasado desapercibida, pero luego la vi. Estaba debajo de un periódico doblado, junto con los mocasines. Era una lata circular de bombones holandeses con un vistoso estampado al esmalte. La tomé y la sopesé y al abrirla me sorprendió que estuviera vacía, si bien conservaba los moldes que contenían los bombones. No obstante, había un peso en su interior, algo oculto debajo de la plancha de moldes. La retiré y entonces vi una libreta de tapas verdes con

las esquinas romas y el lomo desgastado, rodeada por una banda de goma.

Le quité la banda y la abrí. En la primera página, escrito en tinta azul con la inconfundible letra de Esteban se leía: *Memoria de Asenari*.

Tal vez fuese la última pieza del rompecabezas y la había encontrado cuando Esteban ya no podía señalarme dónde encajaba. En ese momento temí que Moira entrase y me viera, por lo que guardé la libreta en el otro bolsillo de la gabardina. Finalmente, tomé el dinero de la caja, despegué la foto del armario y salí de la habitación llevándome también la lata.

Atravesé la cocina y el estar y subí a la cubierta de la casa flotante donde me esperaban Moira y Neville. A ella le ofrecí los billetes que Esteban había guardado, pero no los aceptó. Le mostré la lata y los libros que me llevaba de recuerdo y Moira me sonrió y me abrazó. Entonces llegó el momento de despedirnos y de hacerlo sin decirnos nada más. Apenas me deseó buen viaje y luego yo bajé del barco sin mirar atrás ni hacer ningún gesto con la mano.

El día nublado se había transformado en uno veraniego y soleado, y los turistas no cesaban de caminar a ambos lados del canal. Todo relucía; la ciudad parecía bullir de vida y entusiasmo, y el agua circundante había adquirido un tono verde y una consistencia límpida. Mis extraños días en Amsterdam se habían terminado y con ellos la búsqueda del triunfador. Dejé atrás la casa flotante caminando sin apuro por el Bloemgracht rumbo al hotel. A la media cuadra me quité la gabardina y la doblé sobre mi brazo porque el calor había llegado.

Más tarde, acodado en la baranda de un puente y ya lejos del último domicilio de Esteban, me puse a leer la *Memoria de Asenari*.

La lectura de la libreta de Esteban me desconcertó y a la vez me confirmó su quiebre y su necesidad de ser otro. Los trece breves capítulos escritos con su letra de trazo parejo y círculos sobre las íes parecían expresar algo vivido, tal vez soñado o producto de un delirio, pero no había fechas en la memoria ni indicaciones temporales precisas. Pudo ser escrito durante su viaje a un lugar llamado Asenari, o después, añorándolo. En todo caso yo no podía hacer ya nada con ese testimonio, salvo guardarlo y, en sucesivas lecturas posteriores, intentar descifrarlo un poco más. Las páginas tenían manchas, algunas tachaduras y ciertas palabras subrayadas; en la última no había firma, como tampoco en la primera, dedicada solo al título. Alguien que quiere ser otro no anda firmando con su nombre lo que escribe, pensé.

Para evitar molestas revisiones cuando viajase, decidí pasar las cenizas de la urna a la lata de bombones y luego cerrarla con cinta transparente. Cuando hice la valija la guardé junto con mi ropa, la libreta y los libros de Esteban. El sobrante de cenizas que no cabía en la lata lo arrojé sin protocolo alguno al canal cercano al hotel y dejé caer también la urna. Tuve la sensación de que lo que voló fue un poco de polvo barrido del piso. Comprendí lo trivial y a la vez terrible de la situación: el triunfador regresaba a casa en un recipiente de lata esmaltada de la marca Droste. Arena o cenizas: todo era volátil y estaba condenado a perderse.

Durante el viaje de regreso no pensé en lo que haría con la lata. Quería llegar y dormir dos días seguidos para después resolver. Finalmente todo encajaba y a la vez seguía siendo un enigma. La secuencia de hechos parecía por fin ordenada y hasta era posible extraer conclusiones que a todos podían convencernos, más aun a partir del contenido de la libreta, pero incluso así quedaba un fondo de misterio que seguía acechando desde lo profundo, algo que no explicaban ni Rimbaud ni la holandesa, y que se vinculaba con lo que Esteban no había sido capaz de expresar. Tal vez, esas páginas de la Memoria eran la clave, pero quién iba a ser capaz de interpretarlas. En cuanto a la foto de Miguel, acaso representaba una tardía reconciliación o un testigo oculto en el fondo de un ropero.

Tras el descanso y el asentarse de los días vividos, pude reflexionar con más claridad para decidir qué hacer. La historia necesitaba un final y yo era el único que podía dárselo. Empecé por contactarme con Nogaro. Cuando su secretaria me preguntó el motivo del llamado, me limité a decirle:

—Coméntele que estuve en Amsterdam y que le traje noticias y un *souvenir*.

Eso bastó para que a la hora me recibiera.

No necesité preámbulos ni pretextos aclaratorios para justificar la reunión. Puse la lata sobre su escritorio y apreció su expresión incrédula y desconfiada por debajo del indisimulado interés por mi visita.

—Era cierto, estaba donde me dijo y aquí está la prueba.

—¿Bombones? —se extrañó Nogaro.

—No, cenizas.

En diez minutos le conté todo y él no me interrumpió. Vi cómo la lata lo incomodaba porque sus ojos iban de ella a los míos y la mano sobre la corbata no paraba de deslizarse. Al culminar mi relato le extendí el sobre con las copias del certificado de defunción y del acta de cremación que Moira había obtenido. También le entregué el pasaporte, los libros y la foto de Miguel. Yo me había quedado con la *Memoria de Asenari* y con los mil trescientos dólares que pagaron mi pasaje.

—¿Es todo? —dijo un Nogaró demudado y perplejo.

—No, falta lo principal.

—Explíquese.

—De alguna manera yo terminé su trabajo, doctor. Fui el testigo que necesitaba para confirmar el hallazgo. Además, hice que Esteban regresara y como ve, está todo documentado. Para su cliente, es una gran noticia, porque se ahorró la parte sucia del asunto: su díscolo yerno sigue muerto. También le traje una posible historia que la familia puede entender y luego olvidar. Ahora todo cierra, incluso lo que pasó con la plata, que, como le conté, se la gastó toda.

—¿Entonces...?

—Otra vez *quid pro quo*, doctor. Esta conversación yo puedo negarla si no nos ponemos de acuerdo en lo que sigue. Tiene la lata y los certificados, el pasaporte y los libros, pero tendrá que explicar cómo los obtuvo o, si no, tirarlos a la basura. Como ya sabe, esa familia no me estima demasiado y yo no me siento con ánimo para contarles esta historia. Usted lo hará por mí y les dirá que yo viajé por encargo de su estudio para ubicarlo a Esteban, con las consecuencias que ya sabemos. Pero además, cuando les entregue esas cenizas va a recomendarles que les den cristiana sepultura o que las esparzan, en privada ceremonia, en el jardín trasero del chalé Calais. Por supuesto que todos deberán enterarse de lo sucedido un año atrás, aceptarlo y no abundar más en el asunto. Un año, ¿se da cuenta? En pocos días coincidirá la fecha y debemos aprovecharla.

Los abogados como Nogaró saben siempre cuándo están ante un buen arreglo, más allá de lo extraño que les suene. Creo que por primera vez desde que nos conocimos, el doctor Nogaró me respetó y abandonó el gesto condescendiente y perdonavidas con que imponía su distancia. Al despedirnos me dijo:

—En alguna novela que he olvidado, Graham Greene hablaba de las ventajas del investigador *amateur* sobre el profesional. Creo que se refería a cierta actitud que no mide consecuencias, a un entusiasmo y unas energías que en parte revelan cierta inconciencia. Algo de eso hizo usted al viajar por mero impulso. ¿No pensó que yo podía estar engañándolo con la información que le di?

—Los triunfadores son los que arriesgan, doctor —dije mientras me iba y lo dejaba con los restos de Esteban sobre su escritorio.

Tal vez fui convincente o lo que le propuse era lo único lógico que quedaba por hacer. ¿Qué iba a decirle Nogaro a su cliente si no? “Lo perdimos, se esfumó”. Por lo pronto, no hubiera cobrado lo estipulado. Lo que había en la lata podía ser falso, pero los certificados no lo eran. Además Nogaro sabía que yo no iba a desentenderme y que a la larga sabría si las cosas se habían hecho como le pedí. También tenía claro que si él no enteraba a la familia, lo haría yo y en tal caso Domenico y él mismo quedarían en evidencia.

Las dos opciones para el destino de las cenizas suponían ceremonias íntimas, pero la del cementerio implicaba una cierta irregularidad. ¿Cómo se podía explicar que en la misma parcela, con diferencia de un año, se sepultara dos veces a la misma persona aunque la segunda vez fueran los restos en una urna? ¿Cómo habían llegado allí esos restos si el cajón no había sido removido ni abierto? Tal vez las influencias de Nogaro y su cliente obviasen preguntas y alterasen el papeleo.

Una vez más, confié en mi intuición.

Lo llamé a Nogaro y tras aguardar más de lo normal y soportar la música *new age* de la pausa, me atendió:

—¿Qué se le ofrece, doctor?

—Nos quedó un tema pendiente, colega. Pensar en arrojar cenizas en Calais fue una mala sugerencia. Conociendo a la familia no tengo dudas de que finalmente Esteban descansará en el panteón familiar donde, desde hace un año, Lauro Daneri lo sustituye. Obviamente, a Daneri van a desalojarlo y en ese caso me gustaría que sus restos sean respetados. Sería bueno entonces que el poeta tenga su tierra y una losa con su nombre claramente grabado: Lauro Daneri, y, de ser posible, ubicada muy cerca de Esteban. Es lo menos que se puede hacer y así todo quedará compensado, porque el profesor no se merece una tumba sin nombre.

Nogaro no respondió de inmediato y en la pausa lo sentí respirar con fastidio. Pero finalmente dijo:

—Está bien, doctor, se lo plantearé a la familia, y espero que sea su última exigencia.

Cuatro días después la llamé a Adriana por teléfono y le conté la historia de mi viaje y todas sus derivaciones. Pude imaginar sus expresiones de duda, asombro, pena y resignación, en ese orden o en otro que dependía del grado de convicción que expresara mi relato. Los hechos se habían simplificado si los comparaba con mi versión ante Nogaro: por supuesto, le ahorré el detalle de la lata de bombones. Le dije, antes de cortar, que al otro día, a las diez de la mañana, la pasaba a buscar para ir al cementerio parque y presenciar el segundo entierro de Esteban. Por lo que había averiguado con una llamada a las oficinas, el trámite estaba previsto para las once y cuarto.

Ante la puerta vidriada del edificio donde vive esperé verla aparecer a Adriana vestida y preparada para la ocasión. Pero no pensé en lo cambiante que puede ser el alma de las personas.

Salió del ascensor vestida de entre casa y con una expresión contrariada dijo:

—Me cansó todo esto. Si querés ir, allá vos. El viaje no te obliga a nada, Marcelo. En realidad, todo terminó hace un año, o antes, mucho antes. No quiero seguir siendo una viuda postiza ni ser testigo de otro engaño. Era un monstruo, pero tardamos mucho en aceptarlo. Pero ya está, duró demasiado tiempo y por suerte ahora no me importa. Las cosas tardan, pero al final llegan. El duelo ya lo hice, ya lo sepulté. Basta de ceremonias.

Sin despedirse, Adriana cerró la puerta y corrió hacia el ascensor. Por unos instantes no reaccioné, pero luego entendí: el sueño había terminado y estábamos todos dispersos y distantes, alejándonos como masas de hielo que derivan en un mar helado.

Mientras conducía por la ruta interbalsearia rumbo al cementerio, me reafirmaba en la convicción de que esa cita última era la única manera de ponerle un final a la larga melodía del adiós. Aunque el grupo ya no existía, yo quería estar allí, no en nombre de todos sino por mí, por la antigua cicatriz en el pulgar o por el simple hecho de terminar de una vez el mandado para mi conciencia.

Cuando llegué, los autos de la familia estaban en el estacionamiento y yo dejé el mío un poco alejado de los demás. Había resuelto mantenerme a distancia durante la ceremonia, porque lo único que me interesaba era que ésta se cumpliera.

Sin apuro empecé a caminar por la avenida central del parque en dirección al lago interior y pude ver, a unas dos cuadras, al pequeño grupo ya detenido ante la losa que indicaba el lugar de la sepultura. Antes, había preguntado a un funcionario de la oficina administrativa por la ubicación de la parcela de Lauro Daneri. Consultó en un registro y finalmente me informó que era la número 373 del sector lindero al lago artificial.

Seguí acercándome mientras el personal de servicio estaba maniobrando para quitar la losa y abrir el sepulcro. A medida que me acercaba distinguí a Mónica y sus tres hijos, su padre Domenico, Ramón, su mujer, y al doctor Nogaro. Los otros hermanos de Esteban no habían venido.

Me detuve en una curva del sendero, en un punto un poco elevado del terreno desde donde podía divisar bien la escena. Todo transcurrió en silencio y como si previamente se hubiera pactado un trámite breve. Uno de los funcionarios depositó la urna en el interior de la parcela abierta y luego la losa volvió a su sitio. El marginal del Vondelpark y el del Hotel de Inmigrantes se igualaron en la negrura que los cubría mientras afuera el día estaba soleado y frío como exactamente un año atrás.

El grupo permanecía en silencio en señal de reflexión y despedida cuando yo empecé a caminar hacia la salida. Iba pensando que, para Sergio y Ariel, Esteban aún estaba realmente vivo y oculto en algún lugar lejano. También pensé que Irene se había muerto con la idea de que el triunfador había logrado su última magia. Esa paradoja no sirvió para aliviar la sensación de vacío que me oprimía el pecho. Un sentimiento de inutilidad y desperdicio, los estragos de un año de perseguir un fantasma. Al llegar a la entrada miré por última vez hacia atrás, pero ya no vi a nadie: solo paisaje verde y el cielo despejado de la mañana invernal.

Me subí al auto y esperé antes de arrancar. Tomé el sobre que estaba en el asiento trasero y saqué la libreta con la *Memoria de Azenari*. Había pensado entregársela a Mónica cuando la ceremonia terminara, pero decidí no hacerlo. Guardé la libreta en el sobre, encendí el motor y me alejé del cementerio.

A los sentimentales nos cuesta cerrar ciertos asuntos. Tendemos a merodear los finales y no nos decidimos nunca a aceptarlos. Ese día, cuando regresé a mi oficina tras la visita al cementerio, algo me dijo que no iba a olvidarme de lo sucedido ni a sentirme bien sin antes entregar la *Memoria de Asenari* a alguien que tenía más derecho que yo a leerla y conservarla. No obstante, esa noche la copié íntegra y guardé las hojas en una carpeta. Después, y pese a la hora, llamé a lo de Mónica y pedí con Lorenzo. Por suerte me atendió él mismo y le propuse que nos encontráramos al otro día, porque tenía algo para darle. Nos citamos en un bar de la rambla, a media tarde.

Cuando llegué, Lorenzo ya estaba en una mesa. Me miró entrar con expresión de curiosidad más que de recelo. Tras un breve apretón de manos me senté frente a él y, sin preámbulos, le entregué la libreta de tapas verdes:

—Era de tu padre y estaba entre sus cosas allá en Amsterdam. Me parece que tenés que leerla y que yo no tengo por qué guardarla. Pienso que te hará bien, por más que lo que está escrito tal vez sea extraño. Pero es tu padre, es Esteban el que está ahí. Imagino que todo esto ha sido difícil, pero a lo mejor esta libreta puede ayudarlos, a vos y a tus hermanos.

Lorenzo la tomó y la sostuvo con algo de desconfianza, tal vez de temor.

—¿Él se la dio?

—No, la encontré después, cuando ya... bueno, cuando pude entrar al barco en donde vivía. Los libros y la foto de tu abuelo Miguel estaban allí. No guardaba mucho, solo lo necesario, o quizá menos.

—¿Es cierto todo lo que nos dijo Nogaro?

—Si contó lo que yo le dije, es cierto.

Lorenzo abrió la libreta y leyó el título de la primera página. Después la hojeó y la cerró como si mi presencia lo intimidase. Me pareció que era el momento indicado para pagar los cafés e irme.

—Ya te dejo tranquilo. Solo un detalle más: el título de lo que Esteban escribió es un anagrama: “Mi Moira es de arena”. Él me lo dijo, pero en ese momento no entendí a qué se refería. Después me di cuenta de que si se combinan las letras de *Memoria de Asenari* se forma esa frase. Moira se llama la fotógrafa y, por lo que sé, “moira” es el destino, según los griegos. El apellido de Moira es Van Zand, y Zand es “arena” en holandés. Pero creeme algo: pese a ese homenaje y a todo lo que significa, Esteban pensaba volver. No me preguntes cómo, pero quería hacerlo. De última, lo que le pasó es más simple de lo que parece: se había metido con una mina. A cualquiera le pasa, pero se ve que a él le pegó muy fuerte.

Después me arrepentí de haber dicho eso, una síntesis demasiado simplista que dejaba afuera otras interpretaciones; pero a Lorenzo le sirvió. Cuando iba a levantarme, dijo:

—Espere, no se vaya. Hábleme de mi padre.

Estuve casi tres horas hablando de Esteban y Lorenzo me escuchó casi sin interrumpirme. Fue un monólogo que dejó atrás mis aprensiones de ese año y toda la animosidad que en algún momento había sentido hacia Esteban. Tal vez el que describí y evoqué fue el amigo verdadero, o

al menos el que había sobrevivido en mí a través de los años y más allá de los altibajos de nuestra relación. Antes de despedirme, le dije:

—La primera frase de la memoria dice: “En el desierto somos el agua que podemos conservar”. No la olvides. No hubiera sido un buen epitafio para Esteban, pero sí un buen comienzo para los días por venir.

—Yo pago —dijo Lorenzo y yo acepté.

Volví a mi departamento tarde, porque luego del encuentro necesité caminar y despejarme. El aire frío de la rambla disipó los fantasmas de la charla y pude, por primera vez en todo este tiempo, sentir que me había quitado un peso de encima.

Lo primero que hice al llegar fue ir directamente a la alacena de la cocina y buscar la botella del Harriague que había encontrado en el armario de Calais. Esa vez me había parecido que el hallazgo era un pequeño trofeo, porque ese vino —cuya variedad se había empezado a denominar *Tannat*— debía de tener más de treinta años de reposo. Ahora sentía que era el mejor momento para descorchar esa reliquia y probar si el tiempo la había respetado. Era el mismo que habíamos tomado luego de cortar nuestros pulgares con mi navaja, y la obra maestra del abuelo de Esteban.

Con mucho cuidado extraje el corcho con un tirabuzón. Luego busqué una copa y revisé si estaba limpia. Después quité el tapón del tirabuzón pero no lo olí. Tampoco acerqué mi nariz al pico de la botella. Dejé que el líquido se airease y respirara. La duda de saber si el vino había sobrevivido con todas sus virtudes intactas todos esos años me hizo desconfiar de tomarlo. Pero pese a la duda me serví y la copa, colmada hasta la mitad, me mostró un vino oscuro como la sangre que entonces nos había unido. Levanté la copa y brindé en silencio, mirando a través del cristal y del violáceo contenido. Los años estaban allí, mezclándose como en un sueño, y en un abrir y cerrar de ojos la copa quedó vacía.

Memoria de Asenari

En el desierto somos el agua que podemos conservar. Cuánto sol podemos soportar y cuánta sed resistimos. La piel es frágil y la luz nos envuelve. El aire es deslumbrante. Miro mis manos y no las reconozco; mis dedos no son míos. Me evaporo, transpiro: tal vez me pierda.

En el desierto no hay caminos y toda huella es borrada porque la arena quiere tragarlo todo. La arena no recuerda ni espera: está allí, permanece y a la vez cambia sin que lo notemos.

Sobre la pared, la araña repite su estrategia de siglos, la secuencia de giros y diagonales: no hay variantes en eso. Igual a sí misma y diferente cada vez. Lenta y experta en el rito preciso de armar su delicado laberinto justo cuando empieza el canto del almuecín. Su letanía, como un lamento, suena a canción de cuna, y la araña parece guiada por su voz. Estamos agotados.

Última botella de Evian. Los extraños tesoros que llevamos: diamantes líquidos, oro blanco que gotea. La araña se ha escondido. Duerme sin sueños: está allí, al alcance de mis dedos ajenos, pero no puedo tocarla. Nadie puede porque está hecha de lejanía (es inasible, otra).

Su espalda es un valle suave y extenso que desciende hacia dunas blancas hendidas por un abismo. (No sabía nada de geografía: lo ignoraba todo sobre caminos y senderos en la arena cambiante.) Me hundí y emergí como se sale de una noche blanca, estremecido y sediento. Repito cien veces la palabra moira ante el espejo mientras el almuecín repite las suyas llamando a la oración y el aire vibra. Estuve perdido. Decir cien veces una palabra enfrentado a un espejo y al hacerlo dejar de conocerme. Olvidar quién fui. Inútil: la red está en uno. La cuidamos y fortalecemos cada día.

Una simple estaca reseca, de madera casi mineral, marca el límite. Hay un cartel despintado, invisible y a punto de pulverizarse. (No distingo sus letras. O no las comprendo.) A partir de él las sombras se pierden. Imágenes dudosas se mueven en el calor. Espejismos y aforismos vanos. Su risa me orienta porque estoy ciego. El viento ha comenzado a borrar las huellas y la máquina no cesa de abrir y cerrar su ojo, poseída. El clic-clic y luego el zumbido, como una música extraña que después veré estampada, convertida en imagen. Debo insultarla para que se detenga. Le imploro. (Todo me arde, el aire me consume.)

Días atrás, en una ciudad ruidosa y caótica, perdimos a Neville. Orgullosa intrigante arrepentido; podría estrangularlo. Me la debe. Sutil baba que brilla, va por su enésima cuadratura. ¿La geometría es un atributo de lo divino? Me dijo: la odiarás. Con insidia y desafío. Orgullosa súbdito de un imperio perdido. Tipo extraño y jactancioso sobre la nada. Veo todavía su sonrisa de perro, sus uñas sucias de nicotina y tinta de periódicos robados en aeropuertos.

Me miró desde un abismo, desde una distancia desconocida, con sus dientes perfectos, sin mácula: masticadora de delicias o de tiernos ovillos de miseria. Parece una estatua que se mueve, una duna lenta que cambia de forma y de tamaño, indiferente al viento y al sol. Se mimetiza con el aire o desaparece en un repliegue de sí misma. ¿Qué podremos recordar? Nada ha de sobrevivirnos: el silencio habrá de sucedernos como extensiones de arena que jamás pisaremos. Promesas, dudas y el lamento de la hora última, taladrando el aire. Ella dijo: no más sueños ni confortables ideas, la verdad es esta. Desde ese día quiero una máscara, una que no pueda quitarme, que ni siquiera dormido me puedan arrancar. Como la de Dylan Thomas. (Somos agua, nada más.)

Subo once peldaños que cuento como si fueran a separarse. Podrían ser mil. El mirador es amplio y desde él podemos ver los confines y más allá las ondulaciones, engañosas, extenuantes. Un paisaje irreal, pintado por Giorgio de Chirico o Yves Tanguy. Envuelta en sábanas pegajosas, alarga su sombra y por un momento no logro verla: está oculta o es invisible. (Me ha pedido que beba mi orina, que me arrastre como un insecto, que implore.) Obedecí y no me arrepiento. Es un pacto, una capitulación. Moira, repito cien veces ante el espejo. Tengo la piel ardiendo, ardo, me abraso y los poros se encienden. Llego al valle y de pronto la caverna es como una sonrisa, desdentada, oscura y blanda, por la que vuelvo a descender, deslumbrado. (Un manantial fresco, una fuente encantada es lo que quisiera.) Pero allí hay más ardor, más calor si así pudiera llamarlo. Pero es otra cosa cuyo nombre está prohibido o no sé pronunciar. Las palabras con las que lucho.

Los latidos son como galopes perdidos. Percuten en mi cabeza. Timbales, tambores circulares e hinchados como vientres de desnutridos. (El ocho, digo y lo pierdo todo. No había obstáculos, nada, solo el viento y las vacías pretensiones que se volaron como las cometas cuando se sueltan.) Mírame, dijo, en el muro del deseo y las patas trazaron otro círculo. (El alminar de la Kutubia tiene 70 metros de altura y antes fue un entramado de tiendas: ktb, la idea de escribir, la escritura, el libro, los libros.)

Escribas del zoco: mi letra es ínfima. Cada renglón es una lucha, un combate contra y por las palabras. El mendigo lo sabe y me sonrío. Kutubia, dice, como un conjuro. La mano temblorosa extendida y sucia y el ojo que no cesa de parpadear. Me veo en él, en su costra oscura, en los insectos que lo habitan, en su hambre de siglos. Soy él por un instante, sus llagas y su mugre, el olor que lo protege. Por miles de años el olor ha de permanecer en mi mente; la verdadera suciedad es un recuerdo. Miramos el abismo, pero él también nos mira. Ella todavía me reclama y el hilo plateado se tensa. Soy menos que un dátíl escupido por esa boca sin dientes. Soy la orina que bebo. Soy extranjero. Soy un extraño en su valle de sombras.

Trepo desde el valle profundo y la sed es igual a un cuchillo que oprime mi garganta. El almuecín ha cesado de cantar y hay luz todavía. Las dunas comienzan a enfriarse. En nada creemos salvo en la tibia oquedad, en el descenso agobiante a lo último de nosotros. Solo poseemos lo que somos; leído o inventado: está en mi cabeza. (No hay olvido, solo repetición, ecos que se reflejan unos a otros, espejos enfrentados.) Me traicionaste con esa canción engañosa que cantabas, mamá.

En la tarde, los jinetes se distancian y todavía los veo. Sus sombras alargadas y el rumor de los cascos sobre pastizales reseco. (Ella se abre como un arco, se tensa y me espera: necesito odiarla, llegar a otra parte. ¡Bebe!, grita, y no puedo negarme porque la sed es un cuchillo, una hoja de acero invisible. Moira, el destino.)

Otra vez la estaca, el cartel despintado, las huellas que se pierden, las construcciones en la distancia. Su rostro no oculto porque es extranjera, es de ninguna parte, libre. Parece flotar, ingrávida, sobre los caminos que teje. La cuerda se tensa pero no oprime, ata sin lastimar, sujeta sin que la veamos. Desde la mañana hemos ido ascendiendo junto con el sol. Peregrinos desde siempre: cargamos con lo que somos, nada más, porque nada habremos de llevarnos. (Mira, madre, hasta dónde he llegado: puedes verme bien, soy el más alejado y aquí ya no hay puentes, no hay pie descalzo ni piedras rojas.)

El Gran Impostor nos ha dejado ver, entre las tinieblas que nos envuelven, reflejos de una verdad inasible que desafía nuestra razón: hay que llegar al límite, buscar más allá, romper con lo que nos encadena. Soy un fugitivo. (*Tempus fugit, carpe diem*: la sentencia cuelga y está oculta: ¿quién tiene hoy ese reloj?)

Logro leer las letras del cartel: Asenari. Siete letras apenas para nombrar el mundo. Pero el nombre lo he soñado o es un rastro en el mapa, un pozo seco. Ella lo inventó, lo escribió sobre un papel. Me despierto: todavía estamos en tránsito y el sol no deja de subir. (Las aspas giran hasta hipnotizarme y se enredan en los hilos frágiles.) ¿Fue todo un sueño? Veo el valle y las empinadas colinas, las oscuras cúspides y el negro abismo más abajo: puedo divisar cuánto camino hemos recorrido. Una distancia inabarcable. No puedo moverme y temo que un veneno me haya paralizado. Desconozco mi propia letra. El canto recomienza, inexorable y cíclico. Hipnotiza mis oídos como un algodón de música sacra. El almuecín no cesa de elevarse por la palabra y el canto, asciende por todos y señala; anuncia.

Todavía recuerdo ese tiempo de promesas. Palabras ajenas que me consolaban, poesías. *Le venin*, el veneno. ¡Bebe! Siempre esa letanía insana y absoluta: pronto llegará el invierno de nuestra desventura. Si tan solo hubiese una señal, un solo signo, alguien que entendiese. Voy anotando sin comprender. Me hundo en dunas de palabras, letras como granos incontables. No logro unir las en este pobre cuaderno. No me ha sido dado el don de la palabra y me muevo a tientas sobre los renglones, los delgados hilos que convergen en el centro.

Nos movemos hacia el este por las rutas perdidas en busca de Asenari. Dos días de marcha desde el último pozo. (Ella fabrica pájaros con sus manos de ilusionista: la pared los inmoviliza. Sus alas lamen el muro encalado y se fugan hacia un cielo sin nubes.) Después construye la liebre fugaz y sus orejas se mueven con gracia, como lo hacía mamá. Las llamaba sombras chinescas y decía que eran los fantasmas de sus manos. Estamos extenuados. Por fin tengo frío. El temblor, la fiebre. El delirio y las sombras. El desfile salvaje. Ahora es un perro claramente asomado al borde de la cama, un chacal, una bestia que me traga.

Los tenderetes se suceden sin orden: baratijas, piedras, anillos, cajas mágicas, frascos con esencias, dagas. Los olores y las voces: la he perdido. (Las manos implorantes me señalan: suciedad, tufo de leprosos, ojos sin párpados, un idioma incomprensible, una música que obsesiona.) La línea de la sombra me guía. Un hombre arde en medio de la multitud y nadie le presta atención. Busco la estaca, el cartel despintado, el límite, la baba plateada que me sujeta. Sobre las improvisadas mesas están las máscaras. Todas son la misma y a la vez cambian según el que las mira: eso lo sé sin necesidad de preguntar. Están hechas con piel verdadera, asombrosamente suave al tacto, tibia, latente.

Pido una máscara, la mía, la que sé que me han fabricado solo para mí. El vendedor vacila y al dudar los rasgos cambian y se entremezclan.

Su cara entre el gentío, fugaz y necesaria. Quiero una sombra, una tregua fresca: el olvido.

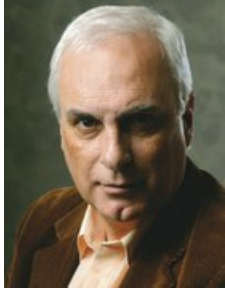
Emerjo del pozo, jadeante y empapado, pero la sed no cesa.

Luego, trepo por la empinada cuesta hasta divisar otra vez las colinas gemelas y más arriba, por fin, la ciudad. (Una risa remota me precede, oigo pasos.) La araña no se ha movido y su espera es ejemplar. Contemplo la máscara y dudo en ponérmela. Hay algo monstruoso en sus facciones: no es humana. Tal vez sea un animal desconocido. Un animal no creado o imaginado por un loco. Necesito un trago, pero no de Evian, basta de etiqueta con la fórmula, basta de cuidados. ¡Bebe! (Eso puede ser mortal, aquí.) No la oigo. Estoy en el límite de la sombra (y sé que no puedo llegar a un lugar que no existe). No se llega nunca a un lugar que no existe. Moira, repito una, dos, tres, cien, mil veces, pero es inútil. Por la ventana miro el desierto. Ha cambiado otra vez, aunque simula que es el mismo. No podría engañarme con su lentitud aunque el cartel casi no se distingue. Y qué importa. Otro giro más y la red es más densa.

No se puede llegar a un lugar que no existe. Nos hemos perdido. El viento borra las huellas y el frío, por fin, nos inmoviliza. A lo lejos, el Atlas refulge con la última luz. Miro mis manos y no las veo. (Ella sigue con su tarea de siglos y ha completado un círculo más. Perfecto, invariable.) Consigno las coordenadas, miro el cielo: no es protector ni azul. Bebo un poco de agua y sigo. Olvido y repetición. Los puentes son todos iguales, como las sonrisas de mamá y el prestamista, dos tazas de té de por medio. Como los ojos de los peces, como los anillos. Los puentes: a volarlos, que no quede uno solo, que nada los permita porque ocultan y dejan pasar. Y bajo ellos, el agua no se detiene hasta la sequía, hasta la sangre seca y estampada. Hasta el dedo en el gatillo.

El desierto es una metáfora. La piel es un palimpsesto que escriben los días. Las máscaras: me las he quitado todas y todavía no llego a la última. (Quisiera ver otra vez su cara sin aquel horrible orificio.) Me he perdido sin remedio. No se puede escapar. Las palabras hacen trampa. Quiero descifrar los círculos, los delgados hilos que ha trazado, paciente y silenciosa. Está sobre mí, suspendida, inmóvil, y otra vez el canto recomienza. Primero bajo y lento, como buscando su espacio, el aire que lo lleve. Después crece y se eleva hacia el cielo sin nubes y nos cubre de esperanza. El grito se prolonga en la oración.

En el desierto somos el agua que podemos conservar. Quiero ser otro.



Hugo Burel

Nació en 1951. Es escritor, periodista, publicitario, diseñador gráfico y Licenciado en Letras. Ha publicado 18 libros de narrativa entre cuentos y novelas y ha ganado varios premios nacionales e internacionales entre los que se destacan el Premio Juan Rulfo de Radio Francia Internacional (1995), el Premio Lengua de Trapo de narrativa (Madrid, 2001), el Premio de Inéditos del MEC-Ministerio de Educación y Cultura (1995) y el Premio Bartolomé Hidalgo 2004. Recientemente conquistó dos veces el Primer Premio de narrativa del MEC con *El corredor nocturno* (Alfaguara, 2007) y *El desfile salvaje* (Alfaguara, 2009). En 2008 recibió el Florencio teatral a la mejor obra de autor nacional por *La memoria de Borges*. En diciembre de 2009 publicó *Un día en la vida- Qué cantaron Los Beatles*. En abril de 2010 apareció *Diario de la arena*, su última novela editada por Alfaguara. Como periodista actualmente escribe la columna Generación Espontánea en suplemento dominical del diario *El País* de Montevideo.

En 2009 se estrenó en Buenos Aires y luego en Madrid y Montevideo la versión filmica de su novela *El corredor nocturno*, dirigida por el español Gerardo Herrero y protagonizada por Miguel Angel Sola y Leonardo Sbaraglia.

Actualmente trabaja en un nuevo proyecto con Gerardo Herrero —*La alemana*— del cual es autor del guión inspirado en su cuento homónimo.

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

El Club de los Nostálgicos

Diario de la arena

El corredor nocturno

ALFAGUARA

© 2007, Hugo Burel

© De esta edición:

2012, Ediciones Santillana, SA

Juan Manuel Blanes 1132. 11200. Montevideo, Uruguay

Teléfono 24107342

www.prisaediciones.com/uy

eISBN: 978-9974-95-520-2

Hecho el depósito que marca la ley.

Foto de tapa: Jorge Caggiani.

Conversión a formato digital: Juliana Orihuela, Luis Parravicini.

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

 PRISA EDICIONES

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana

www.prisaediciones.com/uy

Argentina

www.alfaguara.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.alfaguara.com/bo

Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile

www.alfaguara.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.alfaguara.com/co

Calle 80, n° 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica

www.alfaguara.com/cas

La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.alfaguara.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito

Tel. (593 2) 244 66 56

Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.alfaguara.com/can

Siemens, 51

Zona Industrial Santa Elena

Antiguo Cuscatlán - La Libertad

Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20

Fax (503) 2 278 60 66

España

www.alfaguara.com/es

Torrelaguna, 60

28043 Madrid

Tel. (34 91) 744 90 60

Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.alfaguara.com/us

2023 N.W. 84th Avenue

Miami, FL 33122

Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32

Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.alfaguara.com/can

26 Avda. 2-20

Zona nº 14

Guatemala CA

Tel. (502) 24 29 43 00

Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.alfaguara.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán

Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626

Boulevard Juan Pablo Segundo

Tegucigalpa, M. D. C.

Tel. (504) 239 98 84

México

www.alfaguara.com/mx

Avda. Río Mixcoac, 274

Colonia Acacias, C.P. 03240

Benito Juárez, México D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.alfaguara.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.alfaguara.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.alfaguara.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.alfaguara.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.alfaguara.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.alfaguara.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.alfaguara.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos

Edificio Zulia, 1º

Boleita Norte

Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33

Fax (58 212) 239 10 51